

# 2012

El Calendario Maya Termina...

La Guerra por Almas Inicia

por Whitley Strieber

Traducción: Manuel Mata

# **PRIMERA PARTE:**

# **UNA OSCURIDAD SOBRE LA TIERRA**

## PRÓLOGO

### LAS LENTES OSCURAS

21 de noviembre

Martin Winters había estado en la pirámide de Keops varias veces y siempre había sentido el mismo asombro y la misma claustrofobia. El trabajo que estaba llevando a cabo allí iba a revolucionar la arqueología y eso era emocionante, pero había estado esperando el descenso al interior del pequeño pozo con miedo.

Su objetivo era recoger muestras de las junturas de los sillares, que le permitirían aplicar la nueva técnica de datación por medias de masa y así resolver su misterio. A lo largo de los tres últimos años, el laboratorio que la Universidad del estado de Kansas tenía en Uriah había datado una docena de yacimientos sudamericanos empleando aquella técnica. Durante los últimos nueve meses habían estado trabajando en la Gran Pirámide, y los resultados habían sido tan desconcertantes, que arqueólogos de todo el mundo, ansiosos por echar por tierra unos descubrimientos que estaban destruyendo sus teorías sobre el pasado, proclamaban a gritos que la técnica no era fiable.

Lo que habían descubierto era que la pirámide no se había levantado en unos pocos años, sino que los trabajos se habían prolongado a lo largo de al menos cuatro fases de varios miles de años de duración, a partir de una fecha situada al menos seis milenios antes. El faraón de la IV Dinastía, Keops, había levantado la sección donde habían encontrado su glifo, pero la pirámide descansaba sobre una base construida tres mil años antes de su reinado.

Ahora había llegado el momento de estudiar el foso que la pirámide tenía debajo, una cámara funeraria de una época anterior, según creía Martin. Era allí donde esperaba finalizar su estudio sobre la llanura de Giza, porque, según todos los indicios, era la primera obra construida por la mano del hombre en la región.

También había trabajado en otro yacimiento, un edificio muy antiguo llamado el Osirion, donde se habían practicado rituales relacionados con el dios egipcio de la resurrección, Osiris.

Sus descubrimientos eran tan revolucionarios que aún no se había decidido a publicarlos. Todavía no estaba preparado para exponer su técnica a la oleada de críticas que levantaría cuando revelara que lo habían edificado entre 18.000 y 20.000 años antes de lo que se pensaba hasta entonces. También había intentado datar la Esfinge, pero estaba tallada en un único bloque de piedra caliza sólida, por lo que era imposible extraer muestras. Su técnica requería minúsculos fragmentos de las piedras labradas por el martillo del antiquísimo cantero y hubieran estado desde entonces en aquel sitio.

Frente a él se abría el pasadizo de descenso. El gobierno no permitía que la gente entrara en el pozo, y tenía buenas razones para ello. Más de un visitante había tenido un ataque de pánico allí dentro, y el aire estaba tan enrarecido que la asfixia era una posibilidad muy real. Las leyendas que rodeaban el lugar sugerían que los sacerdotes egipcios podían haberlo usado como una especie de cámara de iniciación, presumiblemente para enseñar a los acólitos a

sobreponerse al miedo.

—Vale —dijo mientras comprobaba su linterna. Y luego repitió—: Vale.

Ahmad Mahfouz se rió entre dientes.

—Vale.

—Baja tú, so cretino.

Ahmad volvió a reírse, esta vez a carcajadas.

—No es mi máquina la que está volviendo loco a todo el mundo.

Ahmad no era sólo uno de los mejores arqueólogos de Egipto, sino además un hombre dotado de una mente excepcional para la tecnología, así que entendía por qué era tan poco probable que la datación por medias de masa les diera datos erróneos. De hecho, era el santo grial de las técnicas de datación: podía revelar en qué momento se había trabajado por última vez una piedra, siempre que ésta no hubiera estado en contacto con el aire desde entonces, por lo que para conseguir muestras hacía falta perforar profundamente las estructuras y buscar los puntos de contacto internos de los sillares.

En Perú, donde los incas trabajaban la piedra con precisión de joyeros, había sido fácil. En la pirámide y el Osirion, habían tenido que excavar cuidadosamente, con la ayuda de sondas sónicas. Lo mismo que allí, lo que explicaba por qué en aquel momento Martin llevaba bastante equipo.

El pasadizo era muy angosto y tan negro como el carbón. La oscuridad acechaba a aquellos que se adentraban en él.

—Comprobación por radio —dijo apenas hubo avanzado diez pasos.

—Aún no es necesaria, Martin. Estoy aquí mismo.

—Lo siento, Ahmad. Mira, si salgo de aquí con vida, te invitaré a algo.

—Lleva ahí miles de años. Muchos más de los que nadie pensaba, según tú.

Así que, ¿por qué iba a desplomarse precisamente hoy?

Martin siguió avanzando, sintiéndose como un idiota. Al poco lo envolvía un silencio diferente a cualquiera que hubiera conocido, y eso que había estado en algunos agujeros realmente silenciosos.

Lo que diferenciaba el silencio de aquel lugar era que, por alguna razón, se le antojaba agresivo. Como si supiera que estaba allí, y hubiera estado esperándolo, y ahora quisiera atraparlo. «Como si tuviera conciencia de él.»

Por descontado, estaba todo en su imaginación. No había ninguna presencia maligna allí... ni en ninguna otra parte. No existían los fantasmas ni los dioses. Aquello era simplemente lo que ocurre cuando uno se adentra por un túnel angosto con seis millones de toneladas de piedra encima.

Si algo no habían sido los antiguos egipcios era estúpidos. Eran plenamente conscientes de aquel efecto, razón por la cual habían excavado el pozo precisamente en aquel lugar. La idea más extendida en la comunidad arqueológica era que se trataba de una tumba, pero eso no estaba claro en absoluto. La mitad de la estructura estaba formada por una extraña y tosca plataforma erizada de protuberancias rocosas. Desde luego no era un lugar para albergar un sarcófago, y el resto de la sala, dominado por una grieta diagonal de unos dos metros de profundidad excavada en el suelo, era igualmente extraño.

Martin esperaba encontrar en las paredes del pozo la mampostería que tanto necesitaba para concluir sus investigaciones.

Llegó a la cámara propiamente dicha. En aquel momento se encontraba más de veinticinco metros por debajo de la base de la pirámide. El aire era denso y frío, pegajoso incluso. Su detector de gases revelaba que, aunque los niveles de dióxido de carbono eran elevados, básicamente no corría peligro. Llevaba un respirador de emergencia con una reserva de oxígeno de una hora de duración, tiempo más que suficiente para salir de allí si llegaba a consumir todo el aire de la estrecha cámara. O, en caso de que ocurriera lo peor, para asfixiarse más lentamente.

—Ya he llegado —dijo por la radio.

Sólo le respondió el silencio. Un silencio muy largo.

—¡Mahmoud!

—Oh, perdona, *effendi*. Estaba descansando y tomándome un té.

—¡Que estoy acojonado, tío!

—Lo sé, y por eso intento tomarte un poco el pelo.

Mahmoud era un tipo fantástico, y un científico de primera, pero el abismo cultural que separaba a Martin de un musulmán que se había criado cuando aquello era todavía territorio turco y ahora tenía que tratar con las autoridades británicas era demasiado grande.

—No olvides que soy americano —dijo. No era momento de hacer bromitas con la radio.

Respiró hondo una vez, y luego una segunda. Abrió la bolsa donde llevaba el equipo y sacó el radar. Era capaz de penetrar más de tres metros en la piedra caliza, y mostrar una imagen de lo que había en su interior. En otras palabras, podría localizar las juntas internas de la construcción.

Su plan era introducir el pequeño taladro a poca distancia de una de ellas y luego extraer un poco de piedra de la propia junta.

No encendió la linterna. Sabía lo que había a su alrededor, y prefería no ver lo cerca que estaban las paredes. Sin embargo, el techo tenía más de tres metros de altura, por lo que ya no tenía que andar encorvado, como en el pasadizo.

Los problemas de espalda eran la maldición del arqueólogo. En las excavaciones era imposible trabajar sin encorvarse o retorcer el cuerpo, muchas veces durante horas y horas seguidas, a menudo en espacios confinados, y cuanto más viejo se hacía uno, más lo notaba. A sus treinta y cuatro años, él aún no lo notaba mucho, sobre todo gracias a la natación, el squash y... vaya, a Lindy. No, él ejercitaba convenientemente la espalda. Para eso tenía dos hijos. Y también una esposa que estaba tratando de conseguir uno de los empleos más increíbles del mundo. Desde que en el año 2010 la NASA anunciara que existían los OVNI de verdad, objetos voladores guiados por alguna inteligencia, extraterrestre o procedente de un universo paralelo, el seminario de Física de Propulsión Avanzada había estado haciendo horas extras para tratar de averiguar cómo funcionaban.

Lindy estaba profundamente implicada en los politiquesos de la comunidad

científica porque quería que la nombraran miembro de aquel seminario.

Cómo esperaba conseguirlo una profesora de una universidad que ocupaba un lugar tan bajo en la lista de *U.S. News* como la suya era algo que Martin no terminaba de entender. Sin embargo, ella estaba decidida, casi hasta el punto de la obsesión, a participar en un descubrimiento capaz de llevar a la humanidad, literalmente, más allá de las estrellas.

Por su parte, Martin trabajaba en el seno de la comunidad arqueológica, lo que explicaba en parte por qué su revolución estaba, a su modesta manera, cosechando una oposición tan feroz. Pero es que las cifras no engañaban: había que revisar a partir de cero toda la historia humana, por la sencilla razón de que las estructuras más antiguas y misteriosas estudiadas hasta la fecha eran mucho más antiguas de lo que se había creído hasta entonces.

Pasados unos momentos de espera, el ordenador que controlaba el radar terminó de orientarse y la pantalla empezó a mostrar una imagen inteligible.

—Tengo una imagen —dijo por radio.

—Estupendo. Vas bien de tiempo.

El Departamento Imperial de Antigüedades les había dado una hora para trabajar, de cuatro a cinco de la mañana, que era cuando empezaba la visita turística «Pirámides al Alba». Las autoridades no querían que hubiera actividad en la zona de las pirámides cuando empezaran a aparecer los turistas. Inevitablemente, alguien se metería en el pozo. Lo que acarrearía problemas al pobre arqueólogo que estuviera allí dentro, tratando de trabajar y también, cómo no, a los pobres lugareños que bajaran allí para entonar sus cánticos o quién sabe qué.

Consultó su reloj. Eran las cuatro y media en punto. Aún tardaría un rato en perforar, conseguir la muestra y extraerla. No iba bien de tiempo. Más bien justo.

Sólo alguien con experiencia en el tema podía interpretar correctamente la lectura que presentaba la diminuta pantalla del escáner. Estaba pegado a la segunda fase del pozo, mucho más estrecha, tratando de evitar el agujero de siete metros de profundidad excavado en su día por Caviglia, y después de él por el explorador —¿o saqueador?— británico, Howard-Vyse. La pantalla verde emitía un fulgor trémulo. La tonalidad de las lecturas se volvía más clara cuando la roca era más densa, y más oscura cuando la densidad se reducía.

En ese momento encontró lo que estaba buscando: una línea oscura y recta. Indudablemente, una junta. Durante años, todos habían dado por sentado que el pozo estaba excavado en la roca viva. Hasta que las imágenes extraídas por radar desde lo alto no habían revelado que había paredes allí abajo, la comunidad científica no se había dado cuenta de que el foso estaba hecho de sillares.

—Comienzo la perforación.

—Recibido.

Sacó la larga y fina broca y la colocó en el taladro. Costaba veinte mil dólares, porque la punta era de diamante y el resto del acero más duro que existía, con un coeficiente de dureza de 920 según la escala de Knoop. Tenía un

diámetro como el de tres agujas.

Mientras empezaba a trabajar con ella, se preguntó cómo era posible que los egipcios hubieran podido vaciar recipientes de diorita con taladros poco más gruesos que el suyo. Su broca no podría penetrar en la diorita. De hecho, le estaba costando hacerlo con aquel granito, así que tuvo que parar un momento para dejar que se enfriara. Aunque llevaba tres brocas, si las rompía agotaría todo el presupuesto. Tenía planeado realizar excavaciones similares por todo el mundo. Puede que Lindy fuera a llevar a la humanidad a las estrellas, pero él estaba reescribiendo la historia, y eso también era muy importante.

Fue entonces cuando reparó en la vibración. La sensación llegaba hasta él a través de los zapatos.

—¿Ahmad?

—Dime.

—Está pasando... algo. Percibo una vibración.

—Será que el taladro ha generado un armónico.

—Posiblemente, pero ya lo he apagado.

Mientras esperaba allí parado, la vibración se convirtió en una pulsación. Era rápida, regular, como si la generara una máquina. De no haber sabido que era totalmente imposible, habría pensado que habían activado una especie de compresor en algún lugar por debajo de la cámara.

Lo que estaba sintiendo debía de ser la maquinaria de alguna fábrica de El Cairo, que iniciaba en aquel momento su jornada de trabajo. Algo así podía hacer vibrar toda la meseta de piedra caliza.

—Ya sé, es de la ciudad. Alguna fábrica.

—Han abierto una nueva fábrica de herramientas a un kilómetro de aquí.

—Será eso. —La vibración, un nuevo tipo de contaminación. Iba a ser un infierno para el mundillo arqueológico. Volvió al trabajo.

Ahora que la broca se había enfriado, hacía más progresos tocando simplemente la superficie, sin tener que presionar. Además, a mayor profundidad, la roca era más endeble. Cuando llevaba algún tiempo trabajando, se percató de que le caía polvo encima. Una vez más, dejó de taladrar. Utilizó la linterna para ver de dónde caía la llovizna de polvo. Venía del techo.

Con sorpresa, descubrió que la piedra estaba soltando pequeños geiseros de polvo, como si algo la estuviera comprimiendo o presionando desde arriba.

—¿Ahmad?

—Sí.

—¿Pasa algo encima de nosotros?

—Ahora que lo dices, antes he visto un chacal. Creía que ya no quedaban por aquí.

Siguió trabajando. Ya sólo le quedaban escasos milímetros de la muestra que necesitaba. El taladro se movía... ¡Ya! Ahora sólo tenía que sacarlo e introducir la herramienta extractora, una diminuta tenaza hecha del mismo acero endurecido.

Sacó la herramienta plateada de su estuche, la insertó en el generador por



aire comprimido y cinc que usaba como motor y luego la introdujo en el agujero perforado por el taladro. O, más bien, lo intentó. Con la vibración era más difícil que enhebrar una aguja.

—¿Sabes si esa fábrica para las máquinas a alguna hora?

—Sal, Martin.

—¿Por qué?

—Porque estoy empezando a sentir la vibración aquí arriba, y eso no debería pasar.

A esas alturas, habían empezado a caer pequeños fragmentos de roca desde el techo, y Martin sabía que eso no era normal. La razón era que el suelo estaba limpio, y la sala vacía. Por consiguiente, lo que estaba pasando tenía que ser algo que no había ocurrido hasta entonces. Y Ahmad estaba en lo cierto. Debía salir de allí cuanto antes.

Pero sólo le quedaban unos milímetros para terminar. Estudió la pantalla, que no paraba de vibrar, y manipuló el instrumento.

—¿Martin, vas a subir?

—Un momento.

—¿No sales? ¿Qué estás haciendo?

No respondió. Las pulsaciones iban en aumento... *Whoomp... Whoomp... Whoomp...* Cada vez le parecía más difícil conseguir el diminuto fragmento de piedra que necesitaba.

Hubo un estruendo, y un fragmento del techo que debía de pesar cerca de un cuarto de tonelada se precipitó hacia el interior del pozo de Caviglia, pasando a su lado.

—La policía está aquí. Dicen que salgamos.

—Ya voy.

Pero el instrumento no estaba aún en posición. Sin despegar la mirada de la pantalla, empezó a manipularlo frenéticamente. El peso de la estructura que tenía encima lo oprimía como una inmensa mano asfixiante.

Pensó en Lindy, en Trevor y en Winnie, y extrajo el instrumento. Otro bloque cayó del techo, y supo que tenía que salir de allí. Empezó a recoger el instrumental.

*¡Whoomp! ¡Whoomp! ¡Whoomp!*

No era un terremoto. Los terremotos no se sentían así. Allí abajo había una máquina, tenía que haberla.

Una sucesión de sonidos semejantes a disparos llegó resonando desde el pasillo. Entre el polvo, la luz de Martin reveló que las paredes estaban cubriéndose de grietas.

Se precipitó hacia el pasillo, encorvado, medio corriendo y medio a rastras, desgarrándose la piel de rodillas y manos, y huyó mientras el túnel se retorció y bamboleaba como un tubo de goma en las manos de un gigante loco.

Gritando, corrió hacia la salida. El suelo se hacía pedazos bajo sus pies; a su alrededor caía una lluvia de piedras; cada vez le era más difícil avanzar. Las pulsaciones, grandes convulsiones de la propia tierra, eran enormes.



Y entonces aparecieron unos brazos, y gente que tiraba de él, y vio que había salido al exterior... Y se dio cuenta de que estaban fuera de la pirámide. Tosiendo, con los ojos cubiertos aún por una gruesa capa de polvo, se alejó tambaleándose mientras trataba de rehacerse.

¿Qué diablos estaba ocurriendo?

—¡Corre, Martin!

Sintió que alguien tiraba de él. Logró limpiarse los ojos lo suficiente como para ver y, al volverse, se encontró con la cosa más extraña que hubiese presenciado en toda su vida.

La fachada norte de la gigantesca estructura estaba cubierta por unas ondas gigantescas. Era como si los sillares de piedra estuvieran licuándose y amenazaran con derramarse formando una especie de extraña colada de lava.

Vocalizó las palabras, demasiado aturdido para pronunciarlas: *la pirámide está desplomándose*.

Entonces empezaron a sonar sirenas: primero una sola, y luego más, hasta que su sonido electrizó el aire. En la lejanía, una columna de autobuses de turistas, que se dirigían a las pirámides, inició unas torpes maniobras para dar la vuelta en mitad de la carretera.

Martin siguió a Ahmad y a los tres policías hacia el muro que delimitaba la zona arqueológica. Y de pronto resonó un ruido. Fue como un aullido emitido por la misma garganta del mundo, como un reactor al caer en picado a tierra, como un millón de dementes quemados vivos.

Martin se volvió y vio que la pirámide estaba hinchándose, transformándose en un bloque de enormes dimensiones, y luego su forma piramidal desaparecía al salir despedidas hacia la luz del alba las piedras que habían descansado allí durante miles de años.

Por todo El Cairo y la ribera del Nilo, la gente se volvió hacia el sonido, hacia Giza. Lo que vieron les resultó irreconocible, y totalmente incomprensible: una enorme columna negra, salpicada de puntos marrones, ascendía vertiginosamente hacia los cielos.

Cada uno de estos puntos era una piedra de entre una y tres toneladas de peso, y del tamaño de un coche grande. Y todas ellas iban a caer sobre los millones de personas indefensas que abarrotaban las calles de la ciudad.

Martin lo vio con toda claridad. En aquel momento pensaba que un grupo terrorista había detonado un arma nuclear debajo de la pirámide. Había tenido la increíble desgracia de encontrarse en su interior en el momento en que la milenaria estructura, la más famosa edificación de toda la Tierra, tocaba a su fin.

Cuando el gran surtidor de piedras alcanzó su apogeo, a una altitud de más de tres kilómetros, Martin se agazapó detrás del muro. No era un hombre religioso, así que estaba sorprendido por la profunda sensación de paz que lo embargaba. Le había llegado la hora. De eso estaba seguro.

Pero, en ese momento, un violento ataque de miedo hizo que se agarrara la cabeza y empezara a gritar en medio del creciente rugido de la colosal explosión.

Y entonces se detuvo. Ante sus ojos apareció una imagen de Lindy, la mujer

más hermosa que jamás hubiese visto y uno de los seres humanos más sabios que había conocido en toda su vida. Decidió que moriría así, con esa imagen en sus pensamientos.

Y luego oyó la voz de Trevor, tan clara como si estuviera allí delante, que le decía: «¿Cuándo va a volver papá?» Y la de Winnie, que respondía con ceremoniosa delicadeza: «Trevor, no seas impaciente. Volverá cuando termine.»

Poder oír sus voces, y el reloj del pasillo al dar la hora con ocho profundas campanadas, se le antojó en aquel momento la cosa más natural del mundo.

Un silbido se transformó en un chillido, y éste a su vez en el bufido de un caballo. Y entonces cayó una roca sobre el desierto, a diez metros escasos de él. La tierra se estremeció, dejando a Martin sin aliento. Vio a Ahmad, los ojos vidriosos de horror, los labios separados, con la mirada clavada en él.

Otro bloque cayó al suelo, seguido por otro más, y luego fue como si se desatara una lluvia de rocas, entre los gritos de los presentes, y sobre ellos, el estruendoso crujido de las piedras al aplastar coches y autobuses, y el lejano rugido de las que caían al Nilo y las explosiones de las que bombardeaban El Cairo. Una hilera de casas de medio kilómetro de longitud desapareció en una nube de polvo; la carretera quedó sepultada; los coches se internaron en el desierto serpenteando violentamente; un autobús que trataba de escapar resultó alcanzado en la parte de atrás y levantó su sección delantera como un perro hambriento, antes de explotar en una deflagración de llamas y gritos desolados y desgarradores.

La catástrofe continuó y continuó, durante lo que a Martin le parecieron horas, y luego días, y luego fue como si se adentrara en una especie de eternidad, una interminable explosión. Como si siempre fuera a caer otra roca desde el cielo, a levantarse otro coro de gritos, a producirse otra sacudida estremecedora.

Hasta que todo llegó a su fin. De repente, se produjo un silencio aún más profundo que el que había oprimido a Martin en el pozo. En parte se debía a que su oído izquierdo había ensordecido y el derecho oía un zumbido que no desaparecería durante varios días. Y en parte, a la impresión de ver lo que parecía una especie de acantilado donde antes había estado Ahmad, a poca distancia de él. A su lado, había un policía tendido boca arriba, contemplando el cielo con los ojos abiertos, muerto de terror. Un turista alemán deambulaba de un lado a otro, exclamando a viva voz: «*Morgen hat gebrochen, Morgen hat gebrochen.*»

Ya había amanecido. Y, como un trueno llegado del este, el sol se levantaba detrás de la llanura cuajada de historia de Giza, envuelta ahora en humo y cubierta de escombros.

Martin se puso en pie. Se alojaba en el hotel Mena, al otro lado de las pirámides, y hacia allí dirigió sus pasos. Se dio cuenta de que se tambaleaba al caminar, pero no le importó. Los demás fantasmas de la devastada llanura estaban haciendo lo mismo.

En contraste con la llanura, los jardines del Mena seguían verdes. Media

docena de bloques salpicaban ahora el campo de golf, como si llevaran allí toda la vida.

El hotel propiamente dicho estaba intacto. El personal y los huéspedes, congregados en el exterior, estaban contemplando la gran columna negra que, suspendida del cielo, arrastraban los vientos en dirección al sur. Las banderas británica y egipcia ondeaban regiamente en todo su esplendor, tan indiferentes a lo ocurrido como el propio edificio.

Noviembre podía ser bellísimo en Egipto. Hasta El Cairo disfrutaba algunos días de un cielo transparente como el cristal.

Martin cruzó el vestíbulo delantero y entró en el Khan el Khalili. Había un camarero allí, junto a una ventana.

—Quiero un café —le dijo. El camarero no se movió. Al cabo de un momento, se volvió. Tenía los ojos empañados de lágrimas. Martin se dio cuenta de que también él estaba llorando. Se abrazaron y lloraron juntos como dos niños.

—He perdido a un amigo —dijo Martin.

—Yo he perdido Egipto. Tenemos el corazón roto, señor.

Aquel mismo día, más tarde, subió a la azotea del hotel para ver con sus propios ojos eso de lo que estaba hablando todo el mundo... todo el mundo que no estaba ocupado combatiendo los incendios, limpiando de escombros la bombardeada ciudad o contemplando con mirada impotente las enormes rocas que la habían hecho pedazos.

Frente a él se extendía la llanura, y allí, en el mismo lugar donde se había levantado antes la pirámide, había un objeto nuevo. Había caído la tarde, y el polvo fragmentaba la luz.

Su mirada recorrió el espacio que separaba el hotel de la zona de la pirámide. Aquí y allá se veían figuras en movimiento, principalmente agentes de la policía real egipcia, con sus uniformes verdes, y soldados británicos vestidos de caqui. Delante del Mena, en la carretera, aguardaba un rutilante Rolls Royce, y entre los grandes sillares podía verse caminando al Gobernador General, seguido por una hueste de funcionarios.

Martin pasó largo rato contemplando la lente. Parecía perfectamente redonda y convexa, y debía de tener unos siete metros de altura en el centro. Revisó sus recuerdos del pasado, tratando de encontrar en la enciclopedia de su mente algún punto de referencia.

No había nada. El pasado no había conocido jamás algo como aquello. Pero no creía que hubiese surgido justo debajo de la Gran Pirámide por mero accidente. Era imposible.

¿Habían levantado la pirámide para sepultar aquella lente, o quizá para esconderla?

Había varios misterios, pero el mayor de todos era, ¿para qué servía? Estaba claro que era obra de una tecnología muy avanzada... y no sólo eso, sino además, muy antigua. La llanura de Giza llevaba miles de años intacta. Desde luego, nada de aquellas dimensiones podía haberse levantado allí después de las

pirámides.

Era muy antigua, tenía que serlo, pero además, su construcción no representaba sólo un desafío estructural. La energía necesaria para lanzar todas esas rocas hacia el cielo tenía que ser enorme. Y a pesar de ello, en todos los años que se había sondeado con túneles y pozos, y examinado con ondas de sonar y de radar el subsuelo del complejo de las pirámides, nadie había encontrado ni rastro de aquella lente ni de artefacto explosivo alguno.

De hecho, habían encontrado muy poca cosa. En los años cincuenta, en sendos pozos situados al sur de la Gran Pirámide, se habían exhumado dos embarcaciones bautizadas como «barcas solares». Pero nada más. Algunas zonas vacías que sugerían la posible existencia de cavernas, eso era todo.

Pero..., ¡Dios, estaba ahí! Resplandeciente bajo la luz. Indescriptiblemente ominosa...

El aullido de las sirenas atronó el aire. Siempre había creído que el Imperio británico era decadente y demasiado extenso, pero no se podía negar que el Servicio de Emergencia de El Cairo estaba bien dotado de vehículos. Sin embargo, no estaba tan seguro con los hospitales. ¿Habían extendido ya el sistema de la Seguridad Social a los protectorados, además de a las colonias? No lo sabía, pero en caso de que no fuera así, los hospitales de la zona serían primitivos, y podía dar gracias por no haber salido herido.

Los oídos dejaron de pitarle.

Se volvió. No quería —o no podía— seguir contemplando el gran ojo negro que había reemplazado a la gran maravilla de la antigüedad. La pirámide eterna, construida para resistir el paso de las eras.

¿Cuánto tiempo había hecho falta para destruirla? Ni cinco minutos.

Había empezado a bajar las escaleras cuando vaciló un instante. Aquello era una especie de pesadilla. No estaba despierto.

Pero sí que lo estaba.

Se volvió. Seguía allí. La lente. No había otra forma de llamarla. Una enorme lente oscura, orientada en dirección al cielo, hacia donde había sido escupida la pirámide.

Y, a pesar de lo antigua que debía de ser, parecía perfecta, nueva, surgida de la tierra como el ojo de un demonio que se hubiera abierto tras un sueño de eras.

Que era exactamente lo que había sucedido.

## 1

**BAILANDO EN LA OSCURIDAD***22 de noviembre*

El general Alfred William North entró en la lujosa suite que su oficial superior tenía en el Pentágono. El general Samson había sido nombrado presidente de la Junta de Jefes de Estado Mayor el pasado año y se había llevado consigo a Al al mundo de la política militar de alto nivel.

El ordenanza del general Samson no estaba presente para anunciarlo. Teniendo en cuenta el caos en el que estaba sumido el ejército, no resultaba demasiado sorprendente. Lo más probable es que se encontrara en alguna reunión en el enorme edificio, y que no hubiera nadie disponible para reemplazarlo.

Los esperaban en la Casa Blanca en diez minutos, así que Al no tenía tiempo que perder en ceremonias. Llamó una sola vez y entró en la habitación. Tom Samson y él se habían conocido después del nombramiento del primero como jefe de Estado Mayor de las Fuerzas Aéreas. Siempre había sido un oficial muy eficiente y cordial.

Sin embargo, esto se aplicaba sólo a sus superiores. Ahora que era presidente de la Junta de Jefes de Estado Mayor y Al seguía siendo vicepresidente, las cosas habían cambiado. Como superior, Tom gritaba demasiado, era frío, no toleraba los errores y era exigente en exceso. Al seguía considerándolo un buen oficial, pero también pensaba que a veces abordaba el trabajo con excesiva rigidez. Todo sea dicho, Al había esperado que el puesto fuera para él. De hecho, había contado con ello. Lo sucedido había supuesto una gran humillación y un final muy triste para una gran carrera. Conocía al presidente desde hacía años y la verdad es que no podía entender por qué había escogido a Tom en lugar de a él, que siempre había cumplido con su deber de manera excelente.

La diferencia entre ellos era que Tom había servido a los mandos de un caza, mientras que Al, aunque sabía pilotar, había pasado toda su carrera como oficial de Estado Mayor. Tom tenía un Corazón Púrpura y una Medalla de las Fuerzas Aéreas. ¿Envidiaba Al, que nunca había estado en un campo de batalla real, la participación de su actual superior en las revueltas cubanas?

En pocas palabras: por supuesto que sí. De no haber sido por él, su carrera no se habría truncado justo antes de alcanzar la cúspide.

—Aquí estoy, Tom —dijo con tono indeciso.

Un silencio.

La puerta del baño estaba entreabierta, así que se aproximó a ella.

—¿Tom? —volvió a decir.

Desde el interior del baño le llegó el sonido de unos pies descalzos.

—Perdóname un momento —respondió Tom con cierto tono de contrariedad en su voz grave.

—Tom, lo siento. Lenny no estaba en la entrada y...



—¡Sal de aquí!

—¡Perdón!

Al dirigirse a la puerta, vio, sobre el escritorio de Tom, una caja plateada, abierta más o menos del mismo tamaño que una de esas pitilleras antiguas. En su interior había seis finos cilindros de color dorado. A su lado, una jeringuilla plateada en cuyo ancho émbolo podría acoplarse fácilmente cualquiera de aquellos cilindros, terminada en una aguja tan fina casi como un capilar.

Mientras salía, Al no podía dejar de darle vueltas en su cabeza a lo que acababa de ver. Aquello... ¿Era Tom adicto a algo? ¿Estaba aquejado de cáncer? Aquel instrumental tenía un aspecto muy extraño.

Un momento después, Tom cerró la puerta de un portazo tan fuerte que hizo estremecer la habitación entera.

Al apenas se dio cuenta. Si Tom era drogadicto, francamente, él estaba encantado. Era una información muy valiosa.

En ese momento reapareció Lenny.

—General, permita que lo anuncie —dijo.

—Ya sabe que estoy aquí.

Lenny palideció.

—¿Ah, sí?

Al asintió. Ninguno de los dos dijo nada más y, un momento después, salió Tom, reluciente en su uniforme, con su mirada de ojos grises orientada al frente y el rostro impassible.

Lenny se puso firme.

—Tú y yo tenemos que hablar —le dijo su superior con un siseo casi hostil al pasar junto a su mesa.

—¡Sí, señor!

—Sí, señor... y que lo digas. —Cruzó la habitación a grandes zancadas.

Al lo siguió, y juntos bajaron en el ascensor privado al garaje del sótano, donde los esperaba el coche oficial, con la compuerta trasera abierta. Todo esto se llevó a cabo en un completo silencio. De hecho, uno no le dirigía la palabra a Tom hasta que él no hablaba primero. No era un hombre propenso a la charla intrascendente, los chistes, los cotilleos... a ninguna de estas cosas. Y lo más asombroso de todo era que ocupaba el más político de todos los cargos militares. Cómo lo había conseguido el muy bastardo era algo que le habría encantado saber a todos los generales subordinados a su persona... aunque sólo fuera para dar con el modo de perjudicarlo.

Históricamente, la Junta de Jefes de Estado Mayor había sido siempre una organización sólida que funcionaba como un mecanismo bien engrasado. Con Tom eso había cambiado. La había convertido en un nido de ratas lleno de telarañas. Hombres que habían pasado años trabajando juntos ahora luchaban como lo que eran: animales atrapados.

En el año transcurrido desde la llegada de Tom, se habían producido cinco «dimisiones». Pero la realidad es que habían sido despidos, brutales, malintencionados y a menudo misteriosos. Y, lo que era aún peor, se vieron



seguidos por nombramientos claramente concebidos como pequeñas humillaciones para las víctimas. El general Halff había sido jefe de Estado Mayor del Ejército. Ahora servía como comandante de Fuerte Silker, en Mississippi. Fuerte Silker iba a ser desmantelado, así que, básicamente, su cometido se limitaba a garantizar que todo se hiciera según las leyes medioambientales y organizar la venta de los activos.

Al subió al vehículo. Sabía que la reunión era importante, pero no estaba al tanto de su contenido. Suponía que Tom sí lo conocería, pero no le había comentado nada. Puede que su cabeza fuera la próxima en la lista de la guillotina. Puede que lo hubiera organizado todo para hacerle quedar mal delante del presidente, lo que era un prelude seguro para la destitución.

Salvo por un detalle: Al conocía a James Hannah Wade desde que ambos habían sido cadetes en la academia. En los últimos años, como no podía ser de otro modo, su amistad había sufrido cierto distanciamiento, pero seguían lo bastante cercanos como para que, en ocasiones, Jimmy lo invitara a jugar al squash. Normalmente esto se producía cuando el peso de aquella presidencia tan comprometida amenazaba con abrumarlo, pero en aquel momento Jimmy estaba pasando por un momento dulce, así que aquello no iba a ser ningún partido con un viejo amigo. Un amigo que, ambos lo sabían, lo había traicionado.

El coche se incorporó a la calle Catorce, pasó por delante de los típicos arcos de color esmeralda de un McDonald's y entró en el recinto de la Casa Blanca.

—Hoy venimos a escuchar —dijo Tom—. Vamos a asistir a la presentación de un informe de inteligencia.

—¿Sobre qué, señor?

Tom se volvió un momento hacia él, y luego recuperó su postura anterior. Un momento después, el coche se detuvo y los dos hombres cruzaron la Casa Blanca en dirección a la sala del gabinete, pero luego la dejaron atrás, lo mismo que el Despacho Oval, la oficina del subjefe del Estado Mayor Morrissey, y finalmente entraron en el estudio presidencial.

No era un lugar apropiado para una reunión muy numerosa..., pero es que allí no había mucha gente.

—Hola, Al —dijo el presidente. Al sintió que Tom se ponía un poco tenso. Buena señal. Puede que el presidente hubiera comprendido al fin que el nombramiento era el error al que Al se había referido en la única conversación política que habían mantenido. Se volvió hacia Tom—. Buenos días, general.

—Buenos días, señor presidente.

Un momento después entró el jefe del departamento de Inteligencia Nacional, Bo Waldo, seguido por dos de sus colaboradores, que se colocaron junto a una pantalla.

Waldo fue el primero en tomar la palabra:

—Ayer se produjo una enorme explosión en El Cairo, que provocó al menos cien mil muertes y daños de una extraordinaria magnitud. La pirámide de Keops resultó destruida.

—¿Y? —repuso Tom.

El presidente le lanzó una dura mirada.

Pero la impaciencia del general era comprensible. El desastre de El Cairo estaba en todos los canales de noticias del mundo. No se hablaba de otra cosa en la televisión, la radio, internet... en todas partes. Al pensó. «Conocen al grupo terrorista responsable y van a informarnos de que los británicos preparan represalias.» Les habían pedido ayuda, seguro, y el problema con este tipo de cosas era siempre el mismo: ¿cómo hacías lo que te pedía un imperio sin ofender al otro?

Waldo se aclaró la garganta.

—No se ha producido ninguno más en la última media hora, señor presidente —dijo.

La mente de Al trabajaba a la velocidad de la luz. «¿Ninguno más?» ¿De qué estaban hablando?

—¿Cuántos llevamos a estas horas?

—Incluido el último, en Angkor Wat, catorce.

Al sintió ganas de preguntar de qué estaban hablando, pero no podía hacerlo sin revelar su ignorancia. La mirada hostil de Tom revelaba que pensaba de manera muy parecida. La Junta de Jefes de Estado Mayor controlaba no menos de cinco agencias de inteligencia militares, además de la Agencia Colonial Filipina y el Cuerpo de Inteligencia Cubano, así que, ¿cómo era posible que no les hubiesen informado? Tom se encargaría de averiguarlo y de hacérselo pagar a los responsables y, por una vez, Al estaba totalmente de acuerdo con él. Era un error imperdonable.

—¿Y son todos... iguales? —dijo el presidente—. ¿Las distancias coinciden?

—Todos ellos se encuentran a una distancia de aproximadamente diez mil kilómetros de un punto situado a doscientos kilómetros del Polo Norte. Todos han aparecido debajo de monumentos de la Antigüedad. El *Institut Indo-Chinois de Culture* ha empezado a estudiar el de Camboya. De momento han descubierto que su índice de dureza es de al menos tres mil, como el de El Cairo. Está claro que está hecho del mismo material. Esa dureza es mucho mayor que ninguna otra conocida en la Tierra. La única arma que podría afectarle sería una bomba de hidrógeno.

—¿Y tenemos alguna?

—Sí, señor —dijo Tom—. Bien escondida, por las inspecciones obligatorias de la RAF, pero la tenemos.

Los británicos eran estrictos defensores del tratado de No Proliferación Nuclear concertado por los cinco imperios, de los cuales el de EE.UU. era el más pequeño, el peor armado... y, por consiguiente, el único que realmente se veía obligado a cumplir el condenado pacto. Desde luego, los franceses no lo hacían. Y en cuanto al zar o al hermético emperador de los japoneses, ¿quién sabía lo que podían estar haciendo en sus respectivas guaridas? Hasta puede que algún señor de la guerra de China tuviera algún arma nuclear escondida.

El presidente se acercó a la ventana.

—Me preocupa que aparezca uno aquí, en Washington. ¿Está justificada mi preocupación?

—A menos que se produzca una segunda fase —respondió Waldo—, lo ocurrido tiene pinta de haber terminado. Pero además de ello, lo más destacable es que todos se han producido en ruinas religiosas del mundo antiguo.

—Así que ellos lo sabían —dijo el presidente, mientras se volvía y los miraba uno por uno a los ojos.

Al vio una pregunta en sus ojos, y se sintió como si el pueblo americano estuviera allí mismo, pidiéndole información.

—Lentes. —Dijo Al. Tom le dirigió una mirada dura, pero él continuó:— Las lentes reflejan la luz y la refractan. ¿Tenemos alguna idea sobre lo que se supone que hacen?

Waldo sacudió la cabeza.

—Hasta el momento, se limitan a estar ahí. Según el MI-3, el de El Cairo no emite ni absorbe ninguna energía que se conozca. El Institut dice lo mismo del de Camboya.

—¿Y sabemos si son naturales?

—Creemos que sí, señor presidente —respondió Waldo.

—Pues es una buena pregunta —dijo Al—. Si son obra del hombre, ¿quién las construyó y por qué?

—No sé si es una buena pregunta, pero sí que es urgente —repuso el presidente—. Posiblemente la más urgente de la historia del mundo. —Los miró uno a uno—. No parece impresionado, Tom.

—Señor, si no sabemos nada sobre esas cosas, ¿cómo podemos saber que son tan importantes?

El presidente se puso tenso.

—¡Me lo dice el instinto, maldición!

—Hay algo más que debe usted ver —dijo Waldo apresuradamente—. Ponga las imágenes, por favor.

La pantalla parpadeó y cobró vida. Al vio unas personas que caminaban por un paisaje bastante bello. Lo más curioso de todo era su indumentaria: algunos llevaban pijama, otros sólo la ropa interior, uno o dos se cubrían con abrigos y otro iba completamente desnudo. Había hombres, mujeres y niños.

—¿Qué estamos viendo? —preguntó el presidente Wade.

—Es Gloucestershire —dijo Waldo.

—¿Cuándo se rodó?

—Durante la noche aparecieron unos objetos en forma de disco que emitieron unas luces brillantes sobre esta gente —respondió Waldo—. Desde entonces han estado caminando en dirección al norte. Durante las últimas once horas, han estado reuniéndose, desde un radio de veinte kilómetros de distancia.

—¿Y esas luces están relacionadas con los discos que llevamos años viendo? ¿Los que, según la NASA, están controlados por alguna inteligencia?

—No lo sabemos. La verdad es que no sabemos gran cosa sobre nada de esto.

—Pero la cuestión principal es que no podemos detener a esa gente, ¿verdad? —preguntó Tom con voz rebosante de sarcasmo.

—No podemos detenerlos, general Samson —repuso Waldo—. Sólo es posible hacerlo si los narcotizamos. Un examen de uno de ellos, llevado a cabo en un hospital, ha demostrado que son sujetos completamente normales desde el punto de vista físico. Pero el escáner cerebral muestra otra cosa. El cerebro funciona a la tercera parte de su capacidad normal.

—Así que han perdido algo —respondió Tom—. ¿La inteligencia?

—No lo sabemos —dijo Waldo.

—¿Tenemos alguna grabación del ataque? —preguntó el presidente.

—Los testigos hablan de unos discos anaranjados que emitían un brillo apagado.

Al tuvo una idea.

—¿Cuál es la lente más próxima a Gloucestershire?

—¿Qué importancia tiene eso? —preguntó Tom—. Si me permite hablar con franqueza, general...

—No, es una buena pregunta —replicó Waldo—. Y la respuesta es la del desierto de Tassili, en Argelia. E iba a añadir que tenemos un informe de la Legión Extranjera que dice que la lente emitió una ráfaga de bolas de fuego anaranjadas. El suceso se produjo cuatro minutos antes del ataque de Gloucestershire, así que...

—Están relacionados —dijo Al, y al instante lo lamentó. Se había apresurado a hablar.

—General, no termino de ver... —empezó a decir Tom.

El presidente lo interrumpió.

—Estoy de acuerdo. Sólo Dios sabe si las cosas que atacaron Gloucestershire salieron de la lente de Argelia. Pero existe una evidente relación entre todas estas cosas. Y me permito añadir que creo que debemos temer lo peor.

—Lo único que yo veo son problemas para los británicos y los franceses —dijo Samson—. A menos que algunas de esas cosas estén en el Imperio del Japón. ¿Es así?

—No. Hasta el momento los incidentes se limitan al territorio imperial de los ingleses y los franceses, y a algunos países sudamericanos.

—Entonces yo digo que esperemos —anunció Tom con tono de predicador—. Puede que sea algún arma secreta. No tiene nada que ver con nosotros. Se supone que el zar tiene algunas, y todos saben que codicia un imperio africano. De hecho, le encantaría quedarse con Egipto, aunque sólo sea para fastidiar a los turcos.

El presidente se volvió hacia él.

—¿Para qué ha venido, Tom? ¿Para qué cree que ha venido? Aquí está pasando algo malo. Algo muy malo. —Hizo un ademán hacia la pantalla—. Las cosas no van a parar ahí, ¿sabe?

Tom, sin embargo, se mantuvo firme.

—No tenemos la certeza de que sea así, señor.

—No va a parar.

—No es un ataque contra los Estados Unidos. Y no tenemos ninguna prueba de que sea inminente un ataque.

—Tom —respondió el presidente—. En cuanto vuelva usted a su despacho, quiero que declare DEFCON 1 y envíe una circular de guerra a todas las comandancias, a escala global.

—Señor, creo...

—Nos están atacando, idiota —dijo el presidente—. ¡A nosotros, joder! ¡No sólo a un par de imperios y de repúblicas bananeras! ¡A Estados Unidos!

Tom se puso tenso. Sus ojos empezaron a refulgir con una furia homicida.

Pero el presidente no había terminado.

—Caballeros, tengo formación militar y sé cuándo un enemigo está sondeando mis defensas. Ese pueblecito está en pleno corazón del más poderoso imperio de la Tierra. Bo, quiero que se ponga ahora mismo a trabajar con los británicos, los franceses y todos los demás imperios, y quiero que la CIA vigile las ciudades de todo el mundo por si se producen incidentes similares.

Al empezó a sentir que el olor del miedo se propagaba por toda la sala. Sólo esperaba que el presidente no estuviera precipitándose, impulsado por el pánico.

—Al, quiero que organice una unidad especial. Sus órdenes son encontrar el modo de destruir esas lentes, todas ellas. Quiero que actúe con rapidez y quiero un porcentaje de éxito del ciento por ciento.

—Señor —preguntó Tom—, ¿es sensato atacar? En este momento estamos andando a ciegas.

—El hombre de las medallas sugiere que nos retiremos —repuso el presidente—. Muy bien, lo escucharé. Al, cuando estemos preparados para atacar esas cosas, quiero que me informe de inmediato. Y directamente. —Señaló un teléfono—. Directamente —repitió.

—Sí, señor. Pero sólo tenemos cuatro bombas, señor. Necesitaremos la ayuda de los británicos y los franceses.

El presidente suspiró.

—Waldo, ¿cuántas bombas nucleares tenemos?

—Veintitrés, señor. Cuatro en manos del ejército, y el resto escondidas en...

—Tom, Al, como comprenderéis, no es necesario que conozcáis esa información.

—Señor, me permito disentir —dijo Tom. Al vio que tenía el cuello rojo y las venas hinchadas—. Necesitamos conocer esa información. La planificación estratégica, las simulaciones operacionales... ¡Por supuesto que necesitamos conocerla!

—Y yo necesito no tener que verme cara a cara con cuatro enfurecidos embajadores imperiales exigiendo que les entregue mis armas nucleares. El problema eres tú, Tom. No le gustas a nadie de tu propio personal, y eso siempre genera problemas de seguridad, ¿no?

Al tuvo que hacer un esfuerzo por controlar sus facciones. Si afloraba a sus



labios el menor atisbo de la satisfacción que aquello estaba proporcionándole, se vería de patitas en la calle antes de la noche.

Uno de los ayudantes de Waldo recibió un mensaje por el auricular. Hizo un gesto de cabeza dirigido al jefe de inteligencia.

—Señor presidente —dijo Waldo—. Está aquí un grupo de personas que tal vez puedan ayudarnos. Poco antes de la explosión, había un arqueólogo en el interior de la pirámide. Sus compañeros de expedición resultaron muertos, pero él consiguió salir. Ha venido.

—Excelente trabajo, Bo —dijo el presidente—. Ahora, escucha y aprende, Tom. Bo, aquí presente, quiere impresionar a su presidente. Ésa es la actitud que quiero ver en todos. Espero que tomes ejemplo.

Tom reaccionó con muestras de palpable indignación, pero al cabo de un instante, consiguió que aflorara una sonrisa rígida a sus facciones. Entonces, un joven cubierto de polvo, bien parecido, pero profundamente cansado y con los ojos abiertos de par en par, entró en la sala.

---

Le habían servido huevos y una cafetera entera en el avión. Era increíble: había volado desde El Cairo a Le Bourget, y luego hasta allí, en dos jets privados. Había podido hablar con Lindy y los chicos por videoconferencia desde el avión. En circunstancias normales, habría resultado increíblemente divertido. En las presentes, no tanto. Aún estaba aturdido por lo ocurrido, y tratando de aceptarlo. La Gran Pirámide había desaparecido, reemplazada por aquella... cosa. Una lente, según decían... Según había dicho él mismo, en la BBC, donde lo habían entrevistado justo antes de abandonar El Cairo. De hecho, era muy probable que hubiese sido el primero en emplear la palabra.

Y ahora se encontraba en la Casa Blanca, en el ala Oeste nada menos. Suponía que apestaba. Nadie se había molestado en ofrecerle una muda de ropa, un baño ni ninguna otra menudencia parecida. Seguía teniendo el polvo de Giza por todo el pelo.

Un hombre de traje negro lo llevó hasta un estudio lleno de libros. Creía que iba a ver el Despacho Oval, pero según parecía, aquél era el santuario privado del Gran Idiota Americano, el presidente Jimmy Wade en persona. El hombre que había recortado los presupuestos de la Academia Nacional de Ciencias y había cancelado las donaciones a docenas de universidades, Uriah incluida. Un hombre dispuesto a gastar miles de millones apoyando a asociaciones comerciales norteamericanas en su perpetua guerra contra los sistemas mercantiles de los imperios más grandes, mientras gobernaba un país con un sistema educativo vergonzoso y uno de titulaciones desastroso, y un hombre cuyo interés por las ciencias parecía ser, en caso de existir, negativo.

Bajo la presidencia de Wade, hasta los programas de exobiología y culturas alienígenas de la NASA estaban languideciendo, y eso que, ahora que se sabía que los OVNI eran producto de alguna especie inteligente, esos dos campos científicos se contaban entre los más importantes del mundo. Por no hablar del



seminario de Física de Propulsión Avanzada.

Pero era el presidente de Estados Unidos, el líder del pueblo americano y uno de los jefes de Estado más poderosos del mundo, por lo que verlo allí, humano y vulnerable, resultaba una experiencia insólita. Se puso en pie y extendió la mano. Martin se la estrechó y miró los ojos extraños y vacíos de aquel líder profesional.

Otro hombre, calvo y voluminoso —un hombre que dominaba la sala, a pesar de la presencia de dos generales de uniforme— le estrechó la mano con firmeza, lo llevó cerca del presidente y lo invitó a sentarse.

—Sabemos que ha vivido usted una experiencia traumática —murmuró. Tenía las manos blandas, y menos miedo en los ojos que el presidente. Los suyos brillaban. Y observaban. Martin reconoció a Bo Waldo, claro. Su cara estaba en todas las noticias.

—Doctor Winters... ¿Me permite que le llame Marty?

—Martin.

—Bien. Martin es un destacado miembro de la comunidad arqueológica de nuestro país. De hecho, provocó una pequeña revolución por sí solo.

No había sido pequeña, sino enorme, pero Martin no podía decirlo.

—¿Sobrevivió a la catástrofe de la pirámide? —preguntó el presidente—. ¿Dónde estaba? Porque yo he estado allí y no es fácil moverse.

—En una cámara funeraria, treinta metros por debajo de la superficie.

—¿Y cómo pudo sobrevivir estando allí? —preguntó uno de los generales. Era un sujeto de rostro anguloso y casi cruel, con unos ojillos feos, tan negros y brillantes como si fueran de obsidiana.

Martin decidió no responder a la pregunta, de puro impertinente y estúpida que era.

—Lo que el general Samson quiere decir es...

—¡Quiero decir lo que he preguntado, Al!

El otro general guardó silencio de inmediato. Era obvio que el más alto, con el pelo cano, era el subordinado. Tenía un rostro más agradable, aquilino, aristocrático y, pensó Martin, un poco triste.

—Sobreviví gracias a que estaba a gran profundidad. Captamos unas pulsaciones extrañas unos tres minutos antes de que la estructura volara por los aires, así que tuve tiempo de alejarme.

—Doctor Winters, si le dijera que han aparecido otras lentes como ésa por todo el mundo, en catorce lugares diferentes, situados todos a la misma distancia de un punto axial próximo al Polo Norte...

Fue como si la habitación se alejara y las voces se transformaran en recuerdos.

—¿Doctor Winters?

Martin tuvo que esforzarse para recobrar la compostura. El primero al que vio fue al general de los ojillos redondos, que lo observaba como un centinela a un prisionero peligroso. Tragó saliva, miró a su alrededor buscando agua y no la encontró.

—Muy bien —dijo—. Sé lo que sería eso. El Círculo Sagrado. Tenemos Ollantaytambo, la isla de Pascua, Angkor Wat... ¿Pretende decirme que todos estos lugares han sido destruidos?

—Todos ellos —respondió el presidente—. Lo que queremos saber es esto: ¿esas lentes representan un motivo de preocupación, como yo creo? Y, en caso de ser así, ¿estaría usted dispuesto a hacer algunas especulaciones sobre sus implicaciones para nuestra defensa?

Los medios retrataban a Wade como un idiota, pero la pregunta había impresionado a Martin.

—Señor, sabemos que existió una civilización avanzada en la Tierra hace unos quince mil años, civilización que desapareció repentinamente por culpa de una catástrofe. Todos esos sitios, salvo la pirámide, son estructuras posteriores levantadas sobre puntos geodésicos específicos. La razón es algo que nunca hemos llegado a averiguar.

El general con aspecto de reptil, Samson, replicó escupiendo casi las palabras:

—Creo que eso son, en gran medida, especulaciones.

—General Samson —repuso el presidente—, está usted aquí para reunir toda la información que pueda ayudarlo a ejecutar las órdenes recibidas. Muchas gracias, general.

—El trabajo de este hombre es muy controvertido —replicó Samson.

—La verdad es, eh... que no —dijo Martin.

—¡Pues yo he consultado unas cuantas revistas científicas y digo que sí!

Martin no sabía cómo responder a un general que le gritaba. Pero era una grosería y lo sacaba de sus casillas.

—Doctor Winters —intervino el presidente—. Díganos usted lo que cree que pueden ser esas lentes.

—Desde un punto de vista estrictamente arqueológico, no lo sé. Pero si atendemos a lo que se dice en las crónicas antiguas, una lente como ésa podría haber sido un mecanismo de destrucción.

—¿Para destruir qué?

—Aquella civilización. Desapareció en un solo día, ¿saben? En cuestión de minutos. De hecho, en una tarde de junio. En cinco minutos, poco más.

Esta afirmación silenció incluso al general que más hostilidad había mostrado.

Martin se dio cuenta entonces de lo que acababa de hacer.

—Eh... Para serles sincero, creo que me he precipitado un poco. Me... Ya saben, el shock... Y ahora esto.

—Permita que le exponga mi pregunta de otro modo —dijo el presidente—. ¿Considera usted que existe un peligro potencial, y, en caso afirmativo, en qué basa sus especulaciones? ¿Le parece mejor así?

—Existe un calendario que marca la fecha del próximo 21 de diciembre como fin de nuestra era. Ese día, la Tierra cruzará tanto el ecuador galáctico como la eclíptica solar en el solsticio de invierno. Una conjunción realmente insólita.

—Lo más absurdo de esa afirmación —dijo Samson— es que da por sentado que los mayas tenían nociones de astronomía avanzada. Los mayas, un puñado de sanguinarios indios. La mera idea resulta absurda.

Martin se dio cuenta entonces de que el hombre le inspiraba una intensa aversión, lo que era algo insólito en él, que reservaba toda su intensidad emocional para el amor que profesaba a su mujer y sus hijos. No cultivaba el odio, pero el general Samson lo provocaba.

—La fecha está ahí —dijo—. Y, lo supieran los mayas o no, la posición de la Tierra también.

—Eso significa... —dijo el presidente—. Dice usted que una civilización entera fue destruida en un solo día, doctor. ¿Qué enseñanzas deberíamos extraer de eso, aquí y ahora?

Un auxiliar le trajo finalmente un vaso de agua y Martin lo apuró de un trago.

—Llevaba toda la arena del desierto en la garganta —dijo.

—Muy bien —dijo el más amable de los generales—. Adelante, continúe.

—Sí. La profecía, y todo lo relacionado con el 2012, han sido siempre un gran enigma a causa de su exactitud. La elaboración de un calendario como el de los mayas requeriría de una inmensa capacidad de cálculo y, posiblemente, de conocimientos sobre la posición de la Tierra en relación con el resto de la galaxia... Y siento si esto ofende a alguien...

—La comunidad astrofísica aún está debatiendo ese tema... —dijo Samson.

—Tom, ¿quiere dejar de interrumpirlo?

—Sólo trato de ayudar, señor presidente.

—Continúe, doctor Winters, por favor.

Martin tragó saliva. Volvía a tener la garganta seca. No estaba acostumbrado a tantas emociones. Había pavor en todas las miradas, y el olor a sudor resultaba cada vez más fuerte en la sala.

—Sí, estoy pensando en esas cosas, cosas que han salido de debajo de la tierra, y en el hecho de que tantas culturas antiguas hablaran de seres que llegaron a nuestro planeta atravesando portales...

—¿Se refiere a alienígenas, seres de otros mundos?

—No exactamente. Teniendo en cuenta las distancias de las que estamos hablando, la mayoría de las teorías actuales se decantan por la idea de que los OVNI son en realidad proyecciones procedentes de un universo o universos paralelos, que estarían aquí mismo, a nuestro alrededor. En este momento.

—¡Vamos, por Dios! Señor presidente, ese tipo de especulaciones no conducen a ninguna parte.

—¡General, por el amor de Dios! —explotó el presidente—. ¿Quiere usted callarse de una vez?

Pero Samson no se dejó intimidar.

—Creo que hay que echar a este hombre de aquí. Está interfiriendo en...

—¡Escuche lo que está diciendo, Tom, por Dios! —rugió el presidente.

Samson cerró la boca.

—Continúe, doctor —dijo Bo Waldo en voz baja.

—Eh, los... eh... los sumerios los llamaban *annunaki*. Los babilonios, *akpallus*; los hebreos, *nephilim*... La lista es muy larga. En todos los casos, eran seres poderosos, impelidos por un deseo de dominación... De aspecto humano, más o menos, aunque con ojos de reptil. Procedían de otra realidad. Algunos de ellos eran hostiles, y otros más amistosos. Como si en el seno de su sociedad hubiera dos facciones, con dos planes diferentes para nosotros. En un momento dado, se enzarzaron en una guerra interna, y luego desaparecieron de aquí.

—¿Y eso está relacionado con nuestra situación actual?

—Puede que la razón de que las predicciones antiguas sobre el fin del mundo sean tan exactas es que haya algo en la situación astrofísica que permita abrir esos portales. Puede que para eso sirvan las lentes. En tal caso, hemos de suponer que son la peor amenaza que cabría imaginar.

Se hizo el silencio.

Martin no lo dijo, pero al pronunciar sus últimas palabras lo había asaltado la certeza de que eran ciertas. Hizo una pausa, y luego decidió llevar las cosas hasta el fin.

—Mmm, me arriesgaría a decir que se acaba de activar una máquina. Creo que podemos esperar que entre el día de hoy y el 21 de diciembre su actividad vaya en aumento, y que ese día destruya la civilización humana. O al menos lo intente.

El presidente se levantó y se acercó a una ventana.

—¿Bo?

—Señor, no tenemos ninguna información que sustente esa tesis.

—¿Tom?

—Es... Obviamente, no puedo llamarlo una fantasía. Esas cosas están ahí. Pero creo que tenemos que esperar un poco más. Si hay que luchar, antes debemos saber contra qué, y cómo.

—Al, voy a cambiar sus órdenes. Lo que quiero que haga es lo siguiente. Lanzará usted un ataque nuclear contra la más aislada de esas cosas...

Tom Samson se puso en pie de un salto.

—¡Eso es imposible!

—Tom, le he dado una orden.

—Señor, está usted actuando de forma impetuosa e irresponsable... ¡No puedo obedecer una orden así!

—¿Y tú, Al?

—Señor, mi puesto en el escalafón...

—Quiero que entiendan todos una cosa. No estoy oyendo lo que quiero oír. Y no pienso limitarme a pedir dimisiones. Dentro de un minuto, empezaré a ordenar arrestos. Aquí mismo. ¡Al servicio secreto! —Lanzó a Tom una mirada tal que Martin se dijo que se alegraba de no encontrarse en su pellejo.

Al se puso en pie.

—Señor, ordenaré el ataque ahora mismo.

—¿Y usted cumplirá con su juramento, Tom?

—Tal como yo lo entiendo, sí.

—«Cumpliré fielmente las órdenes legales»... Ésa es la parte que importa en nuestro caso.

—Señor, transmitiré las alertas y la notificación de guerra. Pero le suplico que consulte al Consejo de Seguridad Nacional y a Robbie sobre este asunto. Informe a su secretario de Defensa. Y, por el amor de Dios, informe de ello a los británicos y los franceses... a todos los imperios. No debe ser una sorpresa para ellos.

—No lo será para nadie —musitó el presidente—. Y ahora voy a decirles algo increíble. ¿Saben lo que tengo que hacer ahora? ¡Salir al Jardín de los Rosales, pegarme una sonrisa en la cara y perdonar a un puñetero pavo! Feliz día de Acción de Gracias.

Al verlo salir de la sala, Martin se dijo que estaría dispuesto a seguirlo a cualquier parte. Su opinión sobre el presidente había cambiado por completo. Era un hombre inteligente y decidido, además de un maestro en el arte de controlar a gente poderosa, como la que había en aquella sala.

Los demás lo siguieron. Martin se quedó allí, completamente olvidado por todos. Probablemente, el papel que había desempeñado en la reunión se perdería para la historia, pero él sabía lo que había hecho. Si querían detener lo que estaba a punto de ocurrir, era esencial actuar de manera inmediata y decisiva.

Había transcurrido un año desde que la NASA hiciera su anuncio sobre los OVNI y ahora Martin empezaba a preguntarse si habría sido una buena idea. Si sus creadores eran alienígenas procedentes de otros planetas, no parecía algo peligroso. Pero si se trataba de que había universos paralelos, el hecho de que la gente creyera en su existencia podía facilitar que penetraran en nuestro mundo. La mente desempeñaba un papel muy importante en eso, muy importante y muy ignorado. El consenso colectivo sobre el tema podía ser esencial para que pudieran usar sus portales, lo que significaba que era posible que la NASA, sin darse cuenta, hubiese abierto una puerta cerrada en su día por la sabiduría del pasado y sepultada bajo los lugares sagrados que acababan de ser destruidos.

Sacó el móvil. ¿Tendría cobertura allí? Sí, la tenía. Llamó a Lindy.

—Vuelvo a casa, cariño.

—¡Creía que estabas en un avión!

—He tomado un desvío. Un desvío increíble. —Miró a su alrededor y vio un hombre en la puerta, un agente del servicio secreto, su guardaespaldas, aparentemente.

—Discúlpeme, tengo que llegar a Kansas City.

—Hay vuelos desde el Aeropuerto Nacional. TAT y Braniff vuelan a K. C.

—Lo cierto es que me han traído en un reactor de las Fuerzas Aéreas, y pensé que...

El agente sonrió.

—Nuestro trabajo era traerlo hasta aquí. Está aquí.

—¿Y eso es todo?

—Eso es todo.

—Martin, ¿qué pasa? —preguntó Lindy—. ¿Con quién estás hablando?

—Te llamaré desde el aeropuerto para decirte cuándo llego.

Se tragó el terror que había estado acumulándose en su interior. Sólo le pedía a Dios que cuando llegara a casa aún quedara tiempo.



## 2

## LA ÚLTIMA BUENA NOCHE DE WYLIE DALE

*6 de diciembre*

Wylie Dale trató de dejar de temblar, pero no pudo. No creía que hubiera estado más asustado en toda su vida. La historia había estado dando vueltas por su mente como una especie de alucinación descontrolada hasta dejarlo completamente exhausto... sólo que sabía que no se trataba de ninguna alucinación, sino de algo muy real.

Y lo sabía porque había sido incapaz de impedir que sus dedos pulsaran las teclas. Lo había estado tecleando todo como desde fuera. Sin control alguno.

Al menos sus dedos ya habían dejado de moverse. Miró el reloj.

—¡Mierda!

—¿Qué pasa? —preguntó la voz soñolienta de Brooke desde el dormitorio.

—Voy en un segundo.

Wylie había pasado delante de su portátil dieciséis increíbles horas, escribiendo. Sabía lo que había escrito, y no porque fuera obra suya. No estaba escribiendo una novela, sino una historia, una historia aterradora, una historia que podía ser real y que no era sólo una historia, sino un aviso.

Encendió el pequeño televisor que había en la esquina de su mesa. Pasó un rato viendo las noticias de la Fox, antes de pasar al MSNBC, y luego a la CNN.

Una dosis más de la basura de costumbre: un actor abatido a tiros por una turba de fans enfurecidos, y una combinación de granizada, tornado e inundación que, al parecer, había arrasado todos los campings de caravanas de Arkansas. En ninguna parte se hablaba de los imperios europeos, y no se hacía mención alguna a extrañas lentes que brotaban de debajo de la tierra en ningún rincón del mundo, y menos en la Gran Pirámide.

Revisó lo que había escrito y vio que había más de cincuenta páginas.

Qué diablos, él no escribía así, nadie lo hacía...

¿Qué le había pasado, por Dios? Escribir ficción es muy complicado. A veces se tardan horas en redactar una sola frase.

A él le dolían los nudillos de tanto escribir.

Siguió leyendo. Si no era ficción, ¿qué era? No existía ningún presidente Wade, en el cielo sólo había una luna y, desde luego, hacía tiempo que no había zares en Rusia.

Era la realidad de un universo paralelo, que, de algún modo, se filtraba a una mente susceptible de recibirla: la suya.

La criatura que había visto en los bosques cinco años antes —el sujeto de su famosa obra *Días alienígenas*— tenía escamas en lugar de piel, y Martin había dicho que los antiguos *nephilim* bíblicos tenían aspecto de reptil. La Biblia no hacía mención alguna a esto, pero él había visto rostros cubiertos de escamas allí mismo, en aquellos bosques, ni a medio kilómetro de donde se encontraba ahora.

Brooke entró en el cuarto y le puso una mano sobre la mejilla.

—Wylie, es hora de irse a la cama.

Esto rompió el hechizo, y su cuerpo recuperó el control. Llevaba en la silla mucho más tiempo del conveniente, y su vejiga estaba dando señales de que tenía que aliviarse.

Corrió como alma que lleva el diablo.

—¿Wylie?

Llegó al váter justo a tiempo y levantó la tapa.

—Gracias, Dios mío.

Brooke fue tras él.

—¿Qué te pasa?

—¡Ya nada!

—Llevabas ahí desde el desayuno, ¿sabes?

Después de terminar de orinar, abrió el armario de las medicinas y sacó un par de pastillas de Mylanta. Se las tomó con Pepto Bismol.

—Néctar de los dioses... —dijo.

—Es tarde. Hay que irse a la cama. —Su mujer lo acarició.

—Necesito un poco de aire fresco. Voy a dar un paseo.

—Ese libro está volviéndote loco.

—No.

—Sí, en serio, y no estoy preparada para pasar de nuevo por eso, Wylie. Un libro de marcianos es suficiente para una vida.

Se refería, claro está a su odiado *Días alienígenas*. Que él también odiaba, por cierto. No era agradable ser el hazmerreír de todo el mundo.

—El libro que estoy escribiendo no es sobre alienígenas.

—Te conozco, Wylie Dale. Es sobre algo raro. Si no, no estarías así. ¡Pues se acabaron los platillos volantes por hoy, es hora de irse a la cama, chaval!

—No es sobre alienígenas, y el otro tampoco lo era. Simplemente, yo pensaba que lo era.

—*Días alienígenas* trata de un escritor que se vuelve loco en público. Trata sobre lo embarazoso que es eso.

—No hay alienígenas...

—Al final afronta la verdad.

—Lo que está pasando es mucho más raro que la llegada de unos alienígenas de otro planeta. Y este libro... Uf, está poseyéndome.

—Escribes ficciones que acabas por creer que son reales, y poco a poco vuelves loca a tu familia. Y, lo siento mucho, pero no quiero que eso se repita.

—Brooke...

—¡No! ¡Se acabó! Los libros te poseen, te vuelven loco... ¡No, se acabó, ya es suficiente!

—¿Mami? ¿Papi?

Nicholas apareció en la puerta, con cara de sueño y fastidio.

—Estupendo —dijo Wylie.

—A papá le duele la tripa —dijo Brooke a su hijo.

—Os estáis peleando.

—Quiero demasiado a tu mamá para pelearme con ella. Me limito a

obedecerla. —Formó una «v» invertida con las manos e hizo una reverencia ante Brooke.

—Eso no es cierto, papi. —Era Kelsey, su preciosa niñita, que acababa de llegar—. Tiene cigarros escondidos en el bosque.

—¡No es verdad!

Brooke cruzó los brazos. Kelsey también. Su mujer le lanzó una mirada llena de hostilidad.

—Esos alienígenas que sales a buscar a los bosques, Wylie Dale... ¿no vendrán de Cuba?

—Los cigarros son de Matt —respondió él.

—Y ahora mismo está por ahí fuera, ¿no?, fumándose un Monte y bebiéndose una botella de Beam, y ésa es la verdadera razón de que quieras ir a dar un paseo, ponerte ciego a fumar y a beber.

—Los cigarros cubanos son los mejores del mundo.

—Tú te vienes a la cama conmigo. Y vosotros dos a dormir, que viene el coco.

—Yo no creo en el coco —dijo Nick.

—Pues yo sí —le dijo Kelsey—. Sólo soy una niña pequeña, y sigo creyendo en el coco.

—Ya lo has oído, Nick. No fastidies a tu hermana pequeña.

—Sí, señor.

Wylie entró en el dormitorio y sacó la linterna de debajo de la cama, donde la guardaba, junto a la escopeta.

—Necesito un poco de aire, cariño. Lo que estoy escribiendo me está afectando, sí, claro, y estoy de acuerdo contigo en que a nadie le conviene que vuelva a ocurrir. Trata de nosotros, y de gente que vive en casas como ésta, en un universo paralelo. Al menos, eso creo. En este caso soy más lector que autor. Lo leo mientras mis dedos escriben, podría decirse.

—¿Qué quiere decir eso de «sobre nosotros»?

—Bueno, es como esta conversación. Estará en el libro. Porque, de algún modo, formamos parte de la historia. No sé muy bien cómo, pero es así.

—¡No quiero que nuestros nombres vuelvan a aparecer!

Oh... oh. Estaba pisando terreno resbaladizo.

—Bueno, eh... Mmm, la gente del universo paralelo no somos nosotros. Tienen nombres diferentes. Viven en su versión de esta casa, y su pueblo también se llama Harrow, pero no son los mismos que nosotros.

—Estoy harta de esto...

—Eh, espera un momento. El universo paralelo es muy diferente al nuestro. Sus McDonald's tienen arcos de color esmeralda. El presidente se llama James Hannah Wade, y la familia se llama Winters. Nosotros somos los Dale, por si no te acuerdas. Y aquí, evidentemente, los McDonald's tienen los arcos dorados. Además de que ya no existe el Imperio británico, entre otras muchas cosas. Y además, tienen dos pequeñas lunas, en lugar de una grande.

—En la parte ambientada en nuestro universo, ¿cómo se llaman los

personajes?

Lo conocía demasiado bien, y no era ninguna estúpida. Nada de eso.

—Bueno, claro, ahí sí que voy a usar...

—¡No!

—Pero es que... eh, somos nosotros. Lo somos.

—Los nombres de mis hijos no van a aparecer en otro de tus libros. ¿Sabes lo que ha llegado a decir Nicholas? ¡Que le da vergüenza que seas su padre, y tiene razón! Ya fue suficientemente malo que dijeras que se te había llevado un OVNI, ¡pero es que encima lo metiste a él! Cuando tenía sólo siete años. Wylie, ¿qué te pasa?

—Los nombres son... son... como marcadores. Cuando haya terminado, los cambiaré.

—¡Qué acto de vanidad, escribir novelas sobre ti mismo!

—Brooke, joder, eso es un golpe bajo. ¡Tú sabes lo que pasó!

—Estás haciéndole mucho daño a la familia, cariño. No puedo volver a pasar por eso. Y los niños tampoco. Sobre todo tu hijo. Es muy valiente, pero lo pasa muy mal.

—¿Qué quieres decir?

—¡Los demás niños se lo comen vivo! A su padre le metieron una sonda por el culo. Me gustaría verte en su lugar con doce años.

—Lo risible es el fracaso, no el libro. Todo lo que se cuenta en él ocurrió. —Hizo una pausa—. Sólo que no era lo que yo pensaba...

En ese momento volvió a sentir la misma sensación de antes, como una especie de tirón. Volver ante el ordenador, sentarse...

Pero no podía hacerlo después de dieciséis horas consecutivas. Se buscaría un ataque al corazón.

—La cuestión es que este libro... No soy su autor, cariño, soy su prisionero.

—La responsabilidad de lo que pase será tuya, Wylie Dale. ¡Tuya!

—¡Vale, como quieras! Me voy a pasear. Con suerte, cuando vuelva estarás dormida.

—Como vuelvas oliendo a tabaco...

—Kelsey debe de tener sangre india para poder seguirme sin que la vea nunca. Pero ni tú ni yo somos indios, cariño, así que ¿cómo se explica eso?

—Por el hecho de que eres un loco y un inmaduro. —Se acercó a él—. Que son dos de las principales razones por las que estoy loca por ti.

Lo besó. Wylie estaba furioso con ella, pero le devolvió el beso. Parecía tan vulnerable, tan... ella misma, que la abrazó con todas sus fuerzas.

Por muy tormentoso que fuera en ocasiones, aquel matrimonio era un bálsamo para Wylie Dale. Necesitaba a alguien dispuesto a estar a su lado y a darle también su propio espacio, y Brooke lo hacía de buen grado. Pero no estaba dispuesto a cambiar ningún nombre del libro, ni siquiera los suyos.

—Eres muy buena —le dijo.

Unos piececillos se alejaron corriendo. Oyó que Kelsey murmuraba:

—Se han besado. Ya podemos dormirnos. ¡Bobo!

—No imites a tu madre, niña —respondió Nick.

Wylie y Brooke lograron contener la risa.

Al ver que, a pesar de todo, se disponía a bajar, ella trató de detenerlo, pero Wylie le prometió que volvería pronto. Era verdad que necesitaba aire fresco. Si no se alejaba del teclado y dejaba que la cosa se calmara, se pasaría toda la noche trabajando.

Salió de la casa, encantado ante la perspectiva de perderse en los bosques, bajo el cielo estrellado que tan bien conocía... y bajo su buena amiga, la vieja luna. Tener dos lunas no podía ser muy romántico.

Inhaló profundamente para expulsar de su mente la neblina provocada por la escritura. Sintió un escalofrío. La noche era agradable, pero tenía el frío en el cuerpo.

Había sentido la asfixia de Martin debajo de la pirámide y se había encogido de angustiado terror cuando caían los bloques, sin saber realmente si iban a aplastarlo o no.

Era aterrador, pero más aún lo era el hecho de que todavía podía sentir la presencia de Martin. Casi podía verlo. Estaba en Harrow, y las cosas habían ido de mal en peor desde la visita a la Casa Blanca, que había sido... ¿cuándo? ¿Once o doce días antes?

Estaba en Harrow, sí, sumido en un terror absolutamente inconcebible, y Wylie sabía que, en cuanto regresara a su despacho, él sentiría ese mismo terror.

La cuestión era que creía poder ver en el interior de las lentes, y lo que se veía allí era otra Tierra paralela, una tercera Tierra, cuya existencia significaba malas noticias para todos ellos, muy malas.

No alcanzaba a verla con total claridad, pero sí sentía que era un mundo caído en desgracia, un auténtico infierno en la Tierra, que estaba tratando de escapar de sí mismo. Wylie podía percibir con qué devoradora desesperación anhelaba escapar de la ruina en que se había sumido.

Por increíble que pudiera parecer, sus habitantes lo habían hecho aún peor que los de su propia Tierra.

—Son muy viejos —musitó para sí, mientras su mente volvía a una de las ideas a las que había pasado años dando vueltas. Creía conocer los secretos de los reptiles con los que se había encontrado. En su Tierra, los dinosaurios nunca habían llegado a extinguirse. En su lugar, sus siniestros cerebros de reptil habían ido evolucionando y transformándose hasta cristalizar en aquellas criaturas que caminaban sobre dos patas: duras, brillantes y totalmente implacables.

«Oh, Dios... Que Dios ayude a los seres humanos.»

Con su compasión y su delicadeza de espíritu, los humanos no serían rivales para los reptiles inteligentes, ni en el universo de Martin ni en el suyo.

Se apoderarían de todo. Sí, así sería.

En los bosques reinaba un silencio sepulcral. El frío invernal apenas se había dejado sentir aún las primeras noches de diciembre. Como siempre, se había adentrado por la vieja senda de los guardabosques que cruzaba el pequeño barranco, donde, casi cinco años antes, viera aquella extraña luz.



Se detuvo y contempló el barranco. La había visto justo allí, poco más de quince metros más abajo de su posición actual. Parecía la casa de una vieja bruja, y se había ocultado entre los árboles hasta entonces. Brillante, infinitamente siniestra.

Impulsado por la curiosidad, creyendo que tal vez hubiese mendigos en su bosque, se había acercado a ella. Cuando quiso darse cuenta, unas manos escamosas lo habían atenazado. Y se encontró bajo la mirada de los más terribles ojos que jamás hubiese visto. Se lo llevaron y, sí, entonces le introdujeron la famosa sonda rectal, y luego, cuando volvió en sí, se encontraba en el suelo, y la choza había desaparecido, y se produjo un crepitar eléctrico en el aire.

Al menos eso era lo que recordaba su mente consciente. En sus sueños la cosa cambiaba. En ellos lo abrumaban unas aplastantes sensaciones de pérdida y anhelo, y Brooke se veía involucrada de alguna forma, pero ella le había jurado que aquella noche no había sentido ni oído nada.

Siguió por la oscura vereda, iluminando el camino con la linterna, en busca de la cueva donde guardaban los cigarros. Necesitaba fumar un poco. Tenía un depósito de agua en el garaje, que usaría antes de irse a la cama con Brooke. Si percibía olor a humo en su aliento tendría que pasarse la noche en el sofá y estaba demasiado cansado para eso.

La luz de la linterna iluminaba los árboles que lo rodeaban, los robles de hojas doradas, los rojizos arces, los nudosos pinos que habían empezado a aparecer al ascender la ladera...

Se encontraba a unos cincuenta metros de la caverna cuando percibió la presencia de una forma sólida un poco más adelante.

Se detuvo y escudriñó las sombras. Matt estaba de guardia aquella noche, así que puede que fuera un ciervo. Y sin embargo, la forma... parecía un hombre, pegado al tronco de un roble.

«Oh, mierda.» ¿Y si los reptiles sabían que estaba escribiendo un relato sobre su invasión y no estaban dispuestos a permitirselo?

Dominado por un miedo que casi le impedía actuar, con un temblor tan fuerte en las manos que apenas era capaz de controlarlas, levantó la linterna en dirección a la figura...

... que no se movió.

¿Era una rama? ¿Qué era?

Avanzó un paso.

—¿Hola?

La figura, fuera lo que fuese, se abalanzó sobre él.

Wylie cayó de espaldas, perdió la linterna, y sintió que la figura se le echaba encima, lo miraba... y se echaba a reír.

—¡Joder!

—¡Ay, tío, Wylie, Wylie, Jesús, qué bueno! ¡Qué bueno!

Wylie se puso en pie.

—¿Y tú dices que eres poli? Mira que andar por aquí derrochando el dinero



de los contribuyentes... ¿Y si se ha perdido un gatito o algo en el pueblo? ¿Entonces qué?

—¡La linterna! ¿Cuántas pilas lleva?

—Varias.

—Beka me ha dicho «¿quién está usando, un reflector en la loma de detrás de casa de los Dale?». Es lo que parece desde nuestra casa. Hasta me han llamado desde Holcomb. Creían que había un incendio o algo.

—Holcomb está a veinticinco kilómetros de aquí.

—Pues eso.

—O sea, que has visto la linterna desde tu casa, ¿no?

—Exactamente.

—Y has llegado en... ¿cuánto, cinco minutos? Me parece que no. Llevas aquí un rato, porque estabas robando habanos, capullo.

—Lo mismo que tú, capullo. Si no, ¿para qué has venido?

—Cabrón.

—El cabrón eres tú, porque puedes permitirte los, mientras que para un poli pobretón como yo son un lujo.

—Yo de rico nada.

—Tus hijos van a un colegio pijo de Kansas City. Por no hablar del Jeepazine con el que los llevas hasta allí todas las mañanas.

—Tampoco es para tanto.

—Aquí en el campo de Kansas, un jeep con tele es una pijada, tronco. Venga, vamos a la caseta de mi mujer a cogernos un pedo. Podemos llevarnos unos cuantos cigarros. El lugar está muy apartado. Nadie se dará cuenta.

—Brooke sospechará si tardo demasiado en volver. Y últimamente he vuelto borracho con demasiada frecuencia...

—Tío, he de reconocer que no me importaría que esa bruja me azotara un poco con su escoba.

—Eso dices ahora.

Emprendieron el camino de regreso, pensando ambos en futuras incursiones a la cueva de los cigarros, a ser posible más fructíferas que la actual. La clave era conseguir fumarse más de la mitad de la mercancía. El que lo consiguiera sería el ganador.

Al llegar a la loma desde la que se divisaba la casa de Wylie, éste vio una luz en su despacho. Se encendió, estuvo un momento encendida y volvió a apagarse. Wylie se detuvo.

—¿Has visto eso?

—Pues sí.

—Me preocupa. Mi familia está durmiendo.

La luz volvió a encenderse, parpadeó y se apagó.

—Parece que tienes un cortocircuito.

Wylie empezó a bajar por la ladera, con Matt a su derecha. Puede que fuera un poco jueguista, pero también era un poli responsable.

Llegaron al borde de la parcela. El agua de la piscina estaba completamente

en calma. La brillante luz volvió a encenderse y sonó una especie de castañeteo al otro lado de la ventana abierta.

Abrieron la mosquitera y entraron. Matt fue a buscar el extintor mientras Wylie corría hacia el despacho.

Miró la mesa y los cables que corrían por debajo. No había ninguna luz.

—¿Qué pasa? —preguntó Matt al entrar.

¿Y si habían venido ellos a destruir su libro?

Matt se inclinó y recogió un cable pelado. Lo sacudió y saltaron unas chispas.

—Habría sido *Sadie*.

Su gato birmano era famoso por su costumbre de mordisquear los cables.

—Se me olvidó cerrar la puerta.

—Podría haber provocado un incendio, tío, con tu familia en casa.

—Gracias por tu ayuda, Matt.

Se despidieron y las pisadas de Matt se alejaron por las escaleras.

Wylie se disponía a abandonar el despacho cuando se lo impidieron unos ruidos que no tendrían que haber estado allí. Pisadas. Alguien caminaba por el dormitorio. Pero Brooke estaba dormida.

Entonces se dio cuenta de que la persona a quien estaba oyendo era Lindy Winters.

Su mundo no estaba ni a un milímetro de distancia. Si los físicos tenían razón, estaban infinitamente próximos, aunque haría falta más energía de la que contenían ambos universos para conseguir que llegaran a entrar en contacto.

Sólo que... parecía ser que los físicos se equivocaban, ¿no?

Wylie se sentó en su silla. Se reclinó en ella y cerró los ojos y, al hacerlo, el universo de Martin pareció cobrar solidez a su alrededor y lo envolvió como una neblina viviente y compleja.

Las lentes eran garfios que se habían clavado en el mundo de Martin y, antes de que pasara mucho tiempo se clavarían también en el suyo.

Cuando abrió los ojos habían pasado casi dos horas. Faltaba poco para la una. Necesitaba dormir, pero se sentía como enfermo por dentro, como alguien que estuviera en el interior de un avión a punto de estrellarse, esperando el impacto.

Estaban acercándose. Eso era lo que estaba ocurriendo.

En el otro mundo humano, la NASA había anunciado que los OVNI eran reales. Según parecía, eso había trastocado el equilibrio y había permitido que los reptiles penetraran en su realidad.

De momento, nada indicaba que la NASA de su mundo estuviera disponiéndose a hacer algo semejante.

Ahora entendía por qué el gobierno negaba la evidente realidad de los OVNI. Alguien en el interior de aquellos pasillos secretos debía saber que la creencia colectiva era esencial, que era como el aceite de las bisagras de las puertas que separaban los mundos.

Oyó un nuevo ruido procedente del exterior. Metálico, pero muy débil. ¿Qué

era?

Volvió a sonar una segunda vez, débilmente de nuevo. Se acercó a la ventana, y se apoyó en el cristal tratando de oír mejor.

Allí estaba de nuevo, más claro esta vez, tanto, de hecho, que pudo identificarlo: era el inconfundible repique de las campanas de una iglesia. Algunas veces podían oírse desde allí, desde las colinas. Pero ¿quién estaba tocándolas a esas horas?

Matt vivía más cerca del pueblo. Puede que él oyera mejor.

Cogió el teléfono y, cuando iba a marcar, dudó un instante. Era tarde y Matt se iba a poner furioso. Pero no podía hacer otra cosa. Matt era el jefe de policía y, en aquel momento, el único agente del pueblo. Si alguien estaba tocando las campanas de una de las iglesias, tal vez fuera porque no estaba en condiciones de llamar por teléfono.

Marcó y esperó.

—¿Sí?

—Eh, ¿te he despertado?

—No, me paso toda la noche esperando junto al teléfono a que me llames, capullo estúpido. ¿Qué demonios quieres?

—¿Quieres hacerme el favor de acercarte a la ventana y decirme lo que oyes?

—Pues no.

—Eres poli. ¿No sientes curiosidad?

—Ninguna en absoluto. Buenas noches.

—¡Matt! ¡Matt! —Y, de repente, la cosa dejó de tener gracia. Tenía que saber lo que estaba pasando.

—¿Qué?

—Hazlo, va.

Hubo un silencio. Se prolongó. Al cabo de unos instantes, Matt regresó.

—Nada.

—Algo habrás oído.

—El suave susurro de las hojas al caer. Puede que las pisadas de una zarigüeya, o quizá un mapache.

—¿Y campanadas?

—No, aunque sí que he oído algo relacionado con las campanas. Con los campanarios, en realidad. Murciélagos. En el tuyo, chillando como cabrones.

—Alguien está tocando las campanas, colega.

—Como vuelvas a despertarme, voy a buscarte, te esposo y te encierro en una celda.

—La puerta de la celda para los borrachos está tan oxidada que ya no se abre. Tú mismo me lo dijiste.

—En tu honor, pondré un lubricante.

Wylie colgó. Encendió el escáner policial y observó el veloz movimiento de los diodos rojos a lo largo de la pequeña pantalla. El escáner emitía un pequeño chirrido de estática cada vez que se cruzaba con la onda del sheriff del condado.

Un solitario sonido. No había nada más.

Él había oído las malditas campanadas.

Pero no en su versión de Harrow, Kansas. Si Matt las hubiese oído también, habría bajado al pueblo a ver qué ocurría. Era demasiado responsable para dejar algo tan extraño sin investigar. En el mejor de los casos, serían unos vándalos. En el peor... bueno, quizá un incendio, quién sabe.

Si era capaz de sentarse delante del portátil —si se atrevía a hacerlo— lo averiguaría. Lo encendió. Sus manos temblaron un instante y empezaron a moverse. Sus dedos revolotearon sobre las teclas. Luego empezaron a tocarlas. Era como ver una máquina que empezaba a funcionar. Aquellas manos no eran las suyas.

Sus dedos aporrearon las teclas. Se detuvo.

Leyó lo que había escrito:

«Los amos del cielo estaban en la Tierra en aquellos días, y también después, cuando los hijos de Dios fueron entre las hijas de los hombres y engendraron descendencia con ellas.»

¿Una cita de la Biblia? ¿O quizá un texto judaico antiguo?

Lo buscó en Google, pero no encontró nada.

Pero los amos del cielo habían sido los *nephilim*, criaturas que se materializaban en el aire para violar y saquear, que habían provocado el devastador conflicto representado en los antiguos vedas de la India, con sus historias sobre misiles guiados por sonido, platillos voladores y bombas nucleares.

En aquellas leyendas, la llegada de los *nephilim* había marcado el final de la última era.

Al igual que, según los antiguos mayas, el 21 de diciembre de 2012, marcaría el de ésta. La fecha 13.0.0.0.0. de su calendario.

Todos los gurús de la New Age proclamaban que en ese momento sobrevendría una catarsis que afectaría a la mente del hombre. Hasta entonces, Wylie había supuesto que se trataría de algo similar al efecto 2000, que según algunos iba a suponer el estallido de un caos inimaginable y al final había acabado siendo una auténtica farsa.

Al cerrar los ojos, tuvo la sensación de que la mesa desaparecía del despacho. En su lugar había dos sofás con sendas lámparas a un lado. En el espacio donde él tenía su pequeño televisor, había ahora una estantería llena de volúmenes científicos, tanto de arqueología como de física. Los vio con tal claridad que casi pudo leer los títulos.

Al sonido de las campanadas se unió entonces el prolongado aullido de una sirena de alarma.

Sin darse cuenta, empezó a elevar una plegaria por el otro Harrow, y todo aquello que estaba perdiendo aquella noche, allí mismo, en aquel mismo momento, el 1 de diciembre de 2012.

Sintió que algo se movía cerca de él.

Trató de abrir los ojos, pero no pudo. Lo intentó de verdad. Y no pudo. Llamó

a Brooke, pero no brotó el menor sonido de sus labios.

Los contornos del cuarto de la casa de Martin y Lindy se hicieron más claros.

Vio una mujer: Lindy. Bastante bonita. Con aire intelectual. No una preciosidad como Brooke.

También ella había oído las campanas, y se había acercado a la ventana para escuchar. Estaba demacrada, ojerosa, y tenía una escopeta en las manos. No como la suya, sino más vieja, del calibre diez, un arma que había conocido tiempos mejores... mucho mejores.

Entonces se dio cuenta de que estaba escribiendo. Y lo más raro de todo era que hasta ese momento ni se había percatado. Tenía los ojos cerrados, pero podía oírlo. Sentirlo en los dedos.

Trató de apartar las manos del teclado y no pudo.

—Lindy —dijo. Dulce nombre. Ella apartó la mirada de la ventana y se dispuso a salir de la habitación.

El teléfono empezó a sonar en la casa de Lindy. Wylie no podía verlo, pero lo oía con tanta claridad que se quedó paralizado. Los dedos se le detuvieron encima de las teclas. Pudo oír la respiración de la chica, casi jadeante, entre las insistentes llamadas del teléfono.

Al otro lado del pasillo, oyó el suspiro apagado que emitía Brooke al volverse en la cama. ¿Percibiría, siquiera lejanamente, el ruido del teléfono de Lindy?

Lindy puso una mano sobre el aparato. Sus dedos se cerraron sobre el auricular. Su rostro reflejaba una congoja que resultaba espantosa de contemplar. Descolgó.

## 3

**LA RONDA NOCTURNA***1 de diciembre*

La noche del 29 de noviembre de 2012, lo que se había iniciado de forma tan extraña en Gloucestershire el día 21 se convirtió en una pesadilla que se abatió sobre millones de ciudades y pueblos de todo el mundo, y a continuación se expandió. El 1 de diciembre, la Casa Blanca llevaba varios días evacuada, y Washington, al igual que todo el mundo, estaba sumido en el caos. Las historias que llegaban de las grandes ciudades eran relatos de un horror indecible. En Nueva York y Chicago, la gente se había arrojado a millares por las ventanas, dejando montones de cadáveres por las calles. Las comunicaciones se habían interrumpido por todo el país, los alimentos y el combustible ya no circulaban por unas autopistas abarrotadas de refugiados y habían ocurrido cosas peores, mucho peores.

Sin embargo, Harrow, Kansas, no se había visto afectado. Todos los pueblos de la región se habían organizado, y estaban tan preparados como podían llegar a estarlo, pero hasta el momento el problema no había afectado a Kansas... o, al menos, a esa parte de Kansas. Sin embargo, con el sistema de comunicaciones inutilizado, apenas disponían de información sobre lo que estaba ocurriendo a más de cincuenta kilómetros de allí.

Martin estaba de guardia en el campanario de la iglesia metodista de la calle Tres cuando, justo antes del amanecer, vio una luz parpadeante en la capa de nubes que cubría el horizonte del oeste. Cuando dirigió la mirada hacia allí, las nubes se iluminaron por un momento. Pero se había levantado una tormenta por allí, así que podían ser unos simples relámpagos.

La luz fue menguando lentamente hasta desaparecer. El campo de Martin era la arqueología, no la meteorología, pero nunca había visto relámpagos tan duraderos como aquéllos.

Encendió el pequeño aparato de radio que se había llevado consigo por si podía captar alguna señal procedente de alguna parte, pero el mundo permaneció tan mudo como los tres últimos días. Sin radio, sin televisión, sin internet, prácticamente sin GPS... Las líneas de telefonía fija funcionaban esporádicamente y los teléfonos móviles sólo permitían realizar llamadas locales, y eso cuando funcionaban. No había televisión, y hasta la radio de onda corta no emitía otra cosa que estática, mientras que en las frecuencias altas sólo se captaban interminables secuencias de lo que parecía un monótono código, un lenguaje de máquinas.

Otro relámpago. Éste nació más cerca a la superficie y luego fue ganando intensidad.

Martin se dio cuenta de que su corazón había empezado a acelerarse. Tenía que afrontar la increíble realidad: habían llegado al condado de Lautner. Aquella luz estaba sobre Holcomb, a menos de cuarenta kilómetros de allí.

Nadie los había visto. Lo único que se sabía con certeza era que las catorce



lentes, al llegar la noche, emitían miles de discos de un apagado color rojo sangre, que luego se dispersaban por el mundo para propagar la más extraña forma de muerte conocida jamás por el hombre.

Sacó el teléfono móvil y llamó al policía del pueblo, su amigo Bobby Chalmers.

—Hay unas luces que me dan muy mala espina en esas nubes, Bobby.

—Las estoy mirando.

Luego llamó a Lindy. Trató de mantener la voz controlada para no alarmarla.

—Hola, doctora Winters.

—Hola, doctor Winters.

—Disculpa que te moleste, bella durmiente, pero ¿qué tal si levantas a los chicos y los vas preparando? Creo que es mejor que vengáis. Parece que hay actividad acercándose desde el oeste.

Antes de que Lindy tuviera tiempo de reaccionar, el teléfono de su marido recibió otra llamada. Martin colgó.

—Hola, Bobby. ¿Dónde estás, por cierto?

—De camino. Ron Turpin, de Parker...

Parker, un caótico conglomerado de caravanas levantado alrededor de un triste comercio en un cruce de caminos, se encontraba entre Holcomb y aquello.

—Lo conozco.

—Sí. Dice que ha visto una formación entre los relámpagos, moviéndose con las nubes. Y ya nadie responde al teléfono en Holcomb.

—Pero ¿funcionan? ¿Funcionan los teléfonos?

—Al menos dan tono de llamada. Pero nadie los coge. Ni la poli, ni el sheriff, ni en el ambulatorio... Nadie.

—Dios mío...

—Será mejor que salgas de ahí ahora mismo, Martin.

Sin perder un instante, bajó las escaleras hasta el entresuelo del coro, desde donde lanzó una rápida mirada a la iglesia antes de seguir bajando. Bobby, que había llegado ya, estaba entrando en el cuarto de los plomos cuando Martin llegó al pie de la escalera. Activó todos los interruptores y las luces de la nave se encendieron, seguidas por las del exterior.

Martin abrió el móvil y llamó al pastor.

—Reg, es posible que nos ataquen esta noche.

—No puede ser.

—Parece que llegaron a Holcomb hace unos minutos y ahora Bobby no consigue que nadie le coja el teléfono. Los discos pasaron sobre Parker en dirección hacia aquí. Somos el único pueblo en ciento veinte kilómetros a la redonda, Reg.

—Voy para allá.

Martin salió al exterior.

—He llamado a la granja de Dennis —dijo Bobby—. Tenemos que... —Su teléfono lo interrumpió. Lo abrió, escuchó unos momentos y volvió a cerrarlo—. Era Larry Dennis, pidiendo ayuda. Me ha dicho que tenían a Sally, que la luz

estaba cayendo sobre ellos como una lluvia... y luego la línea... —Extendió el silencioso teléfono hacia su amigo.

Los dos estaban pensando lo mismo: no podía estar ocurriendo allí, era una de esas cosas de las que oías hablar, una cosa que pasaba en las grandes ciudades, algo europeo, una catástrofe china.

—Despiértalos a todos —dijo Bobby—. Nos están atacando.

Martin volvió a entrar en la iglesia y activó la campana. Se produjo un ronroneo mecánico justo antes de que empezara a repicar y el sonido majestuoso y vibrante de las campanadas se propagara por la oscuridad. El dedo de Martin se detuvo un instante sobre la sirena. No había sonado desde septiembre, cuando el tornado que había acabado con el silo de Conagra y el aparcamiento de remolques de Kan-San.

Pulsó el interruptor, y la sirena empezó a sonar como un gruñido grave que poco a poco fue ganando en volumen hasta llenar la atmósfera entera con su aullido. Al otro lado de la calle, Sam Gossett apareció en la puerta de su casa en pantalones de pijama y gritó:

—¿Es de verdad?

—Acaban de llegar a Holcomb y a la granja Dermis —dijo Bobby—. Es totalmente de verdad.

Los Wilson y una familia a la que Martin sólo conocía de vista llegaron en un monovolumen y se refugiaron apresuradamente en la iglesia. Debían de haber dormido con la ropa puesta. Al pasar, Timmy Wilson dijo:

—Vienen por Six Mile, a poca velocidad y a baja altura.

Sus palabras hicieron que Martin se sintiera enfermo. Llamó a Lindy.

—Hola, cariño, ¿cómo vas?

—Estamos saliendo de casa.

—Tienes que darte prisa, Lindy. Están sobre la carretera de Six Mile.

—Oh, Dios, Martin.

Según las comunicaciones del departamento de Seguridad Nacional, la gente aislada no sobrevivía, nunca, en ningún caso. Supuestamente, los grupos tenían mejores probabilidades. De vez en cuando conseguían que las luces se retiraran. Martin creía que Bo Waldo seguía a los mandos. Era un hombre que no se rendiría, a diferencia de aquellos generales, dos cretinos susceptibles y rencorosos.

—Lindy, ataja por la casa de los Walker hasta la autopista.

—Les voy a destrozar el jardín...

—¡Vamos!

Su mujer colgó... O al menos eso quería pensar él. Una oleada de náuseas estuvo a punto de hacerle vomitar.

—¿Estás bien? —preguntó Bobby.

—Lindy ha salido con los niños. ¿Y Rose?

—Lo mismo. Viene lo más de prisa posible.

—Pero no por la carretera de Six Mile.

—En efecto.

Bobby, su amigo de la infancia, intercambió una mirada con él. Se había quedado en el pueblo mientras Martin se marchaba a la universidad. Pero al final había regresado, tras descubrir en Berkeley y Stanford que Kansas no se abandona con tanta facilidad.

—Nunca pensé que pasaría esto aquí, en Kansas —dijo Bobby mientras contemplaban el cielo y a la gente que estaba congregándose en la iglesia.

—Ya no estamos en Kansas, Bobby. Se la ha llevado el viento, me temo.

—¿Crees que se salvará alguien, Martin?

Una oleada de algo que sólo podría describirse como pesar invadió a Martin.

—La octavilla decía que si nos congregamos, tenemos más posibilidades de sobrevivir —dijo. Seguridad Nacional las había dejado caer sobre el pueblo, la pasada semana.

—Tengo ganas de esconderme. Es lo que deberíamos hacer.

—Yo creo que es mejor aceptar que no es posible esconderse.

La octavilla, soltada nada más y nada menos que desde un dirigible Goodyear era la única ayuda que el gobierno las había ofrecido. De hecho, lo más terrible de todo lo que estaba sucediendo era el silencio de Washington y Topeka.

George y Moira Fielding llegaron jadeando, ella en bragas y sujetador y él en bóxers y sandalias.

—Hemos oído gritos al otro lado de Constitution —dijo él con voz entrecortada.

El edificio Serenity. Cuarenta ancianos. Martin miró a Bobby.

—¿Quieres ir a ver? —En su fuero interno estaba pensando que Lindy y los niños debían pasar por delante de allí para llegar hasta la iglesia.

—Me necesitan aquí.

No era cobardía, era la pura verdad.

Al otro lado del pueblo, Martin vio que se encendían las luces del campanario de la Primera Iglesia de Cristo y oyó que sus campanas se sumaban a las suyas. Saint Peters estaba oculta detrás de los enormes robles que se levantaban a lo largo de Evans, detrás de Main, pero sabía que también ellos habrían encendido las luces. Sin embargo, no tenían campanas.

Emma Heard salió de su coche.

—He visto la luz esa que dicen. Era horrible. ¡Horrible!

—¿Estabas en casa?

—Estaba en la oficina cuando... Oh, Dios, traté de ayudarlos, estaban todos en sus cuartos... —Rompió a llorar y Martin dirigió la mirada por la calle Tres en busca de algún rastro de la camioneta Dodge azul de Lindy.

—¿Has presenciado algún ataque? —preguntó Bobby.

—Al salir, vi que la luz descendía sobre el edificio. La emitía una de esas cosas, un disco. Parecía una especie de mucosidad, una membrana brillante... muy brillante. Como la de *Nightline that*, aquel vídeo. Salí de allí corriendo. —Bajó los ojos—. Vi cómo descendía penetrando por las ventanas y oí... oí... Oh, Bobby, los gritos. —Hizo una pausa, y añadió, con un hilo de voz:— Se dirigen todos

hacia el norte, todos los que aún pueden caminar, en pijama, los pobres.

Entonces Emma vio a Martin. Se acercó a él. A sus cuarenta años, seguía siendo muy hermosa. Habían estado juntos cuando él tenía catorce y ella veinte. Se habían prodigado mimos y caricias, y Martin había aprendido de ella misterios que aún inspiraban el profundo placer que extraía de la compañía de las mujeres. Aunque ahora sólo gozaba de la de Lindy.

Emma se agarró a su camisa. Él le pasó un brazo alrededor de los hombros y la llevó hacia la iglesia.

—Entra, vamos. —Emma se alejó con un curioso movimiento deslizante. Martin la siguió con la mirada—. ¿Seguro que no está... afectada?

—No, es sólo el shock —dijo Bobby—. Es un caso típico.

—Dios nos ayudará —dijo la señora Oates al llegar—. No temáis, Dios nos ayudará. —Pasó junto a ellos sin verlos, con los ojos vidriosos por el terror.

—No puede decirse que nos haya ayudado mucho últimamente —dijo Bobby, pero en voz baja, como si fuera una especie de secreto inconfesable... o, más bien, una blasfemia.

Como científico que era, Martin había dejado atrás su piedad infantil hacía tiempo. No es que tuviera nada contra la religión; simplemente, no comprendía el mecanismo de lo espiritual.

Bobby y Rose llevaban a sus hijos a la iglesia metodista todas las semanas. Martin y Lindy habían decidido no cargar a Winnie y Trevor con el peso de la religión organizada. Trevor estaba encantado de haberse librado de unirse a los acólitos de la Comunión Anglicana Americana. Detestaba el latín.

Por todo el mundo, la gente estaba asumiendo que la espantosa catástrofe que se había abatido sobre el mundo significaba que lo espiritual era cierto. Una luminaria del calibre del famoso físico sir Roger Penfold había definido el alma como «el órgano profundo», por el modo en que, aparentemente, controlaba la memoria y las emociones. Teniendo en cuenta que estaba formada básicamente por electrones, la creencia en su inmortalidad se había demostrado atinada. La energía es inmortal, en efecto. Pero ¿podía ser consciente por sí sola, fuera del cuerpo, y conservar la coherencia después de la muerte? Martin era incapaz de entender algo semejante, y dudaba que hubiese alguien capaz de hacerlo.

Lo que sí entendía era la extraordinaria paradoja que suponía que el ataque contra las almas fuera precisamente lo que había llevado a su descubrimiento. La ceguera de la comunidad científica ante la realidad de lo espiritual sólo había terminado cuando alguien había empezado a robar las almas humanas a sus propietarios y las consecuencias de este acto habían salido a la luz para que todos pudieran verlas, oírlas y sentirlas.

Para Martin, como científico que era, esto no significaba que los dioses fueran reales. Pero la gente corriente había tomado la demostración de la existencia del alma como prueba de que sus dioses, fueran los que fuesen, también existían. De modo que ahora, los templos de todo el mundo estaban abarrotados día y noche de gente que suplicaba ayuda a sus deidades.

Martin veía las cosas de manera distinta. El hecho de que fuera posible

extraer aquel plasma del cuerpo humano le inspiraba auténtica fascinación, aunque los cambios que se producían al hacerlo lo asombraban y consternaban tanto como al que más. Sin embargo, el que aquello fuera el *ka* de los egipcios, el *jiva* de los hindúes, el *hun* de los chinos o cualquier otro de estos conceptos —es decir, lo que en el folclore se conocía como el alma— estaba aún por demostrar. De momento no era más que un órgano de un tipo desconocido hasta entonces, con una función muy importante, una función que, de hecho, gracias a su capacidad para preservar los recuerdos y enviarlos al cerebro para su procesamiento, explicaba por qué los humanos eran diferentes a los animales. Pero no había confirmado la existencia de los dioses, al menos para aquel intelectual en concreto.

Lo que sí estaba claro es que la extracción del alma era una catástrofe para el organismo, tan desastrosa como la que se había desencadenado sobre Kansas, y puede que sobre todo el país y sabían que había estado ocurriendo, hasta que fallaron las comunicaciones, sobre el abarrotado y desprotegido Tercer Mundo, donde enjambres enteros de discos, como vastas formaciones de langostas, brotaban cada noche de las catorce lentes negras y, una infernal noche tras otra, llevaban aquella espantosa y nueva forma de morir a millones de personas.

Sacó de su bolsillo una desgastada octavilla de Seguridad Nacional. «Acérquense a los individuos afectados con extrema cautela. Se desconoce su estado y, aunque en general son pasivos, pueden sufrir inesperados accesos de violencia.»

Martin había visto a algunos de los «inalmados», tal como habían dado en llamarlos los medios de comunicación cuando éstos aún existían, un grupo de seis en total, andrajosos, en las calles, supervivientes del ataque contra Garland, Texas, que para Estados Unidos había marcado el comienzo de la pesadilla. Caminaban en línea recta. Estaban sucios y apestaban, se alimentaban de carroña y de agua de las alcantarillas, se comunicaban con gruñidos y murmullos mientras deambulaban, conscientes quizá de que les faltaba algo, pero incapaces ya de entender qué.

Había parado el coche porque, a pesar de las advertencias de Seguridad Nacional, no había podido resistirse a la tentación de observarlos de cerca. No le habían parecido peligrosos. Parecían una manada de ciervos en migración, o algo parecido.

Les había hablado. Nada. Eran dos hombres, tres mujeres, algunos niños, uno de ellos en la espalda de su padre y los demás de la mano de sus madres. Caminando junto a ellos, había tocado a una de las mujeres en el hombro y le había preguntado:

—¿Podría decirme su nombre?

Ella se había vuelto, y entonces había ocurrido algo realmente aterrador: le había sonreído. Pero era una sonrisa extraña, muy extraña. Nada en ella era lo que debía ser: era tan luminosa que estaba vacía. No era cruel, sino implacablemente inocente, como la sonrisa del pobre Jim Tom Stevens cuando



eran niños. Pero es que Jim Tom era un retrasado, y a Martin no le había dado la sensación de que aquellas personas fueran exactamente estúpidas.

No, era algo mucho más raro. No habían perdido la inteligencia, sino más bien los conocimientos, y no se refería con esto a contar o leer, sino algo mucho más profundo. Lo que habían perdido era aquello que nos diferencia de los animales, la consciencia de sí mismos. Aún conocían y veían el mundo. La información que habían perdido era el hecho de que existían, y por eso habían dejado de ser propiamente humanos.

A pesar de su deficiencia intelectual, Jim Tom no estaba tan perdido. Aún sabía lo que era. Cuando oía su nombre, no reaccionaba como un animal ante un sonido familiar. Se volvía hacia ti con una expresión en la cara, la expresión humana esencial que venía a decir: «ése soy yo».

Martin había recordado un verso: «Con su mirada entera, una criatura contempla el espacio abierto... y no ve nada de sí misma en él. No posee yo.»

Luego se habían alejado, en la misma dirección en la que se desplazaban todos los perdidos, al menos por aquella región, que era al noroeste.

Le había dicho a Lindy que le recordaban a Jim Tom, que era tan inocente como para comerse un animal atropellado si se lo encontraba y tenía hambre.

—Si alguien intentara enseñarles —le había preguntado ella—, ¿crees que podrían aprender?

—A conducir una camioneta o cosas así, seguro que sí. Pero conceptos no. No.

—O sea, que se han vuelto estúpidos.

—No es la impresión que me han dado.

—¿Y qué impresión te han dado?

Martin meditó la pregunta, y finalmente respondió:

—La diferencia entre nosotros y un animal inteligente es que el animal entiende lo que es, pero no lo que eso significa. Creo que han vuelto al estado en el que vivíamos antes de que el descubrimiento del ser nos convirtiera en humanos. No eran humanos, Lindy. Simplemente, estaban... allí.

Como científico especializado en el pasado, era muy consciente de que el cuerpo y el cerebro humanos habían experimentado cien mil años de evolución antes de que apareciera la civilización. Habíamos sido animales inteligentes durante mucho, mucho tiempo, y en los rincones más oscuros de su mente, temía que quienquiera que fuese el responsable de aquello no estaba destruyendo ni capturando las almas, como creía la gente, en absoluto. Era algo mucho más sencillo: estaban fabricando esclavos, y la razón por la que todos los perdidos se alejaban en la misma dirección era que no estaban perdidos, sino que estaban congregándose en un punto establecido.

Por lo que a las almas se refería, extraerlas de los cuerpos era como dejar salir el aire de un globo. Su esencia pasaba a formar parte del flujo electromagnético general. A efectos prácticos, se desintegraban.

La iglesia estaba ya abarrotada. En pijama, en ropa interior, en lo que fuera, con abrigo sobre el hombro, con gorros en la cabeza... Lo único que llevaban



todos ellos era algún arma, y algunos de ellos más de una. Pistolas, rifles, escopetas, armas de asalto: un arsenal formidable.

May Whitt empezó a tocar el órgano. Tras un momento de titubeos, inició una estruendosa y valiente interpretación de *What a Friend We Have in Jesus*.

Un momento después, un grito atravesó las calles. El sonido se elevó por encima de la sirena, del repicar de las campanas y del himno. Una niña de diez años, Chrissie Palen, señaló el cielo. Al principio, Martin sólo vio la luna, pálida y serena, cubierta por los jirones de nubes que arrastraban los vientos. Entonces Tom Palen levantó su rifle y disparó, y los ojos de Martin siguieron el destello del cañón hasta un solitario ovoide de color anaranjado que se recortaba contra el cielo, tan inmóvil como si estuviera clavado a la tierra.

Recorrió la calle con la mirada en busca del Dodge de Lindy. La llamó, pero el teléfono ya no daba señal.

—¡Tenemos que salir de la calle! —chilló Bobby—. ¡Todos, corred, corred, vamos!

A pesar de que no tenía ninguna fe religiosa, Martin se encontró suplicando a Dios que llevara a su familia sana y salva hasta él. Sus labios vocalizaron las palabras una vez tras otra, una vez tras otra, «por favor, Dios, por favor, Dios», tratando de enviar alguna protección a su amada y sus niños, su voluntarioso preadolescente y su preciosa niñita.

El objeto permaneció un momento flotando sobre la farmacia de la avenida Rite y luego retrocedió hasta uno de los extremos del pueblo, la calle Target.

Y entonces Martin vio que Lindy estaba allí, saliendo del coche con Winnie y Trevor... y también el disco, deslizándose por el cielo como si estuviera sobre una mesa.

—¡Por el amor de Dios, corre! —le gritó—. ¡Dispara contra esa maldita cosa, Tom, dispara!

El rifle tronó una vez, una segunda... y la cosa se perdió en la oscuridad. Se decía que las balas podían detenerlas, aunque no por mucho tiempo.

Lindy y los chicos corrían hacia Martin como en una pesadilla, a cámara lenta, como bailarines de ballet ejecutando un *pas de deux*, como una botella abandonada en una superficie de agua en calma.

La cosa reapareció entonces volando a gran velocidad a la altura de los tejados. El fuego eléctrico que recorría su borde chisporroteaba. Los Palen se apresuraron a entrar en la iglesia, y Martin comprendió que su familia no iba a conseguirlo. Corrió hacia ellos con el martilleo de la sangre en las sienes, moviendo las piernas lo más rápido posible, pero no lo suficiente, mientras la cosa descendía sobre la calle Main. No estaba ni a cien metros de ellos, y empezaba a avanzar en su dirección. Sabía que estaba a punto de enfocarlos con su luz.

—¡Corre, Lindy!

Y entonces Lindy, Dios la bendijera, se volvió y le descerrajó cuatro disparos al disco volador que los seguía.

La cosa ni se inmutó. Puede que las balas las frenaran ligeramente, pero, al

parecer, las postas no tenían el mismo efecto.

Los chicos llegaron junto a su padre.

—¡Entrad en la iglesia! —les gritó mientras los empujaba hacia la luz. Lindy había regresado al coche a buscar una mochila de provisiones.

La campana repicaba, las sirenas seguían aullando y la congregación cantaba con voces temblorosas:

*... vendrá un escudo y encontrarás solaz allí.*

—¡Vamos! ¡Vamos! ¡Vamos! —gritó Bobby.

Lindy volvió a salir del coche. Se movía tan despacio que parecía encontrarse bajo el agua, y entonces Martin vio por qué: había tropezado y estaba cayendo. Corrió hacia ella.

El pastor, Reg Todd, exclamó:

—¡Vamos a cerrar las puertas! —Winnie y Trevor comprendieron lo que estaba pasando y empezaron a gritar:

—¡Mamá! ¡Papá!

—¡Martin, lo tienes justo encima, está empezando a brillar! —gritó Bobby. Sacó su revólver reglamentario y disparó contra el disco. Alrededor de Martin, la calle empezó a teñirse de rojo. Sin embargo, éste no dejó de correr hacia Lindy. La idea de abandonarla le resultaba inconcebible.

La luz del disco teñía de rojo la piel de su mujer. La rodeó con el brazo y la ayudó a avanzar. Cuando llegaron a los escalones de la iglesia, Lindy logró recobrar el equilibrio y corrió hacia la puerta. Al cruzar el vestíbulo cayó al suelo. Maggie Hastert acudió en su ayuda y las dos mujeres se encaminaron con paso vacilante hacia el último de los bancos mientras Bobby y Martin cerraban dando un portazo.

—¡Mamá! —gritó Trevor.

—¡Mami! —chillo Winnie. La pequeña empezaba a darse cuenta al fin de que algo no marchaba bien en su mundo.

—Mamá está bien —logró decir Lindy con voz entrecortada.

—Estás llorando —dijo Trevor.

—Estamos llorando todos, Trevor —dijo Martin.

—¿Tenemos que llorar? —preguntó Winnie.

Martin se sentó en el banco junto a Lindy, con los niños abrazados a los dos, en el sitio que les habían dejado los Hastert. Rose y los niños habían llegado también, así que la familia de Bobby también estaba a salvo... de momento.

Reg Todd se subió al pulpito. A Martin le caía bien, y habían cazado juntos de niños.

—Por toda la Tierra, la gente está rezando, pidiéndole a Dios que proteja sus almas. Podemos encontrar sabiduría en la Biblia, el libro del alma escrito por el propio Dios para este tiempo en que descubrimos nuestras almas porque las estamos perdiendo. Así que escuchadme ahora. Si llega la luz...

Hubo un grito. Todos miraron en todas direcciones, pero venía del exterior, de encima del edificio. Se repitió una segunda vez, y por toda la iglesia, los niños empezaron a gritar también. Peg Tarr empezó a chillar, y Bobby trató de calmarla,

pero ella se lo quitó de encima.

—¡Es mi marido! —gritó—. Sé que es él. ¡Puedo sentirlo! —Se apartó de su vecino y, al retroceder, tropezó con el doctor Willerson—. ¿Dónde están las Fuerzas Aéreas? ¿Dónde están los aviones? —aulló. El doctor había perdido las gafas al chocar con ella y se apartó de ella, encogido—. ¡Los aviones, los aviones! —siguió gritando Peg. Lo agarró por las solapas y tiró con tanta fuerza que le desgarró la chaqueta, a lo que él respondió propinándole un golpe en la cabeza que produjo un sonido parecido al que hacen las bombillas al explotar.

Entonces, el ruido volvió a repetirse en el exterior. Era un sonido humano, revestido de tan extraordinaria angustia que todos los que se encontraban en la iglesia chillaron con una agonía que, sumada al grito original, multiplicó su espanto. Los niños se desplomaron junto con sus madres. Ron Biggs, de Biggs John Deere, fabricante de tractores de cuarta generación, vació sobre el tejado su escopeta, una Remington del doce con las muescas de cuarenta y un ciervos y muchos días felices.

En medio de una lluvia de trozos de yeso, ángeles y nubes, se deslizó entre los tablones de la iglesia un chirrido horripilante que terminó con un ruido seco y sordo en el jardín.

Luego se hizo un silencio, roto por la voz de la pequeña Kimberly Wilson, que empezó a cantar «Vamos de cacería, vamos de cacería, lalá, lalá, lalá...» hasta que su madre la hizo callar.

Silencio total. No era lo que habían estado esperando. Un murmullo empezó a propagarse por la congregación. Bobby miró a Martin.

—¿Alguna idea? —Martin sacudió la cabeza. No había contado con que empezasen a caer personas sobre el tejado, pero así era como había sonado aquello.

—Doctor —dijo Bobby—, vamos a salir a echar un vistazo.

—¡No! —dijo Rose.

—Rose, es...

—¡Bobby, no! Tú te quedas aquí.

Hubo un largo silencio entre ellos. Rose sabía cuál era el deber de Bobby, y finalmente se apartó, con los ojos empañados en lágrimas.

Bobby y el doctor Willerson cruzaron la sala y salieron por la puerta de la sacristía. El cuerpo —si es que era un cuerpo— había caído a un lado de la iglesia.

La congregación se mantuvo en silencio, esperando. Algunos de los fieles, arrodillados, rezaban, mientras otros se limitaban a mirar sin decir nada.

Cuando volvieron a entrar, un momento más tarde, el doctor les dijo a los rostros silenciosos y expectantes:

—Creo que es el alcalde Tarr. Ha muerto a consecuencia de la caída. Tenía un rifle. Creo que estaba en el tejado, tratando de defendernos, y tropezó.

Peg se desvaneció.

Mientras Ginger Forrester y su novio, Lyndin Lynch, que estaba sentado a su lado, acudían en su ayuda, se alzaron más gritos, lejanos, pero procedentes de

muchas gargantas.

Estaban atacando a otros. Bobby corrió a la puerta principal, la abrió un instante y luego regresó.

—Es en Saint Peters —anunció.

—¡Esto es una locura! —dijo Mal Holmes—. ¿Qué hacemos esperando así? Tarr sabía lo que hacía. Salgamos y luchemos. ¡Por el amor de Dios, luchemos!

—Nuestra lucha está en nuestras plegarias —exclamó Reg.

En ese momento la señora James lanzó un grito y agitó el puño en el aire, un gesto que debía de haberse repetido miles de millones de veces por toda la Tierra a lo largo de aquellas terribles semanas.

—Ahora quiero leer algo —dijo Reg en voz alta—. Tengo un texto. Y luego rezaremos. Rezaremos toda la noche. Los niños pueden dormir en los bancos.

—Yo no pienso dormir —dijo Trevor.

—¡Ni yo! —añadió Winnie.

—Ya vale, niños, callaos —susurró Lindy.

Winnie se agarró a la pierna de Martin.

—Tengo mucha sed —murmuró.

—Tengo... Oh, está en la calle... —dijo Lindy—. Cuando la cosa ésa...

—Tenemos de sobra —dijo Jim mientras le ofrecía una botella de agua Ayers.

—Esto es del libro de Isaías. Quiero que lo escuchéis. Isaías cincuenta y cinco. Podéis coger las biblias de los bancos. Está en la página cuatrocientos treinta y cinco. —Empezó a leer—. «He aquí, llamarás a gente que no conociste, y gentes que no te conocieron correrán a ti; por causa de Jehová, tu Dios, y del pueblo de Israel, que te ha honrado. Buscad a Jehová mientras puede ser hallado, llamadle mientras está cercano. Deje el impío su camino, y el hombre inicuo sus pensamientos; y vuélvase a Jehová, el cual tendrá de él misericordia, y a nuestro Dios, el cual será generoso en el perdón.»

En ese momento se apagaron las luces. La congregación, embargada de terror, profirió un chillido.

—Recemos —exclamó Reg en medio del sobresalto general—. ¡Recemos! —Las voces callaron y se encendieron varias linternas.

Pero también apareció otra luz, que, poco a poco, empezó a descender por las representaciones de la natividad, la juventud y la pasión de Jesús que adornaban las cristaleras de la pared oeste.

Martin la contempló, paralizado por una morbosa fascinación.

Cuando la congregación se dio cuenta de que estaba allí, se fue haciendo el silencio lentamente. Al cabo de un momento, era absoluto. Todos la siguieron con la mirada mientras descendía, el arma más terrible de la historia del mundo, tan extraña, tan inesperada...

Como científico que era, Martin trató de usar sus dotes de observación para analizarla. Se movía como un líquido viscoso. El hombre había conseguido frenar el avance de la luz, detenerla y revertir su movimiento, pero nunca había creado algo como aquello.

Cuando empezó a aproximarse, se levantó un suspiro en la sala, el más tenue de los suspiros, y luego la vocecita de una niña rompió el silencio:

—Mira qué bonito, mami. Mira qué bonito está Jesús.

La vidriera con la figura barbuda en la cruz, las rocas y la virgen arrodillada de color azul, cobró nueva y resplandeciente vida al pasar la luz sobre ella. La luz pareció hacer una pausa, como si estuviera estudiando la congregación, evaluándola, examinándola, saboreándola... Y entonces empezó a aproximarse a sus rostros expectantes.

—Papá, ¿es un alienígena? —preguntó Trevor.

—Es Lucifer —dijo Winnie—. Calla o vendrá a cogernos.

Algunos niños empezaron a llorar, y el pánico se propagó como una onda. Sus padres los abrazaron.

Martin se dio cuenta al instante de que la cosa se movía como un ser vivo... un ser que no tenía la menor necesidad de ser cauteloso. No, su manera de atravesar las ventanas como si se derramara, de llenar la sala con su penetrante fulgor, no transmitía ninguna sensación de cautela. Estaba fascinado irremediablemente por su movimiento. Se parecía un poco a una membrana, pensó. Pero entonces avanzó hacia ellos con tal velocidad que varias gargantas estallaron en chillidos de agonía, provocados por un terror extremo.

El viejo Michaels se desplomó con un ruido sordo. Empezó a ponerse pálido y Martin se dijo que seguramente acababa de expirar. Una peste a orines y heces inundó el aire. Los niños se separaron de sus padres y corrieron hacia las puertas, creyendo en su terror que era posible escapar. La señora Leonard corrió detrás de Kevin, pero el niño llegó a la puerta de la sacristía y la abrió de par en par.

Una luz cegadora entró a raudales. El niño gritó y retrocedió dando un brinco, pero la luz lo envolvió. Martin vio un parpadeo fugaz y el muchacho quedó inmóvil en medio de ella, bañado en ella, con la boca abierta. Su madre corrió al otro lado de la nave, desde allí, sus chillidos de congoja resonaron por todo el templo.

—«Pues mis pensamientos no son tus pensamientos —exclamó Reg—, y tu camino no es mi camino», dice el Señor. «Tan lejos de la Tierra como están los Cielos está mi camino del tuyo, y mis pensamientos de los tuyos.»

La luz se movió y se expandió, cruzó la iglesia y se derramó sobre la nave. La gente se subió a los bancos para impedir que les tocara los pies, pero Martin sabía que era perder el tiempo. En cualquier momento se produciría su terrible eclosión y luego..., bien, era incapaz de imaginárselo. Sencillamente incapaz.

No había en la luz el menor rastro de materia biológica. Definitivamente, era una especie de plasma, eso estaba claro. Pero poseía la estabilidad de una membrana muy cohesionada. Trató de recordar algún bajorrelieve, algún fresco, alguna escultura en alguna parte del mundo que se pareciera a aquello, y no encontró nada.

Era una experiencia nueva, de eso estaba convencido, para la humanidad.

—Rezad —dijo Reg—. Rezad, abrazad a vuestros hijos y tened las armas



preparadas.

Martin rodeó a Trevor con los brazos y, mientras Lindy levantaba a Winnie del suelo, palpó el bolsillo en el que llevaba la pistola. La había cargado con balas de punta hueca. Un tiro en la cabeza bastaría para matar instantáneamente a cualquier ser querido, pero la verdad es que Martin no estaba muy seguro de poder hacerlo. Ojalá Seguridad Nacional tuviera razón y la presencia de la congregación les permitiría salvarse.

—Disparad —dijo una voz—. ¡Que Dios nos ayude, disparad!

—¡No! —gritó Bobby—. Se propaga, ya lo sabemos. Se...

Entonces, repentinamente, se vieron rodeados por la cosa más extraña que cualquiera de ellos hubiera experimentado jamás, una titilante masa de colores que lastimaba la piel y provocaba una sensación placentera al mismo tiempo... y también era como si alguien estuviera observándote, no tanto con malicia como con una especie de evaluación que resultaba casi... profesional.

«Nos han destruido», pensó Martin. «Somos una especie destruida. Así es cómo acabamos, asesinados de un modo que no entendemos por algo que excede nuestra capacidad de entendimiento.» Pero entonces pensó también, «así es como nosotros sacrificamos al ganado todos los días».

Creyó vislumbrar a un hombre, alto y esbelto, con un sombrero oscuro que le tapaba los ojos y cara de serpiente, que se le acercaba lentamente. Haciendo un esfuerzo se sacudió la alucinación de encima. Todos habían oído historias sobre aquel fenómeno. No era más que la mente, que trataba de dar a lo imposible alguna forma susceptible de ser comprendida y, por tanto, combatida.

Trevor cerró los ojos.

—Papá, estoy viendo una especie de serpiente. —Volvió a abrirlos—. En mi cabeza. Me está observando en mi cabeza.

Se alzaron las voces de otros niños:

—Hay una cobra, mamá...

—Un dragón...

—Papi, una pitón...

Y Martin comprendió que allí era donde se originaba el ancestral relato de la serpiente. Así era como el hombre había dado forma al mal desencarnado.

Hubo un ruido sordo, como uno de esos sonidos huecos y profundos que nunca parecen tener explicación y que uno oye cuando está en un bosque. Pero algo había cambiado. Reg había cambiado. En lugar del hombre que hasta entonces se encontraba en el pulpito, con su Biblia en la mano y un viejo traje gris sin corbata, ahora veían a un individuo con la túnica de colores más intrincadamente hermosa que jamás hubiesen visto. Pero no estaba hecha de tela. Los colores procedían de unos recuerdos minúsculos y exquisitamente detallados, plenos de vida y movimiento cada uno de ellos, que revoloteaban a su alrededor como un enjambre de joyas vivas. Echó la cabeza hacia atrás y empezó a gritar como un gorila enloquecido.

A la mente de Martin acudió un pasaje de la Biblia, el de la túnica de los muchos colores. Ahora entendía el mensaje: la túnica de José era su alma. Por



tanto, los autores de la Biblia sabían qué aspecto tenían las almas. Estaba contemplando cómo le succionaban el alma a Reg, igual que un mono succionaría la pulpa de una naranja.

Nadie hacía el menor ruido. No se atrevían. Pero todos ellos, desde el primero hasta el último, esperaban en el fondo de su corazón que aquello fuera todo, que acabara con Reg.

Entonces, Reg empezó a experimentar una transformación física: el rostro se le alargó, sus cuencas oculares se estiraron hasta quedar convertidas en sendos óvalos verticales, sus labios se separaron y la boca quedó entreabierta... y a continuación, por toda la sala, a otros les pasó lo mismo. Los rostros se convulsionaron mientras de los cuerpos irradiaban aquellos colores, como un bellissimo pus. Se hicieron sus necesidades encima, y aullaron, y se retorcieron, y cayeron al suelo, donde empezaron a arañarse el cuello.

Hubo una detonación ensordecedora: Milly Fisher le había volado la cabeza a su hijo Tim.

—¡Mamá! —gritó Winnie—. ¿Qué pasa, qué pasa?

El chisporroteo se convirtió en un sonido de succión, la succión de una herida, y entonces la congregación se convirtió en una masa indistinta de luz y movimiento, de personas que luchaban y se retorcían, algunas de los cuales se arañaban el cuerpo y aullaban mientras otras, con las armas en las temblorosas manos, trataban de matar a los que estaban siendo destruidos... como si eso fuera a importar, como si fuera a servir de algo.

Todo continuó igual por un momento: gente que se arrastraba por el suelo, que se amontonaba la una encima de la otra, que corría hacia las puertas anegadas de luz y se lanzaba en pos de ella, abrazándose a la calidez de su espectral carnosidad.

Entonces se hizo la oscuridad, y luego el silencio, interrumpido sólo por un solitario y desgarrador llanto.

Los candelabros parpadearon, se encendieron y, con el regreso de la luz, llegó la sensación de que acababa de pasar una tormenta.

El pastor seguía en el pulpito. Desde uno de los bancos centrales, alguien preguntó:

—¿Reg? ¿Estás bien, Reg?

La Biblia cayó de la mano de Reg y golpeó el suelo con un sonido parecido a un disparo. En los bancos, algunos de los presentes zarandeaban a otros, gritaban sus nombres ante sus caras de mirada perdida lanzándoles perdigones de saliva.

—¡Angie, cariño! ¿Angie, estás bien? Está bien, no se lo han hecho...

Martin vio a Angie Bright, esposa de Cari Bright desde hacía treinta años, mirándolo con la inocencia de una recién nacida.

Otros empezaron a gruñir, a reír, a caminar hacia las paredes. El pastor murmuraba quedamente mientras lo hacía. Su rostro seguía siendo el mismo de siempre, pero tenía la mirada vacía y los ojos vidriosos, perdidos.

Bobby se acercó a la nave central y subió corriendo al pulpito.

—Muy bien, tenemos la razón de nuestro lado. Hay que hacerlo, amigos.

—Mi hija, mi hija está bien. Lucy, estás bien. ¡Está bien! —Becky Lindner zarandeó a su hija de doce años—. ¡Lucy! ¡Lucy, no juegues conmigo!

La niña, que hasta entonces se había dejado hacer, como una catatónica, se abalanzó sobre su madre y empezó a morder como un perro acorralado. Con un grito, Becky retrocedió y tropezó con la familia Baker, cuyo joven hijo, Timothy, la agarró.

Entonces fue Cari Bright quien gritó al darse cuenta de que su hijo adolescente, Robert, también se había convertido en uno de los perdidos. A Martin le estaba partiendo el corazón todo lo que estaba viendo, pero lo peor eran las familias como aquélla. Los Bright vivían también en las colinas, en una casa confortable, a pocos kilómetros de la suya. Él trabajaba escribiendo manuales técnicos. Ella tenía un negocio de artesanía que venía por internet.

Sin un simple murmullo de advertencia, la señora Haggerty se abalanzó sobre la espalda de Lindy como una leona sobre un ñu, y ésta, al retroceder, tropezó con Martin, y cayó al suelo con él y la mujer que la había atacado. El señor Haggerty tuvo que llevarse a su esposa a rastras mientras ésta vociferaba y trataba de arrancarle el pelo a Lindy.

—Niños, no miréis —gritó Martin mientras el joven Haggerty acababa con su madre de un tiro.

Lindy, Trevor y Winnie se volvieron y echaron a andar hacia la puerta de la iglesia. Aquello confundió a Martin.

—¿Lindy? Oye...

Hubo otro disparo en la parte trasera. Uno de los pequeños Desmond se encontraba de pie sobre el cuerpo de su padre, mirándolo con sus jóvenes ojos llenos de lágrimas.

—Lo he hecho, lo he hecho, mamá —gritó, y su madre lo cogió y lo envolvió en su abrazo.

Phil Knippa, cuya esposa estaba yendo hacia la puerta de la iglesia con los demás perdidos, preguntó a Martin:

—¿Qué pasa?

Martin corrió detrás de su familia.

—Eh, yo...

Su Lindy había llegado a la puerta. Estaba con los demás.

—¿Lindy? ¡Oh, no!

Bobby llegó junto a él.

—Eh, vamos, tío.

—Pero ellos... ¡No les pasaba nada! —Se echó a reír—. Está en estado de shock. ¡Lindy, oye! —Se acercó a sus hijos—. ¿Ves? Están bien, Bobby. Sólo están siguiendo a su madre. ¡Winnie! ¡Trevor! ¡Estaos quietos! ¡Quietos!

—«En ese día —dijo Phil— el Señor castigará con su espada, su espada feroz, grande y de gran alcance, al Leviatán, la serpiente que se desliza, Leviatán, la serpiente enrollada; Él destruirá al monstruo del mar.»

Los nuevos perdidos, agolpados en la entrada, aporreaban la puerta tratando

de abrirla, Lindy, Trevor y Winnie entre ellos. Entonces Bobby le puso una mano en el hombro y, al volverse y ver el arma que su querido y viejo amigo le ofrecía, Martin sintió en el corazón una angustia tan desgarradora que no le quedó más remedio que echar la cabeza hacia atrás y gritar con todas sus fuerzas, y en esa parte silenciosa que todos tenemos dentro y que lo ve y lo sabe todo, una voz dijo: «Ha ocurrido. Esto es lo que te queda ahora.»

Amantes, esposas, maridos, niños... Todos circulaban entre sus seres queridos, tratando de comunicarse con ellos, y sus lágrimas llenaban la iglesia.

Bobby les abrió las puertas y salieron a la calle... donde se unieron a muchos otros, en un número atroz, que se alejaban en dirección a la noche. Martin calculaba que serían las tres cuartas partes del pueblo.

Lenta y silenciosamente, se dirigieron hacia el vado del río y los caminos poco transitados que subían a las colinas Smoke, que, aunque apenas eran dignas de llamarse así, también eran más agrestes de lo que parecía de lejos.

Algunas personas corrían entre ellos, dos maridos, una esposa, personas que habían intercambiado promesas del tipo: «Si me pasa a mí, no dejes que me quede así.» Pactos hechos de sangre y amor.

Martin corrió también, y tocó a su mujer mientras la llamaba y le gritaba a sus pequeños.

—Niños, venid aquí, venid con papá. ¡Es una orden! —Y a su esposa—. ¡Oh, Lindy, despierta, amor mío, despierta, amor!

Pero no despertaron, ninguno de ellos. Un brazo le rodeó el hombro, el brazo de alguien a quien apenas conocía, pero que ahora se le antojó un salvador, y se apoyó en él y lloró, lo mismo que, en la calle, los pequeños grupos de los que habían quedado atrás lloraban, mientras los perdidos se alejaban calle abajo y desaparecían en la oscuridad.

Martin volvió a correr tras ellos, y entonces se detuvo, y cayó de rodillas y gritó:

—¡Lindy!

Gritó de rabia y de angustia mientras ella se alejaba sin una triste mirada atrás, llevándose a la oscuridad sus hijos, su amor y todo cuanto significaba algo para él.

Las horas pasaron lenta y horriblemente en el devastado pueblo, entre llantos en las iglesias, y con los cuerpos de los muertos alineados con la poca dignidad que aún les quedaba sobre el césped. Sin embargo, la mayoría de los perdidos no estaba allí, porque sus seres queridos no habían podido reunir el valor necesario para arrancarles la vida a sus familiares, por espantosa que fuera su condición. Así que se alejaron y fueron absorbidos por la noche. Al llegar el día, la gente iría a buscarlos, y les llevarían agua y comida a sus vacías cáscaras, tratando de alimentarlos, de hablarles. Y los perdidos sonreirían, o a veces reaccionarían con la violencia de los animales, pero los otros seguirían con ellos, suplicando, rezando, intentando cualquier cosa para conseguir que volvieran. Porque despedirse de los muertos cuando aún estaban vivos provocaba una angustia tan extraordinaria que mucha gente, mucha, era incapaz de soportarla.

Martin se puso en pie. Él no se convertiría en uno de aquellos borregos. Se lo juró. Sería un luchador. De algún modo, conseguiría rescatar a su mujer y a sus hijos. Saldría ahí fuera, a la oscuridad, y, le costara lo que le costase, la sangre, la vida o la propia alma, ya poco le importaba, conseguiría rescatar a su familia.

Poco antes del alba, el rocío lo cubrió todo, y la mañana amaneció salpicada de cristales de agua, sobre las hojas de otoño y la última y amarillenta hierba de la estación, sobre las hermosas casas, las calles vacías y también sobre los perdidos, ya lejos, en los campos susurrantes, un rocío brillante sobre una lluvia de perlas.

## 4

**EL ENVENENADOR***2 de diciembre*

Wylie se levantó de la silla del ordenador, abrió el primer cajón de la mesa, sacó el botellín que guardaba allí y lo apuró de un solo trago.

—Jesús, idiotas, ¿no os dais cuenta de que es un truco, joder?

Pero no se habían dado cuenta, ni siquiera Martin y Lindy. Ellos también se habían refugiado en la iglesia y se habían sentado allí a esperar, como puñeteros patos de plástico en una caseta de feria, y luego... Oh, Dios, pobres Winters, y pobre Harrow. Pobre gente, eran decentes y buenas personas.

Aquello era peor que morir. Pero ¿por qué les estaban haciendo eso y adónde iban? Creía que Martin tenía razón en una cosa: se dirigían a un punto determinado. Pero... no podía más que especular. Puede que se dirigiesen a unas cámaras de gas o algo así. Dios no podía permitir que Lindy y Winnie tuvieran ese destino. Lo angustiaba pensar en ellas, la dulce y brillante niñita, y su madre, tan llena de amor e inteligente.

—No es verdad —dijo—. Me niego a creer que sea verdad.

Puede que no estuviera registrando los acontecimientos sucedidos en otro universo, sino creándolos. Puede que sólo fuera un instrumento de los reptiles.

Sabía que la facilidad de movimiento entre mundos paralelos estaba relacionada con la fe y su ausencia. Al negar que los OVNI fueran reales, la NASA de su mundo los había salvado... al menos de momento.

La cuestión era que, cuanto más se acercasen al 21 de diciembre, más fácil sería cruzar los portales. Y aquel día se desataría un infierno. Estaban preparando la invasión... y puede que también en su mundo, por mucho que la NASA se empeñara en negarlo.

Revisó las páginas que había escrito en la pantalla del ordenador. Sabía más cosas y también menos de las que había en el portátil. Sabía, por ejemplo, lo que estaba pasando en el Lejano Oriente del mundo de Martin, una catástrofe de tal magnitud que resultaba, simplemente, inimaginable. Lo sabía, pero no podía acceder a los detalles. Su conocimiento no llegaba muy lejos. Pero sí que podía sentir el terror experimentado por miles de millones de personas.

¿Qué pasaría si todos se volvían así?

Aspiró hondo y exhaló lentamente. Condenada Brooke y sus normas. Un cigarro le vendría muy, pero que muy bien en aquel momento.

Puede que estuvieran cosechando esclavos. Algo valdrían seis mil millones de esclavos en la tercera Tierra, ¿no? Pero si les estaban extrayendo las almas, ¿qué pasaba con ellas? Martin creía que simplemente se desintegraban, pero Wylie no estaba tan seguro. No sabía qué pensar. Nunca había creído en el alma, en Dios, ni en cosas de ésas. Al igual que Martin, había estudiado en Stanford y había salido de allí pertrechado con un sólido racionalismo y una esencial falta de respeto por las afirmaciones indemostrables.

Las monstruosas criaturas querían los cuerpos, estaba convencido de ello.

Salvo que... ¿Cuántos universos paralelos podía haber? Si la teoría de Hug Everett sobre los «Muchos mundos» era cierta, aquel ataque podía provenir de cualquiera de los mundos que formaban aquel sinfín de universos paralelos.

Pero él creía que no. Creía que las formas que habían vislumbrado los habitantes del pueblo en la iglesia eran verdaderas. Tenía razón sobre sus criaturas y sobre su mundo. Podía sentir su necesidad, podía ver sus ojos feroces e implacables del mismo modo que aquella noche, cinco años antes, cuando habían intentado... ¿Qué habían intentado? ¿Capturarlo?

No, algo no encajaba. Había escrito hasta un libro sobre ello, pero cada vez estaba más seguro de que le faltaba algún elemento. Porque lo ocurrido aquella noche había sido duro, sí, pero... le faltaba algo. Lo tenía en la punta de la lengua, pero no conseguía recordarlo.

Puede que tuviera que ver con el hecho de que había tres Tierras implicadas. Una tríada.

Buckminster Fuller había llamado al triángulo la «unidad esencial de construcción» del universo, a causa de su integridad estructural. También había algo en la vida inteligente que explicaba que la idea de la trinidad tuviera sentido estructural. Las tríadas tienen un lado positivo, un lado negativo y un lado que equilibra los otros dos. Si la Tierra de las dos lunas era la positiva, entonces la negativa era la de los reptiles, con su maléfica voracidad.

Oh, Jesús, él no era el factor equilibrador. Es decir, él sólo era... Bien, tenía que afrontarlo, un escritor metomentodo obsesionado por los alienígenas, no es el tío más adecuado para equilibrar las cosas.

En otras palabras, no estaba a la altura de... ¿de qué? Lo cierto es que no estaba haciendo gran cosa, aparte de escribir una historia que su mundo recibiría como una ficción. No estaba ayudando a nadie.

Cerró los ojos. Si existía un dios en alguna parte, ya podía liberar a su servidor Wylie Dale de la obligación de escribir.

Pero mientras trataba de apartar el otro mundo de su mente, sus pensamientos volvieron por sí solos al sufrimiento de sus habitantes. En él, su casa estaba fría y a oscuras, no caliente y acogedora, con una estupenda familia en su interior.

Al despuntar el alba, los papamoscas iniciaron su dulce canto, verdadera esencia de la vida apacible en el campo. En cambio, en el otro, la gente a la que los alienígenas habían dejado con vida estaban llorando, presas de una tristeza indecible. Wylie también estaba llorando... aunque en silencio. Brooke y los niños no debían oírlo.

Entonces entró su mujer. Había llegado en silencio y no la había oído, pero estaba allí, en la puerta de su despacho, y a él se le antojó un ángel caído del cielo, así que se volvió en su chirriante y vieja silla, se levantó, se arrodilló junto a ella, la abrazó por la cintura y se dejó envolver por su dulce e intenso aroma.

Las manos de Brooke rodearon su cabeza y se sintió acunado.

—Tienes que venir a la cama, cariño —le dijo.

—¿Qué hora es?



—Los papamoscas están empezando a cantar.

Llevaba allí casi veinticuatro horas.

—Oh, Dios.

—¿Wylie?

Levantó la cabeza y la miró, allí, con su camisón, tan pálida bajo la débil luz que lo mismo podría haber sido un fantasma o un recuerdo.

—Somos viajeros en las largas aguas —murmuró— tú y yo, cariño, tú y yo.

—Le cogió la mano y vio que estaba caliente. La besó y olía a sudor y recuerdos.

Se puso en pie, la abrazó y ella encontró acomodo entre sus brazos. Wylie cerró los ojos y se mecía.

—Estabas llorando —dijo ella.

—La historia...

—Te está sacando de quicio, Wylie.

Él asintió sin separarse de su hombro.

—Se supone que tu imaginación debe ser una herramienta, no un arma, especialmente contra ti mismo.

—Oh, cariño —respondió.

—Wylie, no es real, recuérdalo esta vez. No te dejes confundir.

Wylie volvió a asentir. Las manos de su mujer acariciaron sus muslos, y luego sus largos dedos sondearon sus pantalones. Él sintió que empezaba a despertar. Ella, Brooke, era su hogar, el hogar de su espíritu.

Había estado allí aquella noche. Los dos lo habían estado. ¿Y no... no... no era lo que parecía?

—Deja que te muestre un poco de realidad —le susurró ella al oído—. Vamos a hacer una excursión matutina.

Así era como llamaban a sus frecuentes sesiones de sexo mañanero. Es la hora en que los niños duermen más profundamente y es menos probable que molesten. En el caso de Wylie, además, era cuando su cuerpo deseaba más a su esposa.

Pero mientras se dirigían cogidos del brazo hacia el dormitorio, oyó que en el cuarto de abajo se abría y se cerraba una puerta, y luego la voz, baja y llena de tristeza, del hombre invisible. Entró en el salón y se quedó allí, en silencio.

—¿Has oído eso?

—¿La carruca? Acaba de empezar a cantar.

—No me refiero a eso.

Ella guió sus manos hasta el familiar cordón rosa de detrás de su cuello, y cuando él lo desató, el camisón resbaló lentamente hasta el suelo. Sus incomparables curvas brillaron a la luz del amanecer. Los pezones rosados se irguieron, y Wylie pensó que era la cosa más hermosa que jamás hubiera visto. Tenía una belleza que, cuando se rendía a sus grandes manos y brazos, parecía contener una especie de fuerza que, de no estar conectada a la eternidad, se habría fundido con las sombras por su mero contacto.

Mientras le desabrochaba el cinturón, ella empezó a canturrear una vieja melodía en el fondo de la garganta. «No te hagas viejo, nunca te hagas viejo», un

verso de un viejo himno que era uno de los temas de la banda sonora de su vida. Nunca se harían viejos, ellos no, poseídos como estaban por un amor como aquél. Un amor que había poseído también a Martin y Lindy, y acababa de ser destruido, junto con los dos niños que habían engendrado de su carne.

Se acostaron allí, con las ventanas abiertas, los cuerpos pegados en la fresca brisa matutina, y alcanzaron juntos el éxtasis mientras las aves, los papamoscas, los cardenales y las palomas, cantaban suavemente, y los primeros rayos del sol se extendían por el suelo.

Cuando tendría que haber estado totalmente absorto por ella, cuando su cuerpo tendría que haber estado radiante de placer y sus ojos tendrían que haberse bebido su rostro, y sus fuertes manos tendrían que haberla hecho gemir con sus caricias, en aquel momento extraordinario y privado, oyó que otra voz gritaba, y supo que era la suya y al mismo tiempo no lo era, una voz rota y despojada, procedente del piso de abajo y de un universo muy cercano y al mismo tiempo lejanísimo.

Intentó ignorarla, pero entonces oyó un portazo en la parte de atrás de la casa y un grito, aunque lejano, lejano... y al mismo tiempo tan penetrante que lo destrozó y lo obligó a separarse de su esposa.

Se quedó boca arriba, jadeando.

—Cariño —dijo ella—. Oh, cariño... —Y se le acercó, pero él salió de la cama de un salto.

—Es él —dijo.

—¿Quién?

En el jardín de atrás, él estaba gritando. Wylie bajó corriendo.

—¡Martin! —gritó—. ¡Martin!

Cruzó el salón y salió al jardín bañado en rocío.

—¡Wylie, por el amor de Dios!

En ese momento los oyó, sus pasos arrastrados, los «perdidos» que llegaban desde Harrow. Se quedó allí, bajo una columna de luz calinosa, mientras ellos se aproximaban, y vio que las ramas se movían, y oyó los murmullos de sus voces, y a Martin, que gritaba y gritaba.

Los murmullos se acercaron y se hicieron más claros.

—¿Lo oyes, Brooke?

—¿El qué?

Estaban justo delante de él, murmurando, respirando, arrastrando los pies.

—¡Brooke, mira la hierba!

—¡Cariño, oh, por el amor de Dios!

Las pisadas se acercaban cada vez más.

Alargó el brazo y tocó el aire en el lugar donde debía de estar uno de ellos. Sintió un hombro, parte de un brazo...

Y entonces los vio. Donde estaba tocándolos, pudo ver una camisa, parte de un cuello, un antebrazo musculoso.

—¡Dios mío, mira, mira! —Estiró la mano, tocó la cara, y vio unos ojos vidriosos, vacíos, una boca floja... Pero el hombre siguió adelante, sin responder

a su presencia—. ¡Winnie! —exclamó—. ¡Lindy! ¡Trevor!

Volvió a alargar los brazos... y allí, bajo su mano, apareció una chaqueta de color caqui, y luego un rostro: ¡Martin, dotado de vida, allí en su totalidad!

—¡Martin! ¡Martin, no puedes ayudarlos, os han engañado a todos, deberíais esconderos, tenéis que esconderos! ¡Oh, Jesús, un miembro del gobierno trabaja para ellos, Martin, tú no lo sabes, pero ellos quieren que ocurra lo que está ocurriendo!

Pero Martin había desaparecido. A su alrededor, los perdidos seguían pasando, y él seguía intentando tocarlos. Tocó a la señora Sweet, de la droguería, con la boca entreabierta, y al viejo pastor, Reginald Todd, y luego al doctor Willerson, el médico del pueblo, reducido a «eso».

—Oh, Jesús, Jesús.

Brooke llegó a su lado y lo abofeteó con tanta fuerza que lo recorrió un destello verde de dolor, seguido un instante después por una oleada de roja furia.

La agarró por la muñeca.

—¿Qué coño te pasa?

—¿A mí? Estás desnudo en el jardín de atrás, y mira, tienes público...

Allí, pálido en la ventana de su cuarto, se encontraba Nick, contemplando la escena. Su expresión era grave, como la de un juez al emitir su condena. Wylie cogió el batín que su mujer le había traído, se cubrió con él y siguió los pasos lentos de los perdidos, y los gritos de Martin y las voces suplicantes y los rezos de los seguidores. Lo último que oyó fue la voz de un niño que pedía a su madre y a su padre que pararan, con la voz asfixiada de una criatura de doce años que trata de ser valiente.

—¡Entra, Wylie, me estás asustando! —Brooke tiró de él, y Wylie se dejó llevar. Antes de entrar, saludó a su hijo con la mano. Una vez dentro, ella lo abrazó.

—¿Wylie, qué te pasa? ¿Qué te está pasando?

—Llevo la historia dentro. Está ahogándome.

—Wylie, te lo dije.

—¡No puedo impedirlo!

—Quiero que veas al doctor Crutchfield. Quiero que vayas a verlo hoy mismo.

—Es un perdido.

—¿Un qué? ¿Qué significa eso?

—No, claro, en el mundo de las dos lunas se llama doctor Willerson. Lo siento. Lo llamaré.

—¿Qué demonios es un mundo de dos lunas?

—Un lugar de gran belleza, esposa mía, que está siendo atacado por criaturas implacables. —La cogió por los hombros—. Y vienen también aquí. Vienen aquí.

Ella se apartó un paso. Estaba pálida.

—En el fondo de tu corazón —dijo él— lo sabes.

—¡De qué hablas!

Nick bajó en ese momento. Los miró.

—He tenido un sueño horrible —dijo—. Y cuando he despertado, era aún peor.

—¿Qué has soñado, hijo?

—Que nos íbamos, papá. Tú intentabas seguirnos, pero no podías ir con nosotros, y no podíamos detenernos. Entonces me he despertado y he visto que estabas en el jardín. ¿Qué pasa, papá?

Brooke lanzó una mirada durísima a Wylie, lo que, viniendo de su dulce Brooke, significaba mucho. Significaba que creía que le había hecho daño a su hijo.

Entonces bajó Kelsey, correteando en su camisón de color rosa, con los rizos saltando alrededor de la cabeza. Se parecía a esas guapísimas niñas que salen en las fotos, y Wylie abrió los brazos y la levantó en vilo.

—He tenido una pesadilla —dijo su pequeña—. He soñado que nos amordazaban a mamá y a mí, y teníamos que pasar toda la noche andando, y luego toda la vida, y yo estaba cansadísima, pero no podía parar, y tú corrías detrás de nosotros, y tenías una botella de agua Ayers. Y yo pensaba que no teníamos agua embotellada porque era demasiado cara.

—Mira —dijo Brooke—, eso demuestra que era sólo un sueño, porque existe el agua Evian, y Perrier, y Ozark y muchas marcas más, pero no el agua Ayers.

—¿Ah, no?

—En este universo no —le dijo Wylie mientras le daba un beso en el botoncito que tenía por nariz. Disimuló lo mejor que pudo el miedo casi enfermizo que lo embargaba. En el otro universo sí existía el agua Ayers. Había visto las botellas entre las provisiones que la gente había reunido en la iglesia.

Pero ¿cómo lo sabía Kelsey? ¿Cómo podía saberlo, salvo que el muro que separaba los dos universos humanos estuviera desmoronándose, tal como él temía, y el infierno estuviera acercándose a pasos agigantados?

Entraron en la cocina y Wylie encendió la radio mientras Brooke y él preparaban el desayuno. Su mente estaba totalmente concentrada en una cosa: ¿cómo lo había sabido Kelsey? ¿Qué estaba a punto de ocurrir?

—Tienes la cabeza en otro sitio —le dijo Brooke.

Wylie sacudió la cabeza.

—No te enfades conmigo.

—No.

—No es ninguna rareza. Los universos paralelos son una realidad física.

—Estoy segura. Y también estoy segura de que no hacen que la gente, hablando en términos generales, ande desnuda por su jardín. Tienes cita con Crutchfield a las ocho y media, así que será mejor que te des prisa.

—¿A las ocho y media? Estás de broma.

Brooke lo miró, y el fuego que había en sus ojos lo tranquilizó. Quería sentir que alguien tenía el control, porque él no lo tenía.

Se terminó los huevos y subió a vestirse. Puede que fuera para bien. Puede que, en realidad, lo único que estuviera pasando era que estaba perdiendo la

cabeza... lo que, francamente, sería preferible a lo que temía.

Tuvo que correr un poco, pero consiguió llegar al pueblo justo a tiempo.

Mientras circulaba por las viejas calles de su pueblo, seguía esperando ver pequeños grupos de gente desesperada, pero lo único que vio fue una pequeña comunidad de Kansas, razonablemente próspera, cierto bullicio en las calles, incluso una reciente adición, un Starbucks. Nada parecía raro, nadie tenía aquella mirada vacía.

Pasó junto a la iglesia metodista de la calle Tres. Estaba cerrada, pero tenía un aspecto totalmente normal. Sylvester estaba en la acera con su paleta, echando tierra en un macizo de flores. Wylie frenó y lo saludó.

—Eh, hola, Syl.

Syl le devolvió el saludo. Nada raro.

«Pues claro que no, idiota. Las cosas van bien en este universo..., por ahora.»

Cuando llegó a la consulta de Crutchfield, que estaba en un apartamento sobre el mercado de carne Danforth (uno de los pocos negocios pequeños que quedaban en el centro), eran las nueve menos veinte.

—Siento llegar tarde, María.

—Brooke dice que se te ha ido la pinza.

—Parece ser que sí.

—Entonces tendré que recordarte que estoy con Mace.

La chica tenía la piel de porcelana y los ojos verdes. Pero era todo una broma, claro. Él nunca engañaría a Brooke. Sin embargo, con aquel cabello negro y esa piel suave, María era una verdadera tentación.

Crutchfield también parecía como siempre: el pelo blanco, las pequeñas gafas y la extraña sensación de estar permanentemente envuelto en una especie de neblina.

—Así que andabas correteando desnudo por el jardín de atrás de tu casa. ¿Qué crees que está pasando?

—Mira, está... Oh, Jesús, está pasando algo que no alcanzo ni a empezar a entender.

—Creo que Brooke tiene exactamente el mismo problema.

—Tengo la sensación de que está ocurriendo algo importantísimo, algo que está relacionado con lo que estoy escribiendo. Y no es nada bueno, pero no puedo dejar de escribir aunque lo intente. Soy una especie de máquina infernal.

—¿Eres una máquina?

—No controlo mi propio cuerpo. No es que sea un canal, no es así. Me siento allí y escribo. De manera automática. He abandonado la máquina de escribir y ahora utilizo un portátil. Pero el libro no es mío. Puedo escribir sin pensar. Leer, ver la tele, cerrar los ojos, da igual lo que haga. Mis dedos escriben solos.

—Si el trabajo no es tuyo, ¿de quién es?

—Ésa es una pregunta muy buena. La respuesta es que no tengo ni idea.

—Pero ¿estás implicado de algún modo en la creación de esa obra?



—Bueno, sí, naturalmente, más o menos. En el sentido de que puedo ver su mundo y oír sus voces. ¡Mierda! Eres idiota. ¡Idiota!

—¿Que soy idiota?

—Me refiero a mí. No se le dice a un loquero que uno oye voces.

—¿Las voces no quieren que me hables de ellas?

—Ay, mierda. ¡Mieeeeerda! Joder, a las voces les da igual.

—¿Y qué dicen?

—Lloran. Están sufriendo. Algunas de ellas pasaron por el jardín, y cuando las toqué, pude verlas... Vi las manos, las caras que tocaba. ¿Te parece una locura normal, o espectacular?

—Me parece que voy a poder comprarme ese Lexus nuevo al que le había echado el ojo.

—¿Sabes lo que es un universo paralelo?

—¿Algo que existe en el interior del colisionador de partículas del CERN durante unas pocas billonésimas de segundo?

—No te pago para que me tomes el pelo, Henry. Esa bromita nos ha costado tres minutos de mi dinero.

—Crees que me estoy riendo de ti, pero no es así.

—¿Y entonces qué estás haciendo?

—Tratar de encontrarle sentido a lo que estás diciendo.

—¿Te sentirías perturbado si te dijera que, en un universo paralelo, un doctor muy parecido a ti y llamado Frank Willerson está en este preciso instante caminando hacia el noroeste, junto con la mayor parte de los habitantes de esta comunidad, y que se ha quedado sin alma?

—La verdad es que creo que estamos mejor sin toda esa mitología del alma. Será mejor que nos ciñamos a lo que tenemos en esta habitación, que somos tú y yo juntos. ¿O tú no estás aquí? ¿Eres una proyección de un universo paralelo, Wylie? ¿Tenemos un problema de esquizofrenia?

—Mira, tuve un encuentro muy cercano con criaturas de un tercer universo paralelo hace varios años, y a causa de lo que ocurrió... bueno, estoy haciendo lo que estoy haciendo.

—¿Que es...?

—No tengo ni puta idea, aunque estoy empezando a tenerla. Yo soy la fuerza equilibradora entre la Tierra positiva y la negativa.

—Ah, claro, eso tiene mucho sentido. ¿Eres Dios, entonces, o sólo Jesús?

—Soy Napoleón, no te jode...

—Déjalo, Wylie. Todo psiquiatra llega a un punto en su carrera en el que tiene que trazar una línea. No quiero más Napoleones. Ya llegué a ese punto hace tiempo.

—¿Estoy loco?

—Pues claro.

—¿Y qué puedo hacer al respecto?

—Venir a verme con frecuencia. Seguir pagándome.

—Eres un cínico.

—Sí, en efecto.

—Mira, me disculparé ante mi esposa por salir desnudo al jardín. Te lo prometo.

—¿Me lo prometes?

—Cuando estás aburrido, conviertes las afirmaciones de tus pacientes en preguntas. Y ahora lo estás haciendo.

Henry levantó el brazo, se retiró un poco la manga y consultó su reloj.

—Me alivia decir que has llegado justo al final de tu sesión, Wylie. Puedes hablar con María para que te dé otra cita.

—¿Y me la puedo tirar también?

—Mientras seas paciente mío, no.

—No te caigo muy bien, ¿verdad?

—¿Quieres caerme bien?

Salió de la consulta sin decir nada más. ¿Qué sentido tenía? El buen doctor no creía una sola palabra de lo que le decía. Joder, ni él mismo creía una sola palabra de lo que decía.

Mientras volvía a casa en el Jeepazine, tomó una decisión. Lo cambiaría. Simplemente volvería y alteraría el texto. Porque, si lo cambiaba, puede que también cambiasen las cosas. Así salvaría a la familia Winters y salvaría al mundo.

Empezó a acelerar más y más, sin pensar en nada que no fuera su ordenador, en la urgente necesidad de regresar a su libro... que estaba a su vez regresando a él, a toda velocidad, y que rugía en el interior de su cabeza como una especie de crecida en el río que discurría por detrás de su casa, una crecida de palabras...

... y entonces alguien le hizo luces por detrás.

Maldita sea, no necesitaba más multas. Tendría que dar un maldito cursillo de conducción obligatorio, que le costaría varias horas y sería un insufrible fastidio.

—Ah, hola, Matt, creo que iba un poco rápido...

—Wylie, ibas a ciento setenta.

—Oh, eso está mal.

—Bueno, no suelo detener a la gente del pueblo, pero...

—¿Cómo está Beka?

—Cierra el pico.

—Eh... podría comprarte una caja de Partagás. O darte los ciento cincuenta dólares que cuesta. ¿Prefieres el dinero ahora mismo?

—Cogeré el dinero y los cigarros. Pero voy a tener que multarte de todos modos.

—Ay, joder, Matt, coño, joder.

—¿Por qué ibas tan de prisa? Es que, joder...

—¿Qué quieres que te diga? Estoy loco...

Matt rellenó la multa y se la pasó para que la firmara.

—Esto te va a costar cuatro puntos, pero es que estamos en el pueblo y no...

Ciento setenta es demasiado, Wylie, lo siento.

Cuatro puntos, sumados a los ocho que ya había acumulado, significaban, no sólo el cursillo obligatorio, sino una visita al tribunal.

—Voy a llamar a George Piccolo y a decirle que me has acosado.

—Si lo haces te daré una paliza, chaval.

De niños, Matt siempre le ganaba. Era más pesado y más rápido, aunque Wylie tenía más capacidad de aguante, como estaba demostrando ahora.

—Dame esa puta multa y por el amor de Dios, no le digas nada a Brooke, o me caerá una buena, en serio.

—Eh, puede que te guste.

—¿Sabes lo que te digo? Voy a volver a casa a cuarenta y cinco kilómetros por hora y luego haré una visita a la cueva para fumar un poco. Te llamaré al móvil para contarte lo mucho que estoy disfrutando.

—Como te fumes mis cigarros te haré comer las colillas. No te olvides, porque saldré dentro de una hora e iré a comprobarlo.

Tras esconder cuidadosamente la multa, Martin siguió su camino. Encontraría el modo de ocultar aquel importante desembolso a nombre del condado. Lo haría.

Ya en su despacho, sacó la botella de Woodford Reserve que guardaba en su compartimiento secreto y le dio un trago.

Al momento siguiente, o al menos eso se le antojó a él, unas voces lo despertaron. ¿Se había quedado dormido? ¿Qué había pasado? Durante un instante de confusión, tuvo la espantosa sensación de que había cruzado al otro universo. Pero entonces reconoció las voces. Brooke estaba entrando por el garaje con los niños. Volvían del colegio.

Aturdido y asombrado, consultó su reloj. Eran las cuatro y media, y el sol ya se acercaba al horizonte. Se había pasado allí todo el día. ¿Escribiendo? No tenía ni idea.

Oyó a Brooke, a Kelsey, que anunciaba con la voz rebotante de excitación que había visto una serpiente, y a Nick, cuyas pisadas rápidas y fuertes resonaban en las escaleras traseras.

Entonces se hizo el silencio, un silencio completo. Pero luego volvieron las voces, las voces susurrantes, exigentes, furiosas, del otro universo.

Era Martin, y estaba hablando solo, y Wylie sabía por qué. El pobre se había quedado en la casa, tratando de obligarse a no ir en pos de su familia, y eso estaba acabando con él.

Martin lloraba, con una desesperación más intensa que ninguna que Wylie hubiera conocido jamás.

## 5

**EL BUNKER***3 de diciembre*

Y entonces, de repente, Wylie se encontró mirando unos árboles. Un campo de hierba. Y supo que estaba muy lejos de Harrow, Kansas.

Él quería volver con Martin. Podía sentir cómo daba vueltas la mente del pobre desgraciado buscando soluciones, la tentación de abandonar y volarse la cabeza, y la agonía de no poder hacerlo porque sus seres queridos tampoco podían.

Respiró hondo, cerró los ojos y vio que estaba en un sombrío claro en medio de un pinar. En el suelo había unos respiraderos que emitían un leve zumbido. Dos ciervos salieron de las sombras moviendo las orejas.

Entonces se dijo que tal vez sí supiera lo que era aquello. Al final, Martin había ido a buscar a su familia. Habría cargado el coche de provisiones y agua, y partido a recorrer los campos y bosques de su amada Kansas hasta llegar a aquel lugar.

Pero no, el lugar era demasiado silencioso y... bueno, la palabra era siniestro. Había algo malvado en él. Algo sucio. Los ciervos meneaban la cola, intranquilos y sus grandes ojos revelaban temor.

La noche estaba cayendo sobre el lugar, y al oeste, el cielo estaba cuajado de nubes... unas nubes recorridas por relámpagos. Indicio, temía, de los discos.

Al momento siguiente dejó de encontrarse en el claro. Ahora estaba en un lugar grisáceo donde flotaba un ruido sordo y constante. Tenía paredes, y un largo pasillo a un lado, iluminado por bombillas protegidas por una rejilla de alambre.

Se acercaban unos pasos, alguien que se movía muy de prisa, y entonces un hombre de uniforme dobló un recodo. El general Al North caminaba por el pasillo de lo que parecía una especie de bunker. Al acercarse más, Wylie pudo ver que llevaba un mono sucio, que tenía el rostro cubierto de sudor, y que sus ojos grises, que en Washington habían estado llenos de determinación, parecían ahora los ojillos esquivos de una rata.

Así que había sobrevivido al ataque. Wylie sentía curiosidad por lo que le habría ocurrido a aquella gente. Era una catástrofe de increíbles dimensiones, que afectaba al mundo entero, y Washington había recibido uno de los primeros ataques.

Al entró en el despacho de Tom Samson.

—¿Sabe esto el presidente? —gritó mientras lanzaba una hoja de papel arrugada sobre la mesa de su superior.

—¿Cómo te atreves...?

—¿Estás diciéndole a la gente que se congregate? ¿Que se reúna en grupos? ¿Estás loco?

—Vete al infierno.

—Oh, cierra el pico, Tom. Te has vuelto loco, y nunca tendrían que haberte

elegido para ese puesto. Ambos lo sabemos. Pero esto... esto no es sólo un problema de ineptitud. Esto es traición. Y, o recibo una explicación convincente, o te arresto ahora mismo.

—¿Tú? No tienes autoridad.

—Esto es una guerra y no estamos en contacto con la autoridad superior.

—El presidente de Estados Unidos está dos habitaciones más allá.

—Y yo estoy armado, y tú no, y pienso pegarte un tiro sin vacilar a menos que me expliques lo que está pasando. ¿Cuánta gente ha recibido esto?

—Muy poca, desgraciadamente, puesto que nos vemos obligados a repartirlas con dirigibles, camiones y avionetas.

—Vamos a verlo desde otra perspectiva. Hemos recibido una comunicación procedente del fuerte Riley hace cosa de unas tres horas, en la que se nos informa de que un grupo de pequeñas ciudades al noroeste de Topeka recibió un ataque terrible la pasada noche. Sus habitantes se congregaron en las iglesias. Y ahora el ochenta por ciento de ellos están como idos. Gracias, Tom. Te doy las gracias en nombre de ellos, de sus familias y del país entero. ¿Y qué ha pasado en Kansas? ¿Por qué enviamos allí las octavillas? ¿Acaso sabías que el condado de Lautner iba a recibir un ataque?

—Pues claro que no.

—Oh, sí, yo creo que sí. Lo escogiste ex profeso. Hace dos días, enviaste un escuadrón de dirigibles a la zona.

—Era una misión de rutina.

—¿Sí? ¿Y por qué no a Topeka? ¿O a Kansas City? No, en su lugar, elegiste ese pequeño condado. Tengo que preguntártelo, Tom. ¿De qué lado estás?

—¡No digas ridiculeces!

—Nuestra cadena de mando está totalmente desbaratada. El mundo entero está ardiendo, joder. Los discos atacan las bases militares una vez tras otra y las desertiones se cuentan por decenas de miles... Estamos acabados.

—Tenemos un arma.

—¿Cuál? ¿Los bombarderos invisibles? ¿Las mismas bombas nucleares como las que no consiguieron ni arañar la lente de la isla de Pascua? Eso sí que fue una buena idea. Lanzamos una bomba atómica y lo único que conseguimos fue que sus ataques se multiplicaran por diez. Así que no estoy muy seguro de querer saber nada de esa condenada arma.

—Pues te conviene saberlo.

Al volvió a coger la arrugada octavilla.

—Lo que quiero saber es qué pasa con esto, Tom.

—Ay, Dios. ¿Alguna vez te han dicho que eres un capullo integral?

—Por favor... —dijo Al.

—Hablas de indisciplina... Ya que hablamos de Kansas, tú eres de Leavenworth.

¿Debía sacar el arma y disparar? ¿Cómo se lo tomaría el presidente?

—Tom, tendrías que haberles ordenado que se ocultaran, que se encerraran



en sitios adonde no pudiera llegar la luz. Así los obligaríamos a planear sus ataques con más cuidado. Les llevaría más tiempo, y ya sabemos que al amanecer se retiran.

—La cuestión es que, matemáticamente, la tasa de supervivencia de las poblaciones grandes atacadas es superior a la de los individuos aislados. Y lo mismo puede decirse de los animales domésticos. En las actuales circunstancias, ese principio se nos aplica también a nosotros.

—Vamos a preguntárselo al presidente.

—Las octavillas están distribuyéndose lo más de prisa posible, y eso no va a cambiar. ¿Sabes por qué nos preocupa el condado de Lautner?

—¿Por qué?

—Tu amigo, el hombrecillo aquél, el arqueólogo, está allí. Y ellos lo quieren muerto, puedes estar seguro.

—¿Ellos? Nos enfrentamos a unas lentes que emiten discos cada noche, discos que siembran el caos allá donde van. No sé a qué te refieres con «ellos».

—Alguien está detrás de esas lentes, y detrás de los discos, no lo dudes, y tu hombre está en peligro porque posee la inteligencia y los conocimientos arqueológicos necesarios para comprender lo que está pasando y quizá, sólo quizá, encontrar su punto débil. Ellos también lo saben, y por eso lo están buscando.

—¿Lo han encontrado?

—No lo sé. El lugar está sumido en el caos, y las comunicaciones han fallado.

—¿Por qué será que no me sorprende?

—¿Sigues queriendo pegarme un tiro?

Al no respondió.

—Entonces empieza a respetar la jerarquía. Saluda y llámame «señor».

Al se echó a reír y sacudió la cabeza.

—¡Vamos, maldita sea!

Los dos hombres se miraron. Al no saludó.

—Estoy haciendo mi trabajo, Al. Lo mejor posible. En las peores condiciones a las que un general americano se ha enfrentado jamás.

Lentamente, como si su brazo no quisiera obedecerlo, Al levantó la mano y saludó.

—Sí, señor —dijo.

—Muy bien. Tenemos una reunión con el presidente. Quiero que estés presente, Al.

Eso lo sorprendió tanto que estuvo a punto de vomitar. Ya se veía a sí mismo destinado en Diego García, como responsable de los depósitos de combustible. Como si aún existiera Diego García; o la base; o el combustible.

La oportunidad de ver al presidente era un privilegio. Normalmente, no podía presentarse en su despacho a menos que lo convocara, y Wade no estaba de humor para jugar al squash, a pesar de que tenían una buena cancha en el bunker (que había visto al principio, cuando todo aquello era interesante y

emocionante e iban a convertir a esos capullos en polvo atómico y volver triunfantes a casa).

Mientras caminaban juntos por el pasillo, Tom le puso una mano en el hombro.

—Tú y yo no somos amigos.

—No.

—Pero tenemos que dejar a un lado nuestras rencillas personales. Estamos en guerra y tenemos muchos problemas. Estás a punto de oír un informe que te alterará. Pero quiero tu palabra de que te regirás estrictamente por principios de disciplina militar. Él te pedirá tu opinión. Debe ser idéntica a la mía.

—Sí, señor. —Se había dado cuenta de que tenía que ser así. Simplemente, le pedía a Dios que Tom estuviera en lo cierto. Lo de pedirle a la gente que se reuniera seguía pareciéndole mal. Parecía un sabotaje intencionado.

En el bunker no había mobiliario elegante. El lugar estaba construido pensando en el trabajo y sólo en el trabajo. Si el presidente estaba allí, es que se preparaba una catástrofe. El equipo de comunicaciones dominaba la escena. Todo estaba lleno de agentes del servicio secreto armados con subfusiles, jóvenes de ojos acongojados que observaban a los generales al pasar. Ojos furiosos, inyectados de amargura. En su mayor parte, las familias de aquellos jóvenes vivían en lugares como Arlington y Bethesda, comunidades que llevaban una semana entera bajo ataque, y cuyas carreteras estaban atascadas por los coches de los refugiados.

Quienquiera que fuese el responsable, sabía exactamente lo que debía hacer. Si quebrantas la organización de tu enemigo, neutralizas su capacidad de lucha antes de que haya disparado un solo tiro. Como es natural, allí abajo sabían desde el principio que las luces eran una amenaza, pero es que, obviamente, aquél era un sitio especial.

Al sabía que existían también numerosos bunkeres privados, así como instalaciones gubernamentales por todo el planeta, pero con todos los satélites inutilizados y la mayoría de las estaciones alternadoras terrestres tan cargadas de electricidad estática que habían dejado de funcionar, las comunicaciones habían quedado reducidas al uso de mensajeros, que sólo podían desplazarse en las horas del día.

Entraron en el despacho del presidente. Al verlo, Al se quedó espantado. Era como si hubiese perdido veinticinco kilos. Sus ojos eran dos sombras oscuras y atormentadas. Los ojos de un animal acorralado.

Parecía desesperado, como un cachorro furioso al que estás intentando meter en una jaula.

Levantó la mirada, y al instante, la miseria de su rostro se vio reemplazada por una sonrisa de mendigo. Ahora parecía un vendedor de coches que acababa de utilizar su última mentira para nada.

—Lo siento —dijo mientras señalaba con un ademán los documentos que tenía sobre la mesa—. Estaba firmando sentencias de muerte. Desertores en primera línea, cientos de ellos.

—¿Está ordenando ejecuciones, señor?

—Hazme un favor, Al. Llámame Jimmy. ¿Creéis que no debo hacerlo? Sí, es una auténtica mierda, ¿verdad? Las envía la CIA, no el departamento de Defensa. Claro, ya no existe el departamento de Defensa... Y Bo Waldo ha desaparecido. Esta mierda me la envían funcionarios de segundo nivel. —Levantó uno de los documentos y lo estrujó—. A esos críos parece que les encanta matar.

—Pertenece a una unidad en Maryland —dijo Tom—. Destinada a cielo abierto, así que supongo que ya no importa demasiado... Jesús, ¿qué ha sido eso?

El presidente levantó la mirada, como los otros. Un ruido había bajado desde el techo, un sonido sordo pero lo bastante fuerte como para acallar la conversación.

—Hay que llamar al contratista —dijo el presidente con causticidad—. Probad a usar mi baño alguna vez, veréis que sorpresa más divertida. —Suspiró—. Ojalá mi esposa y mis hijos estuvieran aquí. ¿Sabéis dónde están vuestras familias?

—Yo estoy divorciado, Jimmy... Desde hace mucho —dijo Al. Sissy había hecho las maletas cuando aún pertenecían a ese tipo de oficiales que pasaban todo el día recorriendo el mundo de base en base. Nunca había pensado en volver a casarse. Las Fuerzas Aéreas eran su mujer, sus hijos, su amante y muchas más cosas. Y en cuanto a sus impulsos, los combatía como un monje.

—Mi esposa está en paradero desconocido —dijo Tom.

A pesar del tiempo que habían trabajado juntos, Al no sabía que Tom estaba casado. Pero lo cierto es que la cuestión nunca se había planteado. Ahora que lo pensaba, nunca habían jugado juntos al golf o al squash, ni se habían tomado una copa. Claro que puede que Tom no bebiera. Los drogadictos no lo hacían, ¿verdad?

El ruido se repitió, aunque esta vez en la pared, desplazándose hacia abajo.

El presidente se puso en pie.

—¿Eso es normal?

—Son las cañerías —dijo Tom—. Tenemos que hablar de cómo encontrar a ese hombre, Martin Winters. También debemos dar con otros expertos en arqueología. Tengo una lista: Graham Hancock, William Henry, Laurence Gardner, John Jenkins... Todos autores de primera fila, aunque poco ortodoxos. Hay que localizarlos.

El presidente se acercó a la pared y la palpó.

—Está caliente —dijo—. Esto no es normal.

—Llamaré a seguridad —dijo Al.

Tom le lanzó una mirada que expresaba que acababa de excederse. No hables hasta que te hablen.

—He llegado a la conclusión de que lo que está ocurriendo tiene que ver con el pasado lejano —continuó Tom.

—Menuda noticia —repuso el presidente—. ¡Aporta algo útil, por favor! Y no

me pidas permiso para convocar reuniones. ¡Me da igual con quién hables, Tom, mientras nos salves el culo! Por el amor de Dios. Seguridad Nacional, o lo que queda de ella, me ha informado de que estamos perdiendo medio millón de personas por noche, sólo en este país. Perdidos... Bueno, tan perdidos no están. Todos se dirigen a tres puntos: el norte de Nevada, el centro de Nebraska y el norte de Indiana. ¿Por qué? Ésa es la pregunta, ¿no, Al?

—Sí, señor.

—Sí, señor... A efectos prácticos, el FBI ha desaparecido, así que sólo nos queda la inteligencia militar. Así que mi pregunta para vosotros, chicos, es ésta: ¿nos queda algo operativo?

—Algo queda —dijo Al.

—Oh, bien. Pues entonces poneos a trabajar y traedme informes. —Soltó una risita. La mirada de perro apaleado regresó a sus facciones. Los perros apaleados se volvían maliciosos—. O decidles que se lancen a sí mismos las bombas nucleares. O sea, ¿para qué esperar? Dicen que los perdidos acaban con los pies destrozados. —Sacó una hermosa automática del cuarenta y cinco, con incrustaciones de plata, y la depositó sobre la mesa—. Chicos, el general Douglas MacArthur le regaló esta preciosidad a mi abuelo al salir de Mindanao, el 16 de marzo de 1942. Se la dio y le dijo: «Coronel, si van a cogerlo, que esto sea lo único que vuelva a casa.» Mi abuelo era oficial de inteligencia, pero nunca hubiese abandonado su puesto voluntariamente, y MacArthur no era Roosevelt. Nunca le habría ordenado a un hombre que lo hiciera. —Hizo una pausa—. Después de la guerra, un día, llamaron a la puerta de nuestra casa de Virginia. Oh, Virginia, alma mía. —Sacudió la cabeza—. El viejo Charles-Etta abrió la puerta y allí estaba el general MacArthur. Le entregó la pistola a mi abuela y le dijo por qué sólo había vuelto ella a casa. «Éste es su regalo a la nación. Su sacrificio, el negarle al enemigo los conocimientos que poseía. Al enemigo bárbaro e implacable.» Ella la aceptó y luego bebieron juntos. Durante todos los días de mi presidencia, he rezado por aquellos cuyas voces están en silencio, y aquellos que aún no han hablado. Benditos sean. ¿Os imagináis lo que debe de ser estar embarazada en estos tiempos? ¿Ahí fuera? —Inhaló con los dientes apretados. Tenía la piel tan congestionada que Al temió que fuera a darle un ataque al corazón—. Dios mío, era todo tan, tan hermoso... Y qué raro que no lo supiéramos. Tanto griterío, tantas intrigas, el dinero, cielos, el dinero... ¿Y qué ha sido de todo eso al final? Esto es lo único que me queda: un solo niño que contempla una sola hoja que gira en el aire del otoño significa más para mí que todo eso. Un niño que aplaude porque la hoja ahora es roja y antes era verde...

—Señor presidente...

—Pues claro que me he vuelto loco, Tom. Por el amor de Dios, en esta situación, la locura es la cordura. Millie, cariño, ¿dónde estás, estás ahí fuera, caminando por el camino oscuro como todos los demás? Oh, Millie. Cuarenta y cuatro años caminé a mi lado, chicos. Cuarenta y cuatro. Lo dio todo. Todo lo que tenía. Y en Mark no puedo ni pensar. Estará en alguna parte, confío. Mi pobre muchacho. —Cogió la pistola—. Caballeros, ¿querrían compartir conmigo una

bala?

—¿Señor presidente...?

—Al, ¿sabes una cosa? Eres el mejor hombre que he conocido. —Se echó a reír—. Por eso le di el trabajo que tendría que haber sido tuyo a este capullo de aquí. Él puede hacer lo que hay que hacer, es un verdadero hijo de puta. Lo siento, Al, pero llegaste en el momento equivocado. Ya no hay sitio para las buenas personas. —Suspiró—. «Qué cruel bestia se aproxima a Belén...» Un tío abuelo mío conoció a Yeats. Fue a su casa de Dublín y llamó a la puerta para hablar con él, simplemente. ¡Oh, Dios mío, la voz del hombre...! ¡La voz de Yeats! —Se echó a llorar, y Al estuvo a punto de unirse a él.

Entonces se levantó una especie de cacareo. Era un ruido realmente extraño, tan extraño que Al comprendió al instante que no se había oído nunca sobre la faz de la Tierra... al menos en aquel ciclo de la historia del hombre.

La cabeza del presidente giró bruscamente hacia la izquierda. Se quedó mirando la pared. Entonces se volvió, con los ojos líquidos por la súplica.

—¿Por qué?

Era una súplica dirigida a Tom. Pero no había razón para que le suplicase a Tom, que era su subordinado.

En ese momento ocurrió algo que a Al debió de causarle el mismo efecto que a los aztecas la visión de los españoles a lomos de sus caballos. En la habitación había algo que no tendría que haber estado allí, que había salido de la nada... no de la pared, sino del sonido de la pared. No podía decir exactamente qué aspecto tenía: era un caparazón tan negro que absorbía la luz, o una máquina propulsada por enormes patas, o incluso una araña gigantesca. La clase de cosa que sale de los armarios cuando tienes cuatro años y que acaba por desaparecer al retirarse el oleaje de la infancia.

Oyó una voz. «*Agnus dei*», el cordero de Dios, tan pura que era como si proviniese de la más enaltecida y lejana de las bocas, una voz imposible de describir. James Wade ascendía.

—*Qui tollis peccata mundi* —susurró el presidente. *Que quitas el pecado del mundo.*

El tronar del arma fue como una bocanada del aliento de Satán, tan feroz que hizo llorar a Al, tan enorme que pareció atrapar el bunker entero con su fuerza y estrujarlo hasta dejarlo reducido a escombros.

Al lo cogió entre sus brazos incluso antes de que su cuerpo, que había salido proyectado hacia la pared, empezara a resbalar hacia el suelo. Jim Wade apestaba a sangre fresca. Su párpado izquierdo temblaba como las alas de una mosca herida. Entonces, con una feroz convulsión que parecía una parodia de la pasión sexual, empezó a expulsar un vómito verde y sanguinolento.

El servicio secreto inundó la habitación. Uno de los agentes levantó el arma y apuntó a Tom, que estaba inmóvil, calmado, con la más leve de las sonrisas en la cara. No dirigió una sola mirada al joven que lo apuntaba, ni a ningún otro de los que acababan de entrar.

—Tengo una misión para ti, Al —dijo—. Déjalo en el suelo, tienes que partir



en seguida.

Al dejó al presidente —a Jimmy— sobre la fina moqueta del suelo. Se puso firmes.

—Sí, señor.

Saludó a su oficial superior, nuevo líder del mundo libre.

## 6

**SE BUSCA***3 de diciembre*

Martin conducía a gran velocidad, ignorando el traqueteo de los neumáticos contra el firme y el chirrido de la vegetación que arañaba los costados de su camioneta. Al este, el amanecer ardía anaranjado, así que no le quedaba demasiado tiempo antes de que los perdidos se volvieran invisibles y desapareciera su oportunidad de alcanzarlos, quizá para siempre.

La última noche había ido a su casa porque suponía que pasarían por allí, pero no había conseguido encontrar a su familia. Los perdidos habían estado cerca, sí, pero eran muchos, muchos más de los que esperaba, y su familia se le había escapado.

Consultó la brújula. No era ningún experto, pero intentaba seguir una trayectoria noroeste desviándose lo menos posible. Los perdidos iban en línea recta, según decía la gente.

Al principio había intentado razonar con Lindy. Había recogido a Winnie y se la había llevado al coche... y a cambio sólo había conseguido que su hija lo mordiera. A Trevor no lo había encontrado, lo que había alimentado su preocupación aún más.

A su alrededor había gente gritando, suplicando a sus seres queridos que no se marcharan, tratando de hacerlos despertar.

Se habían alejado por la calle Tres, entre dos tiendas con las puertas atrancadas. Detrás se encontraba la calle Oak, y luego, tras ella, la avenida Linnert, y después las llanuras, y quince kilómetros después, las Smoke, y después las grandes llanuras, y al fin Canadá. Y luego, estaba seguro, lo que quiera que el destino les tuviera reservado.

Martin había corrido hasta su jeep y había subido. Bobby estaba allí.

—Eh, chico, tenemos que hacerlo de otro modo.

Martin se había vuelto hacia él y había sido como contemplar, desde el otro lado de un río grande y negro, a un hombre cuya vida tenía por escenario costas mejores, pero cuando su amigo alargó el brazo y le puso una mano en el hombro, se desmoronó. Bobby se quedó con él hasta que oyeron unos gritos, seguidos por disparos, procedentes de la calle Oak. Un seguidor estaba matando a un perdido. Posiblemente estuviera cumpliendo un acuerdo previo. Era algo muy habitual en aquellos días, y no se consideraba un asesinato.

—Tengo que irme —dijo Bobby—. Tú te vienes a casa con nosotros.

Martin había esperado un par de minutos, pero luego había encendido los faros del coche y se había alejado hacia la avenida Linnert. En los campos en barbecho había vislumbrado un grupo de luces que se alejaban lentamente en la oscuridad. Había voces también, súplicas y lamentos que resonaban en el silencio, y entonces se alzó una de ellas, fuerte y plena de algún sentimiento. Fe, supuso Martin.

—Sí, aunque caminemos por el valle de las sombras...

Pero entonces la voz se perdió entre un viento repentino y un prolongado trueno llegado desde el oeste.

Martin no había regresado a la iglesia metodista. No podía afrontar la idea de volver a casa con la familia Chalmers.

En su lugar, en plena noche, se había dirigido a las Smoke por la 1540. Conocía al dedillo las colinas en las que vivía. De niño, había cazado ciervos y pavos en ellas en compañía de su padre. Ya no salía a cazar, más que nada porque a su hijo no le interesaba. El chico prefería la compleja delicadeza de la pesca, y justo el sábado anterior habían ido al río Kaw a pescar barbos con sábalos, y les había ido bien... salvo, claro está, que Lindy y Winnie habían pensado que era una locura usar sábalos como cebo para barbos, pero, es que ellas eran mujeres y... Oh, demonios, tenía que dejarlo o se volvería loco.

Al llegar a su casa se había dado cuenta de que estaba gravemente conmocionado. Necesitaba atención médica. Pero Willerson era el único doctor del pueblo y se había marchado con los perdidos, ¿no? Se había tomado un par de pildoras de Xanax, como hacía cuando llegaba el momento de pagar las facturas.

Había deambulado por su propia casa como un fantasma, de habitación en habitación. Había abrazado el elefante de peluche al que Winnie había bautizado como *Peluchín* y había enterrado la cara en la almohada de Trevor. Y había acabado tendido en su propia cama, con uno de los camisones de Lindy pegado a la cara, y se había quedado así hasta que el sol estuvo en lo alto.

Luego sonó el timbre de la puerta principal. Era Rosie, con algo de comida, uno de esos pucheros que se le lleva a la gente que se queda viuda.

—El pueblo ha formado un comité —le dijo—. Estás invitado a unirte. Van a llevar comida y agua. Algunos pretenden seguirlos hasta el final.

—¿Aún sabemos dónde están?

—Helen va con ellos, y tiene un *walkie-talkie*. Están a unos veinte kilómetros. Se desplazan a unos cinco kilómetros por hora. En dirección noroeste, como todos los demás. Se encuentran a poco menos de dos kilómetros de los perdidos de Holcomb, y parece ser que los dos grupos se encontrarán alrededor del mediodía. Con eso serán unas dos mil personas.

—¡Dos mil!

—Cielo, sólo quedan dieciocho familias intactas en Harrow. Y en Holcomb ninguna. De hecho, Bobby ha ido hasta allí y dice que el lugar está completamente desierto.

Tras un momento de pausa añadió:

—También hemos perdido varios niños. Hijos de algunos de los afectados. Los pequeños se quedaron, pero los mayores, de quince a veinte años o así... No conseguimos encontrarlos. No están entre los perdidos, pero tampoco están aquí.

Otro misterio, frío y aterrador.

Luego, Rosie lo ayudó a cargar el jeep con todas las provisiones que había en la casa: un paquete de seis coca colas, dos bolsas de apio, cerveza, leche, leche en polvo, zumo de naranja y arándanos, la leche de soja de Winnie, los

cereales... todo lo que pudo encontrar, incluso los congelados. Al ver una caja de Pillsbury Doughboy sobre una lata de galletas medio vacía sintió que se le saltaban las lágrimas, unas lágrimas de rabia.

Partió justo después del mediodía. Se dirigió al cruce de Holcomb con la 205, y desde allí salió a los campos. Estuvo horas peinando la campiña sin encontrar ni un alma. Cada vez más frustrado y asustado, y cada vez más de prisa, quemando las ruedas en las curvas, cruzó los campos sin ver un solo ser humano, fuera perdido, seguidor o cualquier otra cosa.

Y ahora estaba allí, parado, con el depósito de gasolina casi vacío, mientras el sol se ponía en el horizonte. Sabía que aquello era la granja Dennis, uno de los lugares atacados antes de Harrow. Conocía a los Dennis, así que decidió que podía entrar y tomar prestado parte de su gasóleo. Llevó el jeep hasta la bomba y trató de abrirla. Nada. Rodeó el granero, encendió el generador, volvió y llenó el depósito. Observó un momento la casa con las luces apagadas y, después de cerrar la bomba y apagar el generador, subió al jeep para continuar su búsqueda.

Entonces le pareció oír algo, y se acercó a la casa. Se aproximó con cautela, sin saber qué esperar. Los Dennis habían criado diez hijos, pero todos ellos se habían convertido en abogados o médicos, en cualquier otra cosa salvo granjeros, y habían abandonado el pueblo.

Volvió a oírlo. Era una especie de cacareo mecánico. ¿Venía de dentro? No podía decirlo con certeza. También podía ser de un lado de la casa.

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí?

No hubo respuesta. Entonces volvió a oírlo, más claro esta vez, y se dio cuenta de que provenía de dos direcciones diferentes, de detrás de la colina que separaba la casa de los campos del norte, y del bonito arroyo que era una de las razones por las que habían levantado la casa allí.

Por increíble que pueda parecer, sonaba como si dos viejos verdes estuvieran riéndose de su desgracia.

—¿Hola?

Oyó algo en el cielo. *Whoosh... whoosh*. Levantó la mirada, pero las nubes lo cubrían, y estaba tan negro como la tinta.

La boca se le secó y el corazón empezó a latirle de una manera peculiar, como siempre que tenía miedo. Regresó corriendo al coche, se subió y cerró las puertas. ¿Quién sabía lo que podía haber allí? Tal vez incluso alienígenas, los ocultos artífices de todo aquello. ¿Qué había dicho aquel viejo científico? «Los alienígenas, cuando lleguen, serán más extraños que nada que hayamos imaginado, o podemos imaginar.» En efecto. Y unos seres de un universo paralelo podían ser más extraños aún... o, a la inversa, extrañamente parecidos.

Se alejó a toda velocidad en dirección noroeste por entre los campos invadidos por la maleza. Qué normal parecía todo un simple mes antes. Al pasar por allí de camino a Smeal's para recoger un pavo para el día de Acción de Gracias, había visto al viejo Dennis trabajando sus campos. Parecía tan triste... Con tantos hijos, no había podido encontrar uno solo que quisiera continuar la tradición familiar. Se decía que iban a vender la granja y trasladarse a Florida,

pero Martin recordaba que en aquel momento había pensado «No, los Dennis morirán en esta tierra».

El sol desapareció detrás de las nubes, y con la noche llegó una sensación de soledad tan profunda que se le antojó un sentimiento nuevo.

Siguió su camino, a ciegas, tratando de avanzar en línea recta.

Momentos después de ver unas luces en el horizonte comprendió que eran unos faros. Detuvo el coche, salió y se subió al techo. A unos cuatro kilómetros de allí había un grupo de luces que se movían con lentitud: los coches y las camionetas de los seguidores. No podían ser de Holcomb, pues el pueblo entero había caído. Así que tenía que ser el contingente de Harrow.

Lindy estaba allí, en alguna parte, su Lindy y su Winnie, y puede que Trevor también. Levantó la mirada hacia el negro cielo y se preguntó si lo que deambulaba por los campos serían cuerpos muertos, y su familia estaría ahora en un sitio mejor. «Oh, Dios, ayúdalos, por favor. Ayúdame a ayudarlos, Dios. Si estás ahí, te necesitamos. Te necesitamos.»

Bajó y continuó conduciendo, aunque con las luces apagadas. Se aproximó con rapidez. Obviamente no marchaban muy de prisa. No tardó mucho en alcanzarlos. Eran unos cinco vehículos en total. Antes habían sido más. Muchos de los seguidores habían abandonado.

—Eh, coleccionista de huesos —gritó una voz de mujer.

—¡Helen!

Estaba apoyada en la parte trasera del destartado Buick de los Turpins.

—¿Traes provisiones?

—¡Sí!

—A mi Reg le gustan las Oreo. ¿Tienes?

—Tengo un surtido de galletas de chocolate Pillsbury.

—Bueno, qué demonios, habrá que probar.

—¿Alguien ha visto a Lindy?

—Sí, claro, Martin —respondió otra voz—. Les hemos dado de comer un par de veces. Tu hija se pone contenta cuando le damos leche de soja. —Era cierto, por Dios, era lo que más le gustaba.

Estudió las espaldas visibles a las luces de los coches, pero eran demasiadas. No era un pequeño grupo, era una multitud, extendida hasta donde alcanzaba la vista.

Paró y bajó del coche. Cogió leche de soja y zumo de naranja. Necesitarían energía y líquidos. Estarían en estado de shock y habían caminado durante cerca de veinte horas consecutivas.

—Cuidado —dijo una voz mientras corría entre los coches, y luego se perdía entre la oscuridad de la multitud de perdidos.

—¡Winnie! —gritó—. ¡Leche de soja, leche de soja! Trevor Winters, ha venido papá. Tengo zumo de arándanos.

Entonces vio una espalda y un pelo que conocía. Apretó el paso y avanzó a empujones entre gente que respiraba con fuerza y caminaba tambaleándose. ¿Qué iba a pasar, seguirían caminando hasta caer muertos? ¿Por qué no los



mataban allí mismo y les ahorran aquel sufrimiento tan terrible?

—¡Lindy! ¡Lindy!

Una cabeza se volvió, y Martin se encontró frente a frente con la sonrisa vacía de Beryl Walsh, el director del banco del pueblo. Siguió adelante.

—¡Lindy! ¡Trevor! ¡Winnie!

Allí estaba de nuevo el pelo, y esta vez estaba seguro de reconocerlo.

—Oh, Lindy, eh, eh, soy yo, cariño, voy a llevarte a casa, he traído la camioneta. Voy a llevaros a los tres a casa.

Llegó a su lado y sí, sin duda, era Lindy, con sus ojos verdes y su nariz recta y orgullosa, Lindy, con su cabello rubio recortado a la altura de los hombros.

—Oh, cariño. Gracias a Dios que te he encontrado. —Miró a su alrededor—. ¿Dónde están los niños? ¿Y Winnie? ¿Dónde está Winnie?

Ni una sola mirada, ni una sola palabra. Se colocó delante de ella y continuó caminando hacia atrás.

—Los niños, Lindy. ¿Dónde están los niños?

Ella siguió andando con expresión impasible. A diferencia de algunos de los demás, parecía haber perdido hasta la capacidad de sonreír. Pero caminaba como una valquiria, como una mujer poderosa... una mujer que, pensó entonces, podría ser una excelente esclava.

¿Se los llevarían a otro mundo, como los esclavistas se llevaban a los nativos de África? Cuánto debía de parecerse lo que les estaba pasando a lo que sintió aquella gente al ver que los barcos se alejaban. Hasta entonces, para él sólo había sido parte de la historia, pero ahora esos millones de familias perdidas formaban parte de su corazón.

Los *nephilim*, aquellos seres extraños y crueles que se mencionan en el Génesis, los caídos, habían esclavizado al hombre antes de los tiempos bíblicos, ¿no? Lo habían esclavizado y de repente habían desaparecido. Misteriosamente.

En los últimos años, conforme iba acumulando más y más datos, se había mostrado cada vez más dispuesto a aceptar la idea de que, en un pasado remoto, había existido alguna interacción entre humanos y alienígenas, una interacción que había desembocado en la catástrofe del 12.000 a. C, cuando los constructores de los grandes monumentos de piedra se habían esfumado de repente.

¿Había sido una guerra? ¿Algo como lo que estaban viviendo ellos, tal vez? ¿Iban sus seres queridos a convertirse en esclavos, destinados a sufrir un destino que tal vez no conociera ni el mismo Dios?

Entonces se produjo un milagro. Vio a Winnie. Cojeaba ligeramente. Corrió hasta ella, la cogió en brazos, se echó a llorar, enterró la cara en su pequeña... y entonces se dio cuenta de que seguía moviendo las piernas. Seguía caminando, y no había dejado de hacerlo ni siquiera cuando la había levantado en vilo.

Volvió a dejarla en el suelo, pero esta vez orientada hacia su coche. La niña dio unos pasos y entonces, como si estuviera bajo el control de una especie de giroscopio interno, se volvió y siguió caminando en la misma dirección que los demás. Martin fue tras ella.

—Gracias, cariño —dijo, casi sin saber lo que decía—. Gracias. —Y entonces alzó la voz y llamó:— ¡Trevor! ¡Trevor Winters! Papá está aquí. Tengo zumo de arándanos. Papá ha traído zumo de arándanos. —Sintió que se le oprimía la garganta y tuvo que parar. Luchó contra sus desbocadas emociones, las contuvo y continuó gritando:— ¡Trevor Winters, Trevor Winters!

Siguió moviéndose entre la multitud, y de repente se encontró con una luz en los ojos.

—¡Martin! ¡Eh, amigo!

—Eh... Eres...

—George Mathews, el fontanero.

—Oh, George, por el amor de... ¡Sí!

—¿Estás buscando a Trevor?

—Sí, la verdad es que sí. Le he traído un poco de leche de soja a Winnie.

—Winnie ya no existe, y Trevor no está aquí.

—¿Cómo que no está aquí?

—No, no está entre los perdidos.

Lo cogió por los hombros.

—¡George! ¿Estás seguro?

—Aquí está pasando algo más. Los niños están desapareciendo.

—¿Están... están bien, George?

Sintió los ojos de George sobre sí.

—No lo sé. Pero mi hija es una de ellos. Mi esposa está aquí.

—¿Y estás seguro de que... de que Trevor no está aquí? ¿Totalmente seguro?

—Ya no estoy seguro de nada, amigo, pero he estado aquí todo el día con mi Molly, y he visto a Winnie y a Lindy muchas veces, pero a Trevor ni una, y antes sí... Ya sabes, después de lo de la iglesia... Iba hacia las Smoke, con mi hija y algunos de los niños. No iba con los perdidos, Martin.

Martin se volvió, con la intención de volver a su casa de inmediato... y fue entonces cuando vio una gran columna de luz que caía como un sudario brillante sobre los coches de los seguidores.

—Oh, Dios mío —dijo.

George también se volvió y lo vio.

—Dios todopoderoso...

Echó a correr en dirección contraria a los perdidos, que seguían avanzando con paso regular y ausente. El primer impulso de Martin fue ir tras él, pero una columna dorada, rápida y fina como una navaja lo interceptó, y George quedó envuelto en destellos un momento, y al siguiente retrocedió y se unió a los demás perdidos.

Ocurrió así de rápido. Martin, en contra de lo que le pedía el instinto, se forzó a no correr, a imitar el paso de los perdidos, a comportarse como uno de ellos. Como había hecho muchas veces, en otras tantas caminatas, se colocó junto a su esposa. Los gritos que oía a su espalda confirmaron que la luz estaba haciéndole lo mismo a todos los seguidores. Habían utilizado su compasión y su

amor para atraparlos.

Entonces vio que la pequeña Winnie caía y se echaba a llorar, y hasta la última molécula de su cuerpo le pidió que acudiera a ayudar a su hija, pero a pesar de ello siguió caminando.

Los perdidos nunca aminoraban el paso, pero de vez en cuando, uno de ellos caía al suelo. Los demás, simplemente, pasaban sobre él.

Era un proceso de selección brutal, y brutalmente eficiente. Sólo los fuertes lo conseguirían, y era evidente que el responsable sólo quería a los fuertes. Sobre ellos volvió a oírse el *whoosh, whoosh* de... de algo. ¿Estaría siguiéndolos una lechuza muy grande? Pero las alas de las lechuzas no hacían ruido.

Algo más adelante y a la izquierda, alguien dio un salto. Se alzó una voz, en una frenética ensalada de palabras sin sentido y chillidos, y luego volvió a hacerse el silencio. Sin mirar a derecha ni a izquierda, Martin siguió adelante, dejando la pelea tras de sí. La voz no tardó en quedar en silencio, reemplazada por el extraño y mecánico cacareo que había oído en los alrededores de la casa. Al cabo de un rato, los sonidos cesaron.

Era consciente de que Lindy estaba más allá de su alcance, y de que tal vez Winnie hubiera caído. Olvidando todas sus elaboradas construcciones intelectuales sobre Dios, empezó a rezarle una y otra vez la plegaria de *Franny* y *Zooey* de J. D. Salinger, que había sido una de las favoritas de Lindy.

—Señor Jesucristo, ten piedad de mí, un pecador.

Mientras en el cielo las estrellas giraban en su generosa majestad, Martin continuó caminando al ritmo que marcaba la repetición de la plegaria. De vez en cuando, la luz caía sobre otro seguidor descubierto en la masa de perdidos, y le arrancaba el alma.

El ritmo le facilitaba las cosas, pero al cabo de dos horas comprendió que no podría seguir mucho más tiempo el paso de los perdidos. Había empezado a evaluar el peligro, dejando que la plegaria retrocediera hasta el fondo de su mente, cuando oyó una voz lejana. Era una voz resonante y mecánica. Aguzó el oído... y entonces, por increíble que pueda parecer, vio de dónde procedía. Había un coche de policía junto a la carretera, con las luces de emergencia del techo encendidas. A su lado había un agente con un megáfono electrónico. Se lo llevó a los labios y su voz tronó:

—Están entrando ustedes en una reserva salvaje. Abandonen el área inmediatamente. Por favor, señoras y caballeros, salgan de la carretera. Están entrando ustedes...

Una lengua de luz bajó de las nubes, y el más hermoso rocío de estrellas que Martin hubiera visto en toda su vida rodeó al agente. Desde lejos se podía ver cómo le succionaba el alma del cuerpo. Aquello le inspiró la idea de que las almas humanas eran universos en sí mismas, con constelaciones formadas por los recuerdos, los sueños y las esperanzas de sus dueños, y que ahora estaban extinguiéndose en el olvido. El agente dejó caer el megáfono y se encaminó al noroeste.

Martin había llegado a un punto crítico. Tenía que detenerse. No podía hacer

otra cosa. Ya estaba retrasándose a ojos vista, sin poder hacer nada por impedirlo.

—Adiós, Lindy —dijo con todo su corazón—. Adiós, mi amor, y adiós, alma de Lindy, dondequiera que estés, y que Dios te proteja, mi hermosa Winnie, mi pequeña niñita, que nunca llegó a tener una vida. —Y entonces se quedó atrás, como un seguidor exhausto. En lugar de cerrar los ojos, los clavó en el suelo.

Al cabo de poco tiempo, el último de los perdidos lo dejó atrás. Oyó el silbido de un halcón nocturno. Y luego otra cosa: de nuevo el cacareo metálico. Esta vez estaba cerca, y había más de uno. Eran muchos. Como una bandada de gansos en vuelo, se comunicaban con graznidos mientras avanzaban por el cielo.

Los alienígenas. Tenían que ser ellos. Aquel sonido identificaba a las esquivas criaturas, que seguían a sus manadas humanas. Vaqueros. Boyeros.

Entonces algo cayó sobre su espalda. Era muy pesado y tenía una protuberancia puntiaguda que le atravesó los vaqueros y penetró en su muslo. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para permanecer inmóvil, porque la protuberancia, al moverse en el interior de su músculo, le provocaba un dolor terrible.

Entonces se retiró, y Martin pudo ver que algo que parecía la pata de un insecto tocaba el suelo junto a su cara, seguido por otra cosa idéntica, y después el cacareo se perdió más adelante, y con él el tenue aleteo y los silbidos del cielo.

En ese momento vio que lo envolvía una luz. Sintió el pesar y la rabia más increíbles que quepa imaginar, y se preparó para sentirlo, para saber cómo era perder el alma. ¿Te ibas con ella, te quedabas en el cuerpo o, tal como él pensaba, desaparecía sin más?

Pero al instante siguiente oyó algo junto a su oído. Unos pasos suaves. Y un olor, un olor conocido. Abrió los ojos, volvió la cabeza y se encontró cara a cara con una mofeta muy grande.

Mientras el animal levantaba la cola, Martin rodó por el suelo, se levantó de un salto y corrió como alma que lleva el diablo, mientras la mofeta corría también hacia la luz, que no era la luz de la muerte sino la del amanecer.

Martin se detuvo bajo la luz del sol. Era dorada y brillaba al filo del horizonte, pero era tan pura que debía de ser tan sagrada como habían creído los egipcios. Se volvió hacia ella y se arrodilló como lo hubiese hecho ante Dios.

Luego volvió por las lomas al lugar en el que había dejado su camioneta, con la esperanza de encontrar el cuerpo de Winnie en alguna parte, un pequeño bulto en algún lugar de las praderas.

Pero lo que encontró fue el cadáver ensangrentado de un adulto. No era un perdido que hubiera muerto de agotamiento. Había tenido una muerte violenta. Martin lo examinó. La chaqueta escolar, la suavidad del dorso de las manos... no era ningún adulto. Cuando comprendió lo que estaba viendo, le dio la vuelta al cuerpo y entonces, al darse cuenta de las implicaciones de su descubrimiento, gritó.

Sólo duró un instante. La luz asesina no aparecía durante el día, aparentemente anulada por los rayos del sol, pero también había visto otras

cosas en la oscuridad y no estaba seguro de que fueran simples criaturas nocturnas.

Aquella triste ruina debía de ser un chico. Tendría, a lo sumo, quince o dieciséis años, y estaba horrorosamente mutilado. Sus labios habían desaparecido y, al interior de la boca abierta le faltaba la lengua. También le habían sacado los ojos, y la parte inferior de su cuerpo estaba cubierta de sangre. Martin no lo examinó con total detenimiento, pero tuvo la sensación de que también lo habían castrado.

Sacando fuerzas de flaqueza, le abrió la camisa y se forzó a buscar el lunar que significaría que había encontrado a su hijo.

La piel fría y cenicienta estaba impoluta.

Se levantó y se alejó corriendo una corta distancia, pero entonces se detuvo, volvió, recogió el cuerpo del pobre chico y se lo llevó en brazos. Fue con él hasta una granja que había al otro lado de un campo y allí lo depositó sobre un balancín, en el porche.

—¡Eh! ¿Hay alguien en casa? ¡Eh!

Ni un sonido. Entró en la casa, y encontró huevos en la nevera. Se comió seis, crudos. También tomó un poco de queso y un cogollo de crujiente lechuga. Para beber sólo encontró un zumo de uva caliente que casi le hizo vomitar.

Luego siguió caminando hasta que el sol estuvo en lo alto, y la calidez que sus rayos infunden siempre hasta en los corazones más apesadumbrados le hizo cerrar los ojos y levantar los ojos hacia él.

—Ay, el sol —dijo.

Algo más tarde encontró su camioneta... que se había dejado con el motor encendido. Subió y sacó la llave.

Había agotado el depósito. Se sentía como un estúpido. ¡Como un verdadero estúpido!

Bueno, no lo había agotado del todo. Quedaba una línea finísima entre el indicador y la marca roja, lo que significaba que aún tenía para recorrer entre uno y dos kilómetros.

Volvió a la granja, pero era una casa de recreo, sin depósito de combustible. Regresó junto al jeep, se subió y arrancó. Volvió a Harrow y la gasolina se agotó cuando el pueblo ya estaba a la vista.

No había pasado junto a la granja Dermis, a pesar de que había estado buscándola. Pero no vio ni rastro de ella. Debía de haberse alejado demasiado en dirección este.

Caminó una media hora más antes de cruzar el último campo y saltar una última valla. Se encontró en un jardín trasero. Cruzó el camino que había detrás de la casa y salió a las calles vacías. El movimiento fugaz de una cortina en la casa fue el único indicio de vida que llegó a ver.

Cuando estaba pasando junto al banco, un coche conocido paró a su lado.

—¡Bobby!

Bobby se limitó a mirarlo. Había algo raro en sus ojos, y por un momento Martin tuvo una idea horrible.



—¿Bobby?

—¿Sí?

—¿Está bien tu familia?

Paró el coche.

Jesús, su familia se había perdido durante la noche.

—Oh, colega, ¿les ha pasado también a ellos?

Su amigo sacudió la cabeza.

—¿Entonces qué es, Bobby?

Le dio una octavilla. Martin la cogió. Con enorme asombro, se encontró allí con su propia cara.

—Se busca a este hombre, muerto. Nombre: Martin Trevor Winters. Visto por última vez en el área del condado de Lautner, Kansas. Es sumamente peligroso y se ofrece una recompensa de diez millones de dólares, una vez demostrada su muerte más allá de toda duda.

Martin miró a Bobby a los ojos, vio que su amigo los desviaba. Su rostro lo expresaba con toda elocuencia: no era ninguna broma.

—Seguridad Nacional los ha lanzado sobre la zona hace cosa de media hora.

—Pero... ¡tiene que ser un error!

—Amigo, sabes que te quiero. Pero tengo un trabajo que hacer y la mitad del pueblo te quiere muerto.

—Pero ¿qué he hecho? ¿A qué se debe esto?

—No lo dice, pero todos sabemos que estabas en Egipto cuando desapareció la pirámide, y seguro que tiene que ver algo con eso. Por eso, voy a tener que arrestarte, amigo.

—¡Bobby!

—No voy a leerte tus derechos, porque, como te arresto al amparo de la ley Patriótica, no los tienes.

—¡Pero Bobby!

Haciendo oídos sordos a sus protestas, Bobby le puso las esposas y se lo llevó a la comisaría, donde lo encerró en la celda, que había limpiado de archivadores para la ocasión. Luego recorrió la ciudad para decirle a todo el mundo que había cogido a Martin y que se reunirían en la iglesia de First Christ para decidir lo que iban a hacer con él.

## 7

**LA TRAMPA***4 de diciembre*

Wylie se quedó mirando las palabras en la pantalla de su ordenador. Aquella condenada pesadilla estaba fuera de control.

Había vuelto del loquero decidido a borrar el archivo, pero no lo había hecho, y encima la cosa había empeorado, y a pasos agigantados. Lo más probable era que Winnie estuviera muerta, y en cuanto a Trevor... Sólo Dios sabía lo que había sido de él. Y luego estaba lo que le había pasado a Martin. Ahora sus amigos querían matarlo.

Pero no eran sólo las desventuras de esa pobre familia. Era la magnitud de la catástrofe, un mundo entero que estaba siendo destruido...

El cabrón de Samson estaba implicado. Al North tenía razón, era un traidor. Pero el muy cretino no le había pegado un tiro. Era un estúpido. Los buenos siempre se quedan los últimos, general North.

Ahora Wylie tenía la CNN constantemente encendida, esperando cualquier noticia extraña procedente de cualquier parte del mundo.

Hasta el momento, el mundo estaba en calma. Pero ¿sería siempre así? Ellos sabían que su Tierra estaba allí, o nunca habrían visto los OVNI. Sólo les hacía falta un pequeño empujón más, sospechaba, para poder entrar. Que la NASA anunciara que los OVNI eran reales. Que las Fuerzas Aéreas admitieran que no podían explicar algún avistamiento... y aparecerían las lentes, esos condenados y siniestros artefactos, para enviar al infierno a los catorce monumentos, tal como había ocurrido en el otro mundo.

Cuando no estaba escribiendo, investigaba y pensaba. Pensaba en el número catorce. Era el número de Osiris, el número de Jesús, el número de la resurrección. Siete era una octava completa y una vida completa. Catorce era una vida, y la otra. Era el número de la meta del hombre, la proyección del hombre hacia la eternidad. A Osiris lo habían cortado en catorce piezas. La pasión de Cristo tenía catorce estaciones.

Destruir al hombre, construir al hombre.

¿Era posible hacerlo con mundos enteros?

Suspiró. ¿Estaba cansado? Estaba más que cansado. Estaba más exhausto de lo que hubiera creído posible.

No podía imaginar cómo sería el sufrimiento que estaba viviendo el mundo de Martin. A esas alturas, todos los habitantes del planeta que no estuvieranidos habrían perdido al menos un ser amado. La magnitud de lo que estaba viviendo era inimaginable. Sobrecogedora.

¿Qué podía escribir sobre ello? ¿Que por su causa se le llenaban los ojos de lágrimas, que provocaba que se le secara la boca, que hacía que le ardieran las tripas?

Describir algo así sería todo un reto para un gran novelista, y desde luego algo imposible para alguien como él.

Catorce. No podía sacárselo de la cabeza. Los catorce lugares sagrados estaban allí para permitirnos recobrar el conocimiento que hacía inmortal al hombre: Giza, Tassili, Ollantaytambo, la isla de Pascua, Sukothau, Persépolis y Petra... para permitirnos recobrar el conocimiento, y también para protegernos de nuestra propia ignorancia.

En el mundo de Martin habían fallado. Él había llegado tarde. Había estado cerca, pero no lo suficiente. Por eso lo buscaba Samson. El conocimiento que poseía seguía siendo peligroso.

Había atardecido ya, en su Tierra, en la de Martin, presumiblemente en las de todos los universos que llenaban el inimaginable firmamento... incluido el mundo de los reptiles.

Nunca lo había visto. Puede que lo hubiera vislumbrado aquella noche... la noche que había sentido las manos delicadas de los monstruos, había sentido cómo lo violaban.

Ahora creía saber por qué lo habían hecho. Necesitaban un vehículo para transmitir el conocimiento de su existencia. El problema era que se habían equivocado de persona. Ellos habrían necesitado a un premio Nobel, o un gran líder político, no a un escritor de novelas de terror.

¡Lástima, capullos!

Unas voces agudas y emocionadas le confirmaron que todo seguía bien, al menos en su mundo. Nick y Kelsey jugaban en el exterior, con toda normalidad. Brooke estaba en el piso de abajo, preparando uno de sus asombrosos guisos.

Los niños parecían muy felices juntos, y eso no siempre era así. Aunque ella tenía ocho años y él trece, seguía habiendo mucha rivalidad entre ellos.

Probablemente, sólo un año después, Nick ya no quisiera seguir corriendo así con su hermanita, pero de momento estaba disfrutando de su infancia, ajeno al hecho de que muy pronto, con sus trece años, la dejaría atrás.

Era una tarde oscura, y estaba cayendo una lluvia intensa que había llegado desde el noroeste. Típica de Kansas, un poco tardía para la estación, nada más. Miró su estación de alertas meteorológicas. La luz seguía siendo verde, lo que significaba que no había ninguna.

No le gustaban las tormentas. Tenía miedo de que llegaran los discos, ocultos en ellas.

Pero no, las lentes eran como anzuelos en las agallas de los peces. Y en su mundo no había lentes. Se lo repetía una vez tras otra.

Pero entonces pensó, ¿y si había sólo una o dos de ellas? Tassili estaba en mitad del desierto. Nazca estaba aislada, al igual que algunos de los demás sitios. La mayoría, de hecho. Eran lugares tan antiguos que, en su época, el Polo Norte estaba en una posición diferente.

Tenía tantas ganas de tomar un trago que no se atrevía a abrir el cajón donde guardaba el licor. No.

No podía apartar la mirada de las palabras de la pantalla. Lindy y Winnie destruidas, Trevor desaparecido, Martin a punto de ser ejecutado... Imágenes que no podía quitarse de la cabeza. A pesar de que había dejado de escribir, Martin

estaba viendo cómo cerraba su viejo amigo la puerta de la celda, con lágrimas en los ojos.

No, era demasiado, tenía que ponerle fin a aquello, y era el momento.

Selecionó el capítulo y lo borró... Y, uf, toda la sangre, el sudor y las lágrimas se fueron por el sumidero. Ya estaba hecho, como debía ser. Reescribiría un escenario más soportable.

Enfrentado a una página en blanco, se dijo que las prefería así.

Y una mierda. Era horroroso destruir su trabajo de aquel modo. Pero tenía que hacerlo. No podía ver sufrir a los suyos así.

Así que inició un capítulo nuevo. Entonces se detuvo. No se sentía con ánimos para lanzarse a algo así, y estaba harto de usar el portátil, así que lo cerró. Escribir en el ordenador era una experiencia adictiva, y él, entre lo mucho que fumaba, y sus otros deseos, no necesitaba más adicciones.

Volvió a poner su vieja máquina de escribir Corona en el lugar de honor. Eso sí que era la herramienta de un escritor. Traqueteaba como un viejo mercancías al escupir las palabras, y dejaba cada errata grabada en piedra. Todo lo que había escrito, lo real, lo había escrito en aquella excelente y vieja máquina de escribir. Al principio se pasaba las noches en blanco, en la cama, escribiendo en cuadernos amarillos que luego transcribía a máquina por la mañana. Una forma civilizada de trabajar.

Mientras introducía una hoja de papel en la máquina, reparó en que el portátil no se había apagado al cerrarlo.

Un error, sin duda.

Abrió la tapa para apagarlo manualmente.

Había palabras en la pantalla. Las leyó. Estaba todo, hasta... allí. Escribió algo. Sus palabras aparecieron en la página. Las borró. Reaparecieron al instante. Volvió a hacerlo, esta vez más rápido, pero cuanta más prisa se daba, más de prisa regresaban.

Muy bien, o sea, que se había vuelto loco. Aquello no podía ser. Volvió a borrar el capítulo.

Las palabras parpadearon un momento, y luego reaparecieron en el mismo sitio. Volvió a borrarlas, y luego otra vez, y otra, hasta que no consiguió nada al borrarlas. Ni un mero parpadeo.

Sí, era una locura. No podía ser.

Cerró 2012. Era hora de pasar a las armas nucleares. Tenía un programa llamado Zzztz en el ordenador, capaz de destruir por completo cualquier archivo. Era una aplicación que utilizaba el departamento de Defensa para destruir archivos clasificados.

Abrió Zzztz y arrastró el archivo de 2012 hasta el icono.

—Bomba de neutrones —murmuró. Era la contraseña para establecer DEFCON 12, el nivel de destrucción más elevado.

Así que escribiría otra novela, muy bien. Tardara lo que tardase, ya se le ocurriría algo.

Mientras observaba trabajar a Zzztz, el archivo regresó. Lo destruyó de

nuevo. Apareció una vez más.

En el programa no había ningún nivel superior a DEFCON 12. Pero había otro modo de abordar el asunto. Abrió la línea de comandos de DOS y escribió «borrar».

Cuando volvió a Windows, estaba allí de nuevo.

Se quedó mirando la pantalla. Aquello demostraba algo, porque si no era posible confiar en la función de borrado del propio ordenador, todo era una locura.

—Brooke —llamó.

—¡Sí! —le llegó la respuesta desde la cocina.

—¿Puedes venir un momento a mi despacho? Es importante.

—Wiley, tengo un millón de cosas que hacer.

—¡Brooke, por favor!

—¡Ahora voy!

Se descubrió temblando, presa de la húmeda frialdad de la fiebre o el miedo. Porque tenía delante de sus narices una prueba de que, tras todas aquellas pesadillas y aquella locura, había algo real. Y era exactamente tan real como había temido.

Se puso en pie de un brinco y salió del despacho como si el lugar estuviera en llamas. Corrió escaleras abajo y pasó los brazos alrededor de Brooke. Le besó la frente, los labios, el cuello.

—¡Eh, que estoy preparando un estofado, amigo!

—¡No me dejes nunca, por el amor de Dios, no me dejes nunca!

La tomó en sus brazos y esta vez la besó con fuerza, echándole la cabeza hacia atrás y atrayendo su cuerpo hacia él hasta que Brooke se derrumbó, con los senos apretados contra su pecho.

Cuando la dejó ir, el placer había atemperado su mirada.

—Parece que ésta va a ser una noche muy larga...

—Te voy a partir en dos, preciosa. —Pero entonces regresó todo su miedo, y se asió a ella como si fuera un salvavidas en medio de un océano embravecido —. Te quiero con toda mi alma —susurró, con la voz apagada por la verdad.

Era probable que Brooke no comprendiera qué había inspirado aquello, pero tampoco lo necesitaba; su intensidad y honestidad eran evidentes. Ella le acarició la cabeza, y la mano contra su incipiente calvicie le pareció suave como las alas de una mariposa. Recordó las luces amarillas del porche de su niñez, y las polillas, cuyo aleteo era el único sonido en la silenciosa noche estival.

Retumbó un trueno largo y grave, acompañado por el lejano destello de un relámpago, y Wylie reaccionó con un acceso de terror tan grande que prácticamente se orinó encima. Entró corriendo en el salón, apagando las luces a medida que avanzaba. El cielo parecía vivo a causa de los relámpagos.

Salió al porche y alzó la vista hacia las nubes, que centelleaban enloquecidas. Después observó a los chicos, que correteaban bajo aquella luz inquietante.

—Entrad, chavales, por favor.



—Jo, papá...

—Los rayos pueden ser peligrosos.

Siguieron jugando.

—¿Qué está pasando? —preguntó Brooke.

—¡Mira el cielo!

—Sí, ¿y qué?

—¡No lo entiendes!

—Cariño, está a kilómetros de distancia, apenas se oye. Déjales jugar.

—No, por favor, hazlo por mí. Tengo mucho miedo por ellos, Brooke. Tengo miedo por mis hijos y necesito que me ayudes.

—Creo que lo que necesitas es la ayuda de Crutchfield.

—Vale, mira, si te dignaras subir al menos un par de minutos te demostraría que está pasando algo muy feo. Pero que muy feo.

Ella lo siguió.

—Bueno, atiende. Acabo de borrar el capítulo siete de mi libro. Y ha reaparecido. Después he borrado el libro entero. Y ha reaparecido también.

—¿Has borrado tu libro?

—Del todo. Desde la línea de comandos de DOS. Un borrado completo.

—Mierda, necesitamos ese dinero.

—Necesitamos... No sé lo que necesitamos exactamente, pero sé que la gente del otro lado las está pasando muy putas, y si logro borrar esto y reescribirlo quizá las cosas les vayan mejor, y puede que también a nosotros, porque lo que está pasando allí es una pesadilla, y está a punto de invadirnos a nosotros.

Brooke se sentó en el escritorio.

—Venga, eso es una chorrada. Tu libro está aquí.

—Bórralo.

—¡No pienso hacerlo!

—Vale, pues entonces mira.

Se puso delante, pero ella le aferró la muñeca. Tenía una fuerza sorprendente.

—No te voy a dejar, Wiley Dale. O acabas eso y lo entregas o me pierdes a mí y a los niños.

—¿Perdón?

—¿Cuántas gilipolleces autocompasivas tengo que aguantar? ¿Quieres decírmelo? Porque tengo que decirte que estoy al límite de mis fuerzas. Ya no puedo aguantar más todo esto. ¿Cómo te atreves a traerme hasta aquí y aterrorizarme con juegos así? ¡Podríamos perderlo todo! ¡Podríamos acabar en la calle! Estoy harta de ser la esposa del escritor rico que en realidad es un pobre hijo de puta.

—No le digas a nadie que no tengo un centavo.

—Entonces escribe un libro que se venda y no tendrás que mentir. ¡Pon algo de comer en la mesa, joder!

Se levantó y salió del despacho.

—La comida estará en diez minutos —añadió sin volverse.

—Entonces parece obvio que hay algo de comer en la mesa —musitó él, aunque en voz muy baja.

Después volvió a su escritorio, puso la Corona a un lado y abrió el portátil. Comenzó a escribir.

Fuera, los relámpagos cruzaban el cielo.

Trabajó a ritmo constante. A medida que la fuente de los rayos se acercaba, los truenos fueron cobrando fuerza contra la noche incipiente. En el patio, los niños, que ahora se cubrían con unas sábanas, corrían en la oscuridad.

Fue como si la muerte retumbara junto a los truenos, pues sabía que aquella misma tormenta traía con ella, a través de la separación entre mundos, a los ladrones de almas.

Abajo, Brooke comenzó a cantar, como solía hacer cuando se peleaban.

—«Escucha al pajarillo cómo canta, cómo canta, sobre la tumba...»

Ella lo sabía, por eso cantaba una canción como ésa. Por eso los niños estaban jugando a los fantasmas, porque sabían en el fondo de su corazón que sus contrapartidas en el otro universo habían perdido el alma.

—¡Ya está la cena! —gritó Brooke—. ¡Y por una vez, Wiley, podrías pensar en bajar en un tiempo razonable!

Pensó en Martin, encerrado en su celda. Miró en su interior y lo vio allí de pie, simplemente aguardando en el calabozo de acero y hormigón.

Sabía que Martin podía oír a sus amigos, conocidos de toda la vida la mayoría de ellos, en la habitación de al lado (cuanto quedaba del pueblo se apiñaba en tan pequeño espacio), discutiendo si lo mataban o no.

No era por los diez millones de pavos. ¿A quién podía importarle aquello a esas alturas? Pero tenían una orden de las autoridades, y aún confiaban en ellas.

—¡Idiotas! —gritó—. Él sabe algo, por eso el general Samson lo quiere muerto. ¡Ese hombre sabe algo!

—¡Cierra el pico y baja aquí, se te está enfriando la cena!

—¡Sí, señora!

Texas Max había traído hacía poco una absenta estupenda que Wiley había comprado, por supuesto, y que había escondido en el doble fondo del cajón de su escritorio después de darle un tiento. Era repugnante, pero potencia no le faltaba. Sacó el frasco, abrió el tapón y le dio un buen trago.

«Hostia puta.»

Bajó a cenar y comió en silencio.

—¿Qué es ese olor?

—¿Qué olor?

—Puaj, papá ha estado bebiendo licor.

Brooke se lo quedó mirando, pero no dijo nada. Wiley se comió las cebolletas con la esperanza de disfrazar el olor. Además, se había dejado la maldita absenta encima de la mesa. Tenía que esconderla. En el pasado habían tenido discusiones muy graves por sus diversas incursiones en el mundo de las drogas. Después de descubrir que no había ni un solo fumadero de opio oficial en

el mundo, había creado uno en el garaje. Necesitaba comprobar cómo le funcionaba el opio para escribir. Cuando Brooke los pilló a él y a Matt colgados, éste todavía con el uniforme de policía, se puso como loca. En cuanto a la pipa de *crack*, ni siquiera él estaba lo bastante loco como para probarlo, aunque la pipa sí que la tenía. De nuevo, sólo para documentarse bien. Como la dominátrix. Había tenido que hacer verdadero encaje de bolillos cuando la maldita amazona los abordó una noche exigiendo dinero a cambio de unas fotografías. Aunque la verdad es que a él era más que difícil reconocerlo, gracias a Dios.

Brooke no había llegado a enterarse.

—Si quieres cuero, yo soy tu chica —le había dicho Lila—. Pero ten cuidado, porque una vez empiezo no hay quien me pare.

Su mujer había vuelto a la cocina para fregar los platos. Kelsey se unió a ella, aún con su disfraz de fantasma, y sus voces mientras trabajaban le inspiró una alegría tan exuberante que se creyó capaz de levitar. Quería mucho, muchísimo a aquella familia suya.

—Déjame eso a mí —dijo levantándose. Le quitó la cacerola de las manos y empezó a restregarla con el estropajo. A Brooke no le gustaba el teflón, prefería el hierro y el cobre. Cualquier cosa, en opinión de él, que diera más trabajo a la hora de limpiar.

«Bueno», pensó. Era una excelente cocinera, y podía convertir doce zanahorias y un poco de carne en puro maná, como acababa de demostrar.

Mientras fregaba, no reparó en el rostro que había aparecido por un momento fugaz en la ventana, unos ojos que semejaban sendos espejos oscuros. Ninguno de ellos lo hizo.

## 8

**EN LAS PROFUNDIDADES DE UN HOMBRE***6 de diciembre*

El general Al North descubrió al despertar que le habían echado la cabeza hacia atrás y le habían metido algo en la garganta. Tenía dificultades para respirar.

El instinto lo llevó a gritar, pero se atragantó con algo amargo y frío, y que debía de ser metálico. Sus ojos enfocaron lo único que alcanzaba a ver, y que era una especie de película blanca. La miró, tratando de comprender de qué podía tratarse. Ondulaba levemente, quizá mecida por una corriente. Y entonces entendió que era una sábana blanca, la de su propia cama, que se encontraba sobre su rostro.

Tensó y retorció todos los músculos del cuerpo, hasta que se sintió a punto de partirse como una goma elástica demasiado estirada. Sus pulmones borboteaban y empezó a notar que le faltaba el aire. Entonces se sumió en un infierno de arcadas, porque el objeto que le obturaba la garganta había empezado a moverse y a girar.

Todo se puso negro. No hubo advertencia previa, ni parpadeo alguno de las luces. Simplemente se hizo la oscuridad. No era capaz de discernir si lo habían cegado o si las luces se habían apagado.

Entonces vio un pequeño destello rojizo. Olió humo de tabaco.

—¿Quién es usted? —intentó preguntar a pesar de la mordaza. Su voz era un gorgoteo ahogado y lastimero.

Algo rozó su cuerpo desnudo, primero en la cara, el cuello y el pecho, después en los hombros, los brazos, las piernas y los genitales. Era un suave cosquilleo, como los dedos de una mujer traviesa. Y entonces sintió la más exquisita de las sensaciones, un alivio extraordinario, profundo: le retiraron aquella cosa dura y palpitante de la garganta. Sintió cómo el aire entraba a raudales y oyó primero un gorjeo, seguido por un sonido estridente, agudo, roto, que sólo se detuvo cuando cerró la boca, decidido a no chillar, consciente de que era un general de las Fuerzas Aéreas de Estados Unidos.

En los mil puntos de su cuerpo en que el cosquilleo estaba presente comenzó a sentir pinchazos. La sensación se tornó rápidamente más profunda, y al mismo tiempo un fuego sutil empezó a recorrer su piel. Gruñó, anhelando que aquellos dedos que lo violaban lo dejaran en paz, pero no fue así.

Unas voces murmuraban en una lengua desconocida, un idioma extrañamente suave con un tono musical, lleno de ceceos y sonidos silbantes, mezclados con desagradables ruidos guturales. Era una lengua compleja y sutil, tremolante de emoción, inhumana.

Apareció ante él un rostro que lo observaba atentamente. Llevaba mucho maquillaje. Era una faz femenina, pero los ojos (dorados, extrañamente metálicos) miraban con la hueca furia de un reptil. Implacables. Debía de tratarse de una máscara, pensó. Sí, era de plástico. O no. Parecía flexible, viva, pero

también mostraba una suavidad reluciente que sugería que aquello no era piel, sino una capa de escamas de gran delicadeza. Las pupilas comenzaron a moverse de un lado a otro, como los ojos débiles de un albino. Parecían de metal, como si unos colmillos de oro pudieran mirar. Había algo enfermizo en ellos.

Cuando la figura entraba y salía de su campo de visión, un cabello negro y rizado se mecía frente a él. Era una mujer, de eso estaba seguro, y acababa de pasar por la peluquería.

No quería morir de aquel modo, sumido en una agonía ignorante, como una cobaya abierta en canal en vida, a modo de un experimento que nunca podría llegar a entender.

Intentó hablar, pero no lograba expulsar más que bocanadas de aire. Entonces sintió algo que se apretaba contra su cabeza: unos pinchos. Sintió como si empezaran a introducirse en su cráneo. Los ojos dorados parpadeaban y se movían a toda velocidad, y las voces seguían parlotando raudas. De repente notó cómo le introducían algo en el recto. O, más bien, tuvo la sensación de que ese algo se arrastraba hacia su interior.

La mujer dijo:

—Waluthota.

Lo repitió más alto. Hablaba con él.

—No puedo...

La cosa aquella volvió a su boca y se introdujo por su garganta. Podía sentirla en el estómago, podía notar cómo se reunía con aquello que había entrado en su colon, y entonces escuchó un sonido siseante y un sabor parecido al del beicon quemado, y empezó a salirle humo por las comisuras de los labios. No le dolía, pero supuso que lo estaban matando y, decidido a resistirse, intentó incorporarse para expulsar de algún modo las cosas que tenía dentro.

Entonces oyó una risa aguda, rápida, imposible de confundir con ninguna otra cosa.

Y después percibió algo más: sí, planes. Vio planes. Al cabo de un instante, se hicieron más nítidos. Páginas y páginas de informes, de correos electrónicos, de órdenes. «Estoy descargando», pensó. Estaba viendo cada uno de los informes que había leído a lo largo de los años, cada plan que había examinado, cada especificación que había aprobado.

Pensó que estaban buscando algo en su mente, pero no era capaz de discernir el patrón de la búsqueda. Había supervisado muchísimas misiones a lo largo de su carrera, en su mayoría inocuas, pero no todas. Y de hecho, aquella gente no tardó en alcanzar sus recuerdos acerca de las instalaciones del monte Cheyenne, y aquella información era alto secreto.

El calor sofocante fue lo que lo despertó. Una gran oleada de angustia sudorosa lo arrancó de algo que parecía la misma muerte, un sueño tan profundo que carecía de puertas.

¿Qué acababa de suceder?

Se acurrucó en el silencio, roto sólo por un zumbido, y sintió la presión del aire acondicionado contra su espalda. Se incorporó, se acercó al cabecero y se



miró al espejo. Vio un hombre de ojos vacíos, angustiados.

Su boca sabía a algo tostado y amargo. Vómito quemado.

Abrió el armarito de las medicinas y sacó el colutorio. Se enjuagó y escupió, y entonces vio asqueado cómo se perdían por el desagüe cientos de retorcidas hebras negras. Escupió una segunda masa de aquellos filamentos vivos, inquietos y ferozmente pugnaces, que produjeron un sonido como el de los espaguetis al verterse desde la cazuela.

El general gritó, y entonces vio que el lavabo estaba limpio y que el enjuague bucal seguía en el armarito. Estaba soñando, eso era lo que había sucedido. Empezó a sentir un cierto alivio, pero entonces reparó en que su apartamento parecía lleno de humo de tabaco, y él no fumaba. Lo detestaba, de hecho.

Se sentó en el borde de la cama. El humo parecía real, pero quizá no lo fuera. Quizá siguiera inmerso en su pesadilla. O quizá hubiera alguien fumando cerca y el olor hubiese llegado hasta su habitación. Era posible, por supuesto. En el poco tiempo que llevaban allí ya se habían dado cuenta de que aquel lugar había sufrido por todas partes los recortes presupuestarios.

El olor empezó a remitir y se sintió un poco mejor. Intentó recordar lo que había sucedido, para ver si detectaba algún patrón en la búsqueda realizada en su mente.

Sin embargo, cuando intentó hacer inventario de aquellos destellos de memoria descubrió algo extraño. En realidad no se trataba de cosas muy importantes, sino de los escombros de sus años como oficial de Estado Mayor. Por supuesto, algunas de aquellas informaciones eran secretas, como los planos de las instalaciones del monte Cheyenne, pero era información que se podía obtener fácilmente sin tener que desvelar los propios planes ante un oficial veterano como él.

Lo más raro de todo era aquella curiosa sensación de que lo importante no era la información, sino otra cosa. Se miró las manos: estaban arrugadas, aunque en el pasado habían sido suaves como las de un cirujano. Nunca había llegado a volar en misión de combate, pero había leído que algunos grandes ases, como Albert Ball y Bubi Hartmann, tenían manos así.

Siempre había pensado que las manos delataban a la gente, y se preguntó por qué aquel pensamiento se le pasaba ahora por la cabeza. Pero en cuanto formuló la cuestión lo supo.

Estuvo a punto de gritar. Y entonces sintió un dolor agónico y retorcido en las entrañas, y comprendió que no le habían robado el alma, sino que la habían violado.

Y supo que sus amores y sus secretos habían sido vueltos del revés, que sus lugares más privados habían sido expuestos a la luz, que todo lo que era él había sido mancillado.

No se trataba de una pesadilla. Habían estado allí, pero no para buscar planos. Habían realizado un mapa de su alma desnuda. Torció la boca, inspiró y reprimió un grito. Aquella era una violación en su nivel más profundo, más íntimo, la profanación de los secretos del cajón de arena y el recreo, de la vergüenza del

primer amor, de los sudorosos y experimentales escarceos, del descubrimiento de las chicas y luego, la más larga de su esposa, tanpreciada para él y ahora objeto de burla y desprecio por parte de unos monstruos con rostro de serpiente.

Había sido objeto de evaluación y medida por parte de algo tan siniestro y maligno que hasta su más neutro roce provocaba un horror corrosivo.

«Es una civilización negativa», pensó, «un mundo ya antiguo en su tiempo, y que se ha corrompido.»

Y que tenía un trabajo para él.

## 9

**LA NOCHE DEL CAZADOR***8 de diciembre*

Cuando Martin oyó las campanas saltó horrorizado del catre, pensando que los discos habían regresado. Tardó un momento en fijarse en la luz que se filtraba por los barrotes de la ventana de su pequeña celda. A pesar de todo, había dormido.

Las campanas procedían de la iglesia metodista de la calle Tres, unas campanas que hasta hacía unas noches habían sido responsabilidad suya. Y ahora se encontraba allí, en una situación espantosa, sin la menor idea de por qué le había sucedido aquello. Alguien del gobierno era el responsable, pero ¿quién? ¿Y por qué iba nadie a considerar peligroso a un arqueólogo?

Había pasado la noche pensando en ello, repasando sus obras publicadas, sus experiencias en la pirámide y en la Casa Blanca, y había llegado a la conclusión de que en su conocimiento del pasado debía de haber algo que lo convertía en un peligro potencial. Tanto que, aunque el mundo estuviera derrumbándose a su alrededor, no habían ahorrado esfuerzos para atraparlo.

No eran meras suposiciones.

Él creía que las lentes y los discos eran una especie de máquina. Sabía que unos doce mil años antes de Cristo se había venido abajo una gran civilización humana. No una civilización tecnológica como la suya, pero sí dotada de unos profundos conocimientos científicos que incluían, muy especialmente, la ciencia del alma. Aquella civilización también había dejado una predicción muy precisa: que la era presente terminaría el 21 de diciembre de 2012. Los mayas, que poseían un conocimiento parcial de esa cultura mucho más antigua, habían integrado esa fecha en su sistema de calendarios. De hecho, habían tomado ese día como punto de inicio y habían avanzado hacia atrás, tan importante lo creían (o sabían que era).

Estaba convencido de que la fecha la habían obtenido en una ciudad que ahora se encontraba sumergida a gran profundidad, cerca de la costa cubana. Aquella inmensa metrópolis había sido probablemente la capital de lo que la leyenda llamaba la Atlántida. No dejaba de resultar curioso que la armada de Estados Unidos, que custodiaba el lugar, hubiera impedido regresar al equipo arqueológico canadiense que, diez años antes, había realizado el descubrimiento.

Aquello debería haber supuesto un escándalo, pero sus colegas parecían encantados de que se hubiera echado tierra sobre el descubrimiento: la revelación hubiera puesto patas arriba cien años de teorías y acabado con la carrera de decenas de importantes especialistas.

Martin había presionado a varias instituciones para que iniciaran investigaciones en la zona. Había llegado a publicar una carta en el *Archaeological Record* en la que condenaba la acción militar. Había exigido explicaciones al departamento de Defensa a través del senador Michaelson.

No estaban tratando de matarlo porque lo creyeran responsable del

desastre: intentaban acabar con él porque era una de las pocas personas en el mundo que tenía alguna oportunidad de comprenderlo.

Las campanas se detuvieron tan de repente que el rocío que colgaba de las tres hojas amarillas que podía ver a través de los barrotes pareció temblar. Observó cómo se acercaban unos coches a la iglesia. Se estaban congregando allí, y después vendrían a por él.

Se sentía exactamente como una rata, salvo que una rata sólo querría escapar, mientras que a él lo atormentaba pensar en su familia. Se había pasado toda la noche angustiado por Lindy y por la pobre Winnie, con los pies destrozados, así como por su hijo perdido.

Las cosas que habían aparecido tras los perdidos después del anochecer... Creía que se trataba de una especie de equipo de limpieza, enviado para destruir a los rezagados. Aquel muchacho mutilado era obra suya.

¿Habría acabado Trevor así?

Llegaron unos ruidos desde el despacho, una voz que se elevaba y luego volvía a moderarse. Bobby. Parecía enfadado. Entró.

—Cincuenta y seis a quince —dijo sin mirar a Martin.

—Ah.

—No tengo ni idea de cómo se cuelga a alguien.

—Usa la pistola.

—Martin... —Tuvo que detenerse. Tragó saliva y se recompuso—. Tenemos que irnos ya. Vamos a hacerlo junto al banco. Ahí hay un árbol.

—Dios, no estarás hablando en serio, ¿no?

—Han ido a por una cuerda. Lo siento. Lo siento, créeme.

Así que iban a hacerlo.

—Bobby, yo no he hecho nada.

—Ya lo sé. —Levantó la mirada—. Pero ¿y si sí lo has hecho?

—¡Por el amor de Dios!

—Martin, por favor, no me obligues a..., ya sabes, a llevarte a rastras.

Mientras Martin salía, Bobby cogió las esposas del cinturón.

—Venga, Bobby...

—Es el reglamento, Martin.

—De acuerdo: si me pones las esposas tendrás que arrastrarme cada palmo del camino, y gritaré, vaya que sí, porque lo he perdido todo, y ahora también la vida. Mi vida, Bobby, y todo por nada. Por nada en absoluto. Cero.

Bobby le puso una mano en el hombro.

—Vamos, acabemos con esto.

Nadie sabía cómo se ahorcaba a una persona, de modo que le atarían la cuerda alrededor del cuello y lo izarían al árbol, donde moriría lentamente por asfixia.

Bobby había tenido la deferencia de no esposarlo, y se fijó también en que no lo sujetaba con muchas ganas mientras cruzaban la plaza en cuyo quiosco, un día mucho más feliz, había tocado la banda del instituto Lautner.

Aquella tarde habían sido geniales, mientras los chicos y los perros pasaban

correteando de un lado a otro y las mujeres de las iglesias vendían pasteles a la sombra del parque. Ojalá ese mundo no se acabara nunca, amén.

Se acercaron a un grupo poco numeroso, lúgubre y tétrico. Martin se dio cuenta de que nadie se sentía a gusto con aquello. Todos le rehuían la mirada.

—Bobby, dispárame, no intentes lo de la cuerda, ninguno sabéis lo que estáis haciendo.

—No puedo, Martin.

Oyó que se cerraba la puerta de un coche y vio a Rosie, que se acercaba a ellos.

—Venga, Bobby, nos vamos a casa ahora mismo.

—Rosie, éste es un asunto oficial.

—¡Es un asesinato!

—Tengo una orden de busca y captura. Es oficial. De modo que es legal.

—Entonces es que algo va muy mal, porque probablemente Martin sea la única persona en el mundo que puede ayudarnos a solucionar todo esto. Así que, ¿por qué lo quieren muerto? No tiene sentido. —Se volvió hacia los otros—. Marchaos a casa ahora mismo. ¡Marchaos todos!

Malcolm Freer, su mujer y dos chicos se dirigieron hacia su viejo coche familiar y entraron. Arrancaron y se marcharon sin decir palabra.

—Mirad, al menos hay alguien aquí con un poco de sentido común. —Entonces bajó la voz—. Bobby, esto es un error. Es un terrible error.

La mano de Bobby soltó el hombro de Martin. Bill West permaneció donde estaba, vestido con su mandil de carnicero y un gran rollo de cuerda entre las manos. Nadie decía nada.

Martin comprendió lo que había hecho Bobby. Sabía que aún le quedaban unos segundos, aunque no muchos.

En la celda también había entendido algo: era alguien único en el mundo. Algo que él sabía, o que podía llegar a hacer, resultaba tan peligroso para el enemigo que éste lo quería muerto. Por eso habían peinado de aquel modo aquel diminuto rincón de Kansas, y habían lanzado aquellas octavillas.

No era un buen corredor. Nunca había estado en el ejército ni había corrido una maratón, no... Ni siquiera corría por hacer un poco de deporte.

Bill y Mary West sí salían a correr, los veía constantemente. Y Will Simpson era cinturón negro.

Pese a todo, aprovechó la ocasión. Se dio la vuelta y salió disparado a toda velocidad hacia el otro extremo de la plaza.

Un disparo terroríficamente fuerte se perdió entre las ramas de los árboles.

La voz de Rosie se elevó sobre el estruendo.

—¡Bobby, ni se te ocurra!

Bobby era demasiado bueno con la pistola como para haber fallado a aquella distancia, pero Martin alcanzó ileso la esquina del banco. Sin embargo, tras él oyó el sonido de unos motores que arrancaban y de varios pies que corrían sobre el pavimento. Todos estaban armados, y en su mayoría eran cazadores consumados.



Entró corriendo en el café Harper's, donde había comido mil y una hamburguesas, y salió al callejón por la puerta trasera. Estaba completamente perdido. Entonces vio una camioneta cerca del muro, con la parte trasera llena de cajas de algo que supuso que serían verduras. Por toda la ciudad debía de haber decenas de vehículos abandonados. Se subió a la camioneta, pero las llaves no estaban. Oyó un motor cercano. Un coche había entrado en el callejón.

Se agazapó en la cabina de la camioneta. El coche pasó ronroneando a su lado. Dentro estaban Bill West y su hijo Coleman, ambos armados con rifles de caza.

¿Cómo podía permitir Bill que un niño de trece años participara en la caza de un hombre? Pero estaban demasiado asustados, no eran ellos mismos. Por eso participaban en aquella locura. El salvaje siempre está a flor de nuestra piel y, si tenía que ser sincero, también él habría dado cualquier cosa por un arma.

El mejor lugar para encontrar un coche con llaves sería alrededor de una de las iglesias. La gente estaba aterrorizada y bien podría habérselas dejado puestas.

La más cercana era la de First Christ, y allí intentaría ir. No se creía capaz de eludir a sus perseguidores el tiempo suficiente para llegar más lejos, a Saint Peter, por ejemplo.

Estaba saliendo de la camioneta cuando apareció otro vehículo, aún más silencioso que el Lincoln de los West. Era el Prius de la señora Tarnauer. Martin se creía capaz de sacarla a la fuerza del coche, e incluso se le pasó por la imaginación la idea de romperle el cuello a la mujer, pero permaneció bajo el borde de la ventanilla mientras pasaba. También ella, Jesse Tarnauer, que había sido primero su maestra y luego su bibliotecaria, quería matarlo.

En cuanto desapareció el Prius, Martin cruzó la callejuela y entró en la parte trasera de la tienda de ropa infantil Darling Dixie, que llevaba mucho tiempo cerrada por culpa de Wal-Mart y Target. Ya nadie compraba a sus hijas vestidos llenos de lazos, y los chicos querían camisetas seis tallas más grandes, no trajes en miniatura con pañuelos falsos en el bolsillo de la pechera.

Se acercó cuidadosamente al escaparate. Al otro lado de la calle se encontraba el aparcamiento de la First Christ, que, tal como esperaba, estaba lleno de coches. Había algunos mal aparcados y con las puertas abiertas, como si sus ocupantes hubieran llegado muy tarde y se hubieran bajado del vehículo todavía en marcha.

Oyó un fuerte ruido, y después el rugido de un coche enorme. Escuchó con atención. ¿Qué podía ser? No lo perseguirían con un tractor, ¿verdad?

Cruzó la calle corriendo y se coló en uno de los coches mal aparcados, un Buick Lucerne que olía a cigarrillos y al perfume floral de Louise C. Wright. Su hija Pam trabajaba como encargada en el Target. Louise era una mujer exuberante y muy profesional.

Gracias a Dios, el coche arrancó sin problemas. Salió del estacionamiento y se dirigió hacia el norte por Elko. Tomó el camino de la casa de los Makepeace y atravesó su jardín y luego el campo de los Morgan, sembrado de surcos

polvorientos, que cruzó derrapando y dando tumbos. Atravesó una alambrada y entró en la misma carretera de tierra por la que Lindy y él corrían cuando eran pequeños.

Continuó a toda velocidad hasta pegar un frenazo para tomar la 215. Cualquiera que lo viera creería que se dirigía hacia la interestatal. La 215 era totalmente recta durante unos ocho kilómetros antes de llegar a una larga curva, así que obligó al coche a darlo todo. Se puso a ciento cuarenta, después a ciento sesenta, y finalmente estuvo a punto de alcanzar los ciento setenta.

En cuanto llegó a la curva y dejó de estar a la vista de los potenciales perseguidores, frenó y tomó la carretera agrícola 2141, que se dirigía hacia los Smoke y hacia su hogar.

Pero de nuevo realizó un giro, esta vez para tomar la carretera de Six Mile. La siguió hasta la División Occidental, donde vivía Louise y cuya pequeña casa conocía. Era profesora de francés y Trevor había sido uno de sus alumnos. Como a su padre, no se le daban bien los idiomas.

De improviso, empezó a chillar y a aporrear el volante, y a patalear como un león atrapado en una red. Se sentía aturdido, y no tenía ni idea de que pudiera existir tanta rabia dentro de él. Durante un momento le pareció que aquello le estaba sucediendo a otro, pero cuando el coche comenzó a dar bandazos por la carretera comprendió que no era así, y tuvo que esforzarse por recobrar el control.

Intentó relajarse, reprimió otro rugido y pensó: «dentro de nosotros hay cosas muy profundas de las que no éramos conscientes. Cosas muy, muy profundas». Sintió una tristeza desoladora, aunque esta vez tomó la forma de un nudo en el estómago, no de la erupción de rabia salvaje que acababa de experimentar. «No sólo puedo matar, sino que quiero hacerlo.»

Su pueblo se había vuelto contra él de la noche a la mañana, y no habían hecho falta más que unas octavillas arrojadas por el enemigo, o por traidores a sueldo de éste.

Por desgracia, estaba bastante seguro de que el enemigo se encontraba preparado para todo. No tenía ni la menor idea de lo que podía hacer para derrotarlos. De hecho, el mundo moderno parecía tan mal preparado para aquello como los aztecas y los incas lo habían estado para la llegada de los españoles. Los aztecas necesitaron semanas para darse cuenta de que los caballos y los hombres que los montaban eran criaturas diferentes, y nunca habían llegado a entender cómo funcionaban las armas de fuego. Por supuesto, habían considerado dioses a sus adversarios. Todos los habían visto obrar magia.

«Los aztecas se vieron superados por el arcabuz, y nosotros por la luz. Tampoco comprendimos lo que estábamos viendo, del mismo modo que los aztecas no comprendieron cómo actuaban un hombre y un caballo.»

Los aztecas, que empleaban a su vez una versión del calendario maya, se toparon por primera vez con los españoles el día en que, según la profecía, regresaría su reverenciado dios Quetzalcóatl. De modo que estaban doblemente seguros de que estaban ante dioses. Eso encajaba a la perfección en la

cosmología azteca.

Alguien sabía cuándo iba a suceder aquello, y lo había sabido con milenios de antelación. Pero ¿quién? ¿Y cómo?

¿Se encontraba la respuesta a kilómetro y medio bajo el mar, en la costa de Cuba? ¿Entorpecía la armada de Estados Unidos cualquier investigación para asegurarse de que nadie la descubriera?

«Así es», pensó. Tenía que serlo. Si se unía a aquello el intento de eliminarlo, ya no le quedaban dudas de que el enemigo había subvertido al ejército de Estados Unidos, y de que llevaba haciéndolo varios años.

¿Cómo se llamaba aquel general? Samson. General Samson, jefe de la Junta de Jefes de Estado Mayor. Aquel hombre había obrado de un modo maligno.

Pero existía otra verdad más profunda, ¿no era así? Y es que los españoles eran mucho más vulnerables de lo que parecían. No derrotaron a nadie. Los aztecas no habían sido vencidos por la fuerza de los españoles, sino por su propia ignorancia. De hecho, la tecnología de los europeos no estaba mucho más avanzada que la de los aztecas, y en muchos sentidos quedaba detrás de la de los incas. Quizá muy atrás. Y quizá siguiera siendo así.

Entró en el camino de acceso a la casa de Louise y tuvo la precaución de dejar el coche en el sitio habitual. Después salió y rodeó la casa hasta llegar a los árboles que había atrás. Tenía que impedir que lo vieran y mantenerse escondido, pero aquello era Kansas, con sus colinas bajas, sus bosques ralos y sus praderas. Si alguien sospechaba que se había dirigido hacia allá, lo más probable es que antes o después diera con él.

Avanzó entre los árboles hacia la zona elevada que lo llevaría, después de algo menos de medio kilómetro, a la vieja carretera donde en el pasado llevaba a sus estudiantes de arqueología a buscar restos de la diligencia que se había estrellado allí en el siglo XIX.

También habían buscado fósiles y puntas de flecha, de las que había encontrado decenas, incluidas algunas de hacía diez mil años. Había explorado las colinas con Trevor y le había enseñado las habilidades necesarias para encontrar cosas que habrían permanecido ocultas a la vista de otros.

Subió el risco y desde allí echó un largo vistazo a la ciudad. Sobre la línea de los árboles se vislumbraban los campanarios de las iglesias, la fachada del banco, los tejados de las casas y lo alto del edificio Burnside. Conocía bien aquel punto, ya que lo había visitado muchas veces desde que era niño. Allí solía acudir para reflexionar acerca del tiempo y el azar, y para hacerse preguntas acerca de lo que le deparaba la vida.

«Sea quien sea, está deshaciéndose de la gente, pero dejando todo lo demás intacto.» Lo que el enemigo obtendría sería un mundo vacío pero intacto, y miles de millones de esclavos.

De ese modo supo que el enemigo podía estar tecnológicamente más desarrollado, pero también que su cultura era más primitiva. Ninguna sociedad humana moderna empleaba esclavos, o los necesitaba siquiera.

Se preguntó qué clase de criatura podría visitar en el futuro aquel mismo punto para contemplar los campanarios.

Entonces, aunque parezca increíble, oyó un sonido tan familiar como inesperado. En algún lugar, muy cerca, un helicóptero avanzaba lentamente de este a oeste, paralelo a la línea del risco aunque fuera de la vista. Se encontraba por tanto debajo de él, en el valle del río Saunders.

¿Quién podía tener un helicóptero? Desde luego no el condado de Lautner. ¿Sería la policía estatal? El que se había presentado la noche anterior era un policía estatal, totalmente ajeno a lo que estaba ocurriendo, de modo que era posible que aún siguieran funcionando.

El sonido remitió. Esperó un momento antes de seguir avanzando por el risco. Si Trevor había sobrevivido, existían bastantes probabilidades de que hubiera vuelto a casa. No había duda. De poder hacerlo, allí estaría ahora, esperando a que la familia se reuniera.

El helicóptero apareció rugiendo, como si surgiera de la misma tierra, a poco más de ciento cincuenta metros. Martin saltó hacia las rocas que bordeaban el camino. El duro aterrizaje hizo que se lastimara la cadera y la pierna izquierdas.

El aparato tronaba en lo alto. Con el cuerpo empapado en sudor y los músculos temblorosos por el deseo de salir corriendo, Martin tuvo que repetirse que sucumbir al miedo significaría la muerte. El miedo hacía cometer estupideces. De modo que no hizo lo que tan desesperadamente deseaba, que era seguir rodando algunos metros hacia abajo y correr agazapado para ver si lograba encontrar una de las cuevas poco profundas que salpicaban las laderas del risco.

No. Seguro que tenían sensores de movimiento. Entre aquellas rocas calentadas por el sol sus dispositivos infrarrojos no podrían detectarlo. De modo que se quedó quieto, mientras el helicóptero seguía recorriendo lentamente la línea del risco.

El aparato estaba completamente pintado de negro, ventanillas incluidas. Apenas se había atrevido a mirar, pero lo poco que había vislumbrado eran cristales reflectantes.

Aguardó durante veinte minutos, hasta que ya no pudo soportarlo más. El helicóptero se había marchado hacía tiempo y él estaba tan ansioso por encontrar a Trevor que apenas conseguía controlarse.

Ahora su preocupación eran los perros. Si habían emprendido su búsqueda, puede que hubieran comprendido ya que había sido él quien había aparcado el coche de Louise para luego seguir a pie. De ser así, no tardaría en enfrentarse a los sabuesos.

Se levantó con cautela. Le dolía el muslo, pero, gracias a Dios, no se había roto nada.

Sabía que no podía quedarse en su casa. De hecho, tal vez ni siquiera fuera capaz de acercarse. Pero tenía que saber si Trevor estaba allí, no podía dejar la zona sin estar seguro.

En un primer momento marchó a ritmo constante, pero la sed comenzó a

apoderarse de él y el cansancio acabó por convertirse en un peso abrumador. Pensaba que su única oportunidad estaba en la velocidad. Se enfrentaba a fuerzas demasiado poderosas. El pueblo de Harrow se bastaba por sí solo para derrotarlo, pero además había otros, y no creía que se tratara de la policía estatal ni del ejército de Estados Unidos. Además, se figuraba que dispondrían de cosas más peligrosas que aquellos sofisticadísimos helicópteros.

Y entonces divisó su casa, el hermoso hogar que Lindy y él compartían, y que habían levantado con el sudor de su frente. Estaba orgulloso de él, de la nueva y encantadora casa de estilo antiguo, tan acorde con las vetustas casas de la zona.

Las ventanas estaban a oscuras, pero en la casa no reinaba el silencio. No, había vehículos, dos camionetas. No las reconoció.

Así que lo estaban esperando. Bueno, él también podía esperar. Aguardaría hasta que se fueran sus vecinos. Hasta que se fueran los militares. Antes o después lo harían. Con el tiempo, todos se irían.

Al acercarse a la casa oyó el sonido de unos cristales al romperse. Entonces vio que una ventana se hacía pedazos, embestida por su sillón favorito, que iba a estrellarse luego contra uno de los macizos de flores de Lindy.

Estaban saqueando, claro. «Oh, Dios, por favor, no hagáis daño a Trevor si está ahí.» Echó un vistazo al sótano exterior. ¿Se habría ocultado allí? Resultaba posible, desde luego. Pero había más de quince metros entre la entrada y él, de modo que no se atrevió a intentarlo. Los de la casa podrían dispararle nada más verlo, sin hacer preguntas.

Entonces reapareció el helicóptero, y se quedó quieto sobre la casa. Los saqueadores no asomaron la nariz. El aparato descendió y Martin tuvo la impresión de que no se trataba de un helicóptero, pues tenía una configuración completamente distinta. También reparó en que el sonido que producía era extraño, porque siseaba como si expulsara gas, en vez de generar el estruendo típico de los helicópteros.

El aparato dio algunas vueltas a la casa antes de alejarse por fin en dirección a Harrow.

Ni siquiera había llegado a aterrizar, pero estaba muy claro que quienes lo tripulaban no estaban en contacto por radio con los ocupantes de la casa, con la gente de la ciudad. Así que, ¿qué hacían allí?

Mientras, en el interior de la casa proseguía la destrucción. Por lo menos estaba bastante seguro de que no la quemarían. Era la estación seca, y un incendio se habría extendido por todo el cerro. El servicio de bomberos voluntarios estaría en cuadro, si es que todavía existía, de modo que no, no lo harían.

Vio que arrojaban libros por la ventana de Winnie: sus viejos tesoros, como *The Winter Noisy Book*, *Cat in the Hat* y *Jennifer y Josephine*. Oyó el estrépito cuando destrozaron el teclado Yamaha de Trevor.

Las horas fueron pasando, el sol cruzó el firmamento y Martin permaneció allí, incapaz de alejarse del saqueo de su hogar, desesperado, angustiado y



preguntándose si Trevor estaría escondido en el cuarto de las instalaciones, o en la buhardilla, o en el sótano para tormentas, y esperándolo.

Por fin, a las tres y cuarto, las dos camionetas se marcharon.

Aguardó. Escudriñó el cielo de forma metódica, toda el área que alcanzaba con la vista. Tenía práctica detectando objetos pequeños en la arena, y el firmamento no era tan distinto a los desiertos de Túnez o Libia.

Empezaba por fin a acercarse a la casa cuando oyó, procedente de muy lejos, una especie de suspiro. Regresó de inmediato a la protección de los árboles.

En el cielo vespertino, muy arriba, divisó un punto negro.

Aún seguían allí.

Esperó, atento al débil sonido de aquel artefacto, sin dejar en ningún momento su escondite.

Para cuando el sonido desapareció, el sol ya estaba ocultándose. Se asomó al borde de aquel jardín que había segado mil veces.

Quizá hubieran dejado a alguien escondido en la casa. Después de todo, no había llegado a verlos a ellos, sólo sus camionetas.

Avanzó sobre el césped, consciente del susurro de sus pisadas. «Dios santo, una casa abandonada es un lugar muy solitario.»

Empezó por el sótano para tormentas. Abrió la puerta y echó un vistazo al interior antes de entrar. Todo parecía igual que siempre: estaba la linterna, las velas en su caja, los bidones de agua, la caja de barritas energéticas, todo intacto.

Le sorprendió el peso de la tristeza que le sobrevino al ver que su hijo no había estado allí.

Fue hacia el porche delantero. La puerta estaba abierta. Entró, con cuidado de no pisar los cables que hubiera tendidos en la entrada y evitando tocar siquiera la puerta.

Lo que vio allí lo dejó asombrado.

—Trevor —susurró. Después gritó:— ¡Trevor, soy papá! ¿Estás aquí? ¡Trevor!

Se agachó entre las ruinas de la mesa del comedor. ¿Cómo podía destrozarse la madera hasta aquel punto? Pasó la mano sobre el caos grumoso y retorcido en el que se había convertido.

La habían fundido, no quedaba otra explicación.

Aquello no lo había hecho la gente de la ciudad, ni ninguna otra. Los seres humanos no eran capaces de aquello, no eran capaces de fundir la madera. Ni los libros, convertidos en polvo, o los cuchillos, que colgaban de su barra, goteantes como cirios fundidos.

—¡Trevor! —Abrió el pequeño cuarto de instalaciones y miró dentro—. ¿Trevor?

No había ni rastro del chico.

Subió las escaleras y abrió la trampilla de la buhardilla.

—¿Trevor, estás aquí? Soy papá. —Entró. Estaba atestado, así que puso

mucho cuidado en registrar cada hueco y escondrijo. Un niño de doce años podía meterse en un espacio muy pequeño si lo deseaba, y Trev era un experto escondiéndose.

Convencido al fin de que su hijo no se encontraba allí, Martin sintió que empezaban a fallarle las fuerzas. Se sentó en el suelo. En aquel momento sufría más profundamente de lo que nunca había imaginado que pudiera sufrir un ser humano. Aquello era lo que llamaban angustia, una abrasadora y agónica sensación de desesperanza. Cada vez que pensaba en Lindy andando y andando sin parar, y en su preciosa y pequeña Winnie arrastrándose y cojeando, se le revolvían las entrañas. Y Trevor... La idea de que estuviera en algún sitio, a la intemperie, asustado y solo, le hacía sentir más desesperación que la cárcel.

Reprimió la necesidad de subir al tejado para gritar su nombre, aunque quizá pudiera servirle de algo.

Trevor conocía bien aquellos bosques. Podría estar escondido en algún sitio cercano desde el que podría oírlo.

Se dirigió hacia la escalera para bajar, pero se detuvo al pasar junto a su pequeño despacho. Observó, confuso. ¿Qué era aquello? Entró, cada vez más extrañado y asombrado. No se habían llevado sus papeles, sino que los habían destrozado de forma metódica.

Y no se habían limitado a hacerlos pedazos, sino que los habían convertido en algo que parecían hilos. Los libros pulverizados ya resultaban extraños. Aquello era inusitado.

Su portátil seguía sobre la mesa. Lo tocó... y retiró la mano rápidamente al ver que el borde de la pantalla se desmenuzaba bajo sus dedos. Tocó el teclado y el ordenador, simplemente, se desintegró. No quedó de él más que otro montón de polvo.

Comprendió que estaba contemplando el trabajo del enemigo. Fueran quienes fuesen los ocupantes de aquellas camionetas, no eran humanos.

Corrió escaleras abajo y abrió de golpe el armario de las armas, pero Lindy había cogido la única que tenían, una pequeña escopeta. Aún seguía en la iglesia metodista de la calle Tres.

Maldijo con amargura, y al mismo tiempo que lo hacía oyó algo. Al principio le pareció aquel ruido extraño que había oído cuando estuvo entre los seguidores. Procedía del bosque que había detrás de la casa. Pero entonces el sonido quedó cubierto por otro, el retumbar de un enorme motor, el mismo que había oído brevemente en las calles de la ciudad.

Salió corriendo al pasillo, y de ahí pasó a su dormitorio, desde donde se veía el camino de entrada.

Tres enormes todoterrenos negros se acercaban a la casa. Al llegar, un grupo de soldados con uniformes negros, con los rostros cubiertos por plásticos oscuros, saltaron de su interior. Parecía un pelotón de *rangers* salidos de una película, pero Martin sabía que no eran de éstos.

Se enfrentaba cara a cara con su enemigo.



## 10

## INOCENTE

11 de diciembre

Cuando Wiley volvió, la casa parecía triste y apagada.

—¿Qué hay? —le dijo a Kelsey mientras llevaba su nuevo ordenador portátil a la cocina.

—¡Mamá, papá ha vuelto! —dijo la niña.

Nick asomó la cabeza, con mirada asustada.

—Papá, ¿por qué has hecho pedazos tu ordenador? —Tenía la voz llorosa.

—Tenía que morir. Su vida había concluido.

—Niños, subid.

—Papá está loco —dijo Kelsey mientras corrían escaleras arriba.

Brooke levantó una caja y la colocó sobre la mesa de la cocina. Dentro estaban los restos de su viejo portátil.

—¿Hay algún problema?

—El problema es que te has liado a hachazos con esta cosa y quiero una explicación para ese comportamiento, porque se aleja demasiado de lo normal y estoy planteándome llevarme a los niños. Ése es el problema.

Wiley intentó parecer razonable. Incluso sonrió.

—El disco duro estaba frito. No había forma de borrarlo.

—¿Y por eso lo destrozaste con un hacha?

—Quería asegurarme de que no se pudieran recuperar nunca los archivos. No puedes tirar al contenedor un ordenador cargado de archivos que no es posible borrar. Cuando te quisieras dar cuenta, tu vida entera estaría volcada en Internet. Así que, amor mío, he actuado de forma razonable. No creo que te haya dado motivos para que alejes a mis niños de mí.

Ella negó con la cabeza.

—Oh, Wiley, es tan difícil... Es tan difícil, cariño, y estoy tan cansada...

—¡Eh, somos dos! ¡Mi chica y yo!

—¡Maldita sea, ve arriba y pon en marcha ese ordenador!

Lo que Wiley hizo fue acercarse a ella y tomarla en sus brazos. Brooke se sentía indiferente, pero no intentó apartarse.

—Por favor, Brooke, no me des la espalda. Eres todo cuanto tengo. No me des la espalda.

Ella se puso a temblar de la cabeza a los pies y enterró el rostro en su hombro, donde empezó a sollozar con amargura.

—No grites —le susurró él—, recuerda a los niños... Recuerda a los niños.

Y poco a poco, entre sus brazos, Brooke se recompuso. Se apartó de él. Se miraron a los ojos. Se besaron.

Desde las escaleras de atrás llegó el susurro emocionado de Kelsey.

—¡Tenemos un beso!

De modo que el agitado barco de la familia Dale siguió navegando en un océano oscuro, perdido en la inmensidad, pero aún a flote.

Wiley había comprado un ordenador portátil de gama alta, con un procesador muy veloz, muchísima memoria, un disco duro gigantesco y todos los extras y características conocidas por el ser humano.

—Es bonito —dijo Brooke mientras él lo colocaba sobre el escritorio y lo enchufaba.

—Pues no me ha costado demasiado. Pero es posible ampliarlo.

Ella se sentó sobre la mesa mientras Wiley se agachaba para conectar el ordenador a la red de la casa. Usaba un cable Ethernet. En aquella zona las conexiones inalámbricas eran inestables debido a las tormentas eléctricas.

—¿Qué es eso?

—¿Qué? —dijo él desde detrás de la mesa.

—2012.

—Me temo que murió a golpe de hacha.

Ella se levantó y empezó a gesticular. Wiley miró la pantalla y vio las palabras claramente tipografiadas: *2012, la guerra por las almas*. Era su título.

Extendió la mano y pasó los dedos por la pantalla.

—Pero si tú... tú... Oh, Wiley, esto es muy raro. ¡Me estoy asustando!

—¿Que te estás asustando tú? Destrocé ese disco duro con un hacha, y este ordenador nunca había estado en casa. Está nuevecito, míralo, acabo de sacarlo de la caja.

—Escúchame porque voy a creerte. Voy a creerte. Y si me estás mintiendo, si has hecho esto para impresionarme o para volverme loca o por cualquier otro motivo retorcido de los tuyos, entonces hemos terminado por mucho que nos queramos, porque no puedo... no puedo... No me gustan estas rarezas, Wiley, no sé asimilarlas. Ya lo sabes.

—Brooke, te juro por mi honor, por mi alma, por todo lo que considero sagrado, que esta máquina es nuevecita y que acabo de traerla aquí. No he hecho el menor esfuerzo por escribir esas palabras, y, sinceramente, no alcanzo a imaginar cómo han llegado hasta ahí.

Ella asintió y lo besó en la mejilla.

—Wiley, he decidido creerte. Porque te he visto hacer pedazos el ordenador y el disco duro seguía dentro, y porque me estás diciendo, me estás asegurando, que no pusiste antes *2012* en ningún disco externo.

—Claro que no. ¿Qué disco externo? No tengo ninguno.

—Lo sé. Así que ahora nos toca enfrentarnos a todo esto. Es una experiencia realmente extraña, no una de las rarezas marca Wiley. Y mi instinto me dice que proteja a mis hijos. Con sumo cuidado.

—No puedo decir nada contra eso.

Ella suspiró.

—Quiero que veas algo que no pensaba enseñarte. Pero creo que necesitas verlo, y siento habértelo ocultado.

Le pasó la segunda sección del *Recorder* del condado de Lautner y allí, en la primera plana de las noticias locales, leyó una historia tan fantástica como perturbadora. Un hombre que vivía a unos cincuenta kilómetros al sur de allí



había desaparecido mientras conducía un cuatro por cuatro cerca del lago Coombes. «Residentes de la zona que prefieren permanecer en el anonimato aseguran que se le vio ascender en una columna de luz extremadamente brillante. De momento la búsqueda no ha logrado encontrar ni rastro de William Nunnally. Los perros han sido incapaces de seguir su rastro.»

Lo leyó entero. Lo releyó. Después descolgó el teléfono.

—Tengo que hacer una llamada.

Matt no respondía en el teléfono móvil, de modo que lo llamó por la línea oficial.

—Policía, emergencias.

—Soy yo.

—¡Por esta línea no, joder!

—¡Entonces enciende el móvil, cojones!

—No quiero encender el móvil, me llamas una y otra vez con asuntos absurdos mientras intento trabajar.

—Esto no es absurdo.

—Estoy intentando evitar que el mierda de borracho de Joe Wright persiga a su santa esposa con un rallador de queso, o cualquier otra cosa, y de repente llamas. Lo haces una y otra vez. O cuando voy a empezar a comer. Siempre eres tú.

—¿Has terminado el discurso?

—Voy a colgar.

—Tengo un informe policial.

—Si es sobre una mofeta, una zarigüeya o un mapache, llama al FBI.

—Es acerca de un posible ataque extraterrestre en el condado de Melrose.

—Voy a colgar.

—Llama allí y luego llámame, ¿puedes hacer al menos eso?

—Claro que no. No es asunto de la policía.

—Ha desaparecido un hombre. Eso es asunto de la policía.

—Lo que no es asunto de la policía es que esa tragedia te haya resultado interesante. Ahora tengo que dejarte, en serio. Tengo que llamar al señor Leonard. Esa serpiente gigante de los cojones que tiene ha vuelto a escaparse.

—¡No me cuelgues, maldita sea, haz lo que te digo! ¿Hola? ¡Mierda! —Colgó con un golpe—. Tiene que atrapar una serpiente.

—Es que... ¿Quién demonios puede querer una pitón de cinco metros como mascota?

—Yo una vez pensé en tener una pitón.

—Y entonces me quedé embarazada.

Sonó el teléfono y lo cogió Brooke. Escuchó un momento y se lo pasó a Wiley.

—Mira, la verdad es que tengo cosas que hacer allí y salgo en unos minutos, así que podrías venirte.

—Estás de broma.

—No, pero no pienso esperarte. Quieren que eche un vistazo a los perros.

Se están portando de forma extraña y a mí se me dan bastante bien. Así que te recojo en quince minutos.

—¿Qué hay de la serpiente?

—Que le den a la serpiente. Está en juego la vida de un hombre. Te recojo en quince minutos.

Colgó el teléfono. Brooke se lo quedó mirando.

—¿Y?

—Voy a ir con Matt.

Por un momento ella volvió a mirar la pantalla. Levantó la vista.

—Sabes que te quiero mucho —dijo—. No lo olvides nunca.

Wiley se acercó a ella y le cogió la mano.

—He pensado... Últimamente he pensado, ya sabes... Ha sido difícil. Ha sido difícil vivir conmigo.

—Tienes otro libro que te está volviendo loco y yo soy la esposa de un escritor. Mi objetivo es conseguir que no pierdas del todo la chaveta antes de que termines y nos paguen. Entonces puedes volverte todo lo loco que quieras, hasta que eche de menos a mi chico y tengas que volver.

—¿Y podré volver?

Ella le apretó la mano.

—Podrás volver.

Wiley alzó la vista y la miró.

—¿Dónde están los niños?

—En su cuarto, escondidos.

—Ah, sí.

Ella le puso una mano en la frente.

—No vas a ningún sitio, estás ardiendo.

Wiley resopló.

—Me tomaré un par de aspirinas, estaré bien.

—Llevas muchos días trabajando sin parar, y un par de aspirinas no van a servir de nada.

Entonces entró Matt.

—¡Eh, Wiley, que no tengo todo el día!

Brooke se interpuso entre ellos.

—Está fatal, no va a ningún sitio.

—Dios, que me tengo que ir pitando.

—¡Está agotado, no duerme nada! —Brooke lo cogió del brazo—. Vas a tomarte una pastilla y a meterte en la cama, y se acabó.

—Lo siento, Wiley, que te mejores.

Wiley se soltó de su mujer.

—¡Wiley, no puedes ir! —protestó ella.

—¡Tengo que hacerlo! ¡Tengo que hacerlo!

—No tienes nada que ver en esos asuntos.

Wiley señaló el ordenador.

—Tengo que verlo. Podría estar relacionado.

—¡Que lo dejes estar de una puta vez!

Silencio. El leve sonido del yeso al descascarillarse en el techo. Y tomó una decisión de asombrosa intensidad.

—Tengo que hacerlo —respondió él en voz baja—. O me consumiré.

Ella empezó a sollozar, se limpió las lágrimas y asintió.

—Adiós —dijo en un susurro.

—Brooke...

Ella sacudió la cabeza, dio un paso atrás y se marchó corriendo al fregadero para limpiar los platos.

Mientras los dos salían, Wiley oyó el entrechocar de la vajilla y vio a su mujer a través de la ventana. Pensó que, sin duda, algo se había roto entre ellos. Era como si un pozo de arenas movedizas hubiera aparecido en medio de su matrimonio: todo cuanto hacían para salvarse los hundía cada vez más.

Se sentó en silencio al lado de Matt, que tampoco comentó nada. Llevaban mucho tiempo siendo amigos y, en determinadas ocasiones, los amigos se limitaban a callar.

Atravesaron Harrow y entraron en los campos de cultivo del sur.

—Se avecina tormenta —dijo Wiley—. Mira la que nos viene.

El cielo del oeste estaba cubierto por enormes nubes, y Wiley sabía que si en su universo había tormenta, en el otro se produciría una diez veces peor. Lo sentía por ellos, los perdidos expuestos a la lluvia y el viento, y se preguntaba qué sería de Martin y su búsqueda desesperada, un brillante arqueólogo que creía que podía salvar su mundo agonizante si lograba atar algunos cabos, y que ahora no quería más que encontrar a su hijo y, salvarlo y salvarse él.

Lo peor de todo era que no podía ayudarlos. Sabía de su padecimiento, pero no era capaz ni de levantar un dedo.

No podía advertir a Al North acerca de Samson. No podía ayudar a Martin a encontrar a Trevor. No podía devolver el alma a un solo perdido.

Entonces, ¿por qué demonios le estaba sucediendo todo aquello a él?

Permanecieron en silencio. Matt seguía la guía del GPS, que los llevaba por carreteras cada vez más secundarias y aisladas.

—¿Dónde está ese lugar?

—En medio de ningún sitio. Como la basura de tráiler.

—Camioneros.

—Para mí son basura de tráiler, colega, al menos hasta que les quito el cuchillo. Entonces son víctimas o culpables.

Wiley oía su voz, aunque sólo vagamente. Ya no estaba interesado en la cháchara. Estaba más allá de eso.

—¿Y el tipo ascendió por una columna de luz?

—Y los perros no son capaces de captar su rastro por ningún sitio, salvo en el asiento del cuatro por cuatro.

—Lo que significa que sucedió de verdad.

—Lo que significa que hay que echar un vistazo a los perros, que es lo que voy a hacer.

Tomaron un camino.

—Aquí estamos —anunció Matt.

Se detuvieron, no delante de un tráiler, sino de una casa exquisita y ultramoderna, toda una joya arquitectónica. Había seis coches de policía de diversos tipos estacionados alrededor, un par de ellos con las luces del techo todavía encendidas. Aparte de la estática de las radios, el silencio era profundo.

—Bonito lugar —comentó Wiley.

—Ya te digo.

Se detuvieron al ver aparecer a una mujer. Tenía un aspecto tan severo como su ultramoderna casa, y a Wiley le recordó a uno de los cuadros incommensurablemente tristes que Andrew Wyeth pintaba de la modelo Helga Testorf.

Al acercarse, pudo ver que su rostro estaba desencajado por las lágrimas. Tras ella, en el umbral, apareció un adolescente vestido con unos vaqueros anchos y una camiseta negra.

La mujer se acercó a Wiley hasta quedar a su lado, en silencio, tan cerca que era posible oler su sudor y el amargor de su aliento. La mujer se inclinó sobre el pecho de Wiley y lo abrazó.

—Lo siento por usted —dijo él—. Lo siento mucho.

La mujer lo miró a los ojos.

—Lo conozco.

«Dios santo, ahora no.»

—Soy de Harrow. Probablemente me haya visto por ahí.

—No, del libro. Usted decía que eran buenos. En su libro decía que lo eran.

—Decía que eran extraños.

—No son buenos. No, señor Dale, no son buenos. Él tenía todos sus libros, ¿sabe? Intentaba entrar en contacto. Fue al risco para encontrarse con ellos. Y éste es el resultado.

—Señora Nunnally, tenemos muy poca idea acerca de lo que está pasando con los alienígenas. De hecho, ni siquiera está claro que lo sean. Por eso mi libro no da respuestas, sino que plantea preguntas. Porque no lo entendemos.

Ella le puso las manos en los hombros. Sus ojos eran como teas encendidas en el alma de Wiley.

—Hubo una luz —susurró—. Hace dos noches toda la casa quedó bañada en la luz.

«Oh, Dios.»

—Y esa luz..., ¿qué hizo?

—Lo iluminó todo. Y entonces desapareció de repente y se produjo un trueno, aunque no había ninguna nube. Cuando se apagó, él dijo: «son ellos», y a la tarde siguiente fue al risco y la luz volvió a aparecer, y se fue con ella.

Entonces aquella no era la luz asesina, sino otra cosa. Pero ¿el qué?

—¿Y eso es lo que vieron los agricultores?

Ella asintió.

—Usted está en contacto con los alienígenas, lo dice en su página web.

¡Quiero que los llame!

Nick y sus amigos habían creado una página web sobre Wiley Dale. Era impresionante, pero, que él hubiera visto, en ninguna parte decía que siguiera en contacto con los alienígenas, y desde su libro acerca del encuentro, se habían publicado otros muchos.

—Por favor, señor Dale —intervino el muchacho—, dícales que nos devuelvan a mi padre.

Tendría unos diecisiete años, aspecto desgarrado y expresión angustiada. Parecía estar padeciendo algún dolor físico. Wiley estaba seguro de que era así.

Comprendió la estupidez que había cometido al acudir allí.

—Llámelos —siseó el chico.

—No creo que pueda.

—¡No diga eso!

En ese momento apareció por una esquina de la casa un policía estatal. Su expresión era sombría.

—Señora Nunnally...

—¡No! ¡No!

—Señora...

—Oh, Dios... Dios...

La mujer se retorció como si estuviera en el extremo de una cuerda y tuvo que volverse para sujetarse a su hijo.

Los demás llegaron entonces, procedentes de una zona pantanosa que había unos trescientos metros detrás de la casa. Wiley observó el juego de la luz del sol sobre las barras plateadas de la camilla, la negrura de la bolsa que contenía el cuerpo.

—Señora Nunnally, necesitamos una identificación.

La mujer se convulsionó sin emitir sonido alguno. De algún modo, aquella pena silenciosa, asfixiante, trémula, resultaba mucho más terrible.

Un hombre con los vaqueros empapados abrió la cremallera de la bolsa y Wiley vio algo tan inesperado que no pudo evitar gritar: era la cabeza de un hombre, pero allí donde debían estar los ojos sólo quedaban las cuencas vacías, mientras los dientes sonreían desde una boca sin labios.

—¿Puede reconocerlo? —preguntó uno de los policías.

—¡Papá! —gritó el muchacho—. ¿Qué le ha pasado a mi padre?

—Un rápido deterioro... debido al lugar donde estaba.

—¡No sea ridículo! —chilló la señora Nunnally—. ¡Han mutilado a mi marido como hacen con el ganado!

Wiley estaba al corriente de las misteriosas mutilaciones de ganado que llevaban cincuenta años produciéndose. Los agricultores y granjeros encontraban reses con los labios, los ojos, la lengua y los genitales amputados, y el recto arrancado. A menudo mostraban el aspecto de haber sido arrojados desde una gran altura, y la noche anterior a los hallazgos se podían ver inmensas luces sobre los campos. Entre 1970 y 2010 se tenía constancia de más de cincuenta mil casos, todos ellos explicados por las autoridades como ataques de coyotes, lo



que era una mentira flagrante. Y ahora tenían a aquel ser humano, muerto exactamente del mismo modo.

Una espantosa idea se le vino a la cabeza: «tengo un hermoso hogar en una zona aislada. ¿Y si vinieran a por mí?».

—Señora —dijo uno de los policías estatales—, necesito que me diga si se trata del señor Nunnally.

Ella asintió, cada vez con más vehemencia.

—Eso creo. Eso creo. Oh, Dios, Dios... —Se aferró a Wiley—. ¡Ayúdeme! ¡Ayúdeme!

Resultaba horrible estar cerca de ella. El olor acre de su sudor le impregnaba las fosas nasales. Tuvo miedo de vomitarle encima.

—¿Y si vuelven? —preguntó el chico con las lágrimas corriéndole por la cara—. ¿Qué nos pasaría entonces, señor Dale?

Eso mismo. ¿Qué?

No podía quedarse callado, aunque no tenía idea de qué decir o hacer. Recordó las criaturas que había visto en su día, tan cansadas, tan lejos de su hogar, tratando de realizar un trabajo duro y peligroso, alguna especie de catalogación de genes humanos.

—No creo que esto lo hicieran los alienígenas de los que hablaba en mi libro. Esto lo hizo algún otro, por razones que no comprendemos.

Recordó la figura de Al North, tal como la había visto en su habitación, aquel rostro delicado y duro, y supo lo que pasaba, lo que tenía que estar pasando: estaban intentando cruzar la barrera de un universo que no los había aceptado como reales, y aquello era un efecto secundario de su esfuerzo.

El muchacho saltó de repente sobre él y se vio en el suelo, aporreado por unos fuertes puños. Intentó protegerse, pero el chico superó fácilmente sus débiles defensas.

Matt y uno de los policías estatales los separaron.

—¡Mi padre quería reunirse con ellos! Vale, pues lo consiguió, vaya si lo consiguió, hijo de puta. ¡Mentiroso! ¡Mentiroso! ¡Mentiroso hijo de puta!

—Sácalo de aquí —le dijo uno de los policías a Matt—. ¡Por el amor de Dios, llévate a ese bicho raro de aquí!

—Creía que podría ayudarnos. Sabe de estas cosas.

—Vamos, Matt, por favor —replicó el policía. Entonces se enfrentó a Wiley—. No existe ninguna ley contra la mierda que escribe usted, señor, pero tengo que decirle que debe de haber un rinconcito especial reservado en el infierno para la basura como usted. ¡Cabrón embustero! ¡No sabemos cómo ha muerto ese hombre, pero no han sido los hombrecitos verdes, maldito!

—No —respondió Wiley, y la calma de su voz atrajo la atención de todos los presentes—. No soy un embustero. Y la verdadera vergüenza es que si el gobierno no mintiera, si no mantuviera a la gente en la ignorancia, quizá hubiéramos comprendido el peligro y quizá este hombre no habría muerto.

Se dirigió hacia el coche, entró y cerró la puerta. Por si las moscas, echó el seguro.

Matt arrancó y se alejaron, mientras Wiley volvía a contemplar la fabulosa casa en medio de ninguna parte.

—Los he visto, en tu casa —dijo Matt.

—Bromeas.

—Anoche, colega.

—No me di cuenta.

—Estabais abajo.

—Pero... ¿dónde estabas tú?

—En el risco. Había salido a ver si estabas con los cigarros, y de repente vi a un tipo por tu jardín. Llegó a la casa, os miró a través de la ventana, dio la vuelta y unos segundos después, tu ordenador se encendió.

—¿Cuándo fue eso? —preguntó Wiley.

—Hacia las ocho.

—¡Las ocho! ¡Todos estábamos levantados!

—Fue muy silencioso, tío, y muy rápido.

—¿Era un alienígena? ¿Pudiste verlo?

—Era una persona.

Matt se volvió hacia la autopista. La tormenta se había acercado. Pulsó un par de botones en la radio y una voz mecánica comenzó a retransmitir los avisos del Servicio Nacional de Meteorología: fuertes vientos en Hale Center, tejados arrancados en Holcomb, un tornado avistado en el condado de Midwood, una tormenta veloz y peligrosa.

Aceleró.

—¿Crees que vamos a sufrir un ataque, Wiley?

—Esa hija de puta de ahí es grande, sí.

La tormenta se alzaba negra sobre ellos, preñada de relámpagos.

—Matt, tengo tanto miedo que estoy más allá del miedo.

—Me lo imagino.

—¿Dices que era una persona? ¿Una persona como nosotros?

—Parecía un chico. De la edad de Nick, unos doce o trece años.

—¿Era de la ciudad? ¿O alguien que buscara a Nick? ¿Algún amigo suyo, quizá?

—No. El chico se acercó, miró la casa y se asomó por las ventanas.

Ninguno de los chicos de la ciudad haría eso. Habría unos cien chavales de doce años en el municipio, y Wiley los conocía a todos.

—Entonces no era nadie de por aquí —dijo.

—En efecto. Parecía... No sé, Wiley, pero la palabra es «confuso». No hacía más que mirar la casa, una y otra vez. Como si tratara de comprender algo y no fuera capaz.

—No intentó entrar. La casa está abierta hasta tarde. Podría haber pasado sin problemas.

—Después de unos minutos bajó hacia el Saunders. Así que lo seguí. Me puse justo detrás de él. Creía que era alguien de la zona, ésa fue mi impresión. Pero cuando se acercó a la orilla no cruzó la corriente. Desapareció.

—¿Desapareció?

—Te lo juro por Dios.

—¿Por qué no entraste en casa?

—Estabais montando una buena.

—Pero ¿desapareció? Es decir, ¿cómo?

—Se internó tres o cuatro pasos en los rápidos. En la zona poco profunda, donde es fácil cruzar. Justo en medio. Y simplemente se esfumó. Desapareció, Wiley.

Santo Dios, era Trevor. Había cruzado la frontera entre los dos mundos, probablemente sin darse cuenta. Quería ir a su casa y había acabado allí.

Durante mucho tiempo Wiley había jugado con la idea de que los seres felinos que la gente veía por allí, las panteras negras que de vez en cuando se avistaban en los bosques, procedían de un universo paralelo. Eran animales que habían evolucionado hasta adquirir la capacidad de atravesar los mundos como mecanismo de defensa. El yeti sería uno de esos animales, y por eso nunca habían podido capturarlo.

En un libro, *La caza del desollador*, se hablaba de un rancho en Utah en el que unos científicos habían documentado los movimientos de tales animales. No entre esta tierra y el mundo de Martin, sino entre el mundo y otro universo paralelo en el que aún moraban libremente criaturas de nuestra Edad de Hielo.

La mente de Wiley empezó a vagar, no sabía dónde debía dirigirla.

Se hizo el silencio entre ellos. Empezó a pensar en el pobre mutilado. ¿Qué había sucedido? No cabía duda de que alguien estaba haciendo algo para entrar en su mundo, pero ¿el qué?

Habían mutilado al hombre.

Empezó a temblar. Tenía la sensación de que, si esperaba un poco, lo descubriría todo, y resultaría ser algo horrible.

Cuando llegó, la tormenta lo hizo acompañada por fuertes ráfagas de viento y la radio de la policía comenzó a eructar llamadas de camioneros. Como bien sabían algunos, los camiones atraían los tornados, motivo por el que el aparcamiento de caravanas Kan-San había sido el único edificio destruido por el tornado de septiembre.

—Sé que está sucediendo algo malo —dijo Matt al fin—. Sólo que no quiero que sea esa..., oh, mierda, Wiley, esa rareza que parece seguirte allá donde vas. Nunca te lo había dicho, pero cuando éramos pequeños, con unos once, o doce años quizá, estaba un día, ya tarde, montando en bici. Me gustaba pasar por delante de la casa de Sue Wolff, por si la veía en el porche y podíamos hablar un rato, o reunía el valor suficiente para llamar al timbre, lo que fuera. Y de repente doblé por Winkler y vi una enorme luz sobre tu casa.

—Dios.

—Creía que se estaba quemando la casa. Pero entonces sentí algo, Wiley. Sentí que aquello me devolvía la mirada. ¿Y sabes qué? No me quería allí.

—¿Cuándo fue eso?

—En el verano del... eh... ochenta y ocho, supongo.

—No. ¿A qué hora?

—Ah, tarde. Puede incluso que después de medianoche. Porque no quería arriesgarme a que ella me viera, claro. Yo, el chaval gordito, rondando a una animadora... todo eso.

Llegaron a casa de Wiley. Al salir del coche vio que Matt tenía lágrimas en la cara. En lugar de decir nada al respecto, se limitó a darle las gracias por el paseo y a ver cómo se marchaba.

Con tormenta o sin ella, se acercó al Saunders moviéndose entre los árboles agitados por el viento.

La corriente fluía con normalidad. Puede que las lluvias la hubieran acelerado un poco, pero aquello no resultaba nada extraordinario.

—Hola, papá.

—¡Nick!

—Te he visto bajar aquí.

—Sí, he...

—El chico es del otro mundo.

Wiley se quedó tan asombrado que no fue capaz de hablar.

—He leído tu libro, papá, y sé que es real.

Nick era un chico reservado. Sus notas revelaban que se trataba de un muchacho listo, pero era poco sociable. Pese a ello, Wiley y él mantenían una buena relación.

—¿Has estado leyendo mi libro?

—Leo todo lo que escribes.

—Y el chico ése, ¿lo has visto?

—Ven por aquí, papá.

Nick lo llevó un poco más lejos. Estaban justo delante de los pequeños rápidos. Los truenos no dejaban de retumbar y el viento soplaba con fuerza. Las hojas pasaban volando a toda velocidad, amarillas y rojizas. Era un espectáculo de asombrosa belleza, pensó Wiley, aunque absolutamente normal.

—Mira —dijo Nick.

Cogió una piedra de la orilla y la tiró al agua, como si intentara arrojarla al otro lado pero no le saliera bien.

La piedra hizo algo muy extraño en su vuelo: pareció dar un salto. No fue muy grande, pero sin duda dio un brinco en el aire.

Nick tiró otra y esta vez debió de apuntar mejor, porque el canto desapareció por completo. No llegó a tocar el agua. Se esfumó.

—Dios mío, hijo, ¿cuándo has descubierto esto?

—Lo hizo él, esta tarde.

—¿Ha estado aquí?

—En tu despacho. Papá, está sucio y parece muy asustado, y creo que es Trevor. Empezó a leer tu libro.

El mundo pareció sufrir una sacudida, y no se trataba de la tormenta.

—Oh, Dios mío.

Wiley giró en redondo y corrió hacia la casa, seguido por Nick.

—¿Qué está pasando? —gritó Brooke en cuanto entraron—. ¿Es que no sabéis que está lloviendo?

—¡Pueden usarlo! —gritó Wiley mientras corría hacia arriba—. ¡Pueden usar el libro!

—¿Quién? Nick, ¿qué está pasando?

Nick titubeó en las escaleras.

—Cuanto más nos acercamos al 21 más se abren los portales, y hay uno en el Saunders, justo en los rápidos. Comunica nuestro mundo y el de Martin, y lo están utilizando. Creemos que al menos su hijo. Creemos que es Trevor. Intentaba volver a su casa y cruzó el portal.

—Si pueden leer el libro, cariño —dijo Wiley—, ¡piensa cómo podría ayudarlos! Podemos hacerles saber que Samson es perverso...

—Papá...

—¡Podemos ayudarlos a descubrir a los perdidos! ¡Quizá puedan darle la vuelta a todo esto!

—Papá, creo que Trevor llegó aquí por accidente. Por eso estaba tan confuso y asustado. Creyó que estaba en casa. No podía entender por qué habían cambiado todos los muebles, por qué había extraños en ella, no entendía nada. Entonces se encontró con el libro.

—Pero volverá. Seguro que volverá.

—Eso no lo sabemos, papá.

Wiley entró en el despacho. Se sentó ante el ordenador.

—Aquí está pasando algo muy grande. Lo que creó el portal... Lo que me impidió destruir este libro increíblemente precioso...

—Hum, papá, eso es cosa de mamá y mía.

—¿Cómo?

Nick asintió.

—Ella lleva en el bolsillo una memoria USB. Guarda el libro ahí. No te enfades conmigo, pero yo escribí el código que te impedía borrarlo.

—¿Sabes programar? No tenía ni idea.

—Sólo son unas pocas líneas de código.

—Debemos encontrar a Trevor. Tengo que escribir sobre él, decirle dónde está su padre, darle un plan de acción.

—Es mejor no hablar de esto. —Brooke se encontraba en el umbral. Tenía la memoria en la mano.

—Pero tú... Nosotros...

Ella se llevó un dedo a los labios.

—No habléis de ello, ninguno de los dos. Dejadlo estar.

En ese momento entró Kelsey, se acercó a su padre y se subió a su regazo.

El silencio se hizo entre ellos. Wiley comprendió que no todo era lo que parecía. De hecho, nada era lo que parecía.

—¿Qué está sucediendo?

—Wiley...

Kelsey apretó su cara contra la de él y lo cogió de las orejas.



—Esto es de lo que nunca, nunca tenemos que hablar, papá. —Negó con la cabeza—. Nunca, nunca, nunca. —Después le dio un sonoro beso y se alejó a la carrera por el pasillo, riendo.

Nick y Brooke lo miraban fijamente. Volvió a pensar en la pobre Nunnally y en lo cerca de ellos que se había producido el ataque.

Los reptiles habían llegado hasta Nunnally, y también podían llegar hasta allí. Hacía cinco años habían abierto un portal cerca de la casa. ¿Qué les impedía seguir a Trevor a través de aquel umbral del río?

—Podríamos correr peligro de seguir aquí —dijo.

—Es cierto —respondió Brooke.

—Pero no sé qué escribir. No sé adónde llevar la historia.

—Trevor —repuso suavemente Brooke—. Piensa en Trevor, nada más.

Wiley cerró los ojos.

—Déjate llevar —terció Nick—. Deja que salga solo.

Vio un rostro. De pelo blanco, ojos grises, todo arrugas y grandeza.

—¡Dios, no necesito a Al North!

Y entonces la inspiración llegó como una riada que le puso la mente en blanco, que quebró sus pensamientos y su voluntad y se adueñó de él por completo.

Echó la cabeza hacia atrás, como si le hubieran propinado un fuerte golpe, y empezó a escribir. Vio volar sus dedos sobre las teclas. Por fin comenzó a fijarse en las palabras que surgían de él.

—Al —susurró—. Eres tú, vas a ser tú.

Fuera, los truenos retumbaban. Había comenzado a granizar. Los árboles gemían. Dentro, en la oscuridad de la tormenta, los gritos desesperados de Wiley a un hombre que no podía oírlos resonaban por toda la casa.

Brooke le trajo algo de agua y lo atendió como siempre hacía mientras él trabajaba.

Nick bajó a revisar las armas.

## 11

**MONTAÑA DE MENTIRAS***11 de diciembre*

Cuanto más se adentraba Al en el monte Cheyenne, mejor se sentía. Aquella misión era importante, era un progreso, y aún podía terminar bien. Le había costado horrores llegar hasta allí, pero por fin lo había conseguido. El problema no había sido encontrar un reactor que funcionara, ni siquiera una tripulación. Lo difícil había sido reunir combustible suficiente.

Pero aquel lugar representaba lo mejor de las Fuerzas Aéreas. Aquella gente no vivía bajo una sensación constante de amenaza; Al era capaz de distinguir la firmeza de sus pisadas, y de vez en cuando le llegaba una explosión de risas desde la cantina. Allí la moral quedaba muy lejos de la del reducto de Virginia Occidental, donde todo el mundo tenía presente en todo momento el espantoso panorama al que se enfrentaban. Allí todos eran triunfadores. Estaban acostumbrados a la victoria. No tenían ni idea de que se encontraban a bordo del maldito *Titanic*, y, por tanto, él también intentaba proyectar una confianza que no sentía. Nada debía alterar una moral como aquella.

Una joven capitana lo guió hasta la zona de pruebas. Aparentaba unos treinta años e iba pulcra y bien arreglada. Sonreía y marchaba por delante de él. Sus zapatos de goma susurraban sobre el pavimento.

En aquel lugar, aquel día, los seres humanos, por primera vez en la historia, extraerían un alma viva del cuerpo que la contenía. Una vez extraída, encontrarían su frecuencia y la destruirían. Iba a tratarse de la primera de aquellas ejecuciones. El prisionero era un monstruo, supuestamente procedente de la prisión federal de Florence, Colorado, y tras su muerte no quedaría de él ni tan siquiera lo que tendría que haber sido eterno.

Habría además otros beneficios, porque si la reencarnación era real, significaría que aquella alma abominable nunca regresaría a la vida. Quizá el motivo de que siempre existieran crímenes fuera que el alma de los criminales regresaba, como todas las demás, para proseguir sus actividades. Quizá, de ganar aquella guerra, fuera posible escoger quién sobreviviría en la eternidad y quién no.

Pero aquél era sólo un aspecto del experimento. Más importante era comprender cómo se conectaban cuerpos y almas, para que pudieran desarrollar alguna defensa contra la luz. Los discos seguían metódicamente a la noche alrededor del mundo, atacando en todo el planeta, y de momento nada había servido contra ellas, ni las bombas de hidrógeno, ni las de neutrones ni las más convencionales.

Los británicos y los franceses se habían concentrado en las lentes más aisladas y habían atacado las zonas circundantes con artillería nuclear, pulsos electromagnéticos e incluso obuses disparados directamente contra ellas.

Estados Unidos se había concentrado en la de la isla de Pascua, a la que habían atacado una y otra vez con la aprobación de todos los imperios, aunque

con los mismos y desalentadores resultados.

Una unidad de marines se había desplegado alrededor de la lente y había abierto fuego al surgir los discos, pero los proyectiles sencillamente los habían atravesado.

Sin embargo, todo aquello había acabado. Las comunicaciones se habían interrumpido por todo el planeta. Los satélites guardaban silencio. Sus transmisores habían sido inutilizados por cambios artificialmente inducidos en la ionosfera planetaria, y las líneas terrestres por poderosos pulsos electromagnéticos que se emitían continuamente desde el espacio profundo. Los objetos responsables, catorce de ellos en total, se extendían a una altura de treinta y cinco mil kilómetros sobre cada una de las lentes. Aunque su órbita no era exactamente geoestacionaria, los astrónomos empleando telescopios primitivos, los únicos que todavía funcionaban, habían determinado que no mostraban señal de desviarse de su rumbo. Las comunicaciones militares habían quedado reducidas a una única banda de radio (que funcionaba en ocasiones) y a un par de redes de fibra óptica que disponían de conmutadores resistentes a los pulsos, y que por tanto eran inmunes, de momento, a la energía electromagnética disparada desde el cielo.

La hermosa y joven capitana se detuvo frente a una puerta de acero e introdujo un código numérico. La hoja se deslizó a un lado.

La puerta daba a un túnel con una pronunciada pendiente. Cerca de ellos, el general vio un pequeño vagón de acero inoxidable montado sobre una cinta negra que parecía descender hasta las simas del olvido.

—Ésta es la cabecera del tren —dijo la joven mientras se subía al vagón.

A él le recordó a una atracción de un parque. Pero cuando la capitana cerró la puerta el vehículo quedó perfectamente sellado. Al se descubrió mirando a través de un pequeño parabrisas el túnel de hormigón, que tenía una hilera de conductos a lo largo del techo.

La joven pulsó un botón y el vagón comenzó a moverse con asombroso silencio y suavidad.

—¿Cómo se propulsa?

—Levitación magnética.

Nunca había visto nada así, pero la sensación que le provocaba todo aquello, el encontrarse en aquel pequeño, silencioso y eficiente tren e internarse cada vez más profundamente en la montaña, le dio ánimos para volver a considerar la posibilidad de la victoria.

—Hemos alcanzado la velocidad de crucero, señor.

—¿Y cuál es?

—Doscientos ochenta kilómetros por hora, señor.

—¡No puede ser!

—Señor, hoy va a ver muchísimas cosas asombrosas. Me refiero a que algunas de las máquinas que hay ahí abajo... Señor, es un nuevo mundo.

Al consultó su reloj e hizo unos cálculos. Doscientos ochenta kilómetros por hora era un poco más de cuatro kilómetros y medio por minuto, de modo que casi

habían avanzado ya cinco kilómetros. Tomó nota del tiempo.

—¿Cuál es su nombre de pila, capitana?

—Jennifer, señor. El general Burt Mazle es mi padre. Tercera generación en las Fuerzas Aéreas, señor.

Nunca había oído hablar de Burt Mazle, y eso que se suponía que todos los generales se conocían entre sí. El mítico club del nombre de pila.

—El viejo Burt —dijo—. Claro.

Fuera quien fuese, no cabía duda de que el viejo Burt había producido un hermoso espécimen. Y muy brillante, o no estaría allí. Hacía mucho que Al no pensaba en el sexo. Se había sentido atraído por muchas mujeres, pero cada vez que intentaba comenzar una relación perdía el rumbo.

Aún llevaba en la cartera la fotografía de Sissy, con sus ojos brillantes y su sonrisa, mirando a la cámara desde su mesa en el club de oficiales Wright Pat, donde iban a bailar. Su expresión denotaba sorpresa al ser fotografiada y sus ojos, alegría. El sudor le hacía brillar la piel, ya que acababan de marcarse una vigorosa rumba. Un año más tarde ella le había dicho «Al, te necesito», y se había desplomado en medio del dormitorio, muerta antes siquiera de golpear el suelo. Aneurisma de aorta masivo. Tenía treinta y ocho años.

—¿Se encuentra bien, general?

—Estoy bien.

—No creyeron necesario informarlo acerca de esta parte del proyecto, ¿verdad?

—Parece que no. Y eso que pensaba que tenían que informarme de todo.

La joven le sonrió.

—Entonces considere esto la aventura de su vida, porque eso es lo que va a ser.

—¿Qué hay de nuestro prisionero?

—Va a morir del todo. Así lo llamamos.

—¿Cuál fue su crimen?

—No lo sé, señor. Pero fue algo atroz. No es un buen hombre.

—No, supongo que no. ¿Estamos seguros de que el alma persiste fuera del cuerpo?

—No hay duda, señor. Ya las hemos extraído y vuelto a insertar.

—¿De verdad?

—Avanzamos a pasos agigantados, señor. Estamos recortando terreno. Y estamos seguros de que, cuando el cuerpo muere, el alma no muere ni pierde su integridad. Aunque es posible destruirla.

—¿Cómo?

—Determinadas frecuencias consiguen disolverla. Se transforma en billones de electrones. Cualquier vestigio de organización desaparece y los fragmentos de conciencia se disuelven para siempre en el espacio.

Al tenía que admitir que aquel progreso era impresionante. Allí abajo estaban jugando contrarreloj, pero si seguían a aquella velocidad tal vez descubrieran lo bastante como para llegar a vencer.

—¿Podríamos devolver el alma a los perdidos?

—Es concebible.

—Ésa sí que sería una victoria.

—Le amargaría a alguien el día, sin duda.

—Sí, al maldito enemigo.

—Así es.

Otro vistazo al reloj: habían recorrido algo más de once kilómetros, lo que significaba que ya no se encontraban debajo del monte Cheyenne.

Puso el pie sobre el reposapiés y se inclinó hacia atrás. El vagón, del tamaño de un jeep, pasaba en aquel momento bajo el conducto más grueso que había visto hasta el momento, un río negro e interminable fijado a la piedra mediante unas gruesas abrazaderas metálicas que destellaban hipnóticamente al pasar a toda velocidad junto a ellas. A ambos lados de la pared había unas luces separadas por unos quince metros, pero con un brillo tan apagado que no llegaba a penetrar la oscuridad. Cuando se miraba hacia adelante a través del parabrisas, era como si una interminable corriente de ventanucos iluminados se acercara desde ambos lados, antes de pasar volando junto al vagón.

—¿Ese conducto transporta la electricidad?

—En enormes cantidades, sí. La necesitamos para cambiar el patrón de los electrones. Al alterar la frecuencia del alma, las partículas se confunden. Entonces sólo hay que seguir aumentando la energía hasta que ¡bam!, se desintegra. Abracadabra.

—¿Ya han matado a alguno ahí abajo?

—A unos veinticinco.

—Pero ¿sólo los cuerpos, no las almas?

—Se las arrancamos. Cirugía espiritual. Hoy es nuestro primer intento de ejecución.

—Pero las almas que arrancaron... ¿adónde van?

El rostro de la joven se nubló y se sumió en lo que Al sólo pudo interpretar como un silencio hostil. Era como si la hubiera insultado, ¿pero cómo era eso posible? ¿Por qué la ofendía que aún no entendiera algo de todo aquello?

Ya habían recorrido unos treinta kilómetros. ¡Treinta kilómetros! ¿Dónde estaba aquel lugar? ¿Quién lo había construido, y cuándo? Recordó que el 12 de septiembre de 2001, el secretario de Defensa había anunciado que su departamento había «perdido» miles de millones de dólares, y pensó que proyectos como aquél podían ser una explicación.

Así que llevaban mucho tiempo trabajando en aquello, porque unas instalaciones así tardaban años en construirse. Qué demonios, tardaban generaciones. Y costaban miles de millones de dólares, eso estaba claro. Treinta y cinco kilómetros.

—También estamos descendiendo, ¿no?

—Sí, señor.

—¿Y?

—En este momento estamos a seis mil metros, señor.



«¡Santo Dios!»

—¿Por qué tanta profundidad?

—Hay que evitar que las almas se escapen. Y son escurridizas, señor. Muy escurridizas.

—Entonces, ¿saben lo que les sucede?

—Están vivas. Nunca lo olvide. Si empieza a trastear con un alma, ésta intentará escaparse de usted. Y son listas. Si una escapara, el enemigo lo vería inmediatamente y sabría lo que estamos haciendo. Así que nos ocultamos muy profundamente. Es el mejor sitio donde podríamos estar.

—¿Qué clase de vigilancia tienen?

—¿Señor?

—¿Vigilancia por satélite?

—Ninguno desde la semana pasada. Pero estamos protegidos por una unidad aérea, y disponemos de un equipo completo de sensores.

En otras palabras, la instalación se hallaba totalmente expuesta. Si el enemigo llegaba a sospechar siquiera lo que estaba sucediendo, se presentaría allí sin dudarlo, y en un tiempo récord.

El vehículo empezó a frenar hasta detenerse.

—Hemos llegado a la fase dos, señor. Es hora de coger el ascensor para completar el resto del viaje. Permanezca sentado, va a igualarse la presión.

La puerta emitió una especie de suspiro y de repente sonó un fuerte chasquido. Los oídos de Al empezaron a pitar.

—¿Qué demonios era eso?

—Aquí abajo estamos a cuatro atmósferas, señor.

Cuando salieron, el techo era tan bajo que Al casi tuvo que agacharse. La cámara estaba excavada en basalto macizo, y las paredes negras y relucientes mostraban aún las cicatrices de los barrenos. Además, era un espacio muy, muy pequeño. Al era consciente de los kilómetros de piedra que lo rodeaban por todas partes. Se sentía como en un ataúd.

¿Cómo había sido posible perforar hasta aquella profundidad para una instalación militar sin que se enterara la Junta de Jefes de Estado Mayor?

—¿Cuánto tiempo llevan aquí abajo?

La capitana lo miró pero no dijo nada. Lo invitó a entrar en el ascensor, que parecía una especie de congelador para carne. Estaba muy bien aislado y la cabina era muy pequeña. Alrededor de las paredes de acero había asiento para cuatro personas. Vio cinturones de seguridad.

—¿Son necesarios? —le preguntó.

Ella se puso el suyo.

—Aconsejable.

Se produjo un chasquido y Al oyó el sonido continuo de una cadena. Entonces llegó un ruido de succión y el general se vio levantado prácticamente hasta el techo. Se agarró como pudo a los dos extremos de su cinturón y consiguió atarse.

—Vamos a bajar cinco kilómetros más —anunció ella.

Cinco kilómetros de descenso vertical, otros cincuenta y cinco laterales y otros catorce y medio hacia abajo. Resultaba inconcebible. No conocía tecnología alguna capaz de lograr aquello. Pero resultaba evidente que alguien sí había sido capaz, y que llevaban allí abajo experimentando con almas desde mucho tiempo atrás.

—Es un proyecto Manhattan dedicado al alma, en vez de a la bomba atómica —dijo.

—Eso resulta bastante preciso, señor. Son muy pocos quienes saben de esto.

—¿Samson?

—Es el director del proyecto.

El tipo era un cabrón, pero desde luego sabía guardar un secreto.

—Es impresionante. Nunca lo hubiera sospechado.

El ascensor emitía un zumbido y se sacudía levemente durante el descenso. Aquel confinamiento lo alteraba. Y para ser sinceros, cuanto más se acercaban, más incómodo se sentía Al con la idea de destruir un alma. No alcanzaba a ver por qué siquiera el peor criminal merecía un destino así. Se sentía como si estuviesen inmiscuyéndose en los asuntos de Dios.

En realidad, deseaba llamar a Samson para solicitarle como mínimo un aplazamiento. Pero aunque consiguiera realizar la llamada, Tom nunca habría accedido. Consideraría la petición un acto de traición, y no andaría muy equivocado. Era necesario averiguar todo lo posible para derrotar a la luz, y si algunos criminales tenían que perder su potencial para la vida eterna en la búsqueda de respuestas, que así fuera.

El ascensor se detuvo.

—Va a producirse otra sacudida —dijo ella—. Abra la boca.

La joven pulsó un botón y la puerta se hizo a un lado. Esta vez se produjo un fuerte impacto, y Al sintió como si lo hubiera golpeado en el pecho un balón medicinal.

—¡Vaya!

—Siete atmósferas —anunció ella.

Salieron a una diminuta cámara con paredes negras y húmedas. El espacio tendría poco más de metro y medio de ancho y dos diez de alto. No era mucho mayor que el interior de un féretro. Al otro lado había una puerta, también negra.

—¿Qué es esto, la entrada al infierno?

La joven se echó a reír.

—Así es.

Al la siguió por un pasillo empinado, aún más profundo, y por una escalera metálica serpenteante tan angosta que apenas si era posible caminar por ella. Descendieron durante unos veinte minutos, y durante todo este tiempo, Al no pudo quitarse de la cabeza la idea de que el recorrido de vuelta sería toda una odisea.

Llegaron a una cámara que también tenía el tamaño de un ataúd grande. Empotrada en una pared había otra puerta negra, ésta provista de un ventanuco

redondo que parecía el ojo hinchado de un insecto.

—Tiene que desvestirse, por favor.

—¿Disculpe?

—Quítese la ropa, general. Se le proporcionará un traje especial. De ese modo su alma no sufrirá el mismo destino.

—¿Y qué hay de usted?

—Yo me quedo aquí fuera, general.

Al se quitó la guerrera, la corbata y la camisa mientras ella observaba impasible. Aguardó un momento, pero la capitana no se daba la vuelta. Por fin se quitó los zapatos y los pantalones. Volvió a detenerse.

—Señorita, ¿podría concederme algo de intimidad?

La chica se volvió hacia la pared. Al entendió su renuencia: ahora no veía más que basalto.

Cuando estuvo desnudo se volvió hacia la puerta. Aquella portilla, que parecía prácticamente viva, resultaba inquietante.

—El prisionero está listo —dijo ella. La puerta comenzó a abrirse lentamente.

Ante el general apareció la escena más asombrosa que hubiera visto nunca. La sala estaba pintada con colores vividos e imágenes extraídas directamente del interior de una tumba egipcia: hileras de hombres, un dios de máscara dorada, prisioneros que aguardaban rígidos, extraños objetos que parecían válvulas de vacío...

—¿Qué demonios está pasando aquí?

Entonces vio un grupo de lo que parecían las mismas válvulas de vacío de los relieves, pero reales. En la estancia había más hombres, todos ellos vestidos con uniformes negros desprovistos de insignias.

—Disculpenme, caballeros, pero necesito algo de ropa.

Nadie reparó en él. Todos estaban congregados alrededor de las válvulas, que estaban conectadas a unos gruesos cables que se introducían en la pared. No veía más que su espalda.

Algunas de las rígidas figuras de los relieves tenían cables insertados hasta la garganta, y las válvulas a ellos conectados aparecían iluminadas con colores brillantes. Otras figuras seguían intubadas, con la cabeza echada hacia atrás y el vientre distendido, mientras unos soldados de negro, como aquellos hombres, les introducían el cableado por la boca. Algunas aguardaban mientras miraban para otro lado.

—Miren, caballeros, necesito algo para taparme, por favor.

Oyó un fuerte golpe a su espalda. Se volvió hacia el ruido, que resultó ser el de la puerta al cerrarse.

Al final parecía que la joven capitana sí había entrado. Enfurecido, Al se dispuso a descargar en ella su frustración... pero entonces se quedó paralizado.

Los ojos de la mujer lo evaluaban con la vacuidad de una muñeca sin vida. De inmediato recordó el sueño de hacía dos noches: aquel rostro, como el de una geisha, contemplándolo.

Era ella.

La mujer esbozó una leve sonrisa.

—Hola de nuevo.

El general se lanzó hacia la puerta y la criatura no trató de detenerlo. Por el contrario, se hizo a un lado con la gracia de un torero.

Al buscó algún modo de abrir la puerta pasando las manos sobre la suave superficie. No había picaporte, y tampoco cerradura. Mientras tanto, ella lo observaba, totalmente impasible.

El general se detuvo. El corazón le latía con tal fuerza que creyó que iba a parársele en cualquier momento. Intentó hablar, pero tenía la boca seca. No sabía si debía pensar quién era esa gente... pero lo hizo: era el enemigo. Por eso la negrura de los uniformes le resultaba tan extraña, pues eran la misma noche.

Entonces comprendió algo, con una intuición tan fuerte que sólo podía proceder de un moribundo. Y esta intuición le reveló que lo que generaba aquella negrura era el pecado; que no llevaban uniformes, sino que todos estaban tan desnudos como él.

—Tu alma no va a morir —dijo ella a su espalda. La voz resultaba... musical. Pero había en ella algo más, algo que el general sólo podía definir como rabia, una rabia tan profunda que seguramente nunca hubiera oído nada igual.

O sí... Sí que había oído antes ese tono ronco y lleno de amargura.

—Samson es uno de vosotros.

—Así es.

Sintió una mano en el hombro.

—Venga —dijo la mujer—. Puedes ponérselo fácil o difícil.

Al se giró hacia ella y la criatura dio un paso atrás. Sabía que era peligroso.

—No quiero que te hagas la ilusión de que tienes alguna oportunidad de salir de ésta.

Y entonces la capitana empezó a temblar como un perro que tratara de sacudirse el pelaje.

Su uniforme cayó al suelo y Al vio que no se trataba de una serie de prendas de tela, sino de algo muy delgado que se secaba con rapidez. Parecía una serpiente que mudaba de piel.

La piel de verdad empezó como a rielar, y su cara comenzó a cambiar. El ser parpadeó. Volvió a parpadear y sus órbitas se alargaron. Una membrana nictitante cubrió los globos oculares, y al retraerse Al se encontró con la visión más hermosa y más espantosa que hubiera visto nunca.

El rostro era el de una serpiente o un lagarto, pero aplastado y alargado, tanto, más o menos, como una cabeza de tamaño humano. Tenía ángulos suaves, delicados, y los labios fijos de una serpiente. No obstante, sí que tenía una sonrisa, reflejada en los ojos dorados, que contrastaban de forma increíble con los ojos humanos que la criatura había exhibido hasta hacía un instante. Aquella mirada rebosaba vida y humor. Y también deleite, creía Al.

Aquellas criaturas tenían su contrapartida en la Tierra: eran camaleones. Pero estaban mucho, mucho más evolucionadas que ningún metamorfo terráqueo. El general empezó a sospechar también por qué llevaba Samson sus

jeringuillas. No era un adicto. Para vivir en la superficie necesitaría alguna clase de ayuda. Alergias, enfermedades... Probablemente nunca llegara a saber qué los ponía en peligro allí fuera.

—Ahora quiero que intentes mantener la calma, Al. Cuanto menos te resistas, menos te dolerá. Debes comprender que nosotros no sentimos compasión, Al. No conocemos la piedad. —Sus ojos resplandecían—. Así que de ti depende. Puedes convertirlo en una terrible agonía o en algo suave. De ti depende, Al, sólo de ti.

Los demás siguieron trabajando con el equipo. El general vio que el más cercano se volvía hacia él. Era negro como la noche, y su piel lucía el lustre de una joya. Relucía al moverse, y sus músculos asomaban bajo la piel. Tiró de un tubo negro que salía de la pared y se acercó a él. Mientras avanzaba, el tubo produjo un leve sonido siseante. El extremo, que parecía compuesto de cobre, brillaba con una curiosa luz verdosa.

—Ya hemos probado esto contigo —dijo Jennifer—. Sabemos que contigo funciona.

El general sintió que lo inundaba una emoción tan espantosa que la cabeza le daba vueltas. Aquello no era sólo la muerte, era algo peor. Se trataba del fin absoluto de su ser. Del asesinato del alma.

Hacía años que no practicaba las artes marciales, pero invocó toda su habilidad desde lo más profundo de su ser, adoptó una postura defensiva y lanzó una patada lateral.

La criatura que llevaba el cable lo agarró por el pie y lo arrojó al suelo.

Al aguantó el impacto, pero quedó aturdido. La mujer profirió una serie de sonidos... y de repente todos prorrumpieron en lo que sin duda eran unas carcajadas. Se trataba de un sonido suave, natural, la risa de unos matarifes que bromean mientras les rebanan la garganta a los cerdos.

El ser que lo había derribado se volvió y siguió con su trabajo, que consistía en atornillar unos apliques de cobre a una de las extrañas válvulas de cristal.

Al se puso en pie. Sentía una determinación sorda y desesperada. Su propia codicia lo había llevado hasta allí. Había aceptado el encargo de Samson a sabiendas de que algo iba mal. Lo había hecho por sus ansias de ascender, y a pesar de saber que el sistema entero estaba podrido más allá de toda esperanza y de que aquello no representaría diferencia alguna.

El enemigo había visto su ambición y la había usado contra él para llevarlo tranquilamente a la trampa.

Y él había estado más que dispuesto a bajar allí y destruir el alma de otro ser humano, así que, ¿por qué cuidaba ahora tanto la suya?

Pero así era. Sentía claramente en su interior el palpito de la eternidad, y no quería morir. Estaba tan decidido que esta vez atacó a la mujer, que se había acercado a él. El golpe llegó a su destino y la cabeza de la criatura rebotó hacia un lado. Tratando de aprovechar la ventaja conseguida, lanzó una andanada de puñetazos, pero cada vez que lograba conectarlos el efecto parecía menor. Era como pelear contra un montón de algodón mojado. Ella lo miraba impassible, y a él



cada vez le costaba más moverse. Igual que las víctimas del relieve, no tardó en quedarse paralizado, con los brazos caldos a los costados.

Uno de los varones se acercó a él.

La mujer señaló un dibujo concreto y pronunció algunas palabras. La imagen representaba a un prisionero al que le arrancaban los ojos.

Uno de sus captores se hizo cargo del trabajo. Contempló la pintura durante unos instantes y abrió una caja negra similar a una gruesa navaja de bolsillo. Se produjo un chasquido, seguido de un sonido silbante. El objeto se convirtió en su mano en algo similar a una estrella diminuta que emitía un brillo feroz.

Se acercó a Al. La mirada de la criatura parecía aún más vacía que la de la mujer, y sus ojos eran finos y de un color amarillo verdoso, en vez de dorados. Las membranas nictitantes cubrieron un momento las pupilas y volvieron a ocultarse en las órbitas.

El ser le acercó la estrella a la cara. Estaba muy caliente y Al intentó apartarse, pero no fue capaz de moverse ni un milímetro. Empezó a sentir la quemazón alrededor de los labios. Se produjo un siseo y el general intentó gritar, pero no consiguió más que atragantarse con su propia sangre.

Cuando le apartaron la luz de la cara, la sangre comenzó a manar y a salpicar el suelo, cubriendo con una lámina rojiza los pies y los restos carnosos de sus labios.

La mente del general se quedó en blanco. Sabía que lo estaban descuartizando, era bien consciente de ello, pero el trauma podía tener esos efectos, incluso en un soldado.

Un instante después, lo que parecía una lengua roja de serpiente surgió del objeto y le golpeó el ojo izquierdo, lo que provocó un destello escarlata en su cerebro. Oyó el chasquido de los músculos y sintió un tormento en el cuello cuando su cuerpo trató de moverse contra las cadenas invisibles que lo aferraban. No comprendía que lo habían colocado sobre una placa eléctricamente cargada que neutralizaba su sistema nervioso e interrumpía toda comunicación entre el cerebro y el cuerpo. Tampoco comprendía que todo aquel equipo no sólo era muy antiguo, sino también muy simple: mucho más que la mayoría de los instrumentos creados por el hombre. No comprendía que aquellas criaturas no estaban más avanzadas que el ser humano en la mayoría de las ciencias, sino sólo en una, la ciencia del alma, un saber que permitía que aquellos seres exhaustos, famélicos y depauperados se le antojaran a él dioses oscuros, igual que los españoles (enfermos, famélicos y lejos de su hogar) se lo habían parecido antaño a los aztecas.

No podía ni llegar a sospechar que aquellos operarios estaban cansados y aburridos, ansiosos por volver a casa con sus mujeres y amantes, y que tampoco comprendían del todo por qué estaban allí o qué estaban haciendo. No sabía que la alegría de aquella joven procedía del hecho de que obtendría mucho crédito y poder si el monstruo que estaba creando tenía éxito. Y ni siquiera comenzaba a comprender de qué se trataba, no sabía que el monstruo sería utilizado para penetrar en otro universo con el propósito de poner fin a una amenaza que había

surgido en él.

Era un universo humano que conocían desde hacía miles de años. Podían incluso entrar en él con limitaciones, pero no tan completamente como para lograr algo tan complejo como encontrar un archivo informático y destruirlo.

Sólo podían penetrar en ese universo mediante torpes y rápidas incursiones, no con la clase de precisión que ahora necesitaban.

Todo se puso negro. Al hubiera querido expresar a gritos su rabia y su absoluto terror, pero aquello quedaba ya más allá de su capacidad. No podía hacer absolutamente nada. Ya no era más que una chispa brillante llamada Al. Sólo existía eso... y el dolor. Oleadas, riadas, océanos hirvientes de dolor.

Entonces notó que unos dedos le manipulaban los genitales y sintió aún más dolor, aunque esta vez irradiaba desde abajo, y supo que lo habían castrado.

A través de la agonía comenzó a tener la extraña sensación de que se estaba columpiando, como si se encontrara en un bote o un balancín. No tenía modo de saber que la cirugía a la que lo acababan de someter había destrozado las terminaciones nerviosas especializadas que conectaban el órgano electromagnético que era el alma con el órgano físico que era el cuerpo.

La fase de la apertura en canal y la separación del alma y el cuerpo había terminado, y aquella sensación de movimiento se convirtió en un extraño espasmo ciego. La estancia pareció desplazarse a toda velocidad y las figuras empezaron a girar cuando su visión, libre de la limitación de los ojos, vio todo cuanto la rodeaba. Lo estaban manipulando con la misma despreocupación que un niño cruel mostraría hacia una polilla indefensa.

Pero las conexiones entre el cuerpo y el alma seguían siendo fuertes, y cuando una de las criaturas le metió los pulgares en la base de la mandíbula la sintió partirse, y notó cómo se llenaba su boca de sangre.

La siguiente sensación fue muy similar a la que había experimentado durante la pesadilla de la otra noche: la sensación de ahogarse, de asfixiarse ante la invasión de su esófago. Le estaban metiendo por la garganta uno de los gruesos cables con el aislamiento cuarteado. Dolía mil veces más que en el sueño, y lo que le sucedió a su mente fue similar, aunque mil veces más potente. Sintió arcadas y su cuerpo trató de expulsar el tubo, pero unas fuertes manos le metieron los cables hasta el fondo.

La noche pasada habían revisado sus pensamientos para determinar si podía llegar a comprender dónde se ocultaban en realidad y qué estaban tramando, y por tanto si podía desentrañar sus planes antes de llegar allí.

Intentó forzar la garganta, emitir cualquier sonido, trató de gritar una advertencia al mundo, avisarles de que Estados Unidos estaba controlado por los invasores.

Las octavillas del traidor de Samson pretendían engañar a la gente para que se reuniera. Había empleado alguna especie de control mental para inducir al presidente al suicidio, y ahora él, la única persona capaz de oponerse a aquellos planes, se encontraba allí, despedazado poco a poco.

Se encontraba allí porque había estado a punto de descubrir que Samson

era uno de ellos.

Como las páginas de un libro, las páginas vivas de su alma se separaron de su cuerpo y entraron en un nuevo estado. A su alrededor vio un cristal azul, y más allá unas figuras delgadas y relucientes que se movían en la cámara de extracción en la que su cuerpo yacía ahora, hecho un guiñapo sanguinolento. Vio cómo recogían las partes que le habían arrancado y las arrojaban a un agujero. Se hallaba atrapado en una de las válvulas de cristal, un filamento le atravesaba y abrasaba el alma.

—Bien —dijo la mujer en inglés—. Ya hemos acabado, general.

Toda la válvula estaba llena de él: un plasma de electrones que brillaba con un millón de colores diferentes, tonos que chispeaban y se retorcían mientras él trataba de arrojarle una y otra vez contra el cristal.

La capitana dijo unas breves palabras con su voz suave. Dos de sus ayudantes levantaron la válvula mientras un tercero desenchufaba el cable de la base de bronce. Entonces depositaron la válvula dentro de un orificio mayor, practicado en el suelo. El general podía verlos, pero no hablar. No era capaz de gritar, ni de escapar de su prisión.

Vio cómo introducían su cadáver dentro de una bolsa militar. Después de cerrarla, dos de ellos se la echaron al hombro y la sacaron de allí. Cuando la puerta se abrió, el general vio que se llevaban su cuerpo hacia las profundidades de la instalación.

La puerta se cerró y durante un momento cayó sobre él una oscuridad absoluta. Entonces percibió un fulgor, y comprendió que procedía de su propia válvula. La única luz que quedaba en aquella tenebrosa cámara infernal era la de su alma.

## **SEGUNDA PARTE:**

### **LA RUINA DE LAS ALMAS**

## 12

**HIJOS DEL MISTERIO***18 de diciembre, por la tarde*

Martin había permanecido tumbado, completamente inmóvil, durante tanto tiempo que había perdido la sensibilidad de cintura para abajo. No sentía las piernas y tenía el abdomen tan frío como un cadáver. Estaba hambriento y helado. Se había mantenido en movimiento durante días, yendo de casa en casa y durmiendo en desvanes y sótanos, en cualquier lugar que le ofreciera una protección decente contra el regreso de la luz.

Ahora estaba en casa, escondido debajo de ella.

Durante todo este tiempo había estado buscando a Trevor. Había renunciado a Winnie y a Lindy. Ya no podía hacer nada por ayudarlas, puesto que seguir las era una trampa.

Como americano, no se había sentido tan vulnerable como la mayoría de las personas del mundo, siempre temerosas de que sus seres amados desaparecieran sin más durante la noche.

Cosas como aquélla no ocurrían en su hogar. Sin embargo, no había previsto el extraordinario desgaste emocional que comportaba el hecho de perder a los seres queridos. Era tan agotador que había tenido que hacer grandes esfuerzos para no caer en la pasividad.

Y lo había conseguido creándose su propio objetivo. Su objetivo era Trevor. Ya lo había buscado por la mitad de las casas de las Smoke y estaba planeando una incursión nocturna en la ciudad. Lo haría pronto. Noche tras noche, la luz había seguido atacando Harrow, Kansas, y dudaba que a estas alturas quedaran allí muchas personas. Lo mismo podía decirse de las Smoke. Salía cada noche, a buscar e indagar, y aquellas otras cosas también lo hacían, aquellas cosas tenebrosas que había encontrado cuando era un seguidor.

Los truenos rugían. Se acercaba otra tormenta. Pronto llegarían nuevas lluvias. Las emisiones de metano del permafrost, el deshielo de los glaciares de Groenlandia y la Antártida, las inundaciones de los océanos polares por el agua dulce del deshielo, la descontrolada intensidad del sol... todo ello se había combinado para crear unas condiciones climáticas terribles.

Durante años, Estados Unidos había implorado a los imperios que redujeran sus niveles de contaminación, pero éstos no habían tomado medidas en sus áreas de influencia. Las regiones industrializadas de África y el Subcontinente Indio habían acabado por completo con la capacidad del planeta para mantener el equilibrio.

¿Sería cosa de los invasores? Eso sospechaba. Temía que se hubieran infiltrado en todas las administraciones coloniales de la Tierra. Seguro que se sentirían más cómodos en una atmósfera contaminada.

A pesar del frío y la humedad de aquel espacio, estaba sudando.

En aquel momento, el silencio era profundo. El reloj indicaba que el sol no tardaría en ponerse. Aquella noche tenía una misión... una más, aparte de la de



evitar la luz y todas las demás amenazas. Había decidido seguir la pista a un sonido que oía de vez en cuando, que llegaba desde abajo, desde el Saunders. Era una especie de tamborileo. Puede que hubiera alguien ahí abajo.

Por supuesto, en su mundo resultaba imposible saber algo con certeza. Podría tratarse de cualquier cosa. Alguna criatura del infierno o, quizá, alguna máquina alienígena. O puede que fueran realmente personas.

Se estiró ligeramente, sin apenas mover el cuerpo, y luego aguzó el oído. No oyó ningún sonido sobre su cabeza. Alzó la mano izquierda y la apoyó en la trampa.

Momentos después la empujó suavemente y esperó. No hubo ninguna reacción, de modo que la abrió de par en par.

Cruzó el comedor y después el salón, donde tanto tiempo había pasado leyendo en su silla, donde había leído para sus hijos, donde había disfrutado de la música que amaba.

La puerta principal estaba entreabierta. Tras cruzar el umbral intentó cerrarla, pero fue inútil. La habían arrancado de sus bisagras. Echó a andar sobre el césped, entre las largas sombras del atardecer. Escuchó con atención, pero no oyó nada.

Aquel tamborileo era un sonido nocturno y descubrir su origen era la única excusa que había logrado encontrar para salir al exterior tras la puesta de sol.

Entonces oyó otro sonido, un gran silbido sobre su cabeza, que le resultó familiar debido a sus noches como seguidor. Volviéndose con brusquedad contra las furiosas nubes del firmamento, alcanzó a vislumbrar algo que parecía un murciélago gigante.

Podía sentir cómo lo miraba. Sabía que lo estaba haciendo. Entonces, volvió a oír aquel traqueteo mecánico y familiar entre los árboles que se alzaban tras la vivienda.

El sol no se había puesto todavía, pero las criaturas alienígenas ya estaban al acecho. Aquel pájaro era el oteador y sospechaba que lo que fuera que hubiera entre aquellos árboles estaba allí para hacerlo pedazos.

Avanzó colina abajo, hacia la corriente, y echó a correr a lo largo de su orilla. Su cuerpo rozaba la maleza seca del otoño. Estaba tan asustado que sus ojos se llenaron de lágrimas mientras el ave ululaba en el aire, y los bosques que se extendían a su alrededor y a su espalda reverberaban con el sonido de los monstruos que se ocultaban en ellos.

Había llegado al pequeño lago, que apenas era un ensanchamiento del Saunders. Allí era donde solía ir a nadar en verano. Sin perder ni un instante, corrió hasta el embarcadero y se adentró en sus gélidas aguas. Luego se deslizó bajo el muelle y se aferró a uno de sus resbaladizos pilares que había entre las tres barcas de remos que descansaban allí: el pequeño bote blanco que usaba la señora Lane para pescar; su propia barca, provista de una pequeña vela que le permitía navegar por aquel lago que cubría doce hectáreas; y una embarcación para cazar patos que llevaba años anclada.

Entonces oyó a sus perseguidores, el suave chapoteo de sus pies y sus

sonidos, los murmullos, chasquidos y silbidos, que, comprendía ahora, eran un idioma. Y sumamente complejo. Entonces se preguntó si serían verdaderos alienígenas o criaturas adiestradas, como perros. ¿Serían seres más inteligentes que los perros? ¿O quizá máquinas que habían cobrado vida?

Percibió unos golpecitos, la punta de una garra sobre el muelle de madera que descansaba sobre su cabeza. Oyó el murmullo ansioso de su aliento, los chasquidos de lo que supuso que serían las bocas. En aquel chasquido había un susurro que sugería el filo de un cuchillo, un roce de acero contra acero. El largo plañido reverberó de nuevo en el cielo y pudo oír en él, con claridad, un airado tono de pregunta.

¿Acaso habían perdido su rastro?

Algo se introdujo en el agua. El lago era profundo y el lugar donde estaba se hallaba sembrado de cañas, pero pudo ver, buceando por sus cristalinas aguas, una inmensa sombra más negra que el carbón, con ocho grandes patas extendidas a su alrededor.

La sombra se deslizaba entre el ondulante follaje, dirigiéndose hacia él. Cuanto más se aproximaba, más helado, más indefenso se sentía él.

De modo que ésa iba a ser su muerte, su desagradable destino. No había hecho nada para merecerlo.

La criatura del agua realizó un giro grácil y regresó al embarcadero. Martin observó cómo se aproximaba su sombra.

Había perdido, había sido capturado y ahora, suponía, su suerte sería compartir el destino del joven mutilado que había visto en el campo. Quizá debiera luchar un poco más, pero no sabía cómo. Si intentaba escapar a nado, la criatura del agua se abalanzaría sobre él en un abrir y cerrar de ojos. Si salía del agua, tendría que enfrentarse a los monstruos que se apiñaban en el embarcadero.

Algo rozó su pierna, como una caña que azotara el agua, y vio que la sombra se movía a toda velocidad. Se estaba acercando, estaba a punto de atacarlo.

Cerró los ojos. Esperó. Oyó un chapoteo, muy suave. Aturdido por el miedo pero incapaz de soportar la sensación de que estaba a punto de ser atacado, los abrió de nuevo.

Había una joven en el agua, a su lado.

La muchacha inclinó la cabeza y arqueó las cejas, antes de llevarse un largo dedo a sus labios. Era tan perfecta e irradiaba tal brillo que parecía haber salido del pincel de un maestro flamenco. Además, le resultaba muy familiar... demasiado, pero era incapaz de situarla en su memoria.

El agua estaba tan fría que Martin estaba empezando a tiritar. Cuando ella apoyó su mano de gorrión en su espalda, la calidez que emanaba le infundió serenidad y una asombrosa sensación de protección.

La joven se llevó un dedo a la oreja y sacudió la cabeza. No escuches, le decía con aquel gesto. Después extendió la mano ante ella, mostrándole la palma. El mensaje era claro: no escuches y no muevas ni un solo músculo.

Pero ¿cómo no iba a escuchar aquel espeluznante ululato del cielo? Era el

sonido más terrible que hubiera oído en su vida. ¿Y aquel cloqueo mecánico de lo que parecían ser arañas gigantescas haciendo rechinar sus bocas?... Todo ello le causaba un pavor enfermizo, un terror visceral, porque conjuraba pensamientos de mutilación y agonía.

Ella lo miró con el ceño fruncido. ¿Qué pretendía decirle y quién era? Su rostro le resultaba tan familiar...

Entonces esbozó una leve sonrisa y él pensó que ciertas miradas femeninas definen la esencia de la belleza para el hombre. Como si hubiera leído sus pensamientos, la joven alargó el brazo y le tocó la mejilla con tanta suavidad que el recuerdo de Lindy regresó a su mente y su corazón estuvo a punto de partirse por la mitad.

Todo esto ocurrió en un instante. Mientras tanto, la joven se llevó la mano a la sien, asintió y sonrió. Y gracias a aquel gesto, que ya había visto con anterioridad, supo quién era. Era Pammy, la hermana de Louise Wright, directora del Target... y era como si pudiera leerle la mente.

Y también advirtió que, desde que había centrado en ella toda su atención, las criaturas del agua parecían haber perdido su rastro.

Se oyó un fuerte crujido, un chasquido electrónico.

Pammy Wright frunció el ceño.

—Martin Winters —reverberó una voz amplificadas electrónicamente—. Soy la capitana Jennifer Mazle, de las Fuerzas Aéreas de Estados Unidos. Por favor, suba al embarcadero.

Pammy movió la cabeza hacia los lados, señaló hacia el fondo y desapareció.

—Doctor Winters, soy la capitana Jennifer Mazle, de las Fuerzas Aéreas de Estados Unidos. La situación se ha estabilizado y puede salir sin correr ningún peligro. Por favor, suba al embarcadero.

Martin vio cómo desaparecía el pálido cuerpo de Pammy entre las cañas. Nadando, la joven se deslizó entre una hilera de formas negras, que permanecieron donde estaban, inmóviles.

La siguió, sumergiéndose en las profundidades, nadando con todas sus fuerzas, esforzándose al máximo y, sin duda, llamando la atención de aquellas criaturas. En cuanto empezó a nadar hacia ellas, éstas extendieron sus patas e intentaron rodearlo. Se escondió entre las cañas, entre la oscuridad y las raíces, y desde allí vio un pez de gran tamaño y después a Pammy, que se había alejado bastante y se encontraba a mayor profundidad.

¿Cómo podía hacer eso? ¿Cómo era capaz? Su cuerpo ya había empezado a estremecerse a causa de la falta de aire y sabía que pronto tendría que subir a la superficie para respirar. Era su única opción, lo necesitaba para seguir con vida, no podía pasar ni un segundo más sin respirar... Entonces, la joven regresó junto a él desde el fondo, con un cilindro azul. Le ofreció un tubito de goma y, una vez que Martin lo tuvo en la boca, lo conectó. Una hormigueante y exquisita sensación de alivio fue llenando sus pulmones, su torrente sanguíneo y su fatigado corazón a medida que llegaba el oxígeno.

La joven se apartó con rapidez al sentir que algo grande y tosco le azotaba la espalda. Él, sin volverse para mirar a su agresor, se limitó a seguir a la muchacha. No podía suprimir sus miedos, porque estaba nadando para salvar su vida.

Pero aquella voz... ¿Realmente estaban allí las Fuerzas Aéreas? Puede que hubiera estado a salvo si...

Pammy se detuvo, se volvió hacia él y gritó entre burbujas:

—¡No!

Él se sumergió a mayor profundidad, siguiendo a la joven. Allí el agua era más oscura. La presión hacía que le pitaran los oídos y volvía a sentir que sus pulmones estaban a punto de reventar.

A su lado había alguien más, un joven que nadaba con fuertes brazadas. Estaba desnudo, como Pammy, y ocultaba sus ojos, tan negros como los de ella, tras unas gafas de buceo. Martin inhaló con voracidad el oxígeno que le ofreció.

Lo estaban rescatando los niños que habían desaparecido y tenía la sensación de que al menos uno de ellos podía leer sus pensamientos.

Braceó con todas sus fuerzas y, al cabo de un momento, se encontró en un espacio más estrecho y oscuro. No tenía ni idea de dónde estaba, pero los jóvenes le sacaban ventaja y no deseaba perderlos de vista.

Entonces, unos resortes de acero apresaron sus piernas y empezaron a arrastrarlo hacia atrás. Consciente de que se trataba de una de aquellas criaturas, pataleó con todas sus fuerzas; sin embargo, cuanto más se esforzaba, más lo atenazaban aquellas cosas. Estaba quedándose de nuevo sin aire, pero ahora se encontraba en un espacio tan estrecho que nadie podría llegar hasta él. Al sentir que la criatura lo arrastraba hacia atrás, clavó las uñas en las paredes y pataleó con todas las fuerzas que le quedaban, pero su enemigo no cejó y Martin supo que había perdido la batalla.

La criatura lo llevaba a rastras hacia el exterior del túnel. La velocidad aumentaba por segundos y sabía que pronto regresaría la luz. En cuanto llegó a la zona central del lago, todo se iluminó a su alrededor.

Ahora pudo ver que las paredes del túnel eran de piedra. Tenía una última oportunidad. Él conocía bien ese tipo de espacios, túneles, tumbas y demás. Con las últimas fuerzas que le quedaban, extendió ambos brazos y la pierna que tenía libre. La criatura sintió su repentina e inesperada resistencia y él, un destello de dolor en el tobillo atenazado. Pataleó una vez. Y otra. Y otra más. Y entonces sintió que se liberaba. Empezó a batir las piernas con más fuerza al tiempo que las patas o pinzas o lo que fuera aquello se agitaron alrededor de sus pies.

Se abrió paso una vez más entre la oscuridad y la estrechez del túnel, hasta que apenas fue capaz de moverse. Necesitaba respirar, pero sabía que cuando abriera la boca para hacerlo, únicamente encontraría agua.

Y respiró y sólo encontró agua. El líquido se abrió paso por su garganta, asfixiándolo y haciéndole toser, e involuntariamente tragó más.

Ahogarse era doloroso. No tenía nada de mágico. No vio pasar su vida ante sus ojos mientras moría. Solamente sintió agonía, una frenética necesidad que no

podía ser satisfecha y, después, oscuridad.

Oscuridad. Oscuridad.

Y luego aire que llenaba dulcemente su cuerpo. Aire, sí, pero puede que sólo fuera el aire de los deseos, el aire de los sueños.

—¡Vamos!

—¡De prisa, reanímalo!

Presión en su espalda, tos, agua que salía por su boca y después otro aliento, profundo y vigorizante... Entonces volvió a estar consciente, empapado y muerto de frío.

Los bosques otoñales estaban salpicados de color, las alondras cantaban al ocaso y la Pequeña Luna, la querida estrella errante, corría entre las nubes. Y ella... Pammy, se alzaba sobre él, al igual que el joven, que también le resultaba familiar pero no tenía nombre, todavía...

Lo llevaron a rastras, sujetándolo por los pies.

—¡De prisa!

Arriba, en las alturas, un largo y aterrador plañido detuvo el canto de las alondras.

—¡No escuches!

—¿Por qué no?

—Detectan el miedo. Si no estás asustado, no podrán encontrarte. Vamos.

Mientras le decía esto, el joven echó a correr.

Ella le tiró del brazo.

—Tenemos que irnos. Se han dado cuenta de que han cometido un error. — Esbozó una sonrisa tímida y sus mejillas y su nuca se riñeron de rubor—. Alguien acaba de decir «¿Quién está en el lago?» y ahora están todos mirándose unos a otros con suspicacia.

La joven bajó la mirada.

—¿Entiendes su idioma?

Ella le tiró de las manos y después corrió, como si se hubiera criado en el bosque. Su pálido rostro brillaba en la oscuridad provocada por las nubes, que llegaban apresuradamente desde el norte, como panteras hambrientas, resplandecientes y tenantes.

La muchacha ya había desaparecido, así que echó a correr para seguirla... pero le detuvo un golpe brutal en la espalda. Cayó de bruces al suelo y sintió las frías hojas en su rostro.

—Quiero que conserve la calma —dijo la oficial de las Fuerzas Aéreas, Jennifer Mazle.

—¡Socorro! ¡Auxilio! —gritó en la dirección por la que había desaparecido la joven.

—Yo también soy científica, doctor Winters. No voy a hacerle daño.

—Entonces, deje que me levante.

El peso se retiró y Martin rodó hacia un lado. La mujer vestía un chaleco de camuflaje, un sombrero arrugado y unas pesadas gafas de cristales dobles. Sus grandes ojos estaban llenos de tristeza.



—La misión no está yendo bien —anunció—. Necesito que regrese y nos ayude.

—¿Qué son esas cosas? Dios mío...

—Tiene que ayudarnos a comprenderlo, doctor Martin.

—Han intentado matarme. Y el gobierno también.

Ella le tocó la mano y después se la cogió.

—Ahí fuera hay mucho miedo.

Algo se movió a espaldas de la mujer. Ésta empezó a girarse, pero entonces la golpearon con fuerza con un trozo de madera. Volvió la cabeza con rapidez.

Su rostro estaba como distorsionado. La madera había quedado marcada en la piel de su mejilla, en el lugar donde había recibido el impacto.

Se movió hacia un lado. Su pie se onduló y se volvió de color crema y rojo en la zona magullada.

¿Qué diablos le ocurría?

La mujer soltó un gruñido y corrió hacia él. Ahora que lo veía con claridad, su rostro era... oh, virgen santa, era... La piel le resbalaba como si fuera de gelatina y sus ojos eran extraños bajo aquella luz espectral. Extraños y dorados.

Dio media vuelta y echó a correr. Lo hizo sin pensar, pues en aquel momento era incapaz de hacerlo. Corría, simplemente, porque lo que había visto era tan terrible que había anulado por completo su mente y ésta había sido reemplazada por un terror tan puro y tan profundo que él, un hombre educado y civilizado, había sido regresado en un instante a los días en que sus congéneres eran cazadores.

Un estruendo de mandíbulas cortantes lo rodeó por completo. Sobre su cabeza, los ululatos se repetían una y otra vez, ahora exultantes, dichosos. El cielo e incluso el aire vibraban con su triunfo.

Su mayor temor era que lo detectaran, pero no podía hacer nada al respecto. La mujer se había convertido en un monstruo al recibir el golpe del muchacho y aquello había sido lo más desconcertante que había visto en su vida. Más desconcertante incluso que la explosión de la pirámide, pues allí sólo se había enfrentado a un objeto, no al rostro de un ser vivo.

De pronto vio a Pammy, que lo observaba desde un talud. La muchacha le indicó por señas que trepara hasta ella.

La joven se tumbó sobre el suelo y él la imitó.

—Deja la mente en blanco —le dijo con voz calmada—. Centra la atención en tu cuerpo. No pienses en nada.

Tumbado sobre aquella piedra caldeada por el sol, se concentró en sus doloridos pulmones, en su acelerado corazón. Abajo se oían movimientos y voces entrecortadas. Arriba, el ululato se acercaba y se alejaba de nuevo, pues las grandes aves habían reiniciado su ronda.

—Vamos —susurró ella—. ¡De prisa!

Mientras decía esto, se oyó un sonido susurrante, y una mano envuelta en un guante negro se sujetó al borde del talud. Martin dio media vuelta y, con las pocas fuerzas que le quedaban, echó a correr tras la joven.



Los árboles se agitaban y los truenos reverberaban entre las fuertes ráfagas de viento que soplaban desde el norte. Martin, corriendo tras la joven, se internó en las profundidades del bosque, donde caía un diluvio amarillo. A sus espaldas podía oír los gritos de aquellos pájaros extraños y el crujido de voces alienígenas.

—Vamos —le apremió Pammy.

Recordaba aquella zona del bosque. Estaban más allá del Saunders, a algo más de un kilómetro de su hogar. Aquella tierra pertenecía al estado, formaba parte del programa de protección de las praderas. Allí, el bosque era muy tupido y más abajo, en las hondonadas, todo estaba cubierto por una densa capa de maleza. En su juventud, aquél había sido un excelente terreno de caza, repleto de faisanes y pavos.

Aquellos tiempos habían quedado atrás. Allí había descubierto que Trevor nunca sería cazador, pues los animales le inspiraban demasiada lástima. Tras su boda, Lindy y él habían regresado a aquel lugar y habían paseado desnudos, cogidos de la mano, para establecer una especie de contacto sagrado con la tierra que no podía explicarse con palabras.

Pero ahora, la lluvia que caía a cántaros y el rugido del viento lo habían convertido en un lugar miserable. Una tormenta como aquélla podía provocar fácilmente un tornado.

De pronto, la joven pareció caer en una especie de hoyo. Al ir tras ella, Martin descubrió que en realidad se trataba de un claro diminuto en el que se escondía una tienda de campaña. Era una de ésas que vendían en la tienda de deportes de Hiram. La muchacha corrió hacia su interior, pero él fue más precavido. Al acercarse, pudo oír el golpeteo de la lluvia sobre la lona. Entonces, una puerta de lona se abrió y la joven le indicó con gestos frenéticos que se apresurara. Obedeció.

Una vez en el interior, lo primero que advirtió fue que el golpeteo era mucho más fuerte; lo segundo, que la atmósfera era sofocante. Cuando sus ojos se adaptaron a la luz, pudo ver que aquel espacio estaba lleno de niños y jóvenes. Unos veinte en total. Supo al instante que eran los muchachos que habían desaparecido cuando sus padres y hermanos se habían convertido en perdidos.

Observó cada uno de sus rostros, intentando reconocerlos, tratando de no sentir una esperanza vana.

Y al no ver a Trevor entre ellos, una fatiga extenuante cayó sobre él. Se tambaleó, incapaz de sentarse o de permanecer en pie. Se había quedado sin fuerzas. Iba a desplomarse.

Incapaz de contener las lágrimas, cayó de rodillas, se cubrió el rostro e intentó sollozar en silencio.

Notó una mano en la espalda.

—Lo siento —dijo—. Lo siento.

Sus lágrimas se convirtieron en una impotente y humillante riada.

—¿Papá?

Había oído la palabra, pero...

—¿Papá?

Al alzar la mirada, sólo vio a alguien que no reconoció.

—Papá, soy Trevor.

Entonces, pese a la suciedad, pese a las ojeras, pese a su cabello desgreñado y su traje de camuflaje cubierto de barro, supo que era su hijo.

Trevor había cambiado de un modo excepcional. Ya no era un niño. Ahora, su expresión denotaba el conocimiento del mundo de un adulto, pero el cambio había sido tan repentino y tan absoluto que incluso su padre había sido incapaz de reconocerlo.

Pero el corazón también ve... y el corazón de Martin supo ver que la persona que tenía delante era su hijo. Abrió los brazos y, en cuanto Trevor se acercó, los cerró alrededor de su delgado cuerpo. Puede que su corazón y su mente hubieran madurado, pero seguía siendo un muchacho frágil, con unas piernas largas y unos hombros anchos que sugerían que pronto daría otro estirón.

—Trevor —logró murmurar—. Trevor.

Trevor intentó separarse de él, pero Martin lo abrazó con más fuerza. Nunca lo dejaría marchar, jamás. No podía volver a hacerlo.

—Papá... hum... —El joven consiguió que su padre lo mirara a los ojos—. Papá, ninguno de los aquí presentes sigue teniendo padres.

Martin no sabía qué intentaba decirle, pero de pronto lo entendió. Él era el único padre que no estaba perdido. Observó aquellos rostros expectantes, aquellos ojos que compartían la misma extraña sombra; algunos estaban bañados en lágrimas, otros expresaban pesar y unos pocos irradiaban resignación.

—Lo siento —musitó.

—Soy George —respondió uno de los chicos mayores—. Encantado de conocerlo.

George le tendió la mano, con formalidad, y los demás lo imitaron. En su mayoría eran adolescentes, aunque algunos no debían de haber cumplido todavía los diez años. Eran veintidós, diez chicas y doce chicos. Se fueron presentando uno a uno. Resultaba demasiado formal. Insólitamente formal. Pero aquella reunión había sido fortuita, ¿verdad?

Durante todo este intervalo, el traqueteo del tambor no se había interrumpido.

Trevor apartó la mirada y murmuró:

—Ese ruido permite que los pequeños estén más tranquilos, porque ahoga los sonidos de los exploradores.

Al oír la voz de su hijo, Martin sintió otra oleada de alegría.

—¡Papá!

—No puede evitarlo —comentó una niña pequeña.

—¿Podéis oír mis pensamientos, muchachos? ¿Es eso?

—Podemos captar pensamientos, pero no es lo que imaginas, papá. No todo el mundo piensa de la misma forma y la verdad es que los patrones de pensamiento son incluso más distintos que los rostros. No puedes saber qué está pensando una persona a no ser que ésta sepa organizar sus pensamientos para

comunicarse. Además, todavía estamos aprendiendo. Sin embargo, todos podemos sentir tus emociones y estás... avergonzándome, papá.

—Yo puedo leer el pensamiento —replicó George—. Cada vez lo hago mejor —. Lanzó una rápida mirada a Martin—. ¡Los suyos no, señor! Jamás haría algo así!

—Será mejor que no te encuentre en mi mente —le advirtió una muchacha.

—¡Oh, por supuesto que no, Sylvie! ¡Nunca se me ocurriría hacerlo!

—Por supuesto que sí, pero te recuerdo que a nosotras no nos cuesta nada leer las mentes de los idiotas. Cualquiera chica puede hacerlo; ni siquiera hace falta aniquilarlos. Los chicos sois transparentes desde que nacéis.

Apoyó la cabeza en el hombro de George. El muchacho cruzó las piernas.

—¿Qué has querido decir con eso de ser aniquilado? —preguntó Martin.

Se hizo el silencio.

—Papá, queremos que lo intentes.

—¿Qué intente qué?

—No se lo pidas, Trevor. ¡Tiene que hacerlo!

—¡Cállate!

—¿Qué está pasando aquí?

—Papá, ¿recuerdas la noche en la que ocurrió todo?

—¿Cómo podría haberla olvidado?

—Mamá tenía en brazos a Winnie y yo estaba de pie junto a ellas. Tú tenías la mano apoyada en mi hombro y me lo apretabas con tanta fuerza que no me lo rompiste de milagro.

—Lo siento.

—No, no, está bien. La luz no te alcanzó. Golpeó a mamá, pero a mí sólo me salpicó. Salí de mi cuerpo y ascendí por los aires. Te vi ahí abajo, nos vi a todos nosotros. De pronto me encontré en lo alto, sobre la iglesia. Vi a mamá y a Winnie. Bajo aquella luz parecían doradas, eran masas de chispas doradas. Ambas ascendían muy de prisa, pero a mí el hombro me dolía tanto que decidí descender.

»Al principio me sentí aturdido. Me dirigí hacia la parte posterior de la iglesia con mamá. Podía verte, pero parecías estar muy lejos. Nos estabas gritando. Tú... nunca te había visto así, papá. Lo sentí mucho por ti. ¡Lo sentí muchísimo!

—Quiero que regrese tu madre. Y mi pequeña.

—Ganaremos, doctor Winters —dijo uno de los muchachos.

Martin lo reconoció. Era Joey Fielding, el hijo de George y Moira, los encargados de Octagon Feed.

—No lo creo posible —repuso él, intentando borrar la amargura y la resignación de su voz.

—A todos nosotros nos ocurrió lo mismo. Sentíamos dolor cuando la luz nos golpeó, así que no pudo arrancarnos todas las capas. Aquello que éramos permaneció dentro de nuestros cuerpos, pero perdimos las mentiras, las esperanzas, la mayor parte de nuestra educación, los deseos, lo que pensábamos de nosotros, las metas... Perdimos todo nuestro equipaje.

—Somos como nuevos —dijo uno de los pequeños—. Es como si hubiéramos...

—¿No ves que lo estás asustando? —siseó una muchacha.

—No estoy asustado —replicó Martin.

—Sí que lo estás. ¡Somos raros y estás asustado!

—No se asusta con facilidad —le espetó Trevor—. Mi padre es valiente.

—Si va a hacerlo, lo necesitará.

Martin era consciente de que aquella conversación se estaba desarrollando a dos niveles, uno que él podía oír y otro que no.

—Creo que debería saber qué está pasando.

—Lo que está pasando es que necesitamos que intentes ser como nosotros.

¿Cómo podía hacer algo así? Al parecer, aquello era una especie de efecto secundario, provocado por el intento fallido de arrancar un alma.

—Exacto —dijo Trevor.

—Pensaba que no podías leer la mente.

Bajó la mirada hacia la aplastada hierba que servía de suelo a la diminuta cámara.

—Contigo me resulta fácil, papá, porque te conozco...

—Está oscureciendo —anunció George.

Trevor lo miró con severidad y sacudió la cabeza.

—Trevor, no. ¡No!

—¿Qué ocurre?

Trevor rodeó a Martin entre sus brazos.

—¡Papá, quieren que te vayas!

—¿Qué me vaya? ¡No puedo irme!

Un niño de unos diez u once años sacó una pistola y se la tendió a un muchacho de mayor edad. Martin advirtió que era una automática, del calibre cuarenta y cinco. El joven no apuntó a Martin con el arma, pero se aseguró de que fuera bien visible.

Los ojos de Martin pasaron del cañón de la pistola al rostro del joven. De nuevo aquellos ojos llenos de sombras. Los muchachos habían cambiado.

—Escuchad —dijo con voz amable—. Necesito descansar aquí.

El joven lo apuntó con el arma.

—¡Trevor! Trevor, diles que soy un buen padre... Yo, yo... Muchachos, escuchad. Me necesitáis. Sí. Oh, sí. Puedo ser... puedo reemplazar... reemplazar...

El joven empezaba a impacientarse.

—¡Pammy, tú me ayudaste! ¿Primero me ayudáis a escapar y después queréis que me vaya? ¡Es una locura!

—Papá, si no te vas... —Trevor se interrumpió. Martin era consciente de que las lágrimas le impedían hablar.

—Trevor, diles que no podré sobrevivir ahí fuera. ¡Nadie podría hacerlo!

El muchacho avanzó hacia él y se detuvo a escasos centímetros, apuntándole a la cara con el arma. Tenía una sombra de barba, apenas visible en

la creciente oscuridad.

—Doctor Winters —dijo con voz calmada—. Márchese de aquí.

—Oh, Dios. Escúchame, por favor... He estado corriendo sin parar; no puedo seguir corriendo. ¡Trevor, por favor, ayúdame! ¡Ayuda a tu padre!

Trevor lo miró con sus extraños nuevos ojos y Martin pudo ver la verdad: el horror que habían presenciado los había convertido en monstruos, a todos. Y ahora, Trevor también lo era.

Pero entonces, Trevor alargó la mano y acarició la mejilla de su padre. No fue el gesto de un niño, sino el de un hombre adulto.

—Papá, se trata de la supervivencia de los mejores. Los reptiles te encontrarán. No puedes esconderte de ellos, nunca lo conseguirás. Si te quedas aquí, los traerás directamente hasta nosotros.

Martin dio un paso hacia atrás, alejándose del arma.

—¡Aparta esa cosa de mi cara!

—Papá, tienes que hacerlo —Trevor lo rodeó con los brazos.

Martin le devolvió el abrazo y advirtió que temblaba. Entonces miró a Pammy.

—¿Por qué me salvaste? —le preguntó—. ¿Cómo pudiste ser tan cruel?

—Porque es una estúpida —replicó el muchacho de la pistola.

—Se dejó llevar —dijo una voz desde el fondo—. Como todos nosotros.

—Doctor Winters...

—Pammy, llámame Martin, por favor.

—Doctor Winters...

La joven retiró la puerta de lona de la tienda. En el exterior, Martin vio que seguía cayendo la lluvia, acompañada de rayos casi continuos. En el claro cercano había sombras que no deseaba conocer.

—Es una locura. No puedo.

—¡Papá, hazlo!

—No, Trevor. ¡Me niego!

Trevor lo miró con el rostro surcado de lágrimas.

—Márchate —le ordenó. Entonces se volvió hacia el joven que empuñaba el arma—. Dámela.

—¿Por qué? —preguntó el muchacho, arqueando las cejas.

—¡Porque soy el único que puede ocuparse de esto! —Cogió la pistola y la levantó ante el rostro de su padre—. Tú decides.

Martin observó el arma. Los músculos de la mano de Trevor se movieron; su dedo índice se tensó.

—¿Trevor?

Trevor cerró los ojos con fuerza.

—¡Vete, papá!

Martin deseaba encontrar algún argumento, alguna súplica, pero sabía que sería inútil. Le dispararía en cuestión de segundos y Trevor se quedaría huérfano, como el resto de sus compañeros, pero sabiendo que había sido él quien había dado muerte a su propio padre.



Levantó las manos.

—Me voy —dijo con toda naturalidad—. Me voy, hijo. Y quiero que sepas que aunque no lo entiendo, tampoco te culpo.

—Márchate.

—Sé que tenéis que cuidar los unos de los otros, que no podéis poner en peligro al grupo...

—Maldito seas, ¡vete!

La voz de Trevor ya no era la misma. Había sido un niño sensible, incapaz de dispararle a un faisán, pero ahora estaba ahí, dispuesto a matar a su padre. Además, su voz era grave y dura, ronca por el dolor, como sólo puede serlo la de alguien capaz de hacer algo así.

Martin echó a andar bajo los rayos.

## 13

**UN ASUNTO DE FAMILIA***18 de diciembre, medianoche*

Wylie se detuvo ante las tranquilas aguas del Saunders y trató de reunir el valor necesario para cruzarlo hasta el otro mundo. Si Trevor podía llegar hasta allí, era evidente que también podía desplazarse en dirección contraria... y eso era algo necesario y urgente.

Echó a andar, buscando alguna señal de la entrada. Martin se encontraba en aquel bosque espantoso y alguien tenía que salvarlo, de modo que Wylie había decidido que por qué no él.

Podría llevárselo consigo. Si en su mundo no había nadie que lo quisiera, podría vivir en el suyo. Aunque fuera un tipo muy poco práctico y su pedantería le resultara enervante, no se merecía lo que le había ocurrido. ¿Cómo era posible que su propio hijo le hubiera hecho algo así? ¡Por el amor de Dios!

¿Por qué lo habían salvado para después abandonarlo? ¿Y cómo era posible que Trevor, que siempre había sido un niño bondadoso, incapaz de matar una mosca, se hubiera mostrado tan duro con su padre?

En la otra Tierra estaba diluviando. En la de Wylie el cielo estaba despejado. La media luna brillaba en lo alto. Era prácticamente medianoche y se oía a Brooke cantando dentro de la casa. Siempre había deseado ser cantante, pero la vida, los hijos y cierta falta de potencia en la voz le habían cerrado las puertas de una carrera operística. Su voz era demasiado delicada para los escenarios, pero en una noche silenciosa como aquélla, era una maravilla angelical.

Sabía que estaba sentada junto a la ventana, contemplando la luna, mientras esperaba a que regresara su marido. Nunca había protestado por sus paseos a medianoche, pero él sabía que durante su ausencia se sentía inquieta. Era como si su voz fuese una especie de salvavidas que llegaba hasta él por si se alejaba demasiado de casa.

Cantaba una vieja canción de cuna, una que le había cantado a Nick y que todavía le cantaba a Kelsey, una canción de su pasado, de las mujeres de la tribu de los celtas. La nana se llamaba *Dereen Day* y flotaba sobre las aguas silenciosas y susurrantes como la brisa.

Wylie arrojó una piedra a la luz de la luna y oyó cómo caía en lo más profundo del río. ¿Dónde estaba la entrada? ¿Se abría y se cerraba, tal vez? Según las cosas que había estado leyendo sobre 2012, había entradas por todo el mundo, sobre todo en aquellos puntos donde se reunían las líneas telúricas. No sabía muy bien qué eran aquellas líneas. Posiblemente, la forma más simple de definir las fuera la de «líneas energéticas planetarias», aunque quizá habría sido más acertado describirlas como «otra estupidez de la New Age».

Se detuvo en el mismo lugar donde habían estado Nick y él, y lanzó otra piedra. Ésta brilló a la luz de la luna y después chapoteó suavemente.

—Maldita sea.

Pero había oído algo. Escuchó con atención. Llegaba desde el otro lado del

río. Nunca antes había oído nada similar.

Volvió a prestar atención.

¿Qué era eso?

Entonces lo supo... y la sangre se le heló en sus venas.

Aquel sonido cortante sólo podía ser el de un explorador. Se encontraba en la entrada, suspendido entre ambos mundos.

No había traído consigo la pistola, pues temía que dispararla en el otro universo pudiera ocasionar algún tipo de catástrofe. Había leído todo lo que había caído en sus manos sobre mundos paralelos, pero la verdad es que no se sabía demasiado, salvo que los experimentos demostraban que eran lugares reales, físicos. Los científicos no especulaban sobre lo que podía haber en ellos. De hecho, estaba seguro de que él era la única persona que se había dado cuenta de que ciertos animales podían cruzar la frontera, que habían desarrollado aquella habilidad como un mecanismo de defensa.

Tenía que ser cierto. Él mismo, de pequeño, había visto un extraño gato muy cerca de aquel lugar. Un gato increíblemente grande, increíblemente negro e increíblemente aterrador. Un gato que había desaparecido ante sus ojos.

El sonido cortante se intensificó. Se estaba aproximando.

Brooke dejó de cantar. Su voz flotó en la noche.

—¿Wylie?

¡Jesús! Tenía que regresar a casa; necesitaba un arma. Nick había hecho lo correcto al advertirlos. Era un chico listo. Tenía un don para ver el futuro.

El sonido cortante volvió a sonar, justo delante, pero él seguía sin ver nada. Era fuerte, ensordecedor... Entonces sintió un cosquilleo, un escozor en el rostro y en la nuca. Retrocedió, dejando escapar un grito.

Y cayó sobre lo que le parecieron unas barras de hierro. Si las tocaba se volvían visibles... y en ese momento advirtió que lo que veía no eran barras, sino las patas de un explorador. El sonido cortante sonó sobre su cabeza. ¡Estaba debajo de aquella maldita cosa!

Rodó sobre sí mismo mientras el sonido cortante descendía sobre él. Mientras soltaba una imprecación empezó a lanzar furiosas patadas. Allí donde su pie golpeaba, aparecía una sección de la criatura: un brillante abdomen de rayas amarillas, un ojo facetado, una garra ganchuda en la articulación de una pata...

Rodó de nuevo, gritando.

Se oyó un sonido líquido, neumático. Entonces, un lodo amarillo y burbujeante salpicó el suelo a su alrededor y un aguijón del tamaño de su brazo le desgarró la chaqueta y desapareció.

Pero Wylie sabía que regresaría de nuevo. Podía oír el sonido cortante y mecánico de las garras, pero sobre todo sentía cómo lo buscaba la criatura tanteando con las patas. Sabía con certeza que la próxima vez que atacara, lo atravesaría con su aguijón.

Un rugido enorme reverberó desde el bosque.

Silencio.

Allí no había nada. Nada en absoluto.

—¿Papá?

—¡Nick!

Su hijo descendía gateando la pendiente que conducía a la orilla. Llevaba consigo la escopeta del calibre diez e iba con los pantalones del pijama y las zapatillas de andar por casa. Brooke corría tras él.

—¡Wylie! ¡Nick! ¿Qué está pasando?

La luna brillaba en todo su esplendor. Los pájaros nocturnos ululaban, la paz sagrada de la noche de Kansas los rodeaba y el dulce río fluía junto a ellos.

Nick rodeó a su padre con los brazos mientras Brooke llegaba junto a ellos y los buscaba con las manos, casi violentamente, pues el miedo la cegaba. Entonces rompió a llorar y abrazó con fuerza a sus dos hombres.

—Un explorador —dijo Nick—. Oí que atacaba a papá, y también lo vi. Más o menos.

Brooke asintió.

—Martin tiene problemas —les explicó Wylie.

—Lo sabemos —respondió ella.

—Acabamos de leerlo, papá.

—Intentaba llegar hasta él. Cruzar al otro lado.

Débilmente, desde la vivienda, oyeron la voz de Kelsey.

—¿Hay alguien en casa?

—Ya vamos, pequeña —dijo Wylie.

Todos regresaron a casa, donde la pequeña les esperaba ante la puerta de la cocina, con las manos en las caderas.

La niña abrazó a su hermano.

—Gracias por salvar a papá.

Y sin decir más, se encaramó a los brazos de su madre.

A Wylie no le sorprendió demasiado que toda su familia estuviera al tanto de lo ocurrido. Kelsey tenía ocho años y era una excelente lectora. Probablemente, se dedicara a leer el libro cuando nadie la veía.

Brooke cogió agua para preparar café.

—Creo que deberíamos decírselo a Matt —dijo—. Necesitamos un poco de apoyo.

—Luchar contra ellos equivale a aceptarlos. A creer en ellos. Y cuanto más lo hagamos, más fuerte será el vínculo que estableceremos con su realidad. Por lo tanto, no creo que sea buena idea traer aquí a la policía.

Brooke vertió el agua en la cafetera.

—En ese caso, debemos evitar la entrada.

—Mamá tiene razón, papá —dijo Nick.

—Pero Martin... está muriéndose.

Nick le dedicó una mirada larga y escrutadora.

—¿Qué pasa?

—Papá, deja que ocurra. Estás luchando, pero sabes que no podemos luchar. Lo único que podemos hacer es escribir y cruzar los dedos para que eso

les sirva de algo. Si uno de nosotros metiera un solo pie en ese mundo...

Kelsey abrió los ojos de par en par y Nick prefirió dejar la frase sin concluir.

Brooke sirvió tres tazas de café y se sentó. Kelsey se encaramó a su regazo.

—Nick, ¿tienes que hacerlo... a pesar de lo tarde que es?

Nick le dedicó otra de aquellas miradas escrutadoras.

—¿No te acuerdas?

—No, no se acuerda —replicó Kelsey—. No puede.

—¿No me acuerdo de qué? ¿Qué me estoy perdiendo?

—Yo soy el guardián —dijo Nick, con una voz prácticamente inaudible—.

Mamá es la facilitadora y tú eres el escriba. —Miró a Kelsey, que tenía los ojos soñolientos—. Ella es la centinela. —La pequeña arqueó las cejas—. ¿Lo recuerdas?

Aquello no tenía ningún sentido.

Nick contempló su café.

—Nuestra centinela me despertó al oír al explorador. Si no lo hubiera hecho, ahora estarías muerto.

Les debía la vida. El vínculo que lo unía a su familia en aquel momento era el más fuerte que había sentido en su vida; era la emoción más intensa que hubiera sentido jamás.

—Gracias —les dijo.

Entonces oyó unas voces amortiguadas en el piso superior.

Kelsey había cerrado los ojos y Brooke había empezado a cantar de nuevo *Dereen Day*. Su voz, tan suave como la brisa, era demasiado suave para ahogar la conversación que llegaba desde el piso superior.

Miró las oscuras escaleras y después a Nick, que se levantó de un salto y las subió a todo correr.

—¡Nick! —Wylie fue tras él. Brooke los siguió con la mirada, pero continuó cantando.

Nick se había detenido delante del despacho de Wylie y estaba guardando la pistola debajo del brazo. Wylie ya sabía que no habría nadie allí. Entró en el despacho. Ahora, las voces sonaban más fuertes, más claras.

Pero no había nada abriéndose paso por este lugar, tan alejado de la entrada.

—Es mi historia —le dijo a Nick—. Mi historia me está llamando.



## 14

**EL MONSTRUO***19 de diciembre, madrugada*

Wylie veía reptiles. Hermosos como serpientes, sus escamas destellaban en una brillante sala de paredes de baldosas blancas, con el techo jalonado de tubos fluorescentes y una mesa de autopsias metálica.

¿Dónde estaba aquella sala?

Entonces lo supo, y escribió:

«La entrada de su guarida se encuentra en el monte Cheyenne, pero el lugar en sí se encuentra justo aquí, a nuestros pies. Guarda relación con la masa del planeta, el poder que corre por sus venas (que son las líneas telúricas) y la gran confluencia de líneas de este lugar.

»A unos veinte kilómetros de esta casa descansa el centro geográfico de Estados Unidos continentales. En el otro mundo humano, la base se encuentra debajo de dicho centro. En este mundo, si existiera algún lugar por el que pudieran abrirse paso, dicho lugar sería esta área, pues el velo que separa ambos universos es más fino.»

Las manos de Wylie volaban. Apenas era consciente de que Nick y Brooke se encontraban a su espalda y que Kelsey dormía en brazos de su madre.

El pequeño equipo se había sumergido en las profundidades de la noche, arrastrado por la marea de las palabras de Wylie.

Wylie observó sus manos y después la pantalla, en la que fueron apareciendo las siguientes palabras:

«Tras inyectarse, el general Samson respiró entre dientes mientras la familiar agonía se extendía por su brazo y ardía por su pecho, antes de invadir su rostro, su cabeza y el conjunto de su cuerpo. Era algo odioso y miserable que tenía que hacer a diario.

»Aunque aquel día no estaba previsto que se expusiera a la atmósfera de la tierra humana, lo había hecho siguiendo una orden que podía recitar de memoria: "Mantendrá un estado físico que le permita moverse con libertad en todo momento en las condiciones planetarias existentes." Aquella orden no decía nada sobre no estar preparado en el momento justo simplemente porque no tuviera previsto someterse al maldito aire de aquel mundo.

»—¿Hora? —gruñó mientras entraba en el matadero. Sus pies chapotearon en la sangre. Aquel lugar hedía a carne humana cruda.

»—01044 —respondió la capitana Mazle.

»Ante ellos, sobre una mesa de acero, había un cadáver. Samson lo miró con ojos desapasionados. Era el general Al North. Despreciaba a aquella criatura por su idealismo y por su mente patéticamente desinformada.

»—¡Mazle!

»—¡Sí, señor!

»—Si fracasara... —Hizo un gesto.

»—No fracasaremos.

»—Me refiero a usted, capitana. A usted. Puede que fracase y puede que no.

»—No me amenace, general.

»Ella procedía de una familia poderosa. A él no le gustaba, pero sabía que no debía olvidarlo.

»—No lo estoy haciendo.

»—Pero le encantaría. Sin embargo, ya le he dicho a mi padre que usted no es más que un montón de mierda.

»Intentó no tomarse a pecho su amenaza, aunque Samson era consciente de que su padre podía ordenar perfectamente la muerte de un hombre que estuviera en su posición.

»—Capitana, siento que no le guste mi estilo.

»—¿Su estilo? Tiene usted todo el encanto de un syrix y huele mucho peor.

»—Es por los antialérgicos, pero supongo que lo sabe a la perfección. Debo recordarle que mis responsabilidades no me dejan más opción. —Señaló el cuerpo destrozado del general North—. Le recuerdo que, si pretendemos que cruce la entrada, se nos está acabando el tiempo. Por lo tanto, y si no le importa, será mejor que empecemos.

»—Sé que le encantaría que fracasara, general. Pero no voy a hacerlo.

»—El conjunto de la operación puede fracasar y, si lo hace, ni siquiera su propio padre podrá salvarla. No tenemos suficientes esclavos y tampoco podemos conseguir al personal necesario para controlar a los que ya tenemos porque las lentes son viejas y apenas funcionan. Estamos perdiendo 20.000 humanos por minuto y necesitaremos otros mil millones en cuatro días.

»—Bueno, eso no es asunto mío, general. A mí, lo que me concierne es ese escritor de la otra Tierra humana... Ya sabe, ¡la misma a la que su gente ha sido incapaz de acceder durante los últimos cincuenta años! —Avanzó a grandes zancadas hasta el humano inerte y le golpeó el pecho—. Si no completamos con éxito esta misión, los dos tendremos que presentarnos ante la mismísima Echidna. Usted y yo, general Samson. Y ni siquiera todo el poder de Abaddón será capaz de salvarnos.

»Cruzó la sala hacia un hombre que aguardaba en silencio, expectante.

»—Doctor —le dijo—, ya va siendo hora de que realice su trabajo... suponiendo que pueda hacerlo, por supuesto.

»El doctor brillaba a la luz de los fluorescentes. Sus escamas eran diminutas y de color crema. Aunque la capitana ignoraba su nombre, su apariencia confirmaba su clase. Sería educada con él. Sin duda, había pagado una gran suma para poder realizar aquel trabajo, con la esperanza de compartir el botín de la Tierra.

»El doctor no se movió.

»—Póngase manos a la obra.

»Samson chasqueó la lengua.

»—Un siervo leal. Su personal resulta tan prometedor como sus planes.

»—Necesito más energía —dijo entonces el doctor—. Cuarenta mil voltios al menos.

»—Hágalo con veinte.

»—Capitana...

»—Hágalo. Si desea ocultar su incompetencia, lo único que tiene que hacer es usar la cautela en vez de la fuerza bruta. Por lo tanto, hágalo con veinte o redactaré un informe sancionador. Estoy harta de sus excusas.

»—Capitana, para que esto dure...

»—No necesitamos que dure; sólo necesitamos que funcione durante unas horas.

»El doctor lanzó una mirada de desesperación al general Samson, que no reaccionó.

»—De acuerdo —dijo la capitana Mazle, hablando por su teléfono—. ¿Cuánto pueden darle? —Miró al doctor—. Bueno, podrá tener sus cuarenta, pero sólo durante un minuto.

»—Solicité dos, capitana.

»—¡Hágalo! ¡Vamos!

»El doctor extrajo un estrecho estuche de plata de su bolsillo, lo abrió y sacó de su interior un instrumento con un mango negro y alargado, y una hoja larga y tan fina que apenas era un destello en el aire.

»—El espécimen sufre daños arteriales leves debido al colesterol —anunció—. Eso suele ser un indicio de edad avanzada entre los miembros de esta especie. ¿Deseamos invertir...?

»—¿Esta especie? —le espetó Jennifer—. ¿De qué árbol ha bajado? Se trata de la única especie inteligente que hemos encontrado entre los mil millones de universos paralelos investigados. —Señaló los restos de Al North—. Esta criatura, si culmina con éxito la misión que le encomendaremos, podrá salvarnos a todos.

»—No creo que...

»—Doctor, ¿ha leído las últimas noticias sobre su hogar? ¿Se ha enterado de lo que está pasando allí?

»—Es un espécimen de edad avanzada.

»Samson los interrumpió.

»—No quiero que se dediquen a atacarse mutuamente, y menos cuando tenemos que trabajar contra reloj y hay tanto en juego. ¡Vamos con retraso, así que muévanse!

»—¡No puedo trabajar bajo presión!

»—Doctor, lo entregaré a los ingenieros espirituales.

»Las escamas del doctor se estremecieron y empezaron a emitir destellos amarillentos. Todo el mundo temía a los ingenieros espirituales y su capacidad para capturar las almas y destruirlas.

»—¿Y bajo qué acusación? No tiene ningún derecho.

»—Puede que sí o puede que no, pero le aseguro que lo haré.

»—Yo creo que debería hacerlo —añadió Mazle.

»—Cierre el pico, zorra —le espetó Samson, empleando un tono engañosamente suave.

»—¡Cómo se atreve!

»—¿Y qué va a hacer al respecto? Su padre está envejeciendo. Ya no es el que era. Puede que pronto me haga con el poder de su padre y acabe con usted.

»—Le haré pagar esa amenaza.

»—¿Quiere intentarlo?

»—No hace más que hablar, a pesar de que el reloj sigue avanzando. General, resulta sumamente sencillo distraerlo. Como dice papá, muestra una gran propensión al fracaso. —Dicho esto, le hizo una reverencia.

»—Es muy probable que su plan nunca funcione.

»—Se trata de una combinación de materia biológica de ambas Tierras. Tiene que funcionar.

»—Perfecto porque, si no lo hace, será nuestro fin. Si fracasamos, moriremos aquí... en estas instalaciones, a 650 metros de profundidad en la hermosa Kansas.

»El doctor empezó a ordenar sus instrumentos.

»—Si desean que siga adelante, necesitaré ayudantes.

»—Yo seré su ayudante. Se trata de un asunto extremadamente secreto.

»—No hay nada peor que un idiota militar haciendo de enfermero —musitó el doctor.

»—Tal vez lo haga mejor de lo que cree. Podría haber recibido formación.

»—Yo compré mi trabajo y estoy convencido de que su padre le compró a usted el suyo. Con suerte, sabrá hacerle un lavado de estómago a algún niño. Con mucha suerte.

»Jennifer abrió el pequeño estuche que había traído consigo. En su interior había un líquido rojo.

»—Mire, doctor. Es materia viva procedente de la Tierra de una luna.

»—Bromea.

»—Hay humanos que se mueven entre ambos mundos —le explicó Samson con cierta tristeza.

»—Eso es ridículo —replicó el doctor.

»—Creernos que fue un accidente afortunado, pero es posible que no sea así. Podría ser cosa de la Unión.

»Mazle avanzó hasta él, sumamente interesada.

»—No me había hablado de eso.

»—No necesitaba saberlo —replicó.

»—Eso arroja una luz muy distinta sobre todo.

»—¿Por qué? —preguntó el doctor. También él arriesgaba mucho en el asunto. Todos ellos arriesgaban demasiado.

»—Si el enemigo nos derrotara, el castigo de Echidna no sería tan... bueno, tan duro.

»—Lo sería mucho más, se lo aseguro —replicó Samson—. Tengo experiencia en palacio.

»—Yo me crié con su última nidada de hijos —dijo Mazle—. Mi huevo recibió el honor de ser colocado en su cesta.

»—Les he visto mover los huevos de esa cesta. Un nuevo grupo cada diez segundos.

»—La Unión ha penetrado en el otro universo humano —murmuró Mazle—. Eso sí que es una buena noticia—. Se volvió hacia el doctor que había contratado —. ¡Hágalo! —le gritó—. ¡Hágalo ahora!

»El hombre levantó la tapa del estuche lacado en negro y observó el material sanguinolento de su interior.

»—Esto podría explotar si entrara en contacto con el aire.

»—Eso no ocurrirá.

»Extrajo un objeto largo y húmedo. Un labio.

»—El tejido está muerto.

»—También lo está el cadáver, pero tenemos su alma.

»El general Samson pensó en los millones de almas que se congregaban en las profundidades de aquella sala. La recolección de cadáveres había tenido cierto valor durante los primeros tiempos de la terraformación, pero las almas eran el verdadero botín. Sin embargo, aquello no era asunto del doctor, ni tampoco de la capitana. Para Samson era la garantía de una riqueza inimaginable, el tipo de riqueza que comportaban una reserva infinita de cuerpos perfectamente clonados, y con ellos, la vida eterna de la que sólo podían disfrutar las clases más altas.

»El doctor desenvolvió sus instrumentos y empuñó un escalpelo con sus largos y finos dedos. Tras deslizarlo a lo largo de la línea de una de las cuencas del ojo del general North, retiró la carne seca de los bordes de la herida.

»Entonces, usando un instrumento de madera, similar a unos palillos chinos con los bordes inclinados, extrajo el globo ocular.

»—Este ojo no se encuentra en condiciones aceptables.

»—¿Aceptables para qué, doctor? —preguntó Mazle.

»—¡Para ser utilizado!

»—¿No verá?

»—Oh, sí que verá. Durante un rato. Pero... mírelo. Observe cómo se está deteriorando.

»—¿Y a qué se debe eso? —preguntó el general Samson.

»—General, conozco su dolencia porque preparo su equipo antialérgico. Imagine que entrara en ese mundo sin sus sueros. Sabe que se desintegraría... y este ojo también se está desintegrando.

»—Pero si lo lleváramos de vuelta a su mundo natal, el proceso de putrefacción se interrumpiría, ¿verdad? —preguntó Mazle.

»—Esto es ridículo. No va a funcionar.

»Ella insistió.

»—¿Puede unirlo al cadáver?

»—Hum, por supuesto.

»—¡Entonces hágalo, maldita sea!

»Ayudándose del instrumental, el doctor tocó la cuenca del ojo izquierdo, con suma cautela. Sus dedos trabajaban con el virtuosismo de un pianista mientras



unos generadores inmensos, que absorbían la energía directamente del núcleo planetario, se ponían en marcha en las profundidades de las instalaciones.

»Unas diminutas chispas aparecieron alrededor del ojo y, a continuación, el borde de la cuenca empezó a centellear como si contuviera millones de estrellitas, cada una de las cuales era en realidad un objeto sumamente complejo, un universo en miniatura formado por miles de millones de estrellas del tamaño de las motas de polvo sobre la pata de un insecto.

»—¿El tejido puede explotar? —preguntó Samson.

»—No —dijo Jennifer.

»—No sabría decirlo con certeza —comentó el doctor—. Ya veremos.

»—¿Ya veremos? ¡Podríamos morir todos! —gritó Samson, alejándose de la mesa en la que se estaba practicando la operación.

»—Bien —dijo el doctor, mientras depositaba el instrumento en su estuche y sujetaba el globo ocular entre los dedos enguantados de su mano izquierda.

»—¡Cómo se atreve a decir eso! —siseó Samson.

»—Estoy aquí porque es mi deber, pero haber ocupado el planeta de esta forma es una equivocación. Esas criaturas no merecen el trato que se les está dando y que se debe simplemente a la avaricia de un grupo de jerarcas. Haber sido reclutado por el ejército para hacer realidad los sueños de un puñado de personas viles y avariciosas se me antoja grotesco y malvado, general. Y no, no me importa en absoluto a qué oídos puedan llegar mis palabras. —Introdujo el globo ocular, que se asentó en la cuenca con un sonido sordo y húmedo—. Bueno, parece que no ha explotado. Es una lástima que tengamos que seguir viviendo.

»—Debería haber ordenado que le arrancaran el alma —murmuró Samson.

»—Ah, la amenaza de nuevo. Son ustedes unos verdaderos expertos intimidando a aquellos que los rodean. El único problema es que, sin un doctor, nunca lograrán su objetivo y, por lo tanto, mi vida no corre ningún peligro. ¿Me equivoco?

»Insertó el segundo globo ocular y a continuación añadió los labios. Luego contempló una fotografía durante un momento largo.

»—¡Dése prisa!

»—Los labios son demasiado gruesos.

»—¡Pues hágalos más finos! —Samson miró a Mazle—. ¿Hora?

»—01048.

»Sin dejar de mirar la fotografía de Al North, el doctor acercó un paño brillante a los labios que, de forma gradual, fueron reduciéndose de tamaño y volviéndose cada vez más parecidos a los del general.

»Después centró su atención en los genitales y el recto, que extrajo de la caja y unió al cuerpo. Una vez completada la operación, el cuerpo parecía estar en perfectas condiciones.

»—Ya está —dijo el doctor, enderezándose.

»—Traed el alma —ordenó Samson.

»Jennifer Mazle habló por un radiotransmisor del tamaño de un puño y,



momentos después, aparecieron dos de sus ingenieros espirituales transportando un enorme tubo de cristal que contenía el alma viva de Al North. La luz del interior del tubo ya no destellaba ni giraba, sino que se aferraba al filamento de cobre, que emitía un intenso brillo rojo.

»—¿Cree que funcionará?

»—El postoperatorio de una reintroducción de alma no es un acto precisamente científico —replicó el doctor—. Si tuviera la amabilidad de introducirla por mí, capitana.

»Jennifer levantó el cuerpo de Al, echó su cabeza hacia atrás hasta que la boca quedó abierta y roció su interior con un espray pintado con jeroglíficos. A continuación levantó un grueso cable negro que estaba enrollado en el suelo, delante de la mesa de operaciones, y lo deslizó por la garganta desinfectada de Al.

»—¿El alma se ha recortado del modo deseado, general Samson? —preguntó el doctor.

»—Apruebo su patrón.

»—Se lo pregunto porque, debido a todas las conexiones nuevas y mal realizadas, en cuanto entre en el cuerpo, la única forma de volver a sacarla será hacerlo pedazos.

»—¿Y cree que querremos hacer eso, Mazle?

»—Lo han despojado de todo atisbo de independencia.

»—¿Y el cerebro? —preguntó Samson.

»—Le han borrado los recuerdos hasta dos días antes de que accediera al monte Cheyenne —respondió la capitana.

»Mientras uno de los ingenieros espirituales sujetaba el tubo, que medía unos ciento veinte centímetros de diámetro en su parte superior y unos veintitrés en su base, el otro introdujo el cable en la cuenca.

»—¿Es muy viejo este equipo, Mazle?

»—La empresa de mi padre lo enterró en el desierto de Egipto, en un lugar llamado Dendera.

»—¿Cuándo?

»—Hace ocho mil años.

»—Menudos cabrones avariciosos. ¿Y si los humanos lo hubieran encontrado?

»—No era demasiado probable.

»—Sin embargo, dependemos de un equipo de hace ocho mil años. En mi opinión, es una irresponsabilidad criminal.

»—El objetivo consiste en crear una riqueza que pueda disfrutar la escoria como usted, general, no en gastarla en equipos caros y superfluos. Y no es culpa mía que mi familia haya dirigido una empresa de éxito durante veinte generaciones y que usted no sea más que un consumidor carente de propiedades.

»El cuerpo se convulsionó.

»—No se pierda esto, Mazle.

»La mujer arqueó las cejas.

»—¿Doctor?

»—Es normal —comentó. Entonces se dirigió a los ingenieros espirituales—. Llénenlo.

»Uno de ellos incrementó la impedancia en el tubo hasta que el alma fue una chispa de color púrpura que danzaba en un extremo del filamento.

»El cuerpo se convulsionó una segunda vez, y luego una tercera.

»—¿Está seguro de que esos espasmos no suponen ningún problema? —preguntó Mazle al doctor.

»—No puede esperar que esto funcione igual de bien que si contáramos con un equipo más moderno.

»Samson resopló, pero obvió todo comentario.

»Lentamente, el color del filamento pasó del púrpura al violeta y después al blanco. Los ojos del cuerpo parpadearon y el pecho dio una gran sacudida. Los músculos se agitaron, la piel se tiñó de rojo y de la boca abierta escapó un sonido jadeante, ensordecedor, como el silbido del gas al escapar por una tubería rota. "Un grito", pensó Samson. Había sido un grito.

»—Miren —dijo entonces Mazle.

»El tubo que había contenido el alma era negro como un sudario, pero los ojos de Al North estaban abiertos de par en par.

»Y estaban llorando.»

**EL ACECHADOR***19 de diciembre, poco antes del amanecer*

«Han creado una especie de gólem maligno, un monstruo incapaz de desobedecer sus órdenes. Pero es algo más que eso.»

Wylie podía ver la idea que se ocultaba tras aquella creación.

«Han usado los ojos, los labios, la lengua y demás partes que amputaron al pobre John Nunnally, el del final de la calle, y las han injertado en el cuerpo de Al North. El resultado es una combinación de carne de los dos mundos, capaz, esperan ellos, de moverse con libertad en nuestro mundo. No podemos permitirlo.

»A diferencia del explorador y de los perdidos de la otra Tierra, esa criatura podrá moverse con total libertad por este mundo.»

De momento, la única persona que había conseguido algo así, sin ninguna restricción aparente, había sido Trevor. Pero ahora habría otra, una persona que aparecería con un ojo cubierto de sangre, y que respondía a la definición más exacta de la palabra «monstruo».

Wylie deseaba dejar de escribir y alertar a su familia, pero sus dedos se movían sin parar, llevándolo a donde querían, en un viaje que no podía detener ni tampoco controlar.

Era consciente de que el amanecer se aproximaba, pero no podía dejar de escribir y era incapaz de hablar. Ni siquiera lograba apartar la mirada de la pantalla. Nick dormía en el sillón del rincón y suponía que Brooke estaba en el dormitorio.

Habían creado a aquel monstruo con el objetivo de que cruzara el portal, subiera por la colina y se presentara en su hogar para matarlos. El problema era que su familia estaba dormida y que, por mucho que se esforzara, no podía hacer nada para despertarla y alertarla del peligro.

Entonces sintió que se lo llevaban lejos, muy lejos, al último lugar donde habría deseado estar. Era casi como si hubiera alguna gran fuerza presente, como si un silencioso reptil controlara toda aquella horrible catástrofe.

Vio bultos oscuros diseminados por las aceras. El viento del norte arrastraba trozos de papel, harapos y todo tipo de restos. Y también percibió un olor, fuerte y dulzón, que identificó como el de muchos cadáveres.

Se encontraba en Nueva York, la Nueva York de la Tierra de las dos lunas, y todas aquellas personas habían saltado a la calle desde sus pisos de la Quinta Avenida. Y estaba seguro de que había muchos más, en todas y cada una de las calles de la ciudad.

Sus ojos captaron ciertos detalles. Una cartera de Armani descansaba sobre la acera, abierta. Un portero se había pegado un tiro; sus sesos se habían endurecido en la pared que se alzaba a sus espaldas y su amable rostro envejecido se había convertido en una autopista para las hormigas. Había una bicicleta apoyada contra una farola.

Accedió a un callejón con la facilidad deslizante de un soñador, pero también

con la horrible precisión de la realidad. Allí había un pequeño restaurante llamado Henri's. Todas las mesas que se alineaban en la acera estaban vacías y una botella de champán Veube Cliquot aguardaba en la barra, junto con un ejemplar del *Times* del día que Nueva York recibió el ataque, el 6 de diciembre. El titular rezaba: «Extrañas tragedias por todo el mundo.»

Una bandera ondeaba en una casa adosada de piedra rojiza. Vio que se trataba de una galería de arte, pero no quiso acceder a su interior en una mañana como aquélla, sacudida por la tormenta.

Estaba intentando con todas sus fuerzas detener sus manos, separarse del ordenador. Podía sentir a Al North, levantándose, avanzando sobre sus piernas temblorosas, tosiendo, carraspeando y tambaleándose. Podía ver cómo caminaba ayudado por la delicada Mazle y el negro y reluciente Samson, con sus cuerpos flexibles, sus largas garras y sus crueles rostros de reptil.

Nueva York dio paso al océano. Unas grandes olas verdosas se unían a otras más pequeñas y complejas; sobre sus espumosas crestas, la sombra oscura de un trasatlántico avanzaba contra corriente. El barco oscilaba bajo la tormenta y, a medida que se acercaba, Wylie pudo ver que su proa estaba hundida. Cada vez que una ola le golpeaba los flancos, una gran nube de agua descargaba sobre él, empujada por el viento, formando una especie de tormenta privada.

Las personas habían desaparecido de la cubierta, pero él ya no estaba allí, sino en el interior de un gran restaurante con sillas que bailaban un vals siguiendo los movimientos de la nave. Ante las elevadas ventanas de lo que suponía que era el restaurante principal también había gente, hombres de esmoquin y mujeres con vestidos de fiesta. Pero lo más terrible era que todos ellos se habían convertido en perdidos y, simplemente, habían muerto de inanición. Había agujeros en la moqueta, debajo de sus pies, pues habían seguido caminando después de llegar a la pared. Podía ver sus rostros grises, sombríos.

«¡Tengo que volver a casa! ¡Que alguien me ayude!»

De pronto se encontró en una calle sinuosa. Por todas partes había carretillas, motocicletas, señales escritas en un idioma desconocido, perros que ladraban y monos que aullaban bajo el calor del sol. Pero las calles estaban vacías. La lluvia se aproximaba y los edificios palpitaban como el corazón de una mujer que teme la llegada de la noche. Un pequeño oleaje se abría paso por aquel lugar, lamiendo las motocicletas, las señales de papel y las frías panaderías de la acera que antaño vendían *nan* a cambio de un puñado de rupias.

Se encontraba en alguna gran ciudad de la India, que ahora estaba muerta y apestaba.

Pero él se sentía completamente vivo. Se detuvo en una intersección. Calle abajo se alzaba un lujoso edificio, un hotel Four Seasons, cuyas cortinas ondeaban tras las ventanas abiertas. Contempló el agua derramada, la cautela con la que lamía sus pies desnudos, lo transparente que era a pesar de que arrastraba colifias y botellas de Fanta, y bolsas de plástico y obleas de *nan*,

grises y empapadas, de la panadería abandonada.

Y entonces apareció en el bosque. En su bosque. Y vio a un hombre.

«¡Nick! ¡Brooke! ¡Kelsey! ¡Por el amor de Dios, despertad!»

Al North caminaba y sus movimientos eran extraños, pero intencionados. Y su imagen parpadeaba al caminar, como si no estuviera por completo allí. Cada vez que tropezaba con un matorral, soltaba un gruñido, y a su alrededor aparecían unos destellos azules. Cada vez que sus pies pisaban la hierba, se veía un centelleo de color azul fuego.

—¡Mamápapá! ¡Mamápapá! —Kelsey entró como una exhalación y se abrazó a Wylie... que ni siquiera entonces logró dejar de teclear. Nick seguía dormido.

—Papá, el Padre Oso está en el bosque.

Nick despertó al fin.

—Eh, pequeña —dijo, moviendo la cabeza—. Papá está ocupado.

«¡Mira el libro, Nick! ¡Mira hacia aquí!»

Kelsey se sentó en el regazo de su padre.

—Sí, Kelsey —dijo Nick—. Es el Padre Oso. —Alargó la mano y la apoyó en el hombro de su padre—. Papá, ¿te importaría parar un momento? Aquí hay una niña pequeña que quiere darte los buenos días.

—Hay un Padre Oso en el bosque, papá.

Wylie reunió todas sus fuerzas, intentando reaccionar, pero sus manos siguieron deslizándose por el teclado y su voz se negó a salir, como ocurría siempre que se sumía en aquel trance.

«Mira lo que estoy escribiendo, por lo que más quieras.» En un intento de captar su atención, escribió en mayúsculas: «¡Mira esto! ¡Hola, Nick! ¡Al North está en el bosque!»

—¿Por qué no cogemos las armas, papá? —preguntó Nick. La somnolienta calma de su voz revelaba que no había mirado la pantalla.

—Oh, no, Nick. ¡Sólo es el Padre Oso!

—Necesitamos las armas para estar preparados, Kelsey.

—¡Mami, Nick me está asustando!

—¡Nick! —Brooke apareció en la sala y miró a Wylie. Él sintió que miraba la pantalla pero en ese momento, Kelsey corrió hacia ella y distrajo su atención.

«¡Peligro! ¡Peligro! ¡Peligro!»

Le pareció que se producía un cambio en su forma de moverse.

—Papá, vamos a bajar al piso de abajo.

Momentos después, el sonido del teclado se interrumpió. Wylie intentó mover las manos... y éstas lo obedecieron.

«¡Por fin!»

Se levantó de un salto y corrió escaleras abajo.

—¡Coged las armas! —gritó—. ¡Al North está en nuestro bosque!

Los tres se encontraban en la salita. El armario de las armas estaba abierto y la Magnum descansaba sobre la mesita de café. Kelsey estaba sentada en el sofá, con el pulgar en la boca y la barbilla apoyada en las rodillas. «Los ha

salvado», pensó Wylie.

—¿Qué aspecto tenía el Padre Oso, cariño?

—¡Ha estado comiendo fresas!

—¿Y cómo lo sabes?

—Porque tenía la boca muy roja.

La tosca cirugía.

—Papá —dijo Nick—. Ha estado aquí. Vino directo a casa. Pensé que iba a entrar, pero algo salió mal o cambió de opinión...

—¿Estás seguro de que no entró?

—¡Por supuesto que no! Puede que esté debajo de la casa o quizá en el desván. O puede que sea invisible. No tengo ni idea.

—Pero ¿no lo has oído entrar? —Wylie se acercó a la ventana.

Nick se situó a sus espaldas.

—Ahí —dijo, momentos después.

—No lo veo.

Y entonces lo vio... una mancha roja en el oscuro bosque. Las toscas incisiones quirúrgicas. Y de pronto percibió un destello metálico.

No cabía duda: entre aquellos árboles se alzaba una figura que empuñaba un arma de aspecto amenazador.



## 16

**LA CAZA DE ALMAS***19 de diciembre, primera hora*

Martin había rodeado el claro donde había visto las formas de las monstruosas arañas que los niños llamaban «exploradores» y había ascendido por el sendero de la ladera que llevaba a su casa. Pero no iba allí, por supuesto. La idea de acercarse a algún punto cercano a esas ruinas le hacía sentirse enfermo.

Había estado lloviendo a cántaros, pero las nubes se habían alejado y ahora la segunda luna brillaba sobre el horizonte, proyectando su luz sobre la confusión de rocas y arbolitos retorcidos.

Intentaba con todas sus fuerzas no odiar a Trevor ni pensar en un futuro que, obviamente, no tenía.

El niño que amaba, el pequeño Trevor, había dejado de existir y su lugar lo había ocupado un extraño ser que tenía un conocimiento del mundo totalmente distinto.

—Pero te quiero —susurró Martin al silencio.

Siempre amaría al niño al que había abrazado con fuerza las noches que tenía miedo, que lo había mirado con ojos alegres y confiados, y que había sentido tanta devoción por él.

Por mucho que Trevor se alejara del borde del mundo conocido, Martin lo seguiría con su corazón, intentando comprender, intentando proporcionarle todo su amor y apoyo.

«Me echó», recordó de nuevo. «Lo hizo.» Entonces se preguntó qué podía impulsar a un hijo a cometer semejante acto de crueldad.

Nunca había creído en el mito del diablo. Era consciente de que el demonio cristiano era el dios cornudo del antiguo culto de brujas del norte de Europa y que dicho dios cornudo no era otro que Pan, el antiguo dios griego de la fertilidad y el desenfreno. En otras palabras, una deidad pagana se había convertido en el enemigo del nuevo dios. Durante toda la historia de la religión se habían sucedido cosas similares y los dioses de ayer se habían convertido en los demonios de hoy.

Sin embargo, no parecía que nada hubiera desestabilizado al bien... y ésa era la razón por la que Trevor había hecho aquello y por lo que el alma de Martin estaba a punto de caer prisionera o, más probablemente, de morir, para que otros seres se hicieran con su cuerpo.

Los truenos rugieron y empezó a llover de nuevo. Martin pudo ver ciervos entre los relámpagos. Entonces oyó, en las alturas, el grito de un chotacabras. El amanecer estaba próximo, pero las nubes de la tormenta eran tan densas que seguía siendo de noche.

Llevándose las manos a las orejas, se volvió y apoyó su rostro contra la roca. La grieta en la que se había refugiado medía medio metro de profundidad y apenas cabía derecho en ella. La lluvia le salpicaba la espalda y el viento, frío

como el del invierno e intenso como el de la tormenta, se abría paso por su maltrecha chaqueta cortavientos.

Pensó que era la persona más desgraciada del mundo. Y también, con cierto pesar, que quizá le hubiera llegado el momento de partir.

Lindy y Winnie se habían ido, y suponía que lo habían hecho para siempre. Le había costado aceptarlo, pero el rechazo de Trevor había sido lo más doloroso que había experimentado jamás.

Pero ¿cómo iba a poder suicidarse si no se atrevía a mover ni un músculo? Si regresaba a la tienda de campaña, los muchachos le dispararían... pero no debía obligar a Trevor a participar en algo así.

Se oyó otro grito, angustiado y tembloroso, sobre el rugido de la tormenta. Martin cambió de posición y contempló el claro. Allí, en algún lugar, estaba el Saunders, cuyo cauce habría crecido con la lluvia. Cuando se desbordaba era tremendamente peligroso... y después de aquel diluvio, no tardaría demasiado en hacerlo.

Si se zambullía en él, las rocas lo golpearían hasta dejarlo sin sentido antes de romperle en pedazos. Sería duro, pero mucho mejor que cortarse las venas con los dientes.

¿Dónde se encontraba? Aunque sólo podía hacer conjeturas, suponía que si, en vez de cruzar las laderas, descendía por la larga pendiente y avanzaba por el valle, acabaría llegando al río. A no ser, por supuesto, que ellos lo encontraran antes.

Contempló el oscuro paraje y decidió que era un lugar extraño. Parecía la superficie de otro planeta, a pesar de que era el monte por el que había caminado durante toda su vida, en el que había cazado, en el que había vivido.

Los árboles, las rocas, la repentina tormenta... todo aquello seguiría existiendo cuando él muriera. Los escarabajos, que ahora caminaban hambrientos entre la hierba, pronto se darían un banquete.

Tras detenerse unos instantes bajo la lluvia, echó a correr hacia la estruendosa oscuridad. El viento le hacía tambalear y los truenos le daban pavor, pero estaba decidido a seguir adelante. Aunque la lluvia y la oscuridad lo cegaban, caían tantos relámpagos que podía distinguir el camino. De pronto oyó un nuevo sonido que no fue capaz de identificar. Era un sonido fuerte, más grave que un trueno, que iba acompañado de un siseo. Y podía sentir su vibración en los pulmones.

Cuando los nuevos rayos revelaron un muro de niebla dejó de correr, pues se estaba dirigiendo hacia él. Entonces pudo ver su forma: era una gruesa nube en forma de embudo, inmensa, que se encontraba a escasos kilómetros de distancia y avanzaba veloz hacia él por la destrozada pradera.

Echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada y un grito. Sus ojos se posaron en una forma oscura que navegaba con facilidad entre la tormenta, un halcón nocturno. Al advertir que parecía estar volando en círculos a su alrededor, corrió hacia un grupo de árboles para refugiarse, para esconderse de aquella criatura.

—Oh, Dios, Lindy. Lo siento. Lo siento muchísimo.

No tendría que haber llevado nunca a su familia a aquella maldita iglesia. Debería haber seguido sus instintos y haberse escondido en el sótano.

Un nuevo destello reveló otras formas a su alrededor. Fue una visión que apenas duró un instante, pero que le hizo aullar como un perro desesperado. Al girar sobre sus talones advirtió que también había formas a su espalda y que estaban más cerca. Además, se había formado un tornado que se alzaba hacia el cielo como una pared gigantesca. Unos objetos oscuros se deslizaban a toda velocidad por el embudo de aquella amenazadora columna de muerte. Se veían coches, tejados, árboles y cadáveres. Corrió hacia la tormenta y de pronto vio, justo delante de él, lo que bajo la oscura lluvia parecían ser unas barras alargadas entre las que se extendían unas oscuras rayas amarillas. Una garra relampagueante se agitó entre las nubes y su destello plateado reveló que lo que estaba viendo eran las patas delanteras de una araña del tamaño de una pequeña casa.

De pronto le faltó el aire y se desplomó, y al hacerlo se golpeó la cabeza contra el suelo con tanta fuerza que su mandíbula se quebró con el chasquido de un disparo y sus aturridos ojos se cubrieron de estrellas llameantes.

El escaso aliento que le quedaba escapó de sus pulmones cuando el suelo se estremeció y, bajo el destello de un nuevo rayo, descubrió que la criatura que lo estaba acechando salía disparada hacia el cielo como un demonio volador o, mejor dicho, era absorbida por el impetuoso tornado.

La luz se fue abriendo paso entre la oscuridad con la temblorosa gracia de un amanecer. Tumbado sobre su espalda y con la lluvia hormigueando en sus ojos, pudo ver cómo se acercaba la muerte con todos los detalles que, según la leyenda, acompañan el final: la luz, blanca y viva, que descendía hacia el suelo irradiando paz y las gotas de lluvia que, al tocarla, se desvanecían en humo.

Pero no llegó ninguna sensación de paz, sólo aquel extraño entumecimiento... hasta que de pronto su visión se alteró y, sumiéndose en una especie de éxtasis, vio un bosque de patas de muebles y supo que lo que estaba viendo con ojos de niño era la habitación de su madre, donde había dado sus primeros pasos. Aquella maravillosa y nueva sensación de caminar sobre dos piernas había sido como volar y lo había colmado de felicidad. Oh, padre nuestro que estás en los cielos, la infancia es el reino, el reino.

Y entonces cobró conciencia de lo valioso que era aquel activo llamado memoria, que le permitía saborear, tocar, oler y sentir todo aquello que ya había vivido, como si estuviera volviendo a ocurrir. Y supo que el ser humano era un mecanismo capaz de grabar con todo detalle el susurro de una hoja al caer o un paso apresurado, la alegría de un día que pasa volando y la tristeza de un día gris. Y su último pensamiento fue lo grande e increíble que era el ser humano. No le sorprendía que hubieran sido necesarios cinco mil millones de años para crearlo, pues era un verdadero milagro.

«Pero me van a encerrar, catalogar y vender como droga a alguien que ha perdido toda la alegría, toda la dicha y todo el decoro y que está más vacío por

dentro que la muerte y que el frío espacio. Yo... mi yo eterno... va a ser vendido.»

Rojo... Voces... una voz, una voz de oro, angelical, perfecta.

El rojo se convirtió en un sonido crepitante, flagelante. Después se convirtió en fuego. Fuego sobre su cadera. Alguien estaba lijando su piel; no, peor aún, se la estaba cortando. Alguien estaba deslizando un cuchillo entre el músculo y la piel.

Lo estaban despedazando en el campo.

El rostro de Trevor se cubrió de cuentas de lluvia, que nadaban entre lágrimas. Trevor, un ser antiguo, un viajero.

«Como yo.»

Dos viajeros juntos, padre e hijo.

El viento rugía; la lluvia y el granizo caían con la fuerza de las balas.

—¡Entiérrate, papá! —gritó Trevor—. ¡Entiérrate!

Se abrazó al suelo y todo quedó en silencio. Tuvo la impresión de que le arrancaban la última brizna de aire que quedaba en sus pulmones, sintió que sus piernas se levantaban, oyó el trueno más profundo que hubiera oído en su vida y vio que el suelo que se extendía ante él quedaba cubierto por una luz eléctrica verde.

Se oyó un rugido ensordecedor y un camión se abalanzó desde el cielo; sus faros centelleaban perforando la lluvia. Era un inmenso vehículo articulado, de treinta y dos ruedas, destinado al transporte de aves de corral.

Entonces aparecieron pollos por todas partes.

Las emplumadas masas cloqueaban, graznaban y cacareaban. Estaban asustadas y parecían grandes bolas de nieve bajo la lluvia.

El peso abandonó su espalda. Se volvió y advirtió que una figura lo estaba ayudando a levantarse. Era la silueta de un hombre fuerte, pero no conseguía ver su rostro.

—¡Estarán aquí de un momento a otro! ¡No se detendrán!

Trevor echó a correr hacia la oscuridad y Martin no se detuvo a pensar ni a intentar comprender lo que acababa de ocurrir. Fue tras él lo más de prisa que pudo, y entonces advirtió que para poder ver en lo más oscuro de la tormenta, para poder correr como un ángel con el viento a favor y para poder seguir corriendo, todo el tiempo que quisiera, sólo tenía que desearlo.

Trevor se detuvo, cogió un par de gallinas y echó a correr de nuevo. Martin lo imitó.

Se internaron cada vez más en el bosque. La tormenta remitió y dio paso a la primera luna, diminuta y brillante. Con ella llegaron las estrellas, pero también, al noroeste, una nueva e inmensa cortina de nubes. Aquellas tormentas parecían no tener fin. Era como si el desequilibrado universo empleara toda su energía para que el equilibrio volviera a prevalecer.

Martin oyó un tamborileo y supo que estaban dirigiéndose a la tienda de campaña.

—Trevor, me dispararán...

—No, no lo harán.

El joven rompió el cuello de sus dos pollos y los depositó junto a la tienda. Martin lo imitó y dejó sus dos aves junto a las primeras.

En aquel instante se oyó un grito estremecedor, que fue seguido de otro, y de otro más. De pronto, una docena de grandes sombras cayó sobre ellos. Una de ellas se abalanzó sobre el rostro de Trevor. La sombra gritaba y sus ojos rojos ardían. Voló a su alrededor trazando un estrecho círculo, mientras otra sombra realizaba una nueva maniobra.

De pronto, Martin quedó envuelto en una piel fría que hedía a ajo y líquido para embalsamar. Las garras se acercaron a su pecho, le desgarraron la chaqueta y la camisa, y se deslizaron por su piel como si fueran cuchillos sobre cera caliente.

Entonces se acordó de que los muchachos le habían dicho que era el miedo lo que aquellas criaturas usaban como baliza. De acuerdo, se tragaría su miedo, lo guardaría en una caja y lo encerraría en su interior.

La criatura lo miraba con furia. Sus ojos estaban tan cerca que podía sentir el fuego de su interior, y su blanca lengua se estremecía como un gusano al sol.

De repente recordó la oración de Franny Glass y la musitó entre dientes una y otra vez. Y aunque no era creyente, aquella plegaria logró alejarlo de sus miedos, pues tenía el poder de aliviar un corazón aterrado.

La criatura retrocedió con un salto mientras le dirigía una mirada en la que se combinaba el pesar y la furia. También le pareció ver en ella un toque de sorpresa, al saberse derrotada por aquel hombrecillo miserable.

Pam abrió la tienda para dejarles paso y accedieron a la luz de las velas y al tamborileo del interior. Aunque no había demasiada luz, Martin pudo distinguir a Len Ward y a Claire James tocando los tambores. Los instrumentos lucían el emblema de los Cougars de Harrow.

Ahora veía con suma claridad los detalles, la piel de los jóvenes brillando a la luz de las velas, y era capaz de reconocer a los muchachos por su olor. Trevor emanaba un olor joven y poderoso; las chicas, un aroma a flores. Podía ver todo lo que lo rodeaba tal y como era, y supo que pocas veces en su vida había visto a alguien con tanta claridad, con tanto amor y con tanta compasión como en ese momento.

Michael Ryan, la estrella de los Cougars, lo saludó y lo miró con aquellos ojos extraños y ensombrecidos que todos tenían.

Pammy empezó a aplaudir. Trevor abrazó a su padre y, salvo los percusionistas, todos los presentes aplaudieron.

—¿Qué está pasando? —preguntó.

—Papá —dijo Trevor—. ¿No lo entiendes?

Al ver que las lágrimas resbalaban por su rostro, Martin lo abrazó. Momentos después se acercó a ellos una joven que, creía recordar, se llamaba Crystal. Llevaba un espejo en una mano y una vela en la otra.

Un rostro le devolvió la mirada. Estaba sucio, húmedo, descarnado y cubierto por una barba incipiente. Aquel rostro era el de una persona de la calle, un vagabundo, alguien de las profundidades, un minero que trabajaba en lo más



oscuro de la Tierra.

Los ojos que lo miraban brillaban oscuros, muy oscuros a la luz amarillenta de la vela. De hecho, eran negros como el carbón, idénticos a los de aquellos muchachos que lo rodeaban y los de su propio hijo.

Entonces, su alma pareció llenar el aire de la tienda, mezclarse con el resto de almas... y fue como recordar una canción que siempre has sabido y que empiezas a cantar de nuevo.

En ese momento, Martin entendió que lo que le había ocurrido era exactamente lo mismo que a aquellos chavales cuando la luz intentó cogerlos y fracasó.

Sin embargo, le faltaba algo. Tenía la certeza de que algo había desaparecido. No era su esencia, pues seguía siendo Martin Winters, pero se sentía más ligero y más unido al mundo... no al de las calles y las empresas y las excavaciones arqueológicas, sino a éste, al del momento presente. A la lluvia, los árboles, los muchachos y la tienda de campaña.

Estaba vivo, mucho más vivo de lo que lo hubiera estado nunca.

No lo habían rechazado, en absoluto. En realidad, lo que le habían hecho era lo mismo que habían hecho siempre las sociedades humanas a sus chamanes, a sus sacerdotes y a sus sanadores. Lo habían obligado a enfrentarse a la muerte para que pudiera ser libre.

Y ésa era la diferencia. Los muchachos de aquella tienda no habían sido capturados por la luz, sino que habían sido liberados al fallar el intento de capturarlos.

Y ahora, Martin también era libre.

Trevor le sonreía desde un rostro cubierto de lágrimas. Ahí fuera había vivido una experiencia terrible. Había sido real. Y podría no haberlo conseguido.

—Gracias —dijo, dirigiéndose a todos y a su hijo.

Trevor se acercó a él y, al instante, se quedó dormido en brazos de su padre, pues estaba extenuado. Martin también durmió y, al hacerlo, las vidas de aquellos muchachos se deslizaron con rapidez hacia el destino que los aguardaba, y que llegaría en cuestión de horas. Un destino que les ofrecería una nueva vida o que extinguiría para siempre aquellas últimas y escasas chispas del alma humana.



## **TERCERA PARTE:**

### ***ABADDÓN***

## 17

## TERROR

*20 de diciembre*

El general Samson había recibido la convocatoria con el envío diario de Abaddón. Como de costumbre, estaba repleto de exigencias y amenazas. Pero esta vez, encima del fardo que habían arrojado por el pequeño y estable portal que había bajo el centro geográfico del hemisferio norte de los tres mundos, había una hoja de grueso papel amarillo.

Lo había reconocido nada más verlo. Era una convocatoria de Echidna.

Ahora estaba sentado en un triste autobús abarrotado, de camino al tipo de reunión de la que uno no solía regresar.

Había regresado, no sólo a su propia y amada forma, con la maravillosa oscuridad de sus escamas, el orgulloso centelleo de sus brillantes ojos rojos, sino también a un mundo en el que no tenía que inyectarse antialérgenos, y luego pasar horas rígidamente sentado, sin poder rascarse el diabólico picor que sentía por todas las escamas del cuerpo.

No quería morir. Pero, más que a la muerte, le temía a la tortura. E iban a torturarlo, claro está, como lección y advertencia para otros. Ocurriría en un auditorio, entre carcajadas, y ante las miradas de los plebeyos, encantados de poder presenciar la humillación de un señor.

Le arrancarían las escamas, y lo harían bailar sobre el frío, y los niños espolvorearían sal sobre su desollada musculatura blanca. Asarían sus patas y lo obligarían a asistir a su propio banquete, ataviado, sin duda, de payaso.

Habían sido ella, la maldita y arrogante capitana Mazle, ella y su asqueroso padre, quienes habían organizado todo aquello.

Él había creído que la victoria sobre los humanos le traería al fin la riqueza y el poder que merecía.

En cambio, los miles de millones de hambrientos cuyo paso por el decimocuarto portal estaba previsto para el momento de su apertura, al día siguiente, tendrían que quedarse allí, y su rabia no haría más que empeorar.

Y él, claro está, no tendría almas que vender.

Pero no estaba vencido, aún no. Tal vez aún pudiera convencerlos de que lo dejaran volver a la Tierra, porque aunque no pudiera abrir los portales para el pueblo de Abaddón, sí que podría llevarles aquellos millones de almas que había apresado, almas repletas de recuerdos de amor y alegría, el tesoro más codiciado en su planeta.

Pero aún no. De momento no era más que otro de los cincuenta individuos, miserables y aterrados, que se dirigían en un autobús destartado a la Casa del Gobierno por la avenida Marches. Oyó el tenue siseo del gas que salía del tanque del techo: gas de carbón, teóricamente menos contaminante que los potentes combustibles que utilizaban las élites. La verdad es que a nadie le importaba la capa de polución marrón que cubría el cielo. Lo que sí les importaba es que el gas de carbón era barato y que por tanto, como las velas en el mar, era el mejor

modo de transportar a los habitantes del inframundo.

A ambos lados de la amplia avenida se levantaban los edificios del gobierno, y delante de ellos el mayor de todos, donde, supuestamente, iba a recibir sus órdenes.

Había muchísimo tráfico en los atestados carriles que usaban los autobuses. De vez en cuando, un vehículo de las autoridades pasaba como un rayo por los carriles restringidos. En ocasiones oían sobre sus cabezas el zumbido de un aerocoche. Él ni se molestaba en levantar la mirada. Se merecía aquella vida. Se merecía un lugar entre la élite, puede que incluso en la propia Junta de Directores.

Por fin llegaron a la calle Joy, que daba al centro de la explanada del gobierno. El aullido de una sirena hizo que el coche se detuviera con una sacudida. Un grupo de niños vestidos de blanco y formados en varias filas entonó una canción de alabanza por los logros de algún comité u otro. La melodía era siempre la misma, pero el nombre de los comités variaba en función del clima político.

En la explanada había no menos de cinco mil habitantes del inframundo, desnudos, todos maniatados, algunos proclamando a gritos su inocencia, otros llorando y otros impávidos. Los magistrados, con las capuchas de color rojo que designaban su profesión, se movían entre los miembros de los comités y sus amigos, tratando de conseguir que se firmaran diversas órdenes, comprando y vendiendo a los condenados. De vez en cuando, alguno de ellos enviaba un mensajero a una de las filas de prisioneros, que por lo general volvía poco después con una joven a la que luego se violaría hasta la muerte en alguna fiesta.

La amarga peste de los vómitos de los prisioneros flotaba en el aire. Un pelotón de los Jóvenes Líderes, con sus uniformes de color marrón y sus gorros negros, moviendo los brazos y cantando a coro, marchó hasta la primera fila, donde empezaron a rebanar gargantas. Los dos primeros prisioneros se convulsionaron y se desplomaron, sangrando a borbotones. Aquellos jóvenes estaban consiguiendo más insignias con las ejecuciones.

La pasada noche se había librado una batalla contra los unionistas, un feroz combate junto a la muralla en el que, según parecía, su bando se había llevado la mejor parte. Nunca se podía estar seguro, pero que se celebrase una Mañana de Ejecuciones sugería que la noticia era cierta.

La Unión estaba casi acabada. Su territorio se reducía a unas pocas colinas, poco más que un parque, en realidad. Estaba rodeada por una inmensa ciudad planetaria que representaba todo el poder, la inimaginable riqueza y la increíble pobreza de la Corporación.

Por eso tenían que conquistar la Tierra de las dos lunas. Había que reducir la presión demográfica si no querían que se produjera una revolución y Echidna y los suyos acabasen con la garganta rebanada.

Tras sacrificar diez o quince víctimas frente a las cámaras de sus padres, los niños se retiraron. Uno de ellos se quedó un rato dando patadas a los

agonizantes. Después un general apretó el bulbo que activaba el sistema de lanzamiento de proyectiles múltiples montado sobre un viejo vagón militar. Al instante y sin el menor ruido, los cinco mil prisioneros fueron convertidos en carne picada. Hecho esto, el oficial hizo restallar su látigo y su gran syrix anaranjado emitió un gorjeo y un furioso ululato.

En el autobús, el silencio era total. Todos eran pasajeros de pase azul, habitantes de los barrios del inframundo, como los que en aquel momento estaban rodeados por las arañas arrebañadoras que habían salido de sus madrigueras al propagarse por el aire el olor de la sangre. Los insectos arrancarían la carne de los huesos, la dejarían allí y se llevarían los esqueletos a sus madrigueras.

Todos los habitantes del inframundo temían acabar como protagonistas de la siguiente ceremonia. Sobre todo porque a todos los ejecutados los habían torturado previamente, en la mayoría de los casos por el procedimiento de inyectarles extracto de guindilla bajo la piel o por el ano, o introducirles perdigones de plutonio a presión en las cuencas oculares. Él había visto los glóbulos anaranjados e informes que quedaban en lugar de sus ojos, y el humo que echaban sus cabezas.

Ante un dolor así, cualquiera diría cualquier cosa. Y «cualquier cosa» incluía invariablemente implicar a todo el mundo en una conspiración, por absurda que ésta fuera.

Puede que alguien lo hubiera implicado a él. Tal vez no se tratara de una cuestión política. Tal vez por eso estuviera allí.

El autobús volvió a ponerse en marcha con una sacudida y un fuerte zumbido mecánico. Los dos lados de la calle estaban a rebosar con los restos de otros autobuses que habían explotado, y en el interior de algunos de ellos podían verse aún los huesos de color verde pálido de los muertos. Tras ellos se alzó un agudo chillido. Ahora que la élite se había marchado en sus aerocoches, la gente salía en tropel, agitando los permisos de retirada de carroña, con las bolsas para carne en los brazos. Aquella noche habría cocido en muchas casas.

El autobús se estremeció y se detuvo. ¿Iba a explotar?

Casi involuntariamente, Samson se preguntó qué preferiría él, un final a aquella asquerosa vida o la oportunidad para explicarse y poder salir del embrollo en el que estaba metido.

Entonces se alzaron las cuatro notas que precedían siempre a los anuncios del departamento de Servicios Morales. A pesar del aborrecimiento universal que inspiraban Servicios Morales y sus mentiras, todos aplaudieron y vitorearon.

Los altavoces del autobús emitieron un crujido. Hubo un fugaz siseo, seguido por un atronador chirrido de retroalimentación.

—¿Se dirigen a la estación terrícola que les ha sido designada? —graznó una meliflua voz grabada de una mujer—. Atención, por favor. Las estaciones terrícolas están recibiendo colonos en este momento. Deben estar en la estación correspondiente a medianoche del día de hoy.

En todas las pantallas del autobús aparecieron en ese momento imágenes

de niños que cantaban y bailaban en una representación imaginaria de un mundo verde.

—Sí, cada día más y más gente compra sus billetes. La Tierra es muy grande y rica, y en ella hay sitio para todos. Sitio para todos en las nuevas regiones. Sitio para soñar.

Samson conocía la verdad, claro. Gran parte de las masas continentales estaban hundiéndose para hacer emerger las vastas llanuras oceánicas donde tendrían que levantar sus covachas aquellos pobres desgraciados. La razón era muy sencilla: el lecho marino era rico en metano e hidratos de azufre, que se evaporarían en contacto con el aire y convertirían la atmósfera en una copia de la mezcla sulfurosa que se respiraba allí, en Abaddón.

Terraformación barata, en otras palabras.

Cada familia que decidiera mudarse recibiría un puñado de esclavos humanos, que invariablemente morirían al cabo de pocas semanas o meses.

Por lo menos, la carne humana era comestible, si uno lograba acostumbrarse a su textura.

—Edificio uno.

Samson se puso en pie y salió. Cruzó con pasos apresurados el amplio espacio de asfalto negro. En algún lugar del interior de la ciudad sonó una detonación, seguida por el aullido de las sirenas y la aparición de centenares de brillantes aerocoches rojos de la policía, que se detuvieron flotando sobre el lugar como avispas, con los garfios colgando de manera ominosa. Si hacías cualquier cosa que pudiera parecer amenazante, tenían derecho a atraparte y arrojarte cien leguas mar adentro. Volaban muy bajo, para que sus víctimas se ahogaran en lugar de morir por el impacto. Luego, la prensa exhibiría las imágenes como espectáculo y los propietarios de los yates de recreo usarían los cadáveres para hacer prácticas de tiro.

La razón de toda esta brutalidad era muy sencilla: el miedo es eficaz. Diez mil años antes, la Corporación había sido una asociación de compañías libres, tribus y otras unidades políticas aún más antiguas. Pero con la expansión habían venido las fusiones, y luego la desastrosa batalla contra las dos Tierras humanas, perdida, al fin y a la postre, por todos los combatientes. A esto siguieron largos años de crecimiento demográfico, acompañado por una gradual consolidación de poder, hasta llegar a la situación actual, en la que una élite de un millón de individuos gobernaba un territorio poblado por tres mil millones de plebeyos.

Subió los escalones tratando de parecer confiado y se alisó el uniforme, para causar buena impresión. Allí, los galones de un general contaban. A fin de cuentas, le habían encomendado la dirección del que bien podía definirse como el proyecto más importante de toda la historia de la Corporación.

Así que, ¿por qué tenía el buche lleno de vómito?

—Samson, general —murmuró al llegar a la mesa de la entrada. Entregó sus órdenes, su pasaporte y su autorización. El joven recepcionista era un pura sangre, ataviado con el uniforme de seda azul del servicio de inteligencia. Tenía unas finas escamas blancas y unos ojos que, quirúrgicamente alterados, habían

pasado de su penetrante dorado natural a un delicado azul mucho más suave.

Leyó los documentos y pulsó un botón en su mesa. Aparecieron dos guardias, uno de ellos un habitante del inframundo como él, con un uniforme negro, y otro de clase alta, ataviado en ese verde que la gente del mundo de la moda llamaba Recuerdo del Cielo y que, en un uniforme militar denotaba gran poder.

Los únicos lugares de Abaddón en los que todavía podía verse un verde así eran los cielos de la Unión, los uniformes de los soldados y los ríos.

El recepcionista le devolvió a Samson sus papeles. Con ellos en la mano, cruzó el vestíbulo y subió en un ascensor que tenía una terrible reputación legendaria. Muchos soldados lo habían usado para subir a los últimos pisos y nunca habían regresado. Al pasar al interior de mármol rosa, entró en otro mundo, un mundo en el que hasta el último detalle era suntuoso y perfecto. El ascensor no tenía controles. Se dirigía desde otro sitio. Mientras subía, Samson se puso firmes.

Pensó que quizá debería revisar su vida entera, pero no podía dejar de pensar en la tortura, y en cómo sucumbiría él bajo sus rigores, y en que todos ellos lo verían, y conocerían la cobardía que, en lo más hondo de su ser, creía que siempre había sido su rasgo definitorio. Pensaba constantemente en la muerte, se preguntaba qué significaría dejar de existir y temía, por encima de todas las cosas, la destrucción de su alma.

Por eso había ascendido de manera tan extraordinaria. Por su absoluta disposición —que él mismo detestaba— a hacer cualquier cosa para probar su lealtad a sus superiores, aunque requiriese mentiras, crueldades y matanzas sin sentido. Su ascenso por el escalafón era un viaje desesperado en busca de seguridad.

Las puertas se abrieron y una luz brillante lo deslumbró. Trató de controlar su corazón, pero fue incapaz. Su ritmo cardíaco expresaba pánico, y Samson sabía que su miedo desataría unas furiosas alarmas en algún centro de vigilancia cercano.

Alguien al que tomó por un miembro de una junta apareció en el umbral y se detuvo bajo la luz. Samson sólo lo veía como una sombra negra y su rostro era irreconocible.

—Faltan sólo veinte horas para la apertura del portal. Y aún no estás ni preparado.

Samson aspiró hondo. Creía conocer la voz. Tenía la impresión de que era el mismísimo Beleth, amo de todos los machos y marido de Echidna. A efectos prácticos, el rey de su mundo.

—Todo marcha conforme a lo previsto, señor.

—No mientas.

Samson pensó lo más velozmente que pudo, teniendo en cuenta que sentía tanto pánico que la mente le daba vueltas.

—No pueden vencernos. Son sólo humanos.

—Eso es un error y me sorprende en ti. Sabíamos que eras arrogante y



frívolo, pero ¿quién no lo es? Lo que no creía es que fueses estúpido.

—No, señor.

—Ni tampoco lo son los habitantes de la Tierra. El terrícola de pura sangre es más listo que nosotros, como bien sabes. A esta nueva especie sólo le falta experiencia para convertirse en la nueva dueña y señora de los tres mundos. Y recuerda que, a diferencia de nosotros, ellos ya tienen dos mundos.

Parecía dispuesto a hablar. Samson se sintió obligado a responder. Buscó algo positivo que decir.

—Son una forma más evolucionada que nosotros, es cierto, señor. Pero no saben lo fácil que es para ellos cruzar los portales. Son unos necios.

—Gracias al trabajo de nuestros antepasados. ¿Puedes imaginarte lo que podría hacer aquí un ejército humano? ¡Traer esperanza, alegría incluso, a un pueblo al que sólo se puede controlar por medio del miedo!

—Sería una terrible contrariedad. Pero no creo que tengamos que preocuparnos por eso. Aún distan mucho de comprender que pueden usar los portales a voluntad, cuando lo deseen.

—¿Y qué hay del agente de inteligencia de la Unión en el universo de una sola luna?

—Está todo controlado, señor.

—¿Qué quiere decir eso, general? ¿Lo habéis matado?

—Espero que me lo confirmen a mi regreso —respondió Samson.

—Pero ¿aún no está confirmado?

—No, está confirmado, en el sentido de que ya hemos enviado a nuestro asesino. De modo que sí, puedo confirmarlo.

—¿Cómo se puede enviar un asesino a un lugar en el que no podemos entrar, general?

—Bueno, sí que podemos, aunque con ciertas limitaciones. Y recuerde que cuanto más cercana está la fecha del tránsito, más fácil resulta cruzar.

—¿Así que ese agente ha dejado de ser un problema? ¿Puedes garantizarlo?

Samson envió el ácido de su buche hacia su revuelto estómago. El agente de la Unión se encontraba a pocas leguas del centro de la operación. De algún modo, había logrado introducirse en el inaccesible universo de una sola luna, donde vivía el ser humano más peligroso de la Tierra de las dos lunas, Martin Winters.

Era todo un logro. Y lo peor era que no sabía si seguía vivo o estaba muerto. Pero también North era un hombre de recursos, y tenía que creer que el ataque había funcionado.

—¿Puede garantizarlo, general Samson?

La única respuesta aceptable era «sí». Cualquier otra hubiese equivalido a la tortura y la muerte.

—El agente está muerto.

—Entonces deje que informe a mi esposa de las buenas noticias. Le preocupaba mucho este aspecto de la situación.

Samson sintió que le faltaba el aire. Tenía que sentarse, pero allí no había dónde hacerlo. La penetrante luz le hacía sentirse desnudo y expuesto. Ése era su propósito. Eso hacía temblar sus escamas, con lo que descendía su temperatura corporal y se volvía más lento.

Entonces, de detrás de la horrible sombra, llegó una penetrante risa femenina.

Sólo podía ser ella.

La luz se apagó. Cuando los ojos de Samson se acostumbraron a la penumbra, se llevó una buena sorpresa: la Junta de Directores estaba presente en su totalidad. Todos ellos, incluido el padre de Mazle.

Tras los asientos de la junta había un enorme ventanal que ofrecía una panorámica del mar de Anubis, y Samson, al avistar un barco, una minúscula perla blanca bajo el sol, cuyas velas rojas giraban lentamente en lo que debía de ser una suave brisa, sintió que lo embargaba una gran nostalgia. Qué hermosas debían de ser sus vidas, las de aquellos marineros, incluso aquellos que llevarían una existencia más corta por culpa de su trabajo, los fabricantes de brea, los cordeleros y los rascadores. Al menos ellos no tenían que arriesgar sus almas, como los políticos y los militares.

—Ven —dijo Echidna. De hecho, lo cogió de la mano. De tan cerca era deslumbrante, un rutilante complejo formado por las escamas más minúsculas que cupiera imaginar, con un rastro de rubor por debajo de los elevados pómulos, y delicadamente azul alrededor de los sonrientes, chispeantes y deliciosamente pálidos ojos de color rosa. Su cuerpo, fácilmente discernible por debajo de un vestido suelto de gasa e hilo de oro y muy ceñido a sus curvas, resultaba tan deseable que quitaba el aliento. Era tan completa, tan increíblemente diferente a las humildes mujeres del autobús, con sus escamas descoloridas, hinchadas de residuos viejos, que casi parecía pertenecer a una especie diferente, no la de los serafines, sino otra, procedente de un mundo mucho más grande y extraordinario que Abaddón.

La siguió más allá de su dormitorio, hasta sus aposentos privados, sintiendo su fuerte y fría mano en la suya. Intentó tensar al máximo las escamas de su cuello, pero ni aun así logró que el intenso olor de su deseo dejara de escapar de sus palpitantes glándulas. Esto hizo que ella echara la cabeza hacia atrás y rompiera a reír, y que Beleth le diera a Samson un empujón desde atrás y soltara un siseo.

El suelo de oro puro de la legendaria estancia estaba cubierto de juguetes, y los niños correteaban entre los pies de sus mayores. En la capilla familiar del otro extremo de la gran sala, las doncellas se entretenían con sus cosas, algunas de ellas tejiendo en silencio mientras empollaban la última puesta de negros huevos de la señora y otras atendiendo discretamente a lo que sucedía.

—Va a sentarse —dijo Echidna al aproximarse.

Dos jovencitas de tan alta cuna que sus escamas, casi tan pálidas como las de ella, parecían hechas de crema, trajeron sendos asientos.

Samson se encontraba rodeado de auténticas bellezas. Aquellas muchachas

de elevada cuna hacían que hasta una aristócrata como Mazle pareciera vulgar.

Intentó disimular un poco su pasmo.

Algunos de los niños se congregaron allí, interesados sin duda, por ver qué destino se le reservaba. De momento sólo había ganado el primer asalto.

Miró los rostros impasibles de todos los miembros de la junta. Ninguno de ellos revelaba nada. Todos miraban al frente. El poder supremo actuaba raras veces, pero cuando decidía hacerlo, todos ellos guardaban silencio. Hiciera lo que hiciese Echidna, contaría con su aprobación absoluta. No habría debate.

Ella lo estudió con detenimiento por un instante y luego se inclinó ligeramente y le acarició el cuello.

—Qué escamas más interesantes —murmuró, y Samson vio en sus ojos algo más que el desprecio que había esperado. La idea de que la antigua Echidna hubiese muerto y hubiera sido reemplazada por un clon, y quizá por otra alma, un alma que tal vez tuviera los recuerdos almacenados de manera diferente, se le pasó por la imaginación. Con los de cuna más elevada no había forma de saber quién poseía qué identidad en un momento determinado, de modo que hasta era posible que aquélla no fuera la persona que lo había favorecido y ayudado a ascender, y que pensara que los recuerdos de los actos de su predecesora representaban un motivo de vergüenza para ella.

Lo miró a la cara.

—No he detectado mentiras en ti, aunque sí impetuosidad y arrogancia. Veo que desprecias a los serafines de sangre dorada, como yo. Es así, ¿verdad?

¿Qué podía decir? La luz era tan tenue que nadie vería el temblor nervioso de sus escamas.

—Por supuesto que los odio. Pero te soy leal a ti y a todos nosotros. Soy leal a nuestro amado Abaddón.

Ella le apretó el cuello con más fuerza. Samson empezó a sentir que se le cerraba la garganta. Entonces comprendió lo que estaba haciendo la hembra: por su forma de hundirle los pulgares en el saco del buche estaba claro que quería estrangularlo aplicando poca fuerza.

Ya no podía respirar. Esperó. Su pene se puso erecto. El sexo y la muerte estaban tan próximos... sintió que la piel de su glande se retraía. Dos de las chicas se rieron disimuladamente. Una de ellas se tumbó. Los niños se acercaron más.

Pasaron los segundos. Echidna seguía sin dejarle respirar. Empezó a ver las estrellas, y la escasez de aire provocó que su cuerpo se arqueara y que lanzara el abdomen hacia adelante y la cabeza hacia atrás. Entre repiques de risa infantil, su vejiga evacuó.

El aire entró a borbotones mientras el saco del buche se estremecía un instante en el interior de la tráquea y luego regresaba a su posición normal. Samson tosió, trató de recobrar el control de su cuerpo y entonces cayó de espaldas, agitando las piernas sin control.

Pasó unos segundos vomitando mucosidades entre las carcajadas de todos. Los niños se acercaron corriendo para escupirle y darle puntapiés mientras

trataba de levantarse.

—Nos ha hecho pis encima, mamá —gritó uno de ellos.

—¡Mátalo, maldita sea, vieja bruja! —añadió otro.

—Nadie va a matarlo —musitó ella.

Un joven, ruborizado por la impaciencia y la avidez, se acercó con un cuchillo de carnicero.

—¡Déjame! ¡Deja que me bañe en su sangre, mamá!

—¡No te acerques a él, mierdecilla!

—¡Papá, mira lo que dice!

—Haz caso a tu madre —dijo Beleth.

—Sois unos capullos.

—Ojo con lo que dices, niño —dijo Beleth—. No me importaría quitarte la tontería a golpes.

—No tienes derecho.

—Callaos los dos —siseó Echidna, y añadió:— ¿O quieres que deje que tus hermanas te azoten, Marol?

Las niñas pequeñas se congregaron a su alrededor, bailando y tirándole de las faldas.

—¡Oh, mami, mami, por favor! ¡Sí, se lo merece, por favor!

—Ya hablaremos de ello. —Dio una palmada y todos los niños se retiraron—. Ahora escúchame, Samson. Necesitamos que vuelvas allí y acabes con este asunto de una vez.

—Lo haré, señora.

—¡Cómo te atreves a mentirme!

A Samson se le bajó la sangre a los pies, literalmente.

—Miradlo —dijo una de las doncellas—. Tiene miedo de morir.

Creía que había pasado la prueba. Pero el agente era una cuestión menor al lado del problema de verdad, que era que, ni de lejos, mil millones de personas iban a cruzar los portales, porque la Tierra de las dos lunas no estaba preparada, aún no, y ésa era la verdadera razón por la que lo habían convocado.

—No llevaré mil millones de personas a la Tierra, es cierto. Pero tengo otra cosa para vos. Echidna, tengo el mayor tesoro de la historia, y lo pongo a vuestros pies.

—Será mejor que sea algo bueno, Samson. Las hipérboles me aburren.

—Tengo almas humanas en cautiverio. Almas hermosas y saludables.

Echidna abrió los ojos un poco más. Las únicas almas capturadas jamás por Abaddón eran feas, y había que desbrozarlas en busca de los fragmentos realmente interesantes, un recuerdo agradable aquí, un acto compasivo allá: las cosas que sabían y olían bien, que podían revivirse incesantemente, como una comida deliciosa que nunca se acabase.

—Unas pocas almas no cambian nada. —Suspiró—. Desnudadlo y luego desolladlo, no tengo toda la noche.

Alguien lo sujetó desde atrás. El muchacho que había querido matarlo se adelantó, con un plateado gancho de desescamar en la mano. Obsequió a

Samson con una sonrisa.

—Vas a tener una muerte lenta, desgraciado.

—¡Señora! ¡Esperad, señora! No son sólo unas pocas. ¡Tengo muchas, señora!

Echidna detuvo al muchacho con un gesto.

—¿Cuántas, Samson?

—Diez millones, señora.

El silencio que se hizo entonces fue absoluto. Era, sí, el mayor tesoro de la historia de su mundo.

—¿Diez millones de almas buenas?

—Señora, cualquiera de ellas es mejor, más deliciosa que la mejor que recordéis haber consumido. Están llenas de emociones ricas y fabulosas. Deleite, amor, dulzura... Lo mejor de lo mejor.

Vio el cálculo en los ojos de Echidna.

—¿Dónde están?

Vio cómo se preparaba el muchacho, cómo brillaba la impaciencia en sus escamas. Debía tener mucho cuidado si no quería que ella lo matara por su insolencia.

—Señora, están bajo el portal estable, preparadas para su transporte. Están conectadas al núcleo de la Tierra de las dos lunas. No pueden escapar y yo puedo traerlas.

Echidna le hizo un gesto al muchacho, quien cortó el aire delante del torso de Samson antes de arrojar el gancho de desescamar a uno de los miembros de la junta, quien lo esquivó siseando.

El muchacho la fulminó con la mirada mientras se alisaba el uniforme.

—Volveremos a vernos, zorra —dijo—. Y tú y yo tenemos una cita. —Pasó los dedos por la garganta de Samson.

Samson retrocedió haciendo reverencias hasta salir del suelo de oro y regresar al de mármol. Al ver su color negro, su alivio fue tan grande que estuvo a punto de echarse a llorar.

De regreso en el ascensor, su miedo se transformó en rabia. ¿Cómo osaban esos codiciosos oru...? Le encantaría usar él un gancho de desescamar con ellos, con ella, sí, especialmente con ella. ¡Desescamarla entera!

El ascensor se abrió y Samson salió al vestíbulo. Mientras lo cruzaba en dirección a las grandes puertas de acero, descubrió con satisfacción que los guardias eran ahora indiferentes a su presencia. Deliciosamente indiferentes.

¡Cómo se atrevían a amenazarlo con la muerte para divertir a un niño! ¡A él! Mientras bajaba las escaleras sintió deseos de gritarle al contaminado cielo: «He sobrevivido. ¡He subido al último piso y, aunque mi nombre estaba en la lista negra, he sobrevivido!» Pero no lo hizo. Como correspondía a un general, salió caminando a paso firme.

Se dirigía a la parada del autobús cuando un precioso Shu, el mejor aerocoche del mundo, descendió tan cerca de él que tuvo que agacharse para que no lo aplastara.



Sin embargo, el vehículo se detuvo en el último instante y permaneció allí flotando, con su superficie amarilla y reluciente, y las ventanas tintadas, que no revelaban nada de su interior. Entonces se abrió la compuerta del copiloto y asomó un pura sangre.

—Eh..., ¿es usted el mariscal Samson?

—General Samson.

—Tengo órdenes de entregarle este vehículo al mariscal Samson. ¿Tiene usted su número de identificación?

Samson sacó su carné.

El vendedor lo introdujo en la ranura. Samson oyó el tintineo de confirmación.

—Es suyo, mariscal. ¿Sabrá conducirlo?

Sólo con un gran esfuerzo de voluntad consiguió Samson no quedarse boquiabierto. Estaba asombrado: en lugar de asesinarlo, ella le había regalado uno de los mejores vehículos deportivos del mundo, una creación maravillosa y de factura soberbia, reservada para los mejores entre los mejores. El mero hecho de poseer semejante artículo era un marchamo de nobleza.

Entró en el vehículo. El bello interior estaba hecho de metales exóticos, verdes, plateados y dorados. Y tapizado de cuero pálido, flexible. Cuero humano, sin duda, y joven además.

Recorrió el salpicadero con la mirada, un bosque de brillantes botones dorados, ninguno de los cuales reconoció. Aparentemente, el vehículo tenía todas las opciones imaginables.

—No tengo la menor idea de cómo se maneja.

—No hace falta que la tenga. Está enalmado.

Por un momento, el asombro le impidió articular palabra. Shu enalmaba no más de mil vehículos al año. Un coche así le costaría a un hombre como él las ganancias de diez vidas enteras. Tener uno lo señalaba como una de las personas más poderosas e importantes del mundo.

—¿El alma es... humana?

El vendedor se echó a reír.

—Quizá la próxima vez, amigo. Pero es un alma de primera. Muy inteligente y muy complaciente. Para conducir un alma humana hay que tener mucho cuidado, ¿sabe? Son muy rápidas y muy, muy listas, pero pueden ser peligrosas.

De hecho, se hablaba de vehículos con almas humanas que se habían estrellado voluntariamente por mero afán de escapar. No lo habían conseguido, claro. Era imposible.

Pero como chóferes no tenían igual.

Cautelosamente, preguntó al coche:

—¿Estás ahí?

Al cabo de una pausa llegó la respuesta.

—¿Quién es?

—El nuevo propietario. Llévame a casa.

La máquina vaciló un momento mientras leía el carné.



—Sí —respondió. Samson no le preguntó por qué había acabado en una máquina. Lo cierto es que no le importaba, mientras hiciera su trabajo. Ahora era suyo y eso era lo único importante.

Mientras el vehículo ascendía con los motores rugiendo armoniosamente, llamó a Echidna.

—De nada —le dijo su voz en los auriculares.

—¿Cómo puedo daros las gracias?

—Se me ocurren dos maneras. Si consigues abrir los dos mundos humanos, te entregaré una ciudad entera. Quebrantaré la ley de la sangre y dejaré que lleves la librea del Cielo.

El coche se adentró por los callejones oscuros de la ciudad baja, la auténtica ciudad. La gente levantaba la cabeza al verlo pasar. Algunos se arrodillaban, todos agachaban la cabeza, se quitaban los sombreros y alzaban las manos hacia el cielo en señal de lealtad hacia la Corporación, puesto que nadie que no fuera uno de los propietarios podría conducir semejante vehículo, un vehículo que refulgía con la luz violeta de un alma.

La compuerta se abrió. Samson salió. Ojos muy abiertos, llenos de asombro. Sonrisas por todas partes, y luego vítores al llegar sus vecinos a las ventanas, asomarse y ver su triunfo. Su éxito los honraba a todos.

Subió por la estrecha escalera, con su peste a cocido caliente, y entró en su apartamento. Había festines de carne por todas partes. Las ejecuciones del día habían sido una bendición para el barrio, y todos se lo atribuían a él y lo saludaban desde todas las puertas.

Quién sabía, puede que Echidna lo hubiese dispuesto así a propósito.

El portal estaba abierto, esperándolo. Se acercó. Las ondas rielaban uniformemente en su superficie. Estaba más claro que nunca. La proximidad de la fecha estaba surtiendo el efecto esperado.

Entonces comprendió lo que estaba viendo. Mazle se encontraba en su estrecho cuartel general subterráneo, en la Tierra de las dos lunas. Estaba inclinada sobre una mesa de autopsias. Sobre ella se encontraba el cuerpo de Al North.

Se sintió mareado. No podía ser.

Pasó al otro lado.

—¿Está muerto el agente?

—¡Has sobrevivido!

—¿Está muerto el agente?

Ella hizo un gesto hacia el cuerpo de North.

—Esto hay que resolverlo.

—Le he dicho a Echidna... —Su mente voló de nuevo hacia el muchacho pervertido y cruel, que lo esperaba con su gancho de desescamar. Un escalofrío lo recorrió—. Eso no importa ahora.

—Vamos a tener que reemplazar el cerebro entero —dijo ella—. Éste casi se ha librado de la voluntad residual. Luego funcionará.

—Será mejor que sea así.

—Sí, porque si no lo hace, mi padre te quitará todos sus juguetes. Y si vuelves a mentirle a mi tía, ayudaré a mi asqueroso primo a arrancarte la piel, y la devoraré frente a tus ojos. —Sonrió—. No eres nada, Samson, con o sin ese armatoste.

Samson se inclinó ante ella.

**ORÍGENES DESCONOCIDOS***19 de diciembre*

Nick estaba sentado, leyendo las páginas que su padre acababa de terminar. Durante las dos últimas semanas, papá había dormido unas seis horas en total, pero en aquel momento estaba durmiendo como si estuviera muerto, sobre su teclado. Claro que los muertos no roncan.

Eran las cuatro de la mañana, y dos semanas antes no se habría atrevido a salir de la cama en la oscuridad, pero las cosas habían cambiado.

—¿Qué pasa?

—Hola, mamá.

—¿Qué estás haciendo?

—Papi es un agente de inteligencia.

—Por Dios, Wylie, ¿qué te pasa?

—Está dormido, mamá, eso es todo. Cuando llegué estaba totalmente dormido y roncando, y ha estado escribiendo. —Señaló el teclado con un ademán—. Esto. Es una descripción de la vida en el mundo de los demonios. Es horrible, mamá, horrible de verdad.

—Wylie, despierta.

—Mamá, déjalo.

—No quiero que esté así. Tiene que dormir en una cama.

—Mira, si lo molestas, volverá a ponerse a escribir. Le va a dar un ataque al corazón. Déjalo dormir.

Ella se inclinó y leyó unas pocas páginas.

—Dios, qué lugar... Abaddon.

—Lo he mirado en Google. Significa «el abismo». Al menos en nuestro idioma. En seráfico significará «hogar» o «lugar bonito» o algo así. Son caníbales, y hasta los niños se dedican a torturar y matar. Para ellos es una especie de juego desollar viva a una persona. Son asquerosos, mamá, y no quiero que vengan aquí.

Ella miró a su marido.

—Por lo menos le traeré una manta. —Fue a un armario y sacó una manta. Lo taparon entre los dos, madre e hijo, y Nick le puso el cojín de la silla debajo de su cabeza.

—Estoy sobrio, lo juro —murmuró él.

—No pasa nada, cariño, todo va bien.

—Vamos a follar, cariño.

—¡Calla!

Wylie se llevó una mano a la boca.

—Me he criado con él, mamá, no lo olvides.

Ella trató de reírse y estuvo a punto de conseguirlo.

—Mamá, lo que tenemos que preguntarnos no es sólo quién es papá y quiénes somos nosotros, sino qué se supone que debemos hacer, porque tengo

que decirte que empiezo a darme cuenta de que siento una increíble afinidad con uno de los personajes del libro y quiero entender qué está pasando. Trevor es como mi hermano espiritual o algo así. Lo que pasó cuando Al North trató de venir, y el ser que vino siguiendo a papá... es muy, muy peligroso.

En ese momento se oyó un ruido muy débil, como el aullido de una alarma de incendios, y por un segundo eso fue lo que creyeron que era. Pero entonces Nick echó a correr, como sus padres. Kelsey se encontraba en el pasillo de su dormitorio, aferrando a *Peluchín* entre los brazos, y profiriendo un sonido que Wylie no había oído nunca en labios de su pequeña y que no creía posible en ella.

Brooke corrió hacia ella y la rodeó con los brazos, mientras Kelsey sollozaba con el llanto descontrolado de un niño tan aterrado que ni siquiera se calma con el consuelo de su madre.

—Había manos en mi cuarto, y estaban tocándome, y cuando les he tirado a *Peluchín*, he visto una de sus caras y era horrible.

—Oh, cariño, cariño, no hay nada en tu cuarto, mira, está vacío, la luz está encendida y no hay nadie.

—¿Sólo viste manos, Kelsey?

—Sí, papi. Intentaron cogerme, y cuando me tocaron, las vi. Luego desaparecieron.

—¿Y la cara que viste...?

—Cuando *Peluchín* chocó con ellos. Estaba llena de sangre y era espantosa, papi, era horrorosa.

Wylie miró a Nick. Nick le devolvió la mirada. Se veía en su mirada que comprendía, pero no dijo nada.

No, y no debía. Debían tener cuidado, mucho cuidado, porque había en la casa una persona a la que no podían ver, que sólo tenía un objetivo, y ése era matar.

—Vamos a bajar a preparar un cacao —dijo Nick—. Necesitamos cacao.

—Nicholas, es tarde y Kelsey está cansada.

Kelsey rodeó la cintura de su madre con los brazos.

—¡Sí, mamá!

—Sólo una taza, y la prepararemos rápido. Mi niña tiene que dormir si quiere estar guapa. —Cogió a Kelsey en brazos y su niña se acomodó en ellos.

Mientras bajaban todos juntos, Nick preguntó a Wylie:

—¿Saldremos de caza por la mañana?

—¿De caza —preguntó su madre— en día escolar?

—Los de secundaria no tenemos clase —respondió Nick con voz tranquila—. Es el día del Maestro.

Wylie sabía perfectamente lo que estaba haciendo su hijo. No podían comunicarse abiertamente si había alguien allí y, como no podían verlo, no podían saber si los estaba escuchando.

—Podríamos ir a cazar faisanes —se apresuró a responder—. Luego nos los comeremos. Las armas ya están preparadas, así que podemos salir temprano.

—Vamos a sacarlas, entonces —dijo Nick.

Wylie podía sentir la presencia en la casa tan claramente como, al parecer, la sentía Nick. Era algo invisible pero que estaba muy cerca, justo encima de ellos.

Abrió el armario de las armas, sacó una de las escopetas de caza y se la entregó a Nick antes de sacar una del calibre doce para él.

—Ponte detrás de nosotros —le dijo a Brooke.

—¿Perdona?

—¡Detrás de nosotros, mamá!

Wylie percibió con toda claridad que algo se movía a menos de treinta centímetros de su cara. Un ojo, parte de un rostro. Y supo que algo estaba a punto de aparecer allí: un hombre, cubierto de terribles cicatrices. Al North había vuelto.

En ese momento una mano lo rodeó por la cintura. Bajó la mirada hacia ella y sintió la fuerza acerada con la que lo atenazaba.

—¡Está encima de papá! —gritó Kelsey, y esta vez Brooke lo vio también, y gritó, y no sólo gritó, chilló.

Nick disparó hacia el espacio en el que suponía que estaría la figura, y apareció una serie de destellos púrpura con la forma aproximada de un hombre, pero las postas la atravesaron y sólo consiguieron reventar el gran ventanal delantero, además de abrir un grueso surco en la parte alta del sofá.

La mano había desaparecido.

Con un gruñido, Nick se pegó a la pared. Alguien estaba estrangulándolo, y allí donde el cuerpo del intruso tocaba el suyo, veía los bordes de un uniforme negro y hecho jirones. Wylie no era un hombre tan grande como Al North, pero se fue directo hacia él. Le rodeó el cuello con los brazos desde atrás, tiró hacia sí y le clavó los dedos en la cara. Entonces, ante los ojos de todos, apareció su cabeza, con el cuello estirado, las arterias palpitantes y los ojos, rodeados por el tejido cicatrizado y la sangre goteante.

Al verlo, Brooke fue hacia el armario de las armas y sacó la Magnum plateada, por cuya presencia en la casa llevaba años regañando a su marido. Pero no tenía la menor idea de cómo se manejaba y la cogió como si fuera un arma blanca.

*¡Bam! ¡Bam! ¡Bam!*

En medio de una densa masa de destellos, la figura salió volando por la habitación y fue a chocar contra el televisor con un enorme estrépito. Se quedó en el sitio, con la mitad de la cabeza y la cara visibles hasta el hombro. También se veían las dos manos y la mayor parte del brazo izquierdo, o al menos se vieron hasta que se las llevó al lugar donde debía estar el estómago, porque entonces desaparecieron dentro de la invisibilidad y volvieron a reaparecer un instante después con sangre entre los dedos.

El ojo visible era un globo grisáceo que miraba con ferocidad desde el interior de una cuenca ensangrentada. La cirugía era tosca y cruel. Hasta entonces, Wylie no se había dado cuenta de lo torpe que había sido el médico.

La mano saltó de nuevo hacia él, como la cabeza de una cobra, y había un

cuchillo en ella, que cortó el aire con un destello metálico y golpeó la pared. Hubo un sonido parecido a un perdigonazo y un destello de fuego eléctrico azul.

Donde antes había una pared vacía, se veía ahora una puerta con el marco recubierto de una especie de trémula luz azulada, y tras ella, una cocina con una encimera retorcida y fundida, un tostador que parecía hecho de cera disuelta y un frigorífico Sub-Zero recubierto de arañazos, medio fundido y abierto.

Había unas criaturas allí, y una de ellas miró en su dirección, y Wylie supo lo que estaba viendo, que era aún más horrible de lo que había imaginado al escribir sobre aquellos reptiles humanoides, porque era esbelta y muy hermosa, con aquella piel de brillo trémulo y pálido, y al mismo tiempo terrible, con aquellos ojos vacíos, rápidos e implacables que, tras observar su habitación un instante, parecieron cobrar vida con un fulgor que sólo podía significar un ávido deleite.

Serafines, se llamaban a sí mismos, pero los humanos, todas las culturas del mundo, todas las épocas de la historia, tenían otros nombres para ellos, la única palabra capaz de evocar algo tan exquisito y al mismo tiempo tan maligno: estaba mirando a los ojos de lo que la humanidad de los dos universos humanos había bautizado como «demonio».

Kelsey corrió... hacia ello. Corrió con la impetuosidad ciega de un niño, y por el atávico instinto de hallar seguridad. Sin duda no había comprendido lo que estaba viendo. Puede que ella creyera que se trataba de un policía —uniforme negro, botones plateados— o cualquier agente de seguridad, pero corrió hacia la criatura, a través de la abertura que los separaba del otro universo, el universo agonizante. El lugar donde arrancaban el alma a los cuerpos y convertían a las personas en perdidos.

Wylie le arrojó a su hijo la escopeta del doce.

—¡Acaba con él! —gritó—. Está levantándose.

—¡Kelsey! —chilló Brooke y saltó tras ella, tratando de cogerla por el camión antes de que atravesara la abertura...

... que emitió un tenue sonido húmedo, algo parecido a lo que hace una glotis al tragar, cuando la cruzó la niña. Luego se quedó allí, revestida por una brillante luz violeta, como si estuviera atrapada en una especie de espectáculo de luces.

La criatura que la esperaba bajó los brazos, y los abrió, pero su sonrisa mostraba varias filas de dientes afilados como clavos, y el brillo de sus ojos dorados no era un brillo de alegría, sino el de los ojos de un lobo hambriento.

Wylie saltó detrás de su hija y, al cruzar, sintió una especie de aplastante pulsación eléctrica que recorría su cuerpo entero, seguida por unas náuseas insoportables mientras aterrizaba a su lado. Su hija estaba helada y pálida y, al verla, tuvo la terrible sensación de que ya había perdido el alma.

El demonio tenía una cabellera blanca, de pelo fino y suave, que rodeaba su cabeza como una especie de halo.

—Hola —dijo—. Me llamo Jennifer Mazle. Me alegro de conocerte, Wylie.

Las palabras eran como golpes infligidos por un martillo recubierto de seda, por lo suaves, y por lo crueles en su tono.



Se volvió... y se encontró frente a una pared vacía. La puerta ya no estaba allí.

—Vas a tener que venir conmigo —le espetó el demonio—. Has venido a quedarte.

Pero Wylie recordaba la sabiduría que había llegado a él recorriendo las eras del mundo, el conocimiento transmitido entre susurros, y supo que aquella criatura sólo podía decir mentiras, así que, a pesar de todo, agarró a su hija y se lanzó con ella sobre la pared.

A su espalda oyó un grito: «¡Mierda!», y volvió a encontrarse en su casa, donde, en aquel preciso instante, Nick estaba disparando con la escopeta contra el asesino y Brooke corría hacia ellos. Agarró a su hija y se refugió con ella detrás del sofá.

—Ponte detrás de mí, papá —dijo Nick.

—¡Usa la Magnum, por el amor de Dios!

—¡Nada de balas!

Otro disparo de la escopeta del doce sacudió el mundo. Tras ellos hubo un chisporroteo y un siseo de rabia, y el demonio irrumpió en el cuarto. Al hacerlo se transformó en humano.

—Estás arrestado, Wylie —dijo Jennifer Mazle en voz baja.

¿En qué universo creía que se encontraba, joder?

—Aquí no, cariño —respondió Wylie con un gruñido. Había recogido la Magnum vacía, y se la tiró a la cabeza. Al alcanzarla, hubo un destello de energía blanca y púrpura. Mazle se volvió echando humo rojo por la piel. Era como si le faltara el aire. Se llevó una mano a la mandíbula un momento, y luego se enderezó y sacó ella también un arma. La cosa que llevaba en la mano era más negra que la noche, y tenía un cañón feo y romo.

Wylie supo que no podía permitir que la utilizara, que no los haría pedazos, sino que lo que haría sería extinguir su luz interior, arrancarle el alma a la familia entera, entregársela a los ladrones de espíritus y convertirlos en los primeros perdidos de aquel universo.

Se abalanzó sobre ella, y mientras Nick mantenía a raya a Al North disparándole con la escopeta, él empezó a descargar un puñetazo tras otro sobre lo que parecía una especie de armadura corporal de cuerpo entero. Sabía que allí dentro, en alguna parte, tenía que haber algo blando y vulnerable, una delicada carne de lagarto, así que golpeó en los sitios donde debían de estar las juntas, en el talle, donde tenía que doblarse, y en la cara, golpeó en la cara y descubrió que aquella estructura de escamas era tan dura como el acero.

Era como una escultura de hierro o acero, no una criatura viviente.

Buscó los ojos. Aferrando el cráneo con los dedos, clavó uno de los pulgares en una cuenca ocular y encontró allí una blandura que le hizo gruñir de placer. *Mata al diablo, Wylie.*

Tras él, se oyó *¡Bam, Bam, Bam, Bam!* Nick había tenido la presencia de ánimo necesaria para recargar la Magnum, y sabía utilizarla, sujetándola con las dos manos para compensar su falta de masa corporal.

Wylie le había enseñado a usar las armas. Ya que iban a tenerlas en la casa, era mejor que los chicos supieran cómo manejarlas de manera segura. Haría lo mismo con Kelsey cuando llegara el momento.

Sin embargo, lo que estaba haciendo, fuera lo que fuese, no estaba surtiendo mucho efecto, puesto que en ese momento algo se abalanzó sobre su espalda. A pesar de estar cosido a tiros, Al North poseía un aguante realmente endiablado.

Entonces sintió un ojo bajo el pulgar. ¡Sí, tenía un ojo! Jennifer Mazle retrocedió siseando como la serpiente más furiosa que hubiese conocido el mundo. ¡Hrrrsstt! ¡Sstt! La boca abierta de par en par, los dientes refulgiendo, tan blancos como los de una serpiente... La lengua surgió un instante de su garganta, como un látigo negro, gruesa como un dedo y tan larga como una cuerda, y se debatió salvajemente en la cavidad de la boca.

Wylie nunca había visto nada tan amenazador. Ni siquiera había imaginado que existiera una amenaza tal.

Entonces la cosa de su espalda lo soltó y, al volverse, vio que Nick y Brooke estaban sobre ella. Nick tenía uno de sus magníficos cuchillos de caza Abba Teq y, con la pericia de un experto, estaba cosiendo el cuerpo a puñaladas. North tenía la boca abierta de par en par.

Un brillo trémulo cubrió el cuerpo del general, y, al cabo de un segundo, empezó a parpadear como una luz. Entonces se elevó un sonido atronador, y tanto en el interior como en el exterior de la casa hubo vivos destellos azules, y los dos intrusos, Jennifer Mazle y él, desaparecieron.

—¡Están aquí —gritó Wylie—, siguen aquí!

Nick apuñaló el aire con su cuchillo. Wylie recogió la escopeta y descerrajó un tiro a ciegas en dirección al techo, que llovió sobre ellos como lo había hecho el de la iglesia metodista de la calle Tres cuando Ron Biggs había descargado su propia escopeta, en el mundo de las dos lunas.

En el exterior sonó un largo y apagado trueno. Luego llegaron unas voces, voces que gritaban en una lengua desconocida, acompañadas por un traqueteo de maquinaria.

—¿Qué pasa? —susurró Brooke.

—¡Calla!

Había sombras sobre el suelo, en las paredes, sombras grandes, pero las personas y las máquinas que las proyectaban no estaban. Los seres físicos se encontraban en la versión de la casa que pertenecía a la familia Winters, pero, a medida que se acercaba el veintiuno, el tejido que separaba los dos universos en aquel extraño rincón del mundo estaba convirtiéndose en una fina película.

Wylie escuchó, y observó las sombras, concretamente una de ellas, una cosa baja que transportaban entre dos figuras encorvadas. Las figuras se inclinaron aún más, y soltaron algo que parecía un saco alargado, cuya sombra se fundió con la del objeto y luego se separó de él.

—¿Qué es eso, papá? —preguntó Nick—. ¿Qué está pasando?

—Creo que los médicos de los serafines están llevándoselos en unas

camillas.

—Oh, Dios, tienes razón —dijo Brooke—. Es eso, sí. Dios mío, lo que estamos viendo... O sea... Oh, Dios.

Las sombras desaparecieron. La casa quedó en silencio. La familia se reunió, padres e hijos, luchando cada uno de ellos a su manera con su trauma.

—Mamá, ¿puedo darle algo de beber a *Peluchín*? Le apetece una absenta.

—¿Absenta? —se volvió hacia Wylie y le lanzó una mirada llena de cautela.

—No sé...

—Papá tiene una botella en el cajón de la bebida de su despacho.

—¿Wylie?

—No tengo ningún cajón de la bebida. Ni absenta. Vamos, que es ilegal.

—Vamos, cariño, enséñale a mamá dónde está la absenta.

—¡Oye, que han estado a punto de matarnos!

Como si aquel regreso a su antigua vida fuera lo mejor que pudiera pasarle —y probablemente así fuese— Brooke se dirigió a su despacho, seguida por la niña.

—Oh, venga —murmuró Wylie mientras las seguía.

—Papá, no te distraigas ahora. Esto no ha terminado.

—¡Brooke, no hay absenta!

—¡Papá, vuelve!

—¡Tú vigila! —le gritó a Nick.

Entró en el despacho detrás de Brooke, que estaba abriendo los cajones de su mesa.

—Está en el doble fondo del cajón de los archivos —dijo Kelsey.

Wylie vio la mesa vacía. Vio que no había ningún portátil en ella. Vio que su vieja máquina de escribir se había fundido, como la tostadora de los Winter. Su amada y vieja Corona goteaba por un costado de la mesa, como un montón de plástico fundido.

—El ordenador ha desaparecido.

Brooke lo miró. Los ojos, inundados de lágrimas, se le salían prácticamente de las órbitas.

—Papá, baja aquí, por favor —dijo Nick.

—¿Qué quieres decir con «desaparecido»? —preguntó Wylie—. No puede haber desaparecido.

Pero era así, y con él su ventana al otro mundo.

De repente se sintió entumecido. Como si acabaran de lobotomizarlo. Como si le hubieran robado el alma.

—¿Tienes la copia? —preguntó.

Su mujer metió la mano en el bolsillo de sus vaqueros. Sacudió la cabeza.

—La tienen ellos.

—Me han dejado ciego.

—Probablemente vinieran para eso —dijo.

—Papá, será mejor que mires ahora mismo por la ventana.

Desde el exterior, por la parte delantera, llegaba un profundo rugido, una

cosa regular, el inimitable ruido de un gran motor.

Se acercó a la ventana y se asomó por ella. Al principio sólo vio negrura. Entonces comprendió.

Lo que estaba junto a su puerta era la cosa más ominosa que jamás hubiera visto.

—Está allí parado, sin más, papá —dijo Nick.

El enorme Humvee era negro y reluciente. Sus ventanas eran oscuras como una caverna y su motor ronroneaba, en punto muerto.

Habían introducido uno de sus vehículos por el portal.

El motor se detuvo. Algo se movió detrás de las ventanas negras. Las puertas empezaron a abrirse y lo que vieron salir del vehículo no era ni remotamente humano.

**LOS PORTALES***20 de diciembre*

Durante toda la noche, la luz había estado acercándose a la ciudad, mientras los exploradores patrullaban por los bosques, entre el tamborileo de la lluvia, con su tromba interminable, y el sordo baqueteo de los tambores. Los niños estaban en trance, pensó Martin al principio, y luego empezó a pensar que era algo que estaba más allá, que se encontraban en un espacio al que, a pesar de todo lo que le había ocurrido, él nunca podría llegar. Sin embargo, de vez en cuando, la mano de Trevor atravesaba la penumbra y tocaba la suya, y entonces comprendía que hay cosas que nunca cambian por mucho que cambiemos nosotros, que un hijo necesita a sus padres y que el amor de una familia es algo inexplicable.

En las últimas horas se encontró bajo una verdadera riada de pequeños, empeñados en estar cerca del único adulto del lugar. Mike y George y los demás jóvenes trataron de controlarlos, pero al final todos cedieron y él acabó abrazando a los pequeños lo mejor que pudo.

La belleza de la especie humana lo conmovió al sentir el contacto de sus pequeñas y suaves manos, y la mirada llena de admiración de sus grandes ojos. Uno de ellos, una niña llamada Tillie, que le recordaba tanto a Winnie que era casi doloroso, le dijo:

—Tienes que ser nuestro soldado. Necesitamos uno y no lo tenemos —Sus ojos lo estudiaron, y sintió que su mente accedía a la suya, y le provocaba una sensación que era como estar oliendo flores, o tumbado sobre la hierba. La niña, aquella niña pequeña y perfecta, inclinó la cabeza y luego llevó la mano a su mejilla y le dio unas palmaditas—. Soldado —dijo.

La mañana trajo consigo nuevas necesidades. Había veintidós seres humanos allí. Necesitaban comida y agua, y también unas condiciones decentes para hacer sus necesidades. Como nadie podía salir de la tienda por la noche, usaban cosas como un viejo cubo de plástico que se habían traído, o unas bolsas de plástico que parecían tener en abundancia, pero que, por desgracia, muchas veces se derramaban. Los niños no tenían pudor, pero los pobres adolescentes estaban desesperados por un poco de privacidad. Los chicos tenían que controlar los impulsos de sus jóvenes y vitales cuerpos, y las chicas trataban de ayudarlos.

En conjunto era el más bondadoso y más sucio grupo de gente que Martin hubiera conocido. El agujero más apestoso en el que hubiese llegado a estar se quedaba corto en comparación.

Había dos chicos a los que llamaban «guardianes de la puerta» y que tenían la misión de asegurarse de que nadie abría la puerta después del anochecer y, por encima de todo, que nadie salía. Los tambores eran lo bastante ruidosos como para ahogar los sonidos de los exploradores y los halcones nocturnos, así que los pequeños podían llorar por sus padres, pero no sentían la clase de temor que habría atraído a los monstruos a su tienda.

Con el paso de las horas, Martin fue sintiéndose cada vez más atrapado allí

dentro. Los niños se negaban en redondo a salir al exterior, al menos hasta el amanecer. Y tampoco habrían dejado que él lo hiciera, ni siquiera de haberlo querido, que no era el caso. Trevor se aferraba a él, lo mismo que todos los pequeños, y él era incapaz de privarles de aquel consuelo, por ilusorio que se le antojara.

Después de que lo hubieran forzado a iniciarse y, en cierta medida, se hubiese transformado, había visto que Trevor tenía el rostro cubierto por una extraña película de sudor rosado, y la camisa manchada. Martin creía saber lo que era: a causa del estrés provocado por enviar a su padre a afrontar aquella prueba, los capilares de la cara de su hijo habían reventado. Su cuerpo había empezado a sudar sangre.

A lo largo de la noche, Martin había puesto a prueba su nueva mente, y había descubierto profundos cambios. Seguía pensando igual que siempre, pero había nueva información, y cosas nuevas que ahora era capaz de hacer con su mente.

Trevor le había hablado del otro mundo que había visto, un mundo muy parecido al suyo, pero habitado por otras personas, un mundo que no parecía estar siendo atacado. Aseguraba haber cruzado un portal, y haber leído un libro al otro lado, un libro sobre su sufrimiento y las desgracias de aquellos días.

Martin conocía el concepto del multiverso, claro está, y estaba al corriente de que los últimos descubrimientos, realizados en el supercolisionador de partículas que los cuatro imperios habían construido en Suiza, sugerían que los universos paralelos eran una realidad. Pero que hubiera portales que pudiesen cruzarse así como así... Bueno, eso era algo que merecería la pena ver.

Un estremecimiento colectivo recorrió la tienda al salir el sol. El sonido de los tambores se volvió irregular y luego se detuvo. Se hizo un silencio muy profundo.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Martin a Trevor.

—Creo que le ha pasado algo malo a Wylie. Me parece que los serafines han entrado en su mundo —respondió su hijo.

Martin se dio cuenta de que era capaz de ver, con el ojo de la mente, una especie de fulgor que flotaba sobre el río Saunders. Podría haber sido tanto una telaraña recubierta de rocío como una entrada a otro universo. Vio también que los exploradores deambulaban por allí, como enormes tarántulas. Los serafines los habían creado con el fin de inspirar terror en el corazón de los humanos. El hecho de verlas hacía que él sintiera miedo y que ellas, al percibirlo, levantaran las patas y palparan el aire llenas de avidez.

Se retiró.

—¿Qué piensas, papá?

—Es un portal. Si no lo fuera, no estaría tan custodiado.

—Vale —dijo Pam—, aprovecharemos la ocasión para sacar la tienda de este barrizal y luego iré al pueblo a por provisiones. —Miró a Martin de soslayo—. Tú te quedas aquí.

No podía oponerse.

Salió con los demás a una de esas mañanas que amanecen después de una



gran tormenta, en las que la luz del sol, purificada, parece limpiar el mundo. Entre las copas de los pinos penetraban columnas de luz dorada, y al caminar entre ellas Martin sintió algo sorprendente, porque aunque parecía que únicamente el sol provocaba aquello, él tenía la sensación de que había alguien más.

Dos de los niños, conscientes de lo que estaba pensando, lo miraron. Iba a tener que acostumbrarse a aquella falta de privacidad... y al profundo sentido de pertenencia que la acompañaba.

Unos dedos delicados parecían estar sondeándolo, los dedos de un ser que estaba profundamente unido a él, a la vida, a todo. ¿Qué era aquello? ¿Estaba vivo el sol?

—Lo está —dijo Trevor—. Todo está vivo y todo es consciente. Todas las estrellas, la hierba, los árboles, hasta el más pequeño de los animales. Y algunos de ellos poseen una conciencia de sí tan grande como la nuestra. Ya lo verás.

—El cerebro de la abeja es microscópico, hijo, así que es imposible que sean conscientes.

Trevor esbozó una pequeña sonrisa.

—Tú sólo deja que ocurra, papá. Verás qué bien.

Al ver el caos de los niños moviéndose de acá para allá con sus piquetas, con cajas y cuerdas, cantando y riendo, nadie habría creído que estaban trabajando, y que además lo hacían de manera muy organizada. Pero era así, y en el momento exacto en que la tienda, con un estremecimiento, se vino abajo, cuatro de ellos salieron de debajo, llevándose todas las bolsas y el cubo de desperdicios que habían acumulado en su interior.

Nadie dijo palabra mientras la plegaban y se la llevaban, seguidos, curiosamente, por un niño pequeño cubierto completamente por la sombra del enorme tambor Cougars que llevaba en equilibrio sobre la cabeza.

Su manera de trabajar se parecía mucho a la de las abejas, pensó Martin, y luego se dijo que una mente colectiva, como es natural, era mucho mayor que la de cualquiera de sus componentes individuales.

Entonces cayó en ello: toda mente es colectiva. Así funcionan las cosas. Sólo hay que rendirse a ello. Dejar que ocurra, como decía Trevor.

—Vale, papá, vamos.

Claro, Trevor podía leer sus pensamientos. Cuando antes había dicho que no era fácil no había sido del todo sincero.

—No te mentí, papá. Pero cuando eres como nosotros, podemos leerte. Es más difícil con los que no han cambiado.

—Yo no puedo leer los tuyos.

—Claro que sí. —Se alejó en dirección a la afectuosa luz del sol.

Mientras lo seguía, Martin se dio cuenta de que sí que podía asomarse a los pensamientos de su hijo, que en aquel momento estaban centrados en el portal y en cómo cruzarlo. Algo imposible, por culpa del río.

—Claro que es posible, papá. Pero mejor no pienses en ello y no te preocupes. Concentra tu pensamiento en tu cuerpo, en el movimiento de tus pies al caminar, en tus manos, en las sensaciones físicas.

*¿Por qué?*

*Porque es lo que estás haciendo ahora mismo.*

Martin estaba asombrado. El intercambio había sido perfecto. Sí, estaba al corriente de los últimos avances en comunicación telepática llevados a cabo en Princeton, pero aquello se había hecho con la ayuda de microprocesadores implantados.

*Nosotros no usamos implantes, papá.*

Trevor siguió subiendo por la ladera, cada vez más empinada, que los separaba del Saunders y el portal. Martin se adelantó con la mente y vio que los exploradores seguían custodiándolo, y que el río se había desbordado. Sin embargo, en cuanto su mente los tocó, los exploradores se volvieron en su dirección y levantaron las patas. Algunos de ellos empezaron a moverse hacia allí.

—¡Vacía tu mente, vuelve a tu cuerpo!

Martin forzó su mente a concentrarse en la flexión de sus músculos, en sus pies, en su corazón y sus pulmones. Aunque ya no seguía viendo a los exploradores en su mente, seguía percibiéndolos con claridad, y sabía que su alarma había remitido.

Para hacerlo bien había que comportarse como los animales, contemplar el mundo sin reflexionar. No era fácil para un profesor.

*Si empiezas a oír ese traqueteo, permanece en tu cuerpo. No dejes que tu mente escape o se te echarán encima.*

¿Por qué no iba nadie más con ellos? Evidentemente, aquello era muy peligroso, y cuantos más fueran, más probabilidades de sobrevivir tendrían.

Trevor lo miró de soslayo. Sus ojos lo decían todo: «Éste es mi trabajo. Nuestro trabajo.»

En ese momento coronaron la colina y Martin vio que el Saunders había crecido aún más en los últimos minutos. Antes ya era malo, pero ahora era una inmensa y tumultuosa masa de agua negruzca y llena de árboles, tejados, paredes, escaleras e incluso unas ruedas de coche, que aparecían y desaparecían mientras avanzaban dando vueltas río abajo.

Al otro lado del río se veía su casa, con las ventanas a oscuras, vacía y olvidada. El agua llegaba ya casi hasta la puerta delantera. Y ése no era el único problema, puesto que a medio camino del risco aguardaban cinco exploradores, preparados para entrar en acción en cuanto alguien se pusiera a su alcance. Además de los de la orilla, que seguían patrullando.

Confundido, vio que las aguas empezaban a ascender hacia él.

Entonces se dio cuenta de que estaba viendo a través de los ojos de Trevor. Su hijo estaba descendiendo cautelosamente hacia los exploradores y el río atronador.

Martin echó a correr en pos de su hijo, tratando de alcanzarlo, de llamar al menos su atención... Uno de los exploradores que patrullaban la ribera se volvió y se dirigió en línea recta hacia él... sin prestar la menor atención a Trevor, al que no parecía haber visto.

—¡Corre río abajo, hijo! —gritó. Cogió una piedra y se la lanzó al monstruo. La roca, al golpearlo en la cabeza, hizo que la criatura se encabritara y siseara, mientras otras dos de ellas empezaban a acercarse también a él.

Para su espanto, vio que Trevor se introducía tranquilamente en la crecida.

—¡Hijo! ¡Hijo!

No podía escapar de los exploradores, y Trevor estaba a punto de morir. Pero en realidad sí que podía, lo único que tenía que hacer era abandonar su miedo, salir de su mente, dejar que pasara lo que tuviera que pasar. Detuvo su carrera, cerró los ojos y vació su mente. Enfocó con el pensamiento el murmullo de la sangre y el agua atronadora. Entonces lo alcanzó la plegaria, la plegaria de Franny, y se unió al susurro de su sangre.

Al abrir los ojos se encontró cara a cara con un explorador. Sus ojos lo enfocaban directamente y sus mandíbulas se movían con lentitud. Con suma cautela, lo rodeó, y luego hizo lo propio con un segundo, a tan poca distancia que pudo ver que tenía una costra de veneno endurecido en el abdomen, y un agujón del tamaño de un gancho de carnicero.

Trevor ya estaba dentro del río. Martin se zambulló y empezó a nadar.

El agua lo atrapó con la fuerza de un gigante, y vio que un gran roble, un árbol majestuoso, procedente sin duda del jardín de algún vecino de Harrow, se acercaba a él dando vueltas, con la muerte en las ramas. Si lo atrapaba se asfixiaría sin remedio.

Sin embargo, Trevor siguió nadando tranquilamente... y luego, ya no era visible dentro del agua, era como si la corriente no lo afectara. Como si caminara dentro de ella.

—¡Trevor! —Martin se forzó a sumergirse para esquivar el árbol que se le acercaba, se forzó a nadar, sintió que el agua lo atrapaba... y entonces vio que Trevor, a su lado, caminaba con toda tranquilidad, mientras el agua y los árboles y los trozos de coches, las casas, los cuerpos y el ganado ahogado pasaban, no sólo a su alrededor, sino a través de él.

Miró su propio cuerpo y vio que una gran rama del árbol estaba también atravesándolo, y un brazo humano, blanco e hinchado, y una espátula, y una docena de fichas de póquer, sin provocarle la menor sensación. Un cadáver pasó a su través, y luego varios asientos de un teatro, un televisor y unos matorrales.

Avanzó otro paso y la crecida desapareció. Se encontraba en la otra orilla del Saunders. Tras él, el río fluía con normalidad, emitiendo un agradable chapoteo al saltar sobre unas rocas.

—Ten mucho, mucho cuidado, papá. No sé lo que está pasando aquí.

—No puedo oír tus pensamientos.

—Aquí no. En este sitio no funciona.

Martin volvió la mirada hacia el Saunders. El risco estaba allí, pero todo estaba en calma, bañado por el dorado sol de la mañana. Era una visión de la que había disfrutado mil veces. En los domingos de verano, desde aquel lugar se oían las campanas de la iglesia.

Habían cruzado el portal, y al otro lado, en aquel universo, el Saunders no

estaba crecido.

—Vamos, tenemos que averiguar qué pasa con ese Hummer.

—Parecía un vehículo militar.

—Los Hummers del ejército tienen pintura de camuflaje. Ése lo trajeron los serafines.

—¿Han venido?

—Eso parece.

Trevor abrió la marcha caminando a paso vivo en dirección a la casa. Mientras iba detrás de su hijo, Martin experimentó una sensación de *déjà vu* tan intensa que, además de desorientarlo, resultó casi dolorosa. Aquello se parecía a su hogar, era como su hogar, pero no era su hogar. No lo era.

Trevor se detuvo.

—Son ruidosos —dijo.

—No se oye nada.

—Ése es el problema. Su coche está en el garaje, pero el silencio es total.

Había algo parecido a un Saab en el garaje, con la puerta abierta, y él lo vio.

—¡Es azul!

—Sus coches son de colores diferentes. Azules, rojos, blancos...

Martin nunca había oído nada tan absurdo. ¿Por qué iba a querer nadie conducir un coche de colores? Los coches eran negros. El tal Wylie debía de ser un excéntrico. Ahora que lo pensaba, eso encajaba con sus pretensiones literarias.

Trevor se aproximó al lugar cautelosamente, por la ladera, sin apartar los ojos del Hummer.

Martin susurró, lo más alto que se atrevió:

—¡Trevor!

Su hijo le hizo gestos furiosos. El mensaje era inequívoco: «Cierra el pico.»

El muchacho se puso en cuclillas, y luego se dejó caer al suelo. El Hummer se encontraba entre la casa y él, pero seguro que, si miraban con la atención suficiente, podían verlo desde el Hummer.

Al cabo de un momento volvió a moverse, aunque esta vez le indicó a Martin que debía seguirlo.

Como por instinto, de un salto, se puso en pie. Trevor abrió los ojos de par en par, y se quedó boquiabierto un instante... y entonces se produjo una tremenda detonación y algo se perdió con estrépito en los bosques.

—¡Saca tu culo de ahí! —rugió una voz—. ¡Te tenemos entre dos fuegos, capullo! —Un disparo le pasó tan cerca que sintió el aire caliente que desplazaba.

Se tiró al suelo.

—¡No —gritó—, somos amigos!

Otro disparo levantó la gravilla a poca distancia de su cabeza. Intentó retroceder hacia la cima de la colina para poder refugiarse detrás de ella.

Pero entonces sonó un nuevo disparo a su espalda, sólo que más cerca, mucho más cerca. Únicamente podía hacer una cosa. Se puso en pie y levantó las manos.

—Vale —dijo—. Vale.

Desde los árboles llegó la voz de un muchacho.

—Es un tío, papá. Un tío y un chaval, escondidos junto al Hummer.

Silencio.

—No queremos haceros ningún daño —dijo Trevor—. Tenemos que hablar, por favor.

El otro chico apareció al otro lado del camino. Llevaba un rifle de gran tamaño, que empuñaba con la seguridad de un experto.

Martin comprendió lo que estaba ocurriendo allí. Era un momento histórico: el primer contacto de humanos procedentes de dos universos diferentes.

—Hola —dijo Trevor mientras se levantaba. Salió de detrás del Hummer y se colocó en una posición en la que se le podía ver con toda claridad desde la casa.

—Señor Dale, soy Trevor.

—¿Tenéis el portátil? —preguntó Wylie Dale.

—No.

—Éste es mi padre, Martin —dijo Trevor—. Tenemos que volver a consultar el libro.

—Nos han robado el portátil. Y en general, las cosas por aquí no han ido bien. Nada bien.

Martin comprendió entonces que lo que habían estado oliendo era carne, y procedía del Hummer. Al acercarse, vio que había unos restos ennegrecidos en su interior, los cuerpos destrozados de unos serafines. Y luego, a un lado de la casa, el de uno de los exploradores. Por un momento se quedó helado, pero entonces comprendió que también estaba muerto.

—Así que tú eres Trevor —dijo Wylie—. ¡Eh, Brooke, aquí están los protagonistas del maldito libro, y mira, son de carne y hueso!

El muchacho se acercó a Trevor.

—Hola, Nick —dijo éste.

—Qué tal. —Nick extendió la mano.

Trevor la miró.

—¿Podemos?

—No sé.

Martin los miraba. Wylie los miraba. Su esposa, Brooke, los miraba. Una vocecilla de niña dijo desde detrás de la bella mujer:

—*Peluchín* cree que sí.

¡*Peluchín*! Era el mismo nombre que Winnie le había puesto a su peluche. Al acercarse madre e hija, Martin vio que *Peluchín* no era una cebrá, sino un elefante.

—Está llorando, mami.

—Han perdido a Winnie y a Lindy —dijo Brooke—. Ya lo sabes, cielo.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó Trevor.

—Será mejor que entréis con nosotros —dijo Wylie.

La casa mostraba que se había librado una lucha terrible. Martin no dijo nada, pero estaba asombrado. Estaba claro que la familia había salido ilesa, pero



se veía que la lucha había sido encarnizada. Las alfombras tenían manchas de sangre y le pareció ver una forma ensangrentada, envuelta en una sábana, detrás del sofá.

—Hemos tenido un poco de acción por aquí —dijo Wylie—. Pero entre los míos y yo lo hemos solventado. —Sacó un objeto alargado y marrón del bolsillo de su gruesa chaqueta de cuero—. ¿Un cigarro?

Martin lo observó en silencio, sin saber muy bien qué quería decir exactamente. La entonación de la desconocida palabra sugería que se trataba de una pregunta. ¿Tal vez una especie de ofrecimiento? Obviamente, tenía que haber diferencias entre los universos, era lógico —allí los coches eran de colores—, pero aquello era un poco desconcertante. Supuso que no sería una oferta sacrificial. Ya debían de haber superado esa fase.

—Creo que me he ganado el derecho a hacerlo en casa —dijo Wylie.

—Wylie. —Brooke se le acercó y lo rodeó con los brazos—. Eres el hombre más increíble del mundo —dijo—. Puedes fumar hasta que escupas los pulmones, cariño.

—¡Jo, mamá!

Wylie se metió el objeto en la boca, sacó una caja de cerillas y utilizó una de ellas para encender uno de sus extremos. Lanzó a Martin una nueva mirada de soslayo.

—Es un Partagás, del mismo humedecedor de Fidel.

—Es tabaco —les explicó Trevor—. Lo queman y se comen el humo.

—Pero... es polvo. El tabaco se inhala en polvo.

—Papá, no creo que tengan cigarros —dijo Nick. Estudió a Martin con la mirada—. ¿Sabes lo que está haciendo? —Entonces frunció el ceño—. Jesús, mira qué cara.

—No has leído mi libro tan bien como imaginas, hijo —dijo Wylie mientras se comía el humo. O, más bien, lo inhalaba. A Martin le gustaba el tabaco en polvo, pero no quería sumarse a los millones de afectados por cáncer de seno nasal, así que lo había dejado. Sin duda, con aquel método se eliminaba el problema. De ese modo, pensó, podrían consumir tabaco sin miedo a los problemas de salud.

—¿Tu amigo Fidel fabrica esos cigarros?

—Bueno, está muerto, pero sí, son cubanos genuinos, importados de allí.

—En nuestro mundo el tabaco es legal, pero es peligroso. Se vende en un polvo que algunos llaman rapé.

—Aquí también es peligroso. Los puros provocan cáncer. Pero a mí me encantan.

—Pregúntale por Fidel Castro —dijo Brooke.

—No tengo ni la menor idea de quién puede ser —respondió Martin—. ¿Y tú, Trev?

—No.

—Un dictador cubano —dijo Nick—, que murió hace pocos años. Un comunista.

—Un comunista, como... eh... ¿Trevor, puedes echarme una mano?



—Un filósofo del siglo XIX llamado Karl Marx inventó un sistema de gestión del trabajo que dio lugar a un enorme movimiento social en el siglo XX de este universo. Papá, el siglo pasado este mundo fue un caos total. Por eso son tan duros. Por eso hay cadáveres de serafines por toda la casa, además de un explorador, y los han quemado. En este universo, los humanos llevan tanto tiempo en guerra que se han hecho increíblemente fuertes.

—¿Es que no hay guerras en el vuestro?

—No, Wylie, la verdad es que no. Los británicos y los franceses se disputan las posesiones africanas, claro. Y el Contingente Bóer es un incordio para los británicos en Sudáfrica. Y los rusos libraron una guerra contra los japoneses.

—Un momento. —Dio una calada a su cigarro—. ¿El nombre de Sarajevo te dice algo?

Martin no sabía a qué podía estar refiriéndose. Sacudió la cabeza.

—¿La primera guerra mundial? —preguntó Wylie—. ¿La segunda?

Martin estaba perplejo.

—Papá —dijo Trevor—. Es el nombre de dos gigantescas guerras que hubo aquí. —Señaló una estantería manchada de sangre—. Libros de guerra —dijo—. He leído algunos de ellos.

—Mira, en nuestra Tierra llevamos en guerra desde que asesinaron al archiduque Francisco Fernando en 1914.

—¿Un archiduque? ¿Asesinado? Cuesta creerlo.

—Vosotros aún tenéis, ¿no?

—Claro. Y Cuba es una colonia estadounidense y no existe ningún líder colonial llamado Fidel, y eso de que la absurda filosofía de una oscura figura histórica tenga alguna importancia...

—El comunismo fue el azote de nuestro mundo durante setenta años —dijo Wylie—. Costó millones de vidas, y las guerras mundiales otros quinientos. Fue una carnicería.

Martin miró la pared de la sala, dominada por la vitrina de las armas.

—Yo no permito armas en mi casa.

—En eso llevas razón —dijo Brooke—. La violencia engendra violencia.

Nick recogió de una mesa lo que parecía un cañón portátil. Sopló en el cañón.

—Pero a veces es necesaria, ¿no, mamá?

En casa de Martin, ningún niño le habría hablado así a un adulto, y mucho menos a uno de sus padres.

—Wylie —dijo—. Me preguntaba si tienes alguna idea concreta sobre lo que podemos hacer. Sois más duros que nosotros...

—Esos cabrones también son muy duros, y me parece que nos van a dar a base de bien. Y dentro de poco.

—Pero podéis... podéis atacarlos.

—Amigo, creo recordar que vuestro presidente lanzó una bomba de hidrógeno contra la isla de Pascua sin conseguir una mierda. Desde mi punto de vista, eso no es lo que se llama «pacifismo». Pero el hecho de que no

funcionara... Tengo que decirte que, cuando escribí aquellas palabras, me sentí enfermo. Realmente enfermo, porque nosotros tampoco tenemos nada más potente que la bomba de hidrógeno.

—Sin embargo, si vuestro mundo está constantemente en guerra, no tendréis una Comisión Militar Británica que os exija explicaciones, ¿verdad? Pues nosotros sí. Cuando las superpotencias empezaron a interesarse de verdad por el asunto, todo había terminado.

—Los primeros perdidos fueron ingleses.

—Un imperio tan grande como ése necesita mucho tiempo para actuar. En este caso fue demasiado, aunque no sé si podrían haber hecho algo.

—Wylie —preguntó Trevor—. ¿Sabes por qué estamos aquí?

—Tuvisteis una reunión la noche pasada y decidisteis que querías abrir un canal de comunicaciones directas. El problema es que no sabemos mejor que vosotros lo que se debe hacer... O sea, esto es ya un desastre colosal. No sé si se puede hacer algo. Perdona que te lo diga, pero creo que estáis acabados.

—Sin el ordenador ¿puedes seguir escribiendo? —preguntó Trevor.

—No, chico, no puedo. Traté de usar el portátil de Nick y el de Brooke y el Mac de color rosa de Kelsey, y no ocurrió nada. En absoluto. La magia, fuera la que fuese, no estaba allí.

—Lo percibimos —dijo Trevor—, y por eso vinimos. Porque sabíamos que las cosas os iban mal.

—Sois tan... no sé, precisos. Hacéis las cosas lenta y metódicamente, pasando de «A» a «B» y de «B» a «C». ¿No es posible que seáis un poco más lentos que nosotros? Mentalmente, me refiero. ¿Menos listos?

—No somos tan agresivos —dijo Martin—. Obviamente, teniendo en cuenta todas vuestras guerras, esos comunistas, el tabaco de fumar, que yo interpreto como un símbolo de dominación...

—Habla en griego. Tu inglés es una basura.

—De hecho, hablo un poco de griego. Hice una investigación sobre la Acrópolis, que no levantó controversia, a diferencia de otros trabajos míos.

—Ya lo sabía. Aquí también tenemos ruinas extrañas. Las mismas, con leyendas muy parecidas. Una guerra en el cielo, una gran inundación, todo eso.

—Lo que significa que también estuvieron aquí.

—Mamá —dijo Kelsey—, ¿cuándo vamos a matar al hombre de debajo de la casa?

—¿A qué hombre se refiere? —preguntó Trevor de inmediato.

—Papá tiene a un tío de vuestro universo atrapado debajo de la casa. Está muy mal. Es humano, así que hemos llamado a un policía amigo para que venga a echar un vistazo.

—Dice ser Al North, ¿verdad? ¿El general North?

—Está en muy mal estado —dijo Wylie—. Pero no pienso matar a nadie hasta que la policía me diga que lo haga. ¿Está claro?

—¿Podemos interrogarlo? —preguntó Trevor.

—Claro. Por mí como si le dais un buen baño a ese cabrón. —Dio una

calada a su cigarro y se lo sacó de la boca—. Usad esto con sus ojos. Creo que le hará hablar como una cotorra.

Trevor cogió el cigarro y lo levantó.

—¿Cómo lo hacemos?

Nick se echó a reír.

—Con lo del baño se refiere a una forma de tortura —dijo Wylie—. Se le hace creer al tío al que interrogas que está ahogándose. Y en cuanto a ese cigarro que has cogido, sólo tienes que pegar el extremo encendido a la cuenca ocular del general y verás cómo te dice algo más que su dirección.

Trevor lo tiró.

Wylie cogió el cigarro antes de que tocara el suelo.

—Es cubano, ¿recuerdas? —Le dio una gran calada y exhaló una gran nube de humo—. Es realmente hermoso. —Se levantó, cruzó la habitación y entró en la cocina.

Martin estaba pensando que, aunque escritor de profesión, poseía la velocidad y la energía de un soldado. Y lo mismo podía decirse del muchacho, y de la mujer, que, con aquellos labios fruncidos, parecía capaz de matar a un hombre con sólo mirarlo. Únicamente la niña pequeña parecía vulnerable, aunque puede que eso fuera porque su peluche se llamaba también *Peluchín*, y su Winnie había sido una niña muy buena.

Wylie abrió una trampilla.

—¿Cómo van las cosas por ahí, general? Vamos a torturarlo, sólo para que lo sepa. —Cerró la trampilla—. Esto se llama «ablandarlos».

—Él no está jugando con toda la baraja, papá —dijo Nick.

—No olvides esto, hijo. Da igual que jueguen con media baraja, mientras sea la tuya, o incluso con una sola carta, mientras sea la que necesitas.

—No tenemos ni idea de cómo tratar con Al North —dijo Nick—. Y ellos tampoco.

Se hizo el silencio. Era verdad.

Wylie abrió su móvil y marcó.

—¿Dónde coño estás, Matthew? Por cierto, acabo de terminarme el último Partagás. —Escuchó—. Bueno, escúchame, por aquí el contador de rarezas acaba de salirse por el techo. Así que vuelve a meter el puñetero donut en la puñetera caja y mueve el culo. —Colgó—. Ya imaginaréis que no puedo decir gran cosa por teléfono, pero he de decir... —Se detuvo. De repente, toda la bravuconería lo abandonó, como la espuma del oleaje al retirarse de la playa. Cerró los ojos. Sacudió la cabeza. —He salvado a mi familia —dijo en voz baja—. Con la ayuda de mi hijo. —Entonces se sentó y le dio una larga calada al puro.

Una camioneta se acercó dando tumbos a la casa, con el motor revolucionado al ascender por el empinado camino de acceso. Se detuvo.

—Ah, esperemos un poco mientras el caballero de la policía hace el recuento de los cadáveres.

Un hombre uniformado y de elevada estatura abrió la puerta delantera y entró en la casa con los mismos andares vigorosos y agresivos que, empezaba a

pensar Martin, caracterizaban a todos los habitantes de aquella Tierra.

—Qué Hummer más raro —dijo al entrar. Entonces olisqueó el aire. Miró a Brooke—. ¿Te ha drogado o algo así?

—Es una recompensa por habernos salvado la vida.

—¿De qué? ¿El Hummer es de un traficante? Tío, eso es un vehículo del ejército de los Estados Unidos, tal cual. No se ven muchos de esos cacharros por aquí. —Miró a Wylie—. No me diga que es suyo, amigo, eso me jodería.

—Matt, quiero que te des la vuelta y mires al hombre que está delante de la chimenea, tratando de no mearse en los pantalones. Quiero que lo mires a los ojos y me digas lo que ves en ellos.

El hombre delgado y de rostro fino se volvió, y al hacerlo, Martin vio que no llevaba un arma de fuego de pequeño tamaño como Bobby, sino una casi tan grande como el cañón portátil de la familia. Miró la pistola y la manaza que la empuñaba y luego, aunque un poco a regañadientes, la cara del hombre. Dejó que Matt lo mirara a los ojos.

—¿Qué le ha pasado?

—Es... es...

—Es un cambio evolutivo rápido inducido por un trauma extremo —dijo Wylie—. Podría decirse así, ¿no Martin?

—Yo diría que sí.

—Pero, eh... discúlpeme, creo que no nos han presentado. —Extendió la mano—. Me llamo Matt. Eh... hola.

—Hola.

—Usted... —Lo señaló con la barbilla en un gesto muy expresivo.

—En efecto, no somos de aquí. Éste es mi hijo Matt.

—Así que ustedes son los que perdieron a Lindy y Winnie. Oh, Jesús, lo siento.

—Matt, yo recomendaría un whisky doble, pero no tenemos tiempo. Tenemos a uno de sus compatriotas maniatado en nuestro subsuelo. Un elemento muy extraño y modificado, que antes era un general de su versión de las Fuerzas Aéreas pero que ahora es una especie de monstruo al que se le ha dotado de la capacidad de desplazarse entre los dos mundos, según parece, por el procedimiento de hacerle cosas horribles a su cuerpo. No lo creerías si no lo vieras. O sea... ¿Te acuerdas del tío del sur del estado, el que apareció con la cara mutilada?

—Naturalmente. Cómo no iba a recordarlo.

—Las partes que le faltan se las han cosido al tipo que te digo.

—¿Qué?

—Se las han cosido para proporcionarle una conexión física con este universo. Así dispone de mayor libertad de acción. Eso es en teoría. En la práctica es una mierda. Son los serafines los que tienen problemas para moverse por nuestro universo, no las personas. Y él es una persona. O lo era.

—Vale, algo he entendido. Tenéis un hombre en el subsuelo con las... las partes... las partes del cuerpo que le faltaban a Nunnally.

—En un intento fallido por proporcionarle mayor libertad de movimiento en nuestro universo.

—Y éstos son Martin y su hijo.

—Sí, señor.

Matt volvió a mirarlos. Alargó la mano. Martin se la estrechó.

—Guau —dijo Matt—. ¿Seguro que es verdad, Wylie?

—Oh, sí. Y ahora lo que necesitamos es que el Frankenstein de la bodega les cuente... ¿El qué, Martin? ¿Qué crees que podría ayudarlos?

—Si supiéramos cómo impedir que los serafines entraran en nuestro mundo, nos ayudaría. Si pudiéramos entender cómo cerrar los portales, nos ayudaría.

—¿Habéis leído la parte del viaje de Samson a Abaddón? —preguntó Wylie—. ¿Veis una debilidad por alguna parte?

—Tienen prisa. Así que tenemos que frenarlos —respondió Martin.

—La cuestión es que cuando imagino un final para mi libro, veo esas ciudades enormes y mugrientas, llenas a rebosar de serafines hambrientos, y están en vuestro mundo. No veo Nueva York, Washington ni Londres. Lo siento, tío, pero no lo veo. Lo que veo son océanos. Ahora mismo, parece que perdéis.

—¿Este hombre sabe cómo extraer información? ¿Conoce las técnicas? —preguntó Martin.

—Las conoce, Martin —dijo Wylie—. Sirvió algún tiempo en Oriente Próximo.

—Entonces, ¿puede torturar al general North por nosotros? —preguntó Martin.

—¡No pienso hacer eso! —repuso Matt.

—Debes hacerlo, amigo —dijo Wylie—. Porque cuando los serafines terminen con esos tíos, seremos los siguientes.

—Les arrancaremos el corazón —musitó Matt.

—Los hemos visto aquí y, créeme, nos aniquilaremos mutuamente. No, no nos conviene que lleguen a nuestro mundo. Y ese capullo de North es la clave. Así que vas a ayudarnos. Vas a dedicar cinco minutos a hacerlo.

—¡Es totalmente ilegal!

—Ese tío no existe en nuestro universo, así que carece de derechos. Venga, Nick, ve a por tu monopatín. Creo que podemos hacerlo con un monopatín y una toalla.

—¡No voy a torturar a un puñetero general de las puñeteras Fuerzas Aéreas!

—Sí, claro que vas a hacerlo. —Wylie abrió la trampilla. Un pestazo a orines y sangre ascendió desde el subsuelo. Se asomó—. Buenos días de nuevo, general. ¡Tenemos visita!

Los ojos del general North siguieron mirando el mismo punto. Su pecho no se movió. Wylie lo supo al instante: Al North estaba muerto.



## 20

**EL BUEN SOLDADO***20 de diciembre*

Al North nunca había sentido un dolor así. Aunque había presenciado torturas en el Líbano —hombres a los que se les metían bolitas de fósforo debajo de las uñas antes de encenderlas— no creía que el dolor experimentado por aquellos hombres, por horroroso que fuera, se acercara siquiera al suyo.

Estaba gritando, eso lo sabía, como si estuviera viéndolo desde lejos, pero también sabía que no estaba emitiendo sonido alguno. Había llegado a aquel lugar —un universo paralelo, había terminado por comprender— cumpliendo fielmente las órdenes recibidas, con la misión de cometer un asesinato. Nunca había esperado que le pidieran algo así, pero aquello era una guerra, y estaban desesperados, y los militares y los servicios de inteligencia estaban sumidos en un caos total, así que sí, sabía por qué habían recurrido a él y había decidido que cumpliría con su deber.

«¡Está mal!»

Permaneció inmóvil, escuchando las voces procedentes de arriba. El hombre al que le habían enviado a matar había resultado un tigre, y su hijo casi lo mismo. Por expresarlo con toda franqueza, habían arrollado a Al, que no era precisamente un hombre menudo y sí un experto luchador. No había contado con encontrarse con un adversario preparado, dispuesto a luchar y capaz de arrancarle ojos con las manos desnudas, ni un niño que podía levantar una condenada escopeta del tamaño de un yunque y descerrajarle un tiro en las tripas. ¡Un niño!

«¡Ellos no son el enemigo!»

¿Qué era aquello? Parecía como si parte de su mente le gritara detrás de una puerta cerrada. Tenía que levantarse y salir de allí, porque su misión era matar a aquellos tipos y seguían con vida. Acabaría con todos. Los masacraría, a las mujeres también. A todos.

«¡No!»

Sí, gran idea, desobedecer una orden directa transmitida en persona por su oficial superior, que además resultaba ser el comandante en jefe de las fuerzas armadas de su país. No le gustaba Tom Samson ni le había gustado nunca. El presidente había cometido un gran error al nombrarlo para el cargo. Pero estaban en guerra, en una situación desesperada, y en tales condiciones no tenía otra alternativa que confiar en la cadena de mando.

«¡Confía en tu propia alma!»

La voz... estaba diciendo algo. «Soldado», quizá. «Soldado, estás muriéndote», eso es lo que estaba diciendo.

¡No había cumplido su misión y tenía que salir de aquel condenado agujero y hacerlo!

Luchó por levantarse y no lo logró. Cerró el ojo que aún le funcionaba, tomó aliento y se empujó con las dos manos. Una riada de agonía recorrió sus brazos y



su pecho de un lado a otro. Sintió que se le iba la cabeza. Le fallaron las fuerzas. Su corazón latía en su pecho con la fuerza de un martillo. Por debajo de la cintura, no sentía absolutamente nada...

Había visto a otros en la casa, en un Hummer.

«Eran ellos. ¡Ellos!»

Era una unidad amiga, de eso se había dado cuenta, pero ni ellos habían podido acabar con aquella gente. La madre había destruido una de sus extrañas armas con un hacha, mientras la niña —¿qué tendría, siete, ocho años?—, a un lado, observaba y se reía diciendo:

—Mamá ha matado una araña gorda.

Eran unos hijos de puta muy duros.

«Esa araña era un explorador, y los exploradores son armas del enemigo, soldado. Estás trabajando para ellos, ¡y es necesario que lo afrontes!»

La trampilla volvió a abrirse. La luz lo cegó un momento. Luego vio una silueta.

—¡No está muerto! ¡Aún respira!

Otra cabeza apareció y desapareció al cabo de un instante.

—La leche, tiene razón.

—¡Matadlo! —dijo la voz de la mujer.

—¡No podemos hacerlo, Brooke! Tengo que llamar al EMS, hay que tratar de salvarle la vida. Y... joder, tenéis un hombre cosido a tiros en vuestro subsuelo, así que de aquí no se mueve ni Dios. ¿Estamos? ¡Ni Dios!

—Fue en defensa propia. Él nos atacó primero.

—Lo sé, pero he de seguir el procedimiento, amigo. Esto no es ninguna broma.

—Es de nuestro universo —dijo otra voz.

El general North los oyó murmurar allí arriba. Los muy cabrones habían descubierto cómo cruzar un portal e iban a arruinar la operación entera.

«¡Eso no debería entristecerte! ¡Debería alegrarte! ¡Es bueno, es una victoria, por el amor de Dios, escucha a tu alma!»

Su mente daba vueltas, tratando de encontrar el modo de cumplir sus órdenes. Tenía que haberlo, siempre lo había.

En el piso de arriba había armas, montones de ellas. Pero allí abajo nada, aparte de suciedad. Había perdido el arma hacía tiempo. Así que, ¿tenía algo con lo que pudiera causar daño? El cinturón... Sí, pero no iba a poder estrangular a nadie. Los alfileres de sus medallas, genial. Los dientes. Podía morder, puede que incluso con fuerza. Sí, eso. Podía morderles en la mejilla. Y agarrarlos con la mano izquierda. Probó a hacerlo. Sí.

Necesitaba que lo sacaran. A partir de allí, se las arreglaría.

Esperó. Nada. Ninguna voz más, que él pudiera oír. Unas pisadas que se alejaron, y luego unos gritos lejanos. Estaban mirando lo que había hecho la unidad de inteligencia.

Así que habían llamado al EMS, y ahora que eso estaba hecho, estaban enseñándole al agente los daños del resto de la casa. Mala cosa. Tenía que

conseguir que lo sacaran de allí antes de que apareciera un grupo de agentes del EMS para llevárselo.

Aspiró lo más hondo que pudo y dejó que el dolor lo poseyera. Sabía cómo enfrentarse al dolor, y había estado haciéndolo, pero era hora de cambiar su manera de abordar el asunto. Mientras el aire escapaba de sus pulmones se obligó a gritar.

Funcionó tan bien que lo dejó asombrado. Increíblemente bien. Volvió a aspirar hondo y lo repitió. El sonido era extraño, un aullido espectral que provocó que la marejada del dolor volviera a levantarse.

Y también que se abriera la trampilla.

—El EMS llegará en seguida —dijo la nueva voz.

A lo que respondió otra voz, más cortés, más suave:

—Es de nuestro mundo y es malvado. Tienes que dejar que...

—¡No tengo que hacer nada, doctor Winters! Este hombre ha recibido varios disparos, está aquí, y lo que ustedes tienen que hacer es dejarme hacer mi trabajo.

—Es un criminal de nuestro mundo. Lleva uniforme, pero trabaja para el enemigo.

—No me presione... —dijo Matt.

—Eh, chicos, ya vale —respondió Wylie—. Martin, parece que al final sí que tienes agallas.

—Tenemos que llevarnos a ese hombre con nosotros —insistió Martin.

—A mí me parece que necesitarías llevaros al cuerpo de marines entero.

—Teníamos un cuerpo de marines, ¿sabes? Y ya no existen. ¡Desaparecieron! El ejército fue aniquilado en la primera oleada. Por todo el mundo. Aniquilado. Así que, como no consigamos detenerlos, van a venir aquí *tout suite*...

—Matt...

—Chicos, voy a sacar el arma dentro de un segundo, y detesto hacerlo.

—¿Sabía usted que tiene un equivalente en nuestro universo? ¿Que también es un amigo mío de toda la vida, como usted lo es de Wylie? Se llama Bobby. Ha desaparecido, y creemos que se ha convertido en uno de los perdidos... un hombre vivo, pero sin alma.

—Y lo mismo le pasará a usted —añadió Trevor— si vienen aquí. Acabará vagando por ahí, sin alma, como la gente que ha visto Wylie... O, peor, acabará como el tío que tenemos abajo, tan retorcido y transformado que, aunque esté trabajando para el enemigo, creerá que lo hace para los suyos. Será así, y muy posiblemente dentro de pocos días.

—Mire, este tiroteo es la cosa más seria que ha pasado en este pueblo en toda mi carrera.

—Pues tendrías que haber visto al monstruo que se ha cargado mamá. Era como una araña enorme, y cuando le disparó, echó un líquido caliente que olía a bacon quemado.

«¡Escúchalos! Son tus amigos.»

Volvió a aspirar hondo y profirió un nuevo aullido.

—Deje que nos lo llevemos —suplicó Trevor—. Deje que averigüemos lo que necesitamos saber.

—Pueden interrogarlo en el hospital —sugirió Matt.

Wylie soltó una sonrisa desdeñosa.

—Oh, mierda, Matthew, a ese capullo va a haber que meterle la cabeza en el agua. Hay que meterle una rata viva en la cuenca ocular. Como mínimo, joder. Un hospital. ¿Crees que metería una puñetera cobra en un hospital?

—Si estuvieras en mi lugar, desde luego. En una clínica veterinaria. Es la normativa del departamento, todos los animales heridos deben recibir tratamiento.

—No me refería a eso...

La ambulancia no tardaría mucho en llegar, así que Al tendría que hacer un esfuerzo supremo si quería conseguirlo. Tenía más de un trabajo, ahora lo sabía, porque tenía que matar a cada una de esas condenadas personas, especialmente las que procedían de su propio universo.

¿Cómo podían haberse torcido tanto las cosas? Tenía que acabar con ellas y advertir al general Samson de que las cosas estaban descontrolándose, estaban descontrolándose mucho.

Entonces el poli bajó hasta allí. De pronto, lo tenía allí mismo. Era su oportunidad, su única oportunidad.

Mientras el muy imbécil se inclinaba, Al alargó el brazo y sacó la pistola de la pistolera con el dorso de la mano.

El arma cayó sobre su muslo con un golpe sordo que se transmitió por todo su cuerpo, pero no llegó a sentir.

—Perdone —dijo el poli mientras alargaba la mano hacia la pistola.

Al fue más rápido. Cogió la culata entre el pulgar y el índice. Deslizó la mano sobre ella e introdujo el dedo en el gatillo.

La levantó.

—¡Mierda, tiene mi pistola! ¡Tiene mi puta...!

Al disparó hacia arriba, a ciegas. Llegaron unos gritos desde el piso de arriba. No podía saber si le había dado a alguien, así que siguió disparando y disparando hasta que sólo le quedó una bala.

A esas alturas, el poli había escapado al piso de arriba y todos estaban gritando.

Sabía lo que tenía que hacer. Necesitaban información que él poseía, y por lo que parecía, iban a sacársela con tenazas. Y lo conseguirían. La experiencia de su propio mundo con la tortura era un juego de niños comparada con lo que podían hacer aquellos bastardos.

«¡Díselo! ¡Díselo todo!»

Había un portal del que no sabían nada. Pero él sí, porque lo había utilizado para entrar y no iba a permitir que lo encontraran.

No podían destruir a los serafines, ni de lejos, pero sí retrasar las cosas, y ésa era la cuestión, porque cada día a partir del veintiuno, las cosas serían más y

más complicadas, y alrededor del veinticinco, los portales volverían a cerrarse, y Abaddón volvería a quedar aislado casi por completo durante otros trece mil años. Tendrían que limitarse, como hasta entonces, a enviar algún que otro saboteador para socavar los cimientos de la civilización humana, provocar guerras y propagar el hambre, la codicia, y la confusión para mantener débiles a esos bastardos.

«Para mantener débiles a tus congéneres, querrás decir. Escúchate a ti mismo, general, estás pensando como el enemigo.»

Tenía el cañón del arma apoyado debajo de la barbilla. Pidió al buen Dios que alguno de sus disparos hubiese alcanzado al hombre.

Entonces salió del subsuelo y subió a la cocina. Wylie, su objetivo, estaba ileso. Todos lo estaban.

Y Al sintió un alivio indescriptible al darse cuenta.

Al segundo siguiente comprendió que la persona que seguía tendida allí abajo, en el subsuelo, con la cabeza reventada, era él.

—¡Eh, oye! Oh, Jesús, lo siento. ¡Lo siento!

Se acordó de aquella mujer, la capitana Mazle. Comprendió que era un serafín. Y Samson también. Estaban disfrazados, y usaban drogas que les permitían sobrevivir en la atmósfera del mundo humano. Y le habían robado la voluntad.

Agujas, afilados bisturíes, trozos de carne sobre bandejas de plata: un cerebro extraído, un cerebro insertado.

Le habían robado la memoria, habían pisoteado su honor.

«¡Este soldado se debía a su país, no a ellos!»

Había estado trabajando para el enemigo.

Mientras observaba, llegaron los agentes del EMS. Los vio bajar al subsuelo.

—Puedo deciros lo que necesitáis saber —dijo.

El poli bajó corriendo tras los médicos. Wylie y su familia también, abrazados. Martin y su familia se alejaron colina abajo.

Al salió corriendo al exterior.

—¡Esperad! ¡Escuchadme! ¡He cometido un error, pero puedo ayudaros! — Se acercó a ellos. Le gritó a Martin en la cara:— ¡Escúchame! ¡Puedo ayudaros!

Nada. Cogió a Martin... y sus manos lo atravesaron. Martin se estremeció y dijo:

—Acabo de sentir como si alguien me atravesara.

—Papá, tenemos un problema, porque hemos de volver, y cuando lo hagamos, saldremos en medio de una crecida. Acuérdate de cómo estaba el Saunders en nuestro mundo.

Al oía todas sus palabras.

—¿Podéis oírme? —exclamó.

—Sí, tienes razón, no podemos cruzar.

—¿Y con el Hummer?

—¡Sí!

«¡No! ¡No! ¡Idiotas, la corriente se lo llevará!»

Regresaron colina arriba.

—Está lleno de serafines muertos.

—Nos los llevaremos. Así les ahorraremos muchos problemas a Matt y a Wylie.

—Además, la parte trasera está cubierta de veneno. Debían de llevar consigo el explorador destruido.

Al los había seguido. Se encontraba a escasos centímetros de ellos.

«¡Escuchadme! ¡Escuchadme ahora mismo!»

Empezaron a cargar los cuerpos de los reptiles en la parte trasera del Hummer.

Al revisó la situación. Seguía existiendo, podía pensar, podía ver y oír, podía atravesar sin esfuerzo cualquier cosa... Pero, ¿cómo demonios se comunicaba? Un rápido repaso a sus conocimientos sobre fantasmas y cosas parecidas le proporcionó una respuesta tajante: no podía.

Era un fantasma, joder, eso es lo que era.

Pero no, aquel fantasma no era el simpático Casper ni tampoco una *banshee* furibunda, o al menos eso esperaba. Ahora poseía una visión de su propia vida mucho más amplia que antes. Su conciencia era muy, muy poderosa. Su mirada penetró en la arrogancia que lo había convertido en quien era, en su profunda falsedad, y vio que un intenso sentimiento de inutilidad formaba los cimientos del ego que había dirigido toda su vida hasta aquél, su momento final.

Ahora sabía quién era, sabía los errores que había cometido, y sabía exactamente cómo ayudar a la gente de su mundo a cambiar las cosas. Aquellas personas, ese hombre y su hijo, podían derrotar del todo a Abaddón, si sabían lo que tenían que hacer. Y él podía decírselo... pero no lograba encontrar el modo de comunicarse con ellos.

Martin y Trevor abrieron las puertas del Hummer y metieron los cuerpos grises y sin vida de dos serafines en los asientos de atrás, antes de que Trevor, como si la idea se le ocurriera de repente, se guardara en el bolsillo una de sus armas. Al las conocía: pistolas eléctricas que podían disparar proyectiles plásticos a cinco mil kilómetros por hora. El único ruido que hacían era el chasquido emitido por los proyectiles al superar la barrera del sonido, pero eran capaces de cortar a un hombre en dos desde casi un kilómetro de distancia. O a una docena... o a un millar.

—¿Cómo funcionan? —preguntó Martin.

—Vamos a probar.

«¡Mierda, tened cuidado!»

—No parecen muy peligrosas —comentó Trevor.

Martin levantó uno de los discos negros con el brazo extendido, y apuntó sus tres cortos cañones en dirección a unos árboles. Apretó los dos gatillos, el superior y el inferior. Hubo un rápido chisporroteo y tres árboles volaron en mil pedazos, con buena parte de sus troncos convertidos en serrín.

—¿Qué es esto?

—El ejército de EE.UU. también lo tiene. Aunque una versión más grande,



montada sobre un vehículo —dijo Al.

Nadie reaccionó.

—Es un arma de los serafines —dijo Trevor mientras sacaba una caja azul marino con jeroglíficos—. Esto es munición. A Wylie y a Nick les encantaría.

—Te caen bien. Con su machismo, sus armas y todo eso.

—Son supervivientes, papá. Este universo entero... es mejor que el nuestro, más dinámico.

—Y lleva en guerra cien años.

—Y nosotros vivimos en un mundo de reinos e imperios donde nadie es realmente libre.

—Nosotros sí.

—Nosotros, y los ingleses y los franceses, al menos en nuestros respectivos territorios. Pero mira el resto, papá. Es un enorme sistema de esclavitud, ordenado, cómodo para vivir, pero...

Con un rugido, el Hummer cobró vida. Al observaba, sin molestarse ya en tratar de detenerlos. Sabía que no podía. Los muertos no se comunicaban con los vivos. No podían.

«Cuando por fin entiendes y puedes decirles todo lo que necesitan saber, pasa esto.»

Cerraron las puertas y se dirigieron hacia la orilla del Saunders, cuyas aguas, en aquel universo, descendían mansamente. Había algunos sitios en los que incluso era posible vadearlo de un salto.

Tenía que hablarles del cuartel general de los serafines, enterrado a pocos kilómetros de allí, tenía que contarles todo lo que recordaba de su paso por allí.

Si lograban entrar en él, podrían liberar millones de almas atrapadas, podrían destruir los sistemas de energía, y puede que incluso desactivar las lentes. Podrían arruinar los planes de Abaddón y, quién sabe, tal vez también acabar con Mazle y Samson.

Corrió hasta el Hummer, metió la cabeza por una de las ventanas y gritó:

—¡Escuchadme! ¡Escuchadme!

—Ahí está el portal —dijo Martin a su hijo.

—¿Es lo bastante grande para este trasto?

—Ellos entraron.

Puede que bastara con eso, puede que el portal fuese demasiado pequeño, que el Hummer no lograra entrar y que los muy idiotas no acabaran muertos.

—¿Tenemos que apuntar o qué? No sé muy bien cómo hacerlo.

—Ni yo, papá.

«No lo intentéis, por favor.»

—Tenemos que intentarlo.

«Por favor.»

Mientras Martin metía la marcha, Al intentó todas las cosas que se le ocurrieron: proyectar sus pensamientos al interior de la mente de Martin, entrar físicamente en su cuerpo, entre los órganos palpitantes y la sangre en circulación. Incluso penetró directamente en el cerebro, pero ni eso sirvió de nada. Podía



percibir la materia gris como una especie de nube palpitante y luminosa que lo rodeaba, pero tampoco podía hacer nada para comunicarse.

El Hummer, con un rugido de los motores, se lanzó hacia el portal. Al veía el cristalino portal con mucha más claridad que en vida, y vio que se expandía suave, casi sumisamente, para aceptar el vehículo. Iban a atravesarlo, iban a entrar, y luego se ahogarán.

Vio unas aguas negras y turbulentas, furiosas, en las que nadaba desesperadamente lo que parecía gente. Entonces el Hummer las embistió con un enorme chapoteo y el portal se cerró y desapareció.

Al se movió como una exhalación. Saltó hacia el arroyo, cruzó las aguas y salió al bosque que había detrás. Pero seguía en el mismo universo que antes.

Volvió al agua, buscó el portal y no consiguió encontrarlo. Pero él no pertenecía a aquel universo, las cosas no debían salir así.

Ni siquiera cuando había visto morir al presidente, y había sabido —porque lo había sabido— que, de algún modo, Samson era el responsable, había actuado. En lugar de hacerlo, había ido al monte Cheyenne en cumplimiento de una orden, porque deseaba el ascenso.

¿En qué había estado pensando? ¿Cómo podía haber estado tan ciego?

En su nuevo estado, empezaba a descubrir que estaba desnudándose a sus propios ojos, y era capaz de ver más allá de los engaños que había tejido él mismo y que habían definido toda su vida.

Ahora veía lo despojado de amor, lo vacío que había estado. Un viaje absurdo y carente de sentido, con una esposa fallecida tempranamente, y el abandono definitivo de la búsqueda del amor, lo único importante del mundo.

En su nuevo estado se reveló ante sí mismo, y vio con toda claridad que su ceguera consciente había propiciado aquella catástrofe, y no pudo justificarse de ningún modo.

Sin darse cuenta, volvió a encontrarse en un momento muy lejano, sentado en el porche de una casa una noche de julio, bajo la luz tenue de la lámpara en la que revoloteaban las polillas, y la música que flotaba en el aire de la noche. Vio a una muchacha que conocía, una muchacha llamada Nellie, rebosante de amor por él.

Si lo hubiese aceptado entonces, si hubiese aceptado la sencilla vida que le ofrecía a su lado, ahora estaría ascendiendo, remontándose sobre todo aquello, en lugar de hundiéndose en un abismo de remordimiento.

No, no estaba hundiéndose en la desesperación. Estaba sumergiéndose en el suelo. Estaba hundiéndose en la misma Tierra. Podía sentir sobre sí la presencia de reinos más allá de la imaginación, donde cosas como los muros que separaban los universos no tenían sentido y el propio tiempo era sólo un recuerdo.

Estaba cayendo, pero quería ascender.

Tenía que ascender. ¡Aquello era el cielo y tenía que alcanzarlo!

Entonces pensó en las almas que había atrapado Samson. Pertenecían a aquel lugar, formaban parte del cielo, pero, literalmente, se las habían robado a

Dios, convertidas en mercancías, para comprarlas y venderlas, para arrancarles los recuerdos y las emociones como si fueran frutos maduros y entregárselas a los demonios para que las consumieran en la oscuridad de sus corazones.

Era el mayor de todos los pecados, secuestrar el bien y arrojarlo al infierno, pero era lo que ellos estaban haciendo... o, más bien, intentando hacer.

Lucharía. Tenía que oponerse a Samson.

Pero cada vez estaba más abajo. Su cuerpo estaba hundiéndose bajo la hierba, y más allá podía ver unas negras estancias y oír los gritos desolados que resonaban en su interior.

Forcejeó, se debatió, luchó. Sobre él resplandecía la trémula luz del amor y el perdón. Sobre él, la libertad llamaba con gestos. Sufrió la mayor de las agonías, la de la imposibilidad de alcanzar el cielo.

Y entonces pensó que tal vez aún pudiera salvarse. Quizá hubiera algo que pudiese hacer. Una cosa. Lo más probable es que no funcionara. Pero podía intentarlo.

## 21

**LAS PROFUNDIDADES***21 de diciembre, al amanecer*

En cuanto Martin y Trevor se marcharon, Wylie recuperó la capacidad de escribir. Brooke y él estaban releendo lo que acababa de redactar.

—¿Se han ahogado? —preguntó su mujer.

—Dios no lo quiera. La cuestión es que Al North sabe algo que puede ayudarlos, pero su alma sigue aquí, a este lado, así que si piensa en ello con la suficiente claridad, creo que podré captarlo.

Brooke, sentada, leyó lo que ponía en la pantalla, desplazó el texto hacia abajo y siguió leyendo.

—Está... ¿Qué le está pasando? ¿Hacia dónde se hunde?

—Sólo se me ocurre que hacia el centro de la Tierra. Puede que lo que hayas hecho en vida haga que tu alma pese más o menos. Si pesas demasiado, es decir, si has sentido muy poco amor y mucha codicia, te hundes. Y supongo que luego te quedas allí, atrapado. Asíndote, puesto que el centro de la Tierra es incandescente.

—Pero el universo tiene fin. ¿Qué pasa entonces?

—Supongo que los pecados se perdonan entonces.

—Pero lo necesitamos. ¡Lo necesitamos ahora mismo!

Fuera estaba amaneciendo. Los últimos papamoscas y cardenales estaban cantando. El invierno los empujaría hacia el sur cualquier día. Aquel año estaban demorándose mucho. Pero el invierno ya no duraba demasiado, así que regresarían hacia febrero.

Brooke se le acercó. Wylie cerró el portátil.

—¿Nick? —dijo su mujer en voz baja.

No hubo respuesta.

—¿Kelsey?

Silencio.

Pero entonces se apartó.

—Puedo sentirlo. No se ha hundido. Está aquí.

—El mundo está lleno de espectadores. Todos estamos en un escenario todo el tiempo.

—Pues yo quiero privacidad.

Aquellos últimos días los habían separado. Pero ella estaba aprendiendo algo de lo que había vislumbrado de la triste vida de Al North. El amor es el mayor de los tesoros, es lo que venimos a este mundo a sentir, y debemos aceptar hasta la última gota de él que podamos encontrar, porque no es como los demás actos de la vida. Casi todo lo demás se olvida al morir. Los nombres, los hechos, los logros, los fracasos, todo se queda atrás. Pero el amor no. La Escalera de Jacob tiene otro nombre en el cielo. Amor.

Brooke cruzó los brazos, un gesto que entre ellos significaba que no era el momento adecuado.

—Me siento demasiado expuesta —dijo.

—No somos más que actores —respondió él.

—¡Pues yo no puedo hacerlo encima de un escenario! Además... Oh, la cabeza me da vueltas. Martin y Trevor, Dios mío... ¿qué estará pasándoles?

Wylie la cogió entre sus brazos. Ella se apoyó en su cuerpo, y allí, en la quietud, todo estuvo bien por unos momentos.

Sin embargo, al cabo de unos instantes, Martin empezó a sentir otra cosa que no eran los latidos de su corazón. Levantó la cabeza.

—¿Qué es eso?

—Algo tiembla. Creo que... eh... ¿La nevera?

Pero era más fuerte. Todo empezó a trepidar.

—¡Papá!

—¡Vale, que todo el mundo se tranquilice! —gritó Wylie.

En su cuarto, Kelsey se echó a llorar.

—¡Espera, cariño!

Pero no pudo ir a ninguna parte, porque la casa estaba temblando de tal manera que no se podía ni dar un paso. En el piso de abajo hubo un tremendo estrépito. Puede que la araña del salón se hubiera venido abajo, o el armario de las armas en el cuarto de estar.

—¡Hay que salir de aquí! —gritó Wylie. Tras él, Brooke vomitó. La agarró y se obligó a poner un pie delante del otro en dirección a las escaleras que había más allá.

Nick estaba allí, aunque parezca increíble, con Kelsey en los brazos. Su visión galvanizó a Brooke, que cogió a su niña en brazos y se dirigió como pudo hacia las escaleras, junto con los demás. El cuarto de estar era un caos. Había sido el armario de las armas, en efecto.

Entonces, las ventanas empezaron a reventar hacia el interior de la casa. Nick abrió la puerta trasera y salieron como pudieron al porche, que estaba mojado porque la piscina había perdido casi toda el agua y el resto se agitaba violentamente. Los bosques presentaban un aspecto aterrador, con todo el follaje agitado y un tronar continuo provocado por el crujido de los troncos y árboles que caían.

Se detuvieron en mitad del jardín de atrás, lejos de la casa y de los bosques. El terremoto duraba ya dos minutos, puede que tres, pero a ellos les parecían años, una eternidad. Hubo otro crujido procedente del interior de la casa y las luces del cuarto de Nick parpadearon. Wylie le pasó un brazo a su hijo alrededor del hombro. Su litera acababa de desplomarse.

Luego, sólo quedó un sonido: unos sollozos ahogados y aturridos. Era Brooke, que contemplaba su casa con horrorizado asombro.

El terremoto había terminado.

—Esto es Kansas —dijo ella con un susurro asombrado.

—A *Peluchín* le ha dado un ataque al corazón. —Anunció Kelsey. Y luego, en voz baja, añadió:— Estoy muy preocupada por él.

Wylie estaba observando el bosque, donde se veían unas luces

parpadeantes.

—Creo que se ha producido un incendio —dijo.

—Vamos a llamar a los bomberos —respondió Brooke mientras echaba a andar hacia la casa.

Wylie vio entrar a su familia, oyó los gritos de rabia de Brooke al ver los destrozos, las lágrimas de Kelsey y la voz de Nick, más calmada, repartiendo instrucciones.

La luz procedía del barranco que discurría en dirección sur. Las vistas tenían su precio, porque si alguna vez se desataba un incendio en el barranco, llegaría hasta ellos en cuestión de minutos. Consciente de esto, había comprado un tanque de agua, que guardaba en el garaje. Lo había probado y funcionaba correctamente, pero no era enorme, así que la clave era localizar el fuego con rapidez.

El tanque estaba detrás del coche, apoyado en la pared. Pero lo peor era que la puerta del garaje se había atascado. No importaba, también estaba preparado para eso. Cruzó el garaje y cogió el hacha, que estaba sobre un montón de herramientas. Al comprar la casa se había dicho que talaría algunos árboles.

No lo había hecho.

La levantó y golpeó con ella una de las puertas. El mecanismo se estremeció, y en ese momento apareció Nick.

—¿Qué haces?

—Hay que apagar ese incendio.

—A ver... —El muchacho levantó el brazo y tiró de una palanca que Wylie ni sabía que existía. Al instante la puerta se levantó. El mecanismo no funcionaba porque no estaba conectado.

Nick empezó a sacar el depósito.

—Mira, tú quédate con las chicas. Yo bajaré.

—Papá...

—Nick, por favor. Debes hacerlo. Necesitan a uno de nosotros.

—Lo sé. Lo que ha pasado, sea lo que sea, tiene que ver con el incendio.

Entró en la casa y reapareció casi al instante, con la Magnum.

—Llévate esto, papá. Yo he cargado todas las armas y estaremos en el cuarto de estar.

Wylie cogió el revólver, se lo guardó en el bolsillo y se marchó en dirección al fuego. Bajó a grandes zancadas el pequeño y abrupto barranco, llevando tras de sí el depósito sobre sus dos ruedecillas. ¿Sería suficiente con cincuenta galones de agua? Y, en cualquier caso, ¿qué era lo que estaba ardiendo? Los postes de la electricidad estaban en la carretera, al otro lado de la ladera.

Avanzó por una vereda invadida de maleza, con más cautela a medida que se aproximaba a la luz. Pero en cuanto salió al claro, se olvidó por completo de la manguera y del tanque.

Durante medio minuto largo, tuvo que hacer un esfuerzo por comprender lo que estaba viendo. Era como un portal a una pequeña habitación. Se acercó

caminando sobre la hierba seca y frágil del otoño.

Era, en efecto, una pequeña habitación, la veía con toda claridad. Pero ¿qué demonios estaba haciendo allí? Parecía como si hubiese una entrada a una casita, y en ese momento se le ocurrió que tal vez de allí derivasen las historias de la casa de la bruja.

La extraña abertura había aparecido con el terremoto. Puede que a causa de él. O puede que, al contrario, fuera su aparición lo que hubiese provocado el corrimiento de tierras.

Tenía unos dos metros de altura y uno de anchura. Su interior estaba iluminado por la potente luz de una solitaria bombilla que colgaba del techo. Se acercó un poco más. Ya estaba justo delante de la sala. Un paso más y estaría dentro. A la derecha había una tosca mesa, con un cuenco encima. El cuenco estaba lleno de sopa humeante. A la izquierda había una cama estrecha cubierta por una sábana gris que parecía mojada. En la pared opuesta había una ventana cubierta por una fina cortina. Tras ella detectó que se movía algo, pero no consiguió adivinar ningún detalle.

La pequeña habitación era muy triste. El miserable refugio de algún desgraciado. Pero... ¿dónde estaba con exactitud?

Cautelosamente, probó a introducir la mano por la entrada. Hubo un débil *pop*, nada más. Al instante empezó a sentir calor en la extremidad, junto con algo parecido a humedad. La movió con lentitud adelante y atrás, y vio la que, sin la menor duda, era una de las cosas más raras que hubiese presenciado en toda su vida: la mano se movía más lentamente que la muñeca, lo que significaba que cuando su brazo llegaba al centro de la puerta, la mano seguía aún más de medio metro por detrás. No sentía dolor ni sensación alguna de separación, pero, simplemente, la mano no parecía unida al brazo.

Pero los portales no eran así. Los portales eran cristales con facetas de diez dimensiones. Su secreto estaba en su forma. O, al menos, eso creía él.

Retiró la mano.

¿Estaría viendo una habitación de Abaddón?

De ser así, aquella podía ser una oportunidad única. En Abaddón estaban los controles que mantenían abiertos los portales al otro mundo de los humanos. Aquella misma noche, los serafines los usarían para entrar por miles de millones en su mundo.

Si modificaba aquellos controles, frustraría los planes de los serafines. Los portales, que se abrirían de par en par aquella misma noche, empezarían a cerrarse. El día veinticinco del mes volverían a quedar cerrados, y no se abrirían de nuevo hasta varios miles de años después.

El secreto de la Navidad era que el nacimiento del bien se producía el mismo día en que se cerraba la puerta al Infierno.

Aquello era un portal, y la pequeña habitación estaba en Abaddón. Y él sabía lo que era, claro. El apartamento del general Samson.

El «terremoto» había sido muy localizado y había provocado la apertura de aquella puerta.



¿Debía cruzarla? ¿Se atrevería?

Debía de ser una trampa. Una tentación.

Entonces advirtió que la luz empezaba a remitir. La extraña puerta estaba cerrándose.

Podía ser su oportunidad.

Aquél era el lugar donde lo habían atacado los serafines por primera vez.

Pero no, algo no encajaba en esa interpretación. Cuando su memoria se remontaba a aquella noche, veía a Brooke, a Nick y a Kelsey subiendo del barranco con él. Y todos parecían contentos. Encantados, de hecho. Como él.

«¿Qué?»

La luz estaba remitiendo con rapidez.

Se acercó al portal un poco más. La habitación del otro lado se parecía ahora más a una fotografía que a una imagen real.

Dio un paso al frente... y descubrió que la superficie se había vuelto espesa. Era como introducirse en una pared fundida. Presionó con fuerza contra ella. Era como tratar de atravesar una masa de goma.

Y entonces cayó de bruces. Trató de detenerse, pero el impulso lo lanzó hacia adelante y chocó contra la pared opuesta sin poder evitarlo. Se desmoronó como si acabaran de extraerle toda la sangre de las venas.

Entonces reparó en el ruido. Del exterior llegaba la más infernal mezcla de rugidos y chirridos que jamás hubiese oído: aullidos de máquinas, voces que chillaban y gritaban, agudas, roncadas y totalmente alienígenas... Se comunicaban a gritos en un lenguaje complejo, extrañamente salpicado de palabras humanas, algunas de ellas en inglés. Y lo peor de todo es que estaban muy cerca. El apartamento era un bajo.

La sopa rojiza del cuenco olía a una mezcla de aguas residuales y carne cocida. El hecho de que estuviera humeando era preocupante, porque significaba que su propietario regresaría en cualquier momento. Debía de ser la cena de Samson, lo que quería decir que estaba allí.

Se acordó del cuento de los tres ositos, y de la niña pequeña que, al colarse en su cabaña, se había encontrado su comida preparada sobre la mesa, y pensó que seguramente otros hubiesen cruzado portales como aquél en el pasado. De hecho, si lo pensaba bien, toda la mitología europea sobre hadas y duendes podía explicarse como una crónica de contactos con Abaddón.

Podía marcharse de allí sin perder un instante y tratar de llegar a la Casa del Gobierno o quedarse esperando al monstruo.

Tal vez pudiera robarle el coche a Samson. Pero era un vehículo enalmado, ¿no? Puede que no estuviera dispuesto a dejarse robar.

Lo más prudente era esperar allí.

No había muchos sitios donde esconderse en la habitación: sólo una cortina que ocultaba un inodoro lleno de un limo amarillo envuelto en un enjambre de moscas tan gordas como garrapatas y tan rojas como el trasero de un babuino. No, un momento, ahora que las veía mejor, no eran moscas, sino unos murciélagos diminutos y repugnantes.

No podía esconderse allí. No quería estar cerca de aquel inodoro que contenía, entre otras cosas, un trozo medio descompuesto de mano de serafín. Sabía que eran caníbales, claro, ya había visto aquel lugar, y había oído pensar a Samson que la ejecución masiva que había presenciado desde el autobús significaría varios días de cocido.

Un cocido como aquél. Pero ¿dónde estaba Samson? Puede que lo hubieran arrestado. Allí eso podía pasar en cualquier momento. Tal vez en aquel mismo momento estuviera torturándolo el hijo sicópata de Echidna.

Los chillidos aumentaron de intensidad, seguidos por unos ruidos sordos procedentes del piso de arriba: crujidos, más gritos y luego unos pasos apresurados que bajaban las escaleras al otro lado de la puerta. Los sollozos eran inconfundibles. Siguió un corto silencio. Luego, más lentamente, unos pasos más pesados, que pasaron por delante de su puerta.

Aquello no era nada bueno. Si alguien entraba, daría la alarma, y en ese caso... Bueno, prefería no dejar que su imaginación se aventurara tanto.

Decidió que había cometido una estupidez. La sopa era un engaño. Samson estaba en realidad al otro lado, amenazando a Brooke, Nick y Kelsey.

Era obvio. Qué estúpido había sido.

Se volvió para regresar por donde había venido.

Pero ya no había portal. Por un momento, se quedó mirando la pared desnuda sin poder hacer nada más.

Oyó un chasquido procedente de la puerta. Vio que el tosco picaporte de madera se levantaba lentamente. Hubo un parpadeo, un chisporroteo, y comprendió que la luz no era eléctrica. Era luz de carburo, un tipo de gas que no se usaba en la Tierra desde hacía ciento cincuenta años.

Ni siquiera tenían electricidad.

La puerta se abrió.

Había una criatura refulgente allí, envuelta en una trémula luz de color negro y púrpura. Las pupilas de sus ojos verticales eran de un intenso color rojo, y los iris dorados. Empuñaba un pequeño disco con dos cañones en el otro extremo. Wylie, que sabía lo que era, decidió no enseñar la Magnum de momento.

Lenta, cuidadosamente, levantó las manos.

La criatura esbozó una sonrisa fatigada.

—Estaba esperándolo —dijo con voz ronca. Su inglés era correcto, pero lo hablaba con un curioso tono que a Wylie le recordaba el sonido de un motor de coche.

Le habían tendido una trampa.

—¿Dónde está Samson?

—Con sus seres queridos, señor Dale.

Wylie entendió en ese momento lo que significaba la expresión «morir mil veces». En una situación como aquélla no era ningún cliché, sino una siniestra verdad.

La criatura emitió un sonido muy curioso, parecido a un beso ruidoso. Lo miraba con fascinación morbosa. Puede que fuesen alérgicos a los desechos

corporales humanos, pero podían comer carne humana, y aquella criatura estaba hambrienta.

—Ahora venga conmigo.

¿Qué otra cosa podía hacer? Wylie la siguió por una angosta escalerilla que apestaba a algo podrido y reseco. Las paredes estaban cubiertas de grafitos: garabatos y líneas que a primera vista parecían no tener significado... pero que lo tenían.

Eran dibujos, toscos como los de un niño, pero realizados con las luces y sombras invertidos, como negativos fotográficos. En su mayor parte eran representaciones de torturas, asesinatos y orgías. Algunas de ellas mostraban a serafines de penes erectos como postes, y otras a hembras que defendían huevos negros enseñando los dientes.

Y al salir a la calle vio a algunos de ellos. Uno que pasaba por allí era del mismo color que Jennifer Mazle, cremoso y pálido, y tenía unas escamas relucientes. Sus ojos eran iguales a los de su captor. Dirigió una larga y penetrante mirada a Wylie mientras sacaba la lengua y se la pasaba lentamente por los dedos.

—Una ramera —dijo su acompañante. Entonces aparecieron unos niños, la mayoría de los cuales llevaban unas enormes camisetas estampadas con unas criaturas parecidas a cocodrilos, tan perfectamente representadas que parecían a punto de abandonar la tela para echársele encima. Otro tenía una camiseta de los New Sex Pistols, sacada evidentemente de la Tierra, y otro una camisa con una gran fruta verde con forma de manzana mordida y la imagen de una cara humana aplastada en su interior. Éste llevaba además un arma brutal, una espada azteca hecha de acero y erizada de dientes de obsidiana. Reconoció la cara de la camisa al instante. Era Adolf Hitler.

Lo observaron con sus brillantes y crueles ojos, moviendo la cabeza como la mueven los lagartos, con sacudidas bruscas y rápidas. La calle estaba hecha de madera. De hecho, de troncos de árboles encajados a la manera de los incas. Frente a ellos había una especie de vehículo tirado por animales, con un pequeño ventanuco con barrotes en la parte trasera, tras el cual se veía el interior de un fétetro.

Enganchado al tiro se encontraba un animal de color pardo y ojos feroces y aterradores, con unas fauces alargadas y complejas que goteaban una baba púrpura. Las fauces eran de metal y, por su forma de colgar, parecían un cepo parcialmente abierto. El animal era más o menos la mitad de grande que un caballo, aunque parecía hecho por entero de unos músculos marrones y tiesos como cables, además de tener una especie de serpiente fina y sinuosa por cuello. Al verlos empezó a eructar y a mover unas patas puntiagudas como escarpas, lo que hizo que pareciera que estaba bailando. Por las calles se movían otras criaturas parecidas, tirando de carromatos y carruajes.

La puerta de la parte trasera del carro estaba abierta, y su captor le hizo un gesto en aquella dirección, seguido de una ligera inclinación de cabeza. Una sonrisa retorcida afloró a su boca sin apenas labios, y sus dientes triangulares

refulgieron.

Un suave siseo silbó sobre sus cabezas, y pasó como una exhalación una preciosa máquina verde con forma de gota horizontal, provista de un reluciente parabrisas en la parte delantera. Era tan diferente a la miseria que se veía en las calles que casi costaba creer que pertenecieran al mismo mundo.

Entonces Wylie recibió un empujón, y se golpeó los muslos contra el borde del carro. Trató de volverse hacia su atacante, pero un fuerte golpe lo dejó aturdido y confuso.

La puerta se cerró tras él con un chasquido. Por un momento no pudo ver nada. A medida que sus ojos se acostumbraban a la penumbra, fue estudiando el espacio en el que se encontraba. Tenía las paredes forradas de cinc. Había marcas de garras en las paredes y el techo, y en el suelo de madera, en muchos sitios, surcos abiertos por colmillos.

Sacó la Magnum y la cogió entre las manos como si fuera el diamante más hermoso del mundo. Era su única esperanza.

Se revolvió y vio una de las dos ventanas de barrotes. No marchaban por la gran explanada que había visto a través de los ojos de Samson, sino por las callejuelas de la ciudad. Había jeroglíficos de neón por todas partes, y banderas que ondeaban en lo alto, con más eslóganes incomprensibles. El sitio era como una especie de antiguo Egipto con algunos indicios de tecnología superior. A Martin le habría encantado, pero él no era el cretino que estaba metido en aquel atolladero, ¿verdad?

No, en efecto, y su temor tenía algo de irónico. Estaba relacionado con todo lo que había averiguado. Él tenía un alma. Aquellas criaturas podían extraerte el alma y meterla en un puñetero tubo de cristal. Podían arrancarte los recuerdos e injertárselos en sus propias almas, devorarlos, podría decirse. Podían usarte para cosas como conducir un coche y sólo Dios sabía qué más.

Doblaron una esquina —el animal no era muy rápido— y pasaron delante de lo que parecía un restaurante. Tras las ventanas iluminadas se veían unas paredes rojas y un techo dorado. La luz la aportaban unas esferas luminosas que flotaban en el aire. Los serafines del interior, sentados en grandes sillas, llevaban hermosos trajes relucientes, ceñidos a sus cuerpos.

Entonces se llevó la que podría haberse llamado con toda justicia la sorpresa de su vida: también vio a seres humanos. Mientras pasaban lentamente por delante del lugar, hizo un esfuerzo para ver más. Había un hombre con un abrigo de pieles y un gorro de armiño blanco. No lo reconoció, pero evidentemente se trataba de alguna estrella del mundo del espectáculo, como un rapero o un cantante, y estaba acompañado por mujeres con trajes de seda y abrigos de pieles. Otros hombres llevaban esmóquines, trajes de corte clásico, caftanes y chilabas. Entonces vio a un cardenal, reconocible por el *zuchetto* rojo de su cabeza y la sotana negra ribeteada de rojo.

En las mesas, frente a ellos, había platos de oro, bellamente decorados con guirnaldas de hojas y flores blancas, y alrededor, piezas de carne asada, tanto seráfica como humana, que los comensales engullían con devoción.

Entonces la escena desapareció, reemplazada por el mismo paisaje gris y las mismas hordas de serafines atareados y abstraídos de antes.

Un estupefacto Wylie Dale se dejó caer en el suelo del carro. Por un momento se quedó allí, escuchando el crujido de los ejes, concentrado en el rítmico balanceo del carro. Su mente estaba vacía de todo, salvo de la imagen del cardenal, de los hombres de esmoquin y las mujeres con sus trajes de noche.

«En el nombre de todo lo sagrado, ¿quiénes eran?»

Hombres ricos, eso estaba claro, comparados con las hordas hambrientas que abarrotaban las calles. Seres humanos, ambiciosos y sin escrúpulos todos ellos, que vivían a lo grande en aquel infierno.

¿Era ésa la auténtica respuesta? Los serafines eran camaleones. Puede que aquéllos no fueran humanos en realidad, sino serafines disfrazados que estaban de permiso en su patria. Al parecer, la Tierra de las dos lunas estaba plagada de ellos. Allí nadie se había ocupado de la contaminación atmosférica, y el calentamiento global era aún peor que en la nuestra, hasta el punto de que estaba acabando con la fauna salvaje.

Puede que el lugar llevara siglos bajo el control de aquellos serafines con forma humana. Serían los cardenales, las grandes personalidades, los ministros y los reyes. Como Samson, que había acabado por apoderarse de Estados Unidos y no era más que un serafín metamorfoseado que sobrevivía a base de drogas.

¿Quién en su propio mundo podía ser un serafín disfrazado?, se preguntó. ¿Quién quería la ruina de las almas? ¿Quién fomentaba la codicia? ¿Quién se aprovechaba de la falacia de que la contaminación no importaba?

¿Quién?

Se dio cuenta de que no le faltaba mucho para volverse loco. Su mente sólo quería caminar por los verdes pastos del sueño, oler las flores y, por encima de todo, alejarse de aquel mundo horrible y borrar de su mente todo recuerdo y todo conocimiento de él.

Cada temblorosa célula de su cuerpo, cada uno de sus instintos, cada gota de su sangre le decían lo mismo: «se supone que no deberías saber esto, y se supone que no deberías estar aquí y no puedes escapar, y para proteger su secreto van a matarte, y no sólo a tu cuerpo, sino también a tu alma inmortal».

Pero ahora que había caído en su trampa tenía que hacer algo, tenía que hacer todo cuanto pudiera para frustrar sus planes. O al menos intentarlo.

«Oh, Dios» se preguntó, «¿qué es el universo? ¿Cómo opera en realidad? Y, por encima de todo, ¿cómo puedo resolver esta situación?» Entonces se acordó de Martin y de su interminable plegaria, y empezó a rezar del mismo modo. Le rezó a la mano que había resucitado a Osiris después de que su hermano lo hiciera pedazos, y a Jesús, después de su pasión. La mano invisible que comunicaba todo lo bueno por medio de los lazos del amor.

El carro, después de girar una vez más, se detuvo. Wylie miró por una ventana y luego por la otra, pero sólo vio unos árboles esqueléticos, árboles que sin duda habrían rebosado follaje y vida en el pasado, y ahora, grises y marchitos, elevaban hacia el cielo marrón un ramaje que semejava garras.



—Señor Dale, si es tan amable. —Mientras Wylie bajaba, la criatura añadió:  
— Me preguntaba si tendría la amabilidad de firmarme *Días alienígenas*.

Por el amor de Dios, tenía un ejemplar de bolsillo del condenado libro, y una pluma en las garras. Demasiado aturdido para hacer otra cosa, cogió el libro. Lo abrió por la primera página.

—¿Quiere una dedicatoria personal?

—Oh, sí, claro.

Confundido, Wylie levantó la mirada y se encontró cara a cara con un rostro tan humano como conocido: el del senador Louis Bowles, presidente del comité de Inteligencia del Senado, primer senador por Utah.

El senador Bowles sonrió, y luego, con un estremecimiento que recorrió todo su cuerpo, se transformó en un monstruo vampírico de rostro alargado, escamas resplandecientes y ojos rebosantes de energía maléfica.

Terminó la dedicatoria, «al senador Bowles», y al hacerlo se fijó en la mano que sujetaba la pluma, y también en la que agarraba el libro. Vio unos dedos largos y finos, del más delicado tono marrón, terminados en unas garras negras de manicura perfecta.

Vio las muñecas que asomaban por las mangas de la chaqueta. Finas, con el brillo de la piel de la serpiente. Miró la mano que sujetaba la Mont Blanc, la volvió y contempló los juegos de luces sobre las escamas. Se llevó los dedos a la mejilla y las yemas de sus dedos sintieron el delicado roce de más escamas...

No estaba en una Tierra alienígena.

Él era uno de ellos.

Había regresado a su hogar.



## CUARTA PARTE:

### *LA LUZ AZUL*

## LA CAPILLA PELIGROSA

*21 de diciembre, por la tarde*

Fuera de la tienda, bramaba la noche. Los terremotos que habían empezado poco después de que regresaran del universo de Wylie eran ahora continuos, como un sordo estremecimiento que nunca cesaba. Martin y Trevor sabían, por haberlo leído en el libro de Wylie, que eso significaba que, en otras regiones del planeta, estaba desatándose el infierno. Los serafines estaban tratando de sepultar bajo las aguas las mayores ciudades y levantar los lechos oceánicos que serían sus nuevos continentes. Sólo faltaban pocas horas para que los catorce portales que habían construido por todo el mundo se abrieran de par en par y mil millones de serafines hambrientos los atravesaran.

En tres ocasiones ya, el pequeño grupo había oído el horrible aullido de los tornados en el cielo, seguido por el atronador estruendo que se producía cuando llegaban al suelo y empezaban a avanzar por las praderas.

Pam y George habían tenido la sensatez de montar la tienda cerca de la falda de una loma, lo que significaba que era poco probable que los alcanzara un tornado directamente.

Restallaban los truenos, aullaba el viento, y Ward, y Claire James seguían tocando sus tambores. En el exterior se oían los ruidos de los exploradores. Martin creía poco probable que, tal como estaban las cosas, quisieran atacar la tienda. Les convenía que aquella pequeña banda de humanos evolucionados estuviera justamente donde estaba, porque mientras siguieran allí, ¿qué mal podían causar?

Habían estado a punto de ahogarse al cruzar el portal con el Hummer y salir a la crecida. Pero los demás niños, previendo lo que podía ocurrir, los estaban esperando cerca de la orilla, con cuerdas. Les había faltado poco, pero al final los dos habían logrado salir del crecido y tumultuoso río.

Trevor estaba durmiendo, con la cabeza apoyada en el hombro de su padre. Otro niño se apoyaba en el otro. Dos de los pequeños compartían su regazo.

Y él, mientras tanto, pensaba, con la mente en Pam, George y Mike. Los niños estaban convirtiéndose en unos expertos con su nuevo don, y sus mentes volaban mucho más de prisa que la de él. El cambio había afectado sobre todo a niños y adolescentes porque sus mentes eran más flexibles y estaban menos cargadas con el peso de los conocimientos de la civilización.

El estado en que se encontraban tenía un nombre... Muchos nombres, de hecho. *Bodhi*, *satori* y muchos más. Pero no era como si sus almas hubieran recibido la luz de un poder superior. No eran iluminados, simplemente eran.

El hombre había abandonado el jardín del Edén como un animal, pero aquellos niños habían encontrado el modo de volver a él sin las cargas de la civilización, pero sí con su compasión, su conciencia del valor de la individualidad, su capacidad de equilibrar las necesidades personales y las colectivas. Habían regresado al Edén. Ahora sabían ser igual que los lirios de los

campos. Para ellos no era imposible vivir bajo la lluvia. Se tenían unos a otros. Tenían amor.

Pero seguían sin ser más que un pequeño e insignificante grupo en medio de un mundo grande y aterrado.

Ya había ocurrido lo mismo en el pasado, en la Francia meridional y el norte de España treinta mil años antes, cuando el espíritu se había manifestado en unos niños y los adolescentes que habían empezado a repintar en las paredes de las cavernas los animales mágicos que había en su mente.

Pam lo zarandeó. Lo miraba con el ceño fruncido.

Había dejado que su mente se extraviara mientras ellos leían los recuerdos que conservaba sobre los libros de Wylie.

—¿Los ves? —preguntó Trevor de repente. Su voz se había vuelto monacorde, como si estuviera soñando.

—¿Estás dormido, hijo?

—He abandonado mi cuerpo, y si sigo hablando, tendré que volver, así que ven aquí conmigo, quiero enseñarte algo.

Pam asintió. Podrían leer con más tranquilidad la información contenida en su mente si él no estaba allí, así que Martin respiró hondo y dejó que su alma abandonara su cuerpo. Al salir de la tienda percibió la presencia de Trevor y de otros chicos. La lluvia pasaba a través de ellos y los exploradores no detectaban su presencia. Su aspecto era el mismo de siempre, pero él sabía que era cosa de su mente, que filtraba sus esencias y les daba una forma familiar. Sus cuerpos seguían dentro de la tienda.

Trevor señaló en una dirección y su padre lo siguió hacia allí. Mientras se movía, lentamente, trató de despojarse de toda expectativa, de vaciar su mente para que el aspecto real del mundo por el que estaba volando pudiera manifestarse.

Sin embargo, en aquel estado era difícil ver cualquier cosa que no fuera lo que uno esperaba o deseaba ver. Avistó ciudades brillantemente iluminadas en la noche, Wichita y Kansas City, y las praderas, más lejos, salpicadas aquí y allá por las luces de otras comunidades más pequeñas.

Vio, en otras palabras, un mundo seguro, un mundo que no era real. Así que se dijo, «debes mantenerte aquí. Vacía tu mente. Cuando vuelvas a mirar, no verás tus recuerdos ni tus esperanzas, sino sólo aquello que pertenezca al mundo real».

Vio a Lindy. Estaba justo delante de él, y seguía caminando, pero estaba tan flaca y tan cansada que parecía como si estuviera a punto de desplomarse. Sus ojos vidriosos eran los de una muerta, pero a pesar de ello seguía caminando, y, delante, no muy lejos, se veían unas hileras formadas por grandes camiones de dieciséis ruedas y otros vehículos. Los perdidos estaban entrando en ellos, y ella estaba ansiosa por hacerlo también, porque eso significaría que sus pies, llenos de ampollas, podrían dejar de caminar al fin.

Los soldados, algunos de ellos con el uniforme del ejército americano, y unos delgados y esbeltos serafines ataviados de lustroso negro y la cabeza oculta tras

cascos con el visor bajado, estaban separando a los perdidos en dos grupos. Los soldados humanos y los serafines trabajaban juntos, y Martin comprendió que los soldados eran perdidos también.

Estalló una detonación, y un grupo de perdidos a los que acababan de llevar a un campo volaron en pedazos, dejándolo sembrado con sus miembros.

Sentado en la trasera de una camioneta cercana había un soldado con un arma en forma de disco. Él sabía lo que era porque en la tienda, Trevor tenía otra, más pequeña, que había cogido en casa de Wylie.

Bajo su atenta mirada, otros perdidos se acercaron a los cuerpos destrozados con cuchillos y sierras, y empezaron a extraer la carne. Los serafines debían de utilizarla para alimentar a los demás perdidos. Desde una perspectiva perversa, tenía sentido. ¿Podía haber un modo más barato de hacerlo?

Trató de advertir a Lindy, pero ni ella ni ninguno de los demás podía oír su voz. Al ver el triste estado de sus pies, pensó que no la querrían para trabajar, la escogerían como alimento. Y su pobre Winnie..., sólo Dios sabía lo que había sido de ella.

Su pesar fue tan grande, su impotencia tan completa, que estuvo a punto de volverse loco allí mismo.

Entonces lo embargó la cólera, una cólera tan llena de cariño, tan incomparable en su compasión y su deseo protector, que por un momento se permitió abrigar la esperanza de que el dios al que llevaba tantos días rezando hubiera acudido por fin. Pero no era Dios, era otra alma. Lo que había percibido era el corazón de un soldado, decidido, disciplinado, y su rostro también, crispado por el esfuerzo.

Sin embargo, cuando trató de abrirse a esa alma, el otro espíritu respondió con un recuerdo de su infancia, el recuerdo de un niño montado en una bicicleta, pedaleando por un camino en una noche de verano, y de la luz amarillenta de un porche, y de un perro viejo tumbado en el porche, que al ver al niño se levantaba y acudía a su encuentro meneando la cola.

Martin lo reconoció como un intento por decir, en la lengua que utilizan las almas para comunicarse entre sí, que el visitante que estaba tratando de comunicarse con él había sido aquel niño, amigo de aquel perro. Y con la comprensión instantánea que caracteriza al pensamiento privado de los filtros electroquímicos del cerebro, comprendió que había sido un muchacho bondadoso y afable, pero eso había sido mucho tiempo atrás, y que ahora, consciente del error que había cometido, quería volver a aquel estado de su infancia.

Había hecho algo malvado, pero estaba tratando de expresar que él no era malvado.

Entonces Martin vio los jeroglíficos. La imagen era extremadamente vivida, pero ¿venía de aquella alma o estaba en el mundo físico? Para haberlo sabido habría tenido que ser un experto, y él no lo era.

La voz mental de Trevor dijo:

*Esto es lo que quería que vieras. Deja que el general North siga guiándote.*

Martin vio los ojos de su guía, sólo los ojos. Eran unos ojos suplicantes.

Sabía, claro está, leer jeroglíficos. Pero existían más de dos mil símbolos diferentes, y la traducción podía ser un reto extraordinario, pues cuanto más se alejaban los glifos en el tiempo de los transcritos de la piedra Rosetta, base de todo el conocimiento moderno sobre los jeroglíficos, menos precisa era la traducción. Lo primero que vio fue que aquellas inscripciones pertenecían, como mínimo, al Imperio Antiguo, y eran una mezcla de palabras y números, con algunos fragmentos en escritura hierática garabateados rápidamente en los bordes.

Era el texto jeroglífico más complicado que jamás hubiera visto, pero, como ocurría con todos los textos complejos, contenía palabras sencillas, así que decidió empezar por ellas. Eran unos glifos muy bellos, realmente bien ejecutados. Vio *ur*, el jeroglífico de la golondrina, y luego *udjat*, el Ojo de Horus. Luego el sentido de un fragmento en hierático se hizo evidente: «la conexión». Seguía un número desconocido, escrito junto al jeroglífico correspondiente al cobre.

Por increíble que pudiera parecer, eran unas instrucciones para realizar conexiones eléctricas.

Las almas de los niños estaban llenando la cámara. Entre ellos se encontraba Pam, que estaba representando mediante signos un túnel alargado con una especie de coche en su interior. Luego George mostró una imagen de las Rocosas, seguida por otra de la entrada al monte Cheyenne, fácilmente reconocible por las enormes puertas de acero.

La imagen perturbó a Al North. Martin pudo sentir su congoja. Pero, ¿por qué? Sabían que las almas humanas estaban almacenadas en alguna parte, y puede que lo que estuviera intentando decirles era que se encontraban bajo las Rocosas.

Entonces depositaron un mapa en sus pensamientos, lo mismo que si se lo hubieran dado en mano, acompañado por un rojizo acceso de rabia. Era un mapa de Google, centrado en una zona situada al oeste de Holcomb.

Sintió un escalofrío.

—Ampliación —dijo—. Más. —El mapa quedó centrado en un cruce de caminos.

Y entonces comprendió al instante por qué los serafines habían arrasado aquella parte de Kansas. No sólo porque él y el portal al otro mundo se encontraran allí, sino por el depósito de almas, escondido en el centro geográfico de Estados Unidos, a pocos kilómetros de la ciudad de Lebanon, cerca del condado de Holcomb, en Indiana, en el cruce de caminos que estaba mirando en aquel mismo momento.

El punto concreto debía de tener una importancia geomagnética enorme. Pero los hombres que habían realizado las medidas que lo habían localizado por casualidad no estaban más que jugando.

O no, en realidad. Porque estaban bajo el control mental de los serafines, y trabajando para sus ingenieros.

Percibió el júbilo de Al North. Era como si emitiese música, unos acordes

gozosos. Llevaba algún tiempo tratando de comunicarles aquella información. Se había esforzado con denuedo para conseguir que lo vieran o que lo oyeran, pero hasta ahora nadie lo había hecho.

Martin no había reparado hasta entonces en que habían tenido que meterse bajo tierra para encontrar aquel lugar, pero así era, se habían enterrado profundamente. Viajar entre tanta roca, sentir su atracción, percibir cómo tu cuerpo electromagnético se adentraba por los angostos recovecos de la materia, era una sensación espeluznante... Estaban muy, muy abajo, y era imposible no sentir claustrofobia.

Sin previo aviso, salió a las tormentas de la noche y ascendió como un cohete hacia el cielo. Por un instante vio las amplias llanuras de Kansas, dando vueltas y vueltas debajo de él, y luego las nubes, y después se encontró más allá de ellas, y la segunda luna estaba en lo alto, convirtiendo con su suave luz la parte alta de las nubes en castillos extendidos de uno a otro confín del horizonte y revestidos de relámpagos y majestad.

Sintió que algo tiraba de él hacia arriba y vio un grupo de niños que cantaban y reían desde una torre situada sobre él, y le pedían que fuera hacia ellos. Pero él sólo buscaba un rostro, y aquel rostro no estaba allí, no estaba el rostro de su Winnie.

Sobre la torre había amplias mansiones, y avenidas que cruzaban el firmamento, grandes espacios azules. Y luego desaparecieron las nubes y las lunas, y Martin sintió que unas ondas de placer recorrían su cuerpo con tal intensidad que nunca hubiese creído que poseía, ni remotamente, tal capacidad para el deleite.

Era un puro disfrute de amor, maduro, rico, rebosante de la complicidad que sólo pueden proporcionar muchos años de compañerismo, una versión exaltada del amor que había conocido con Lindy, aunque también había allí alguien que quería que entrara en su ser y se convirtiera en parte de él, entre las risas de los niños y las voces perfectas de un gran coro.

Entonces, algo lo golpeó. Fuerte. En la mejilla.

—¡Papá! ¡Papá!

¿Qué era aquello? Bueno, no era el cielo, así que no le interesaba.

Otro golpe, más fuerte. *No, vete.*

Y otro, más fuerte aún.

—¡Joder!

—¡Papá!

Trevor estaba allí. Físicamente, porque las almas no tienen regueros de sudor sobre el labio superior. Su hijo cerró los ojos con fuerza y *paf*, Martin vio las estrellas.

—Pero qué diablos... ¡Me has pegado!

Su hijo, sollozando y riendo a la vez, se le echó encima y lo abrazó.

—¡Por fin! ¡Casi no regresas, papá!

Nunca se había sentido tan grávido como en aquel momento. Volver al cuerpo era como ponerse una gabardina de plomo.



—¿Cuánto tiempo he estado...? —Agachó la cabeza. Era incapaz de decirlo. Había estado en el cielo.

La mano de su hijo se posó sobre su hombro.

—Yo también he estado allí, papá.

Martin sacudió la cabeza. No quería pensar, ni hablar, ni seguir escuchando los condenados tambores, ni estar allí, en aquel lugar asqueroso, quería estar arriba, donde brotaban flores que nunca dejaban de sorprenderte. La eternidad no era vivir en el mismo mundo para siempre, sino descubrir un mundo nuevo a cada instante.

—¿Dónde está el monumento? —preguntó Trevor—. ¿Quién sabe dónde está?

Algunas manos se alzaron.

—Junto a la carretera, cerca de Smith Center —dijo Tim Grant—. Hay una capilla en la que pueden sentarse unas veinte personas. No hay nada por allí.

—Salvo varios millones de almas atrapadas.

—Según el libro de Wylie, allí llevaron al general North —dijo Trevor—. Puede que esté en Kansas, pero la entrada se encuentra en Colorado, en esa base.

Martin tenía la sensación de que el monte Cheyenne carecía de importancia. Era sólo otro truco de los serafines, otra distracción.

No, la clave era la capilla. Allí encontrarían la debilidad que los serafines estaban tratando de ocultar.

—Si pensamos en cómo han peinado esta zona de Kansas, y lo interesados que están en nosotros, a pesar de que estamos en este solitario y lejano rincón del mundo, yo diría que, si el monumento está encima de su depósito, es allí adonde deberíamos ir. Ése debe de ser su punto débil.

La atmósfera en la tienda se volvió eléctrica.

—No está muy lejos de aquí —dijo una voz.

—Tendríamos que ir físicamente —añadió George.

Desde el exterior llegó el chasquido de las fauces de los exploradores. Los tambores empezaron a sonar de nuevo.

—Yo iré contigo —dijo Trevor en voz baja.

Martin no respondió, al menos verbalmente. Le sería imposible mantener a Trevor allí. Se levantó, y tanto Trevor como Pam lo imitaron. Pero los demás no. Percibió algo entre ellos, una especie de acuerdo mutuo, aunque eso no era exactamente lo que había en sus mentes.

Mike se levantó también. Su chica gritó, pero él la acalló. Ella se puso en pie y lo rodeó con los brazos. Se quedaron así, abrazados los dos, y Martin supo que sus corazones estaban unidos en matrimonio.

Sin embargo, ella se quedó allí, rodeada por los pequeños.

Los bosques estaban en silencio, pues los exploradores se habían marchado al no captar el rastro del miedo. Al oeste restallaban los relámpagos. ¿Nunca cesarían las tormentas? No, al menos mientras los serafines continuaran torturando a la pobre Tierra. Martin lo sabía. Los lechos marinos que habían

obligado a ascender estarían expulsando a borbotones el metano de los hidratos de carbono y los miles de millones de toneladas de vida marina muerta, y el sulfuro de hidrógeno y otros gases cuyos nombres ni siquiera conocía. En cuestión de días, convertirían la atmósfera en una perfectamente respirable para los serafines, y todos los seres humanos, junto con la mayoría de los animales e insectos del planeta, morirían.

La primera luna avanzaba en lo alto de la bóveda celeste, proyectando una luz tan brillante como amarga, y la quietud de la noche era tal que podía oírse hasta el susurro de las briznas de hierba cuando las tocaba la brisa. Era un sonido familiar en Kansas cuando las cosechas estaban altas y el viento de la noche las envolvía y las hacía suspirar y cantar.

—Alto —musitó Mike.

Trevor señaló hacia arriba. Por un momento, su padre no vio otra cosa que el cielo. Luego, contra la luna, percibió un destello, feo y estriado, como las alas de un murciélago. Luego vio otro, y otro más, y a medida que sus ojos empezaban a seguir el movimiento en los cielos, comprendió que no sólo había un halcón nocturno allí arriba, sino docenas, no, centenares, formando una columna tan alta que parecía extenderse hasta el fin del universo.

Algo se deslizó en la mano de su hijo, y Martin supo de qué se trataba, el arma seráfica, más temible aún que las del arsenal de Wylie y Nick.

—Vale —dijo Mike—, ahora está usted pensando como siempre, doctor Winters, y los demás no tenemos ningún miedo. Y la razón es que hacemos lo que usted dice. Tiene usted que usar la plegaria, doctor Winters, mantenerla en la cabeza en todo momento... Iba a pensar en el valle de la muerte, y a buscar consuelo en los salmos, pero por favor, no debe hacerlo.

Martin recordó la plegaria de Franny y empezó a repetirla. Lo cierto es que ni siquiera era creyente. Como mucho, era un cristiano jeffersoniano, un admirador del personaje histórico, que no creía en el milagro de la resurrección. Y, en cualquier caso, Zooey tenía razón, ¿no? ¿No era rezar una forma de egoísmo?

Vio que Mike estaba mirándolo. Todos lo hacían.

*Las catorce partes de Osiris. Las catorce estaciones de la cruz. Los catorce ritos sagrados. Las catorce lentes negras.*

—¿Lo entiende ahora, doctor Winters?

Martin asintió, pero no entendía. El gran número mágico del pasado era el siete, una octava completa y una vida completa. ¿Qué era el catorce?

—El número de la resurrección, la llave del cielo —dijo Trevor—, y la energía de la resurrección, que odian los serafines. Para eso roban las almas, para saborear un instante de cielo.

Cruzaron el bosque agostado, entre árboles desarraigados, y los jardines de casas en ruinas, y al llegar al otro lado, Martin vio el campanario blanco de la iglesia metodista de la calle Tres, aún en pie. Su camino los llevaba lejos de la gran columna de halcones nocturnos, que no podían verlos porque no percibían ningún miedo.

Al llegar al jardín de Pam, vieron que su casa había sido arrasada, como

todas las demás, por los serafines.

Pam echó a correr y desapareció dentro de la casa. En su mente, Martin vio por un instante la imagen de las llaves de un coche, pero supo que el corazón estaba llevando a la muchacha a su antiguo cuarto, y los cuartos de las personas que amaba, y vio que contemplaba los restos de la que había sido su casa, fundidos, como algo extraído de los sueños de un loco, y experimentaba el mismo horror que él en su momento, la misma angustia al ver que algo que había formado parte tan vital de su ser quedaba reducido a una cosa tan horrible.

Nadie dijo nada. No era necesario, pues todos podían oír la rabia de Pam en sus mentes, incluso Martin, y un momento después, empezó a oír también el rugido cada vez más intenso de las alas, y los chillidos desesperados y ávidos de los halcones nocturnos que, al percibir su terror como una brillante estrella en medio del vacío, se lanzaban hacia ellos.

Entonces volvió a hacerse el silencio en la casa. Pam se había dado cuenta de lo que estaban haciendo sus emociones.

Nadie se movió. A menos de treinta metros sobre ellos, las criaturas se congregaron. Y desde los siniestros bosques que los rodeaban se alzaron entonces las voces de los exploradores. Habían empezado a avanzar hacia ellos, moviendo las fauces de acero.

La camioneta se encontraba en la entrada, pero al acercarse vieron que todo el terreno estaba cubierto de pequeños cráteres. Más allá, a cierta distancia, se veían unos bultos, restos de gente quizá, era imposible de saber.

Cuando todos estuvieron a bordo, Pam introdujo la llave.

—Necesitamos un milagro, por favor —musitó.

El motor de la camioneta empezó a rugir.

Hubo un enorme estrépito y el techo del vehículo reventó hacia dentro y Martin agachó la cabeza... lo que fue una suerte, porque a continuación, unas garras enormes penetraron por el agujero buscando algo.

—¡Sigue agachado, papá!

El motor volvió a gruñir.

—Vamos —dijo Pam.

Trevor se colocó entre Pam y Mike al tiempo que los enormes halcones nocturnos, lanzando dentelladas con sus picos erizados de colmillos, caían aullando sobre ellos.

Siguieron cayendo y cayendo, hasta que Martin pudo oler su aliento, una mezcla de sulfuro de hidrógeno y carne podrida que hacía arder la garganta.

Entonces una de las cabezas se lanzó hacia adelante como un proyectil, reventó el parabrisas y trató de alcanzar a Martin con las fauces. Trevor disparó el arma.

La cabeza se partió en dos. Cada una de las mitades del pico salió despedida hacia una de las puertas. Los ojos explotaron en una nube de polvo y gelatina, y la lengua se agitó como un látigo mientras la criatura salía catapultada hacia atrás y terminaba tirada de espaldas en medio de la carretera, batiendo violentamente las enormes alas y golpeando el suelo con tal fuerza que cada una

de sus convulsiones hacía estremecer el vehículo.

En medio de un coro de aullidos, el resto de las criaturas alzó el vuelo como un enjambre de moscas en primavera.

—Gracias a Dios —dijo Pam cuando finalmente la camioneta decidió arrancar. Pisó el acelerador. El vehículo pasó sobre la criatura, que se convulsionó y chilló bajo las ruedas—. Lo siento —dijo la chica.

Fueron hasta Harrow en la maltrecha camioneta y allí cambiaron de vehículo. El coche patrulla de Bobby, abandonado y con la puerta abierta, se encontraba en un cruce. Las llaves seguían en el contacto, y el vehículo conservaba aún un cuarto de depósito. Además, entre los asientos delanteros había una escopeta recortada. Subieron y Martin se puso al volante.

Condujeron en silencio por la desierta autopista 36, sin toparse con otra cosa que algún que otro coche abandonado y sin ver ni rastro de vida.

—Es un arma terrible —dijo Martin a Trevor.

—Está casi descargada —respondió su hijo.

—Está amaneciendo —dijo Mike—. Tenemos que apresurarnos.

Martin dirigió la mirada hacia el cielo, en busca de los discos anaranjados. No vio nada, pero pisó a fondo el acelerador, y el coche se puso a ciento ochenta, y luego a ciento noventa. Bobby lo mantenía en buen estado.

—A la derecha —dijo Mike.

—Creía que estaba en Smith Center.

—El monumento está en la 191.

Martin torció hacia la derecha en la 281. Los campos estaban en barbecho, y la campiña totalmente desierta.

—Izquierda —dijo Mike.

Casi dos kilómetros después, Martin vio el pequeño monumento a un lado de la carretera. A poca distancia de él se levantaba un pequeño edificio.

—Vale —dijo Mike—, ahí está. ¿Y ahora qué?

Salieron. Martin llevaba la escopeta.

Mike alargó las manos.

—Es una semiautomática de ocho tiros —dijo—. No de siete.

—Lo siento.

—Doctor Winters, déjemela.

Martin se la entregó. Se dirigió hacia la capilla, un edificio blanco sin cimientos, con el alero deteriorado por el tiempo. La puerta no estaba cerrada con llave. Dentro había algunos bancos, y una cruz sobre el altar. No era una cruz cristiana convencional. Cristo colgaba de ella, pero sus cuatro extremidades eran de la misma longitud. Se preguntó quién podía haber hecho algo así, un símbolo tan antiguo, en el Kansas rural, puesto que la cruz solar, símbolo de los equinoccios y los solsticios, se remontaba tan profundamente en el tiempo como la memoria del hombre, hasta el tiempo en el que no pensábamos como ahora, sino que veíamos maravillas en el mundo porque estábamos conectados con Dios, y actuábamos impulsados por un instinto exquisito, en lugar de por nuestros esforzados afanes.

—¿Quién es? —preguntó Pam.

Por un momento, Martin estuvo confuso. Entonces la vio también, una sombra inmóvil en un rincón de la capilla, tan quieta que al principio creyó que no era más que una condensación de la oscuridad. Pero entonces vio sus ojos en la oscuridad, sus brillantes ojos, y reparó en su esbeltez.

Jennifer Mazle se abalanzó sobre él. Un segundo antes había estado preguntándose si la figura estaba viva, y al siguiente se encontraba en el suelo, debajo de ella.

Las manos de la mujer se cerraron alrededor de su garganta y empezaron a apretar. Martin se sentía como si fuera a explotarle la cabeza. En ese mismo instante, la luz irrumpió por las ventanas y la puerta con la fuerza de una onda sísmica. Los cristales reventaron y la fuerza salió despedida hacia el otro lado de la capilla, donde chocó contra la pared y cayó al suelo.

Martin miró a Mazle directamente a la cara. Los ojos de la reptil se hincharon más y más hasta que, con un ruidito seco, las lentes de contacto salieron expulsadas, y sus pupilas de serafín quedaron a la vista. Bajo la luz que los envolvía, vio que los chavales se movían con discernimiento, con un propósito, y pudo oír sus susurros en su mente.

Mike agarró la cabeza de Mazle y la echó hacia atrás. Su boca se abrió y dejó salir la larga y negra lengua, junto con un grito. Trevor le metió el cañón de la escopeta entre los labios y apretó el gatillo. La cabeza reventó y el esbelto cuerpo saltó hacia atrás en medio de un chorro de sangre verde.

—¡Pero esa luz...!

—¡No pienses, Martin! —gritó Pam.

—Deja que pase, nada más, papá.

Al apartar su atención de su mente y devolverla a su cuerpo, sintió que su alma regresaba también, y supo que la luz se había estado apoderando de él tan sigilosamente que ni se había dado cuenta.

Entonces Pam se dirigió al rincón donde antes se encontraba Mazle y allí desapareció.

Por un momento Martin pensó que tal vez hubiera desaparecido por un portal, pero al oír el eco de unos pasos entendió lo que había pasado. Había visto puertas secretas como aquella en algunos de los templos egipcios en los que había trabajado, pero sobre todo en Perú, en la antigua Cuzco, puertas que, aún a día de hoy, seguía sin conocer nadie más que sus constructores. Pero encontrar una en Kansas... Bueno, antes lo hubiera sorprendido.

Concentrándose en su respiración, en las sensaciones que le provocaba su cuerpo al moverse, dejando atrás sus miedos y sus pensamientos, descubrió que podía moverse a través de la luz fácilmente y sin peligro.

Cruzó los restos de la capilla con los demás, hasta el rincón y la puerta secreta, y luego por la oscuridad y por unos escalones negros y empinados que descendían.

Habían derrotado a la luz. Si la humanidad hubiera reconocido su propia alma antes de que fuera demasiado tarde, el mundo entero podría haber hecho lo



mismo. Pero los serafines se habían infiltrado entre ellos para difundir la falacia de que no éramos más que un cuerpo, de que no había ningún alma aprehensible al conocimiento y la ciencia, y que la propia ciencia era una extraña exploración que nada tenía que ver con el reino de Dios, cuando en realidad no había ciencia digna de ese nombre que no tuviera como objeto el cielo y el *satori*.

A medida que bajaban, el aire fue cambiando, volviéndose más denso y cálido cada vez, y más sofocante. Era el aire de Abaddón, el aire que muy pronto sería el de su mundo. Un aire más pesado que el suyo, razón por la cual al principio tendía a concentrarse en los lugares más bajos.

Martin marchaba el último de la fila por los escalones de hierro. De abajo les llegaba una débil luz. De arriba, sólo oscuridad.

El descenso se prolongó bastante, y Martin se acordó de la parte del libro de Wylie en la que se hablaba del descenso de Al. Había bajado kilómetros bajo tierra.

A medida que la luz iba intensificándose, se dieron cuenta también de que adoptaba un tinte azulado, y empezaron a ver con más claridad el estrecho pozo por el que bajaban.

—Es nuestro guía —dijo Mike.

Martin sabía que el azul de las almas era también el color de los mundos donde predominaba la bondad, y que Abaddón era marrón, mientras que los corazones de los humanos eran del azul más pálido, del color de sus aguas y sus cielos, y del fulgor de sus muertos.

—¿Estamos seguros? —preguntó Martin. Habían descendido doscientos escalones largos, y empezaba a sentir claustrofobia en aquel espacio confinado. Se obligó a no pensar en la profundidad y la estrechez. La lectura de la descripción de Wylie sobre el descenso de Al le había resultado casi insoportable de tan vivida que era la sensación de estar encapsulado en roca, y nunca podría olvidarla.

—Oh, Dios mío.

Era Pam, desde abajo.

—¿Qué pasa?

Llegó al fondo de las escaleras. Al principio no percibió otra cosa que los colores: dorado, verde, rojo, marrón... No lograba entender lo que estaba viendo. Luego sí pudo.

—Es el lugar más extraordinario sobre la faz de la Tierra. —Lo había visto antes, claro, pero no con el cuerpo, no con toda la intensidad de sus auténticos ojos.

—Retrocede, papá. Trata de apartar tu mente.

—¡No puedo! ¿Es que no ves lo que es? Es el lugar donde vimos los jeroglíficos. Pero ahora estamos aquí, en carne y hueso, y es tan vivido y real... Es el ejemplo más extraordinario de un bajorrelieve del Imperio Antiguo que hay en todo el planeta. ¡Y está en medio de Estados Unidos!

—Papá, escúchame. Si no dejas que las cosas pasen, sin más, nos meterás en un buen lío porque no estamos en Estados Unidos, papá. Esto es Abaddón, y



en el mismo instante en que se den cuenta de que estamos aquí, será nuestro fin.

—¿Hemos cruzado un portal?

—Seguimos en la Tierra, pero la física es la de Abaddón.

—Vamos —dijo Mike—. Tenemos trabajo que hacer. Cosas que averiguar.

Martin lo siguió por la sala en la que habían despojado a Al North de su vida y su alma. Los siguió por un portal bajo, de donde emanaba la luz. Era una luz viviente que penetraba la carne y hacía llorar.

Entonces vio por qué. Estaba en una caverna, una caverna submarina teñida de azul a la que apenas llegaba la luz del sol. Frente a ellos se extendía un mar de tubos de cristal, de un metro de longitud cada uno de ellos, encajados en enormes nichos negros, réplicas exactas de las imágenes de las paredes del templo de Dendera. La única diferencia era que éstos centelleaban de vida, y las luces que contenían se movían, bañando en un parpadeo continuo la sala entera.

Lentamente, Trevor, Pam y Mike se pusieron de rodillas. Martin los imitó, porque la luz que caía sobre ellos no estaba sólo viva, sino que rebosaba vida, y contenía millones de amaneceres, de flores recubiertas de rocío, señales de esfuerzo y felicidad, y también un vasto rugido de voces.

La flor de la humanidad estaba allí.

—¿Qué hacemos ahora, papá?

—No tengo ni idea.

**EN ABADDÓN, LA UNIÓN***21 de diciembre, las últimas horas*

Wylie se había dado cuenta de que estaban intentando despistarlo al ver que pasaban de nuevo por la misma calle comercial embarrada. Por todas partes se veían madejas de bramante, herramientas agrícolas, canastas, brochas y azuelas tan bien pulidas que brillaban.

Puede que fuera un metamorfo, como el resto de ellos, pero no estaba de su lado. No, él era un hombre de la Unión, por fin lo había recordado. Tenían razón en que era un agente de inteligencia. Sí, pero no era muy bueno, puesto que había dejado que lo atraparan justo cuando eso era lo peor que podía ocurrirle.

Había examinado el carro hasta el último rincón, pero era como una caja fuerte. Cada cierto tiempo, el maldito cochero abría una pequeña escotilla, por la que orinaba y defecaba. Wylie se mantenía todo lo apartado que podía, pero el lugar apestaba. Se preguntó si sus propios excrementos se habrían vuelto también amarillos.

El carro pasó algún tiempo parado antes de que Wylie se diera cuenta de que no iba a volver a moverse. Tras una serie de chirridos, la puerta se abrió con un siseo. Le dolieron los ojos al salir a la luz de color marrón.

Estaba llegando al momento álgido de la crisis provocada por su error.

—Prepárate —dijo su guardián—. Según he oído, nos van a dar tus manos dentro de poco.

Sus manos... Atrapado en el carro, sin nada más que hacer, se había dedicado a recordar más detalles de su vida real. Si se concentraba, si se concentraba de verdad, no podía encontrar ni rastro de Wylie Dale antes del 26 de diciembre de 1995, el día que había hecho la transición a la vida humana que tan penosamente habían construido para él. «Wylie Dale» ya había sido creado como novelista por la organización que lo había enviado a la Tierra de los humanos, pero el primer libro que había escrito de verdad era *Días alienígenas*, la historia de su abducción, que de hecho no era otra cosa que un recuerdo muy vivido de su llegada a la Tierra de una sola luna.

A medida que sus ojos se iban ajustando a la luz, fue viendo que se encontraba en una versión gigantesca de un edificio que le resultaba familiar. Era el modelo de la Tumba de los Cráneos y los Huesos que había en el campus de la universidad de Yale. Pero la tumba no era muy grande, mientras que aquel edificio, con sus casi setenta metros de altura, era un monolito grande y feo.

A diferencia del resto de la ciudad, dominado por rugidos, chirridos, emanaciones de vapor, crujidos de carromatos y una pléyade de aullidos, risas, aullidos, el silencio en aquel lugar era completo.

El Templo de los Huesos lo había erigido William Huntington Russell, cuyo hermanastro Sam había trabajado para los británicos transportando a China el opio con el que éstos trataban de recobrar su poder en China y sus inversiones en el té chino. Los capitanes británicos habían mostrado reticencias ante este

hecho. Puede que estuvieran en 1850, pero el tráfico de drogas ya era tráfico de drogas. Russell, en cambio, no había sentido el menor escrúpulo en convertir a los chinos en drogadictos.

—¿Estás contento? —preguntó a su sonriente captor.

—Sí, mucho.

—Pues que te den.

—¿Puedo sazonarte los dedos?

—¿Vas a la Tierra de las dos lunas?

—Ya me gustaría. Es demasiado caro.

Wylie pensó en el agujero inmundo al que iban a enviar a los serafines.

—¿Cuánto cuesta?

—Lo que tengas. Si es que tienes algo, claro. Y, según ellos, un syrix artificial con una mandíbula estropeada y un carromato viejo, no valen un billete. Vivo en él, ¿sabes? Cuando no lo ocupa otro, claro.

—¿Así que eres pobre?

—Como una rata, razón por la que... —Se calló. Escuchó, y Wylie lo imitó. Sonaba un conmovedor lamento fúnebre que aumentaba rápidamente de volumen—. ¡De rodillas!

Wylie obedeció sin rechistar. Mientras se arrodillaba sobre la tierra endurecida, entre pequeños racimos de champiñones parecidos a cerebros en miniatura, una fila de motocicletas voladoras con guardabarros plateados, conducidas por figuras con uniformes dorados y relucientes cascos del mismo color, salió como una flecha de las nubes y se paró en seco a unos treinta centímetros sobre el suelo, con los motores ligeramente revolucionados para mantener la estabilidad.

Y entonces apareció un aerocoché tan resplandeciente como una piedra preciosa.

Sabía a quién pertenecía, claro: al mariscal Samson. Su escolta se inclinó, y él agachó la cabeza. Hubo un chasquido, y Wylie sintió que alguien bajaba y se le acercaba.

—Hola, Wylie. —La voz rebosaba alegría—. Lo he reconocido nada más verlo. La verdad es que estoy impresionado. Nunca se lo diré a ella, pero ha sido una operación brillante.

—Gracias.

—Por cierto, vengo de violar a tu mujer. Tráemelo.

Impulsado por un puntapié en la espalda, pasó tambaleándose al otro lado de las enormes puertas, que se habían abierto sin hacer ningún ruido y ahora presentaban la apariencia de una enorme caverna.

Tras cruzar la oscuridad de la antecámara, Samson abrió la puerta interior, y al ver el enorme suelo dorado, Wylie se vio invadido por los recuerdos. En su hogar, en la Unión, aquel suelo había sido objeto de escándalo, un símbolo de la codicia de los autócratas que gobernaban aquella mitad del planeta.

Una mujer de elevada estatura, cargada de joyas, con el cabello liso y de color blanco, y ataviada con la indumentaria más rica que Wylie hubiera visto en

toda su vida, se adelantó hacia ellos. Su rostro era tan blanco que resplandecía, y poseía unas escamas atractivamente pequeñas y unas facciones delicadas. Sabía que era la infame líder de aquel mundo, Echidna, cuya familia controlaba la Corporación desde hacía incontables milenios.

Todas las hembras de su linaje se llamaban Echidna. Cuando una de ellas moría, un nuevo clon la reemplazaba sin que trascendiera a la opinión pública. Allí la sucesión nunca era un problema, al contrario que en la Unión, que era una sencilla democracia y estaba en permanente estado de agitación.

—Entra, espía —dijo—. Quiero divertirme un poco antes de cenar.

Mientras cruzaban la gran sala, vio a Lee Raymond, Robert Mugabwe y Ann Coulter, jugando a los dados sobre lo que parecía una mesa hecha de esmeraldas, rubíes y una enorme y resplandeciente losa labrada en un solo diamante. Reconoció el juego. Era el *senet*, el antecedente egipcio del backgammon. En los mundos de los humanos, los serafines habían ocultado las reglas del juego, pero allí, donde no lo habían hecho, los jugadores apostaban con almas.

No podía saber con certeza si eran humanos, o simplemente estaban tan orgullosos de lo que habían conseguido como humanos que lo exhibían de aquel modo.

—No sabía que vuestra penetración de la sociedad humana fuera tan completa.

—No en los dos mundos, me temo. Por desgracia, creo que esta vez sólo vamos a quedarnos con uno de los dos. —Lo miró de soslayo y le guiñó un ojo—. ¡Pero ése no nos lo quita nadie, basura unionista!

En ese momento, Coulter adoptó una forma de reptil, cetrina y de grandes y brillantes escamas. Su negra lengua asomó entre unos dientes triangulares amarilleados por el exceso de tabaco. Wylie se dio cuenta de que lo deseaba. Mugabwe, que al parecer era su esposo, se acercó a ella por detrás y trató de ponerle una capa alrededor de los hombros.

—Ann te quiere en su lecho antes de que comamos —dijo Echidna—. Es su pequeña debilidad, copular con su comida.

Wylie vio que lo había llevado hasta un gran muro negro con unas enormes palancas. Sabía que eran los controles de las gigantescas lentes de la Tierra de las dos lunas. Pero entonces abrieron los grandes cortinajes y vio un prado tan verde y brillante que parecía pintado, lleno de gente espléndida, serafines algunos de ellos, humanos otros, al menos en apariencia. Eran políticos, claro está, grandes y sonrientes hordas de ellos, militares con los uniformes de una docena de países, representantes de diferentes familias reales, estrellas del rock, presidentes de grandes empresas, presentadores de la televisión, predicadores, mulás, gurús... de hecho, todas las variedades existentes de personalidades humanas. Entre ellos caminaban jóvenes serafines desnudos de ambos sexos, con las escamas tan blancas que parecía que acabaran de mudar la piel, llevando bandejas cargadas con dedos y orejas asados, y finas copas de burbujeante champán.

A un lado había una fila de parrillas a gas, negras y cromadas. Eran Strathmore, de la Tierra, la misma marca que él tenía en su propio jardín, sólo que más grandes, con doce quemadores en lugar de los típicos cuatro. Varias de ellas tenían espetones giratorios, en algunos de los cuales aún se retorcían y chillaban las víctimas. Sobre cada parrilla, empalado en un largo poste, colgaba un cuerpo, cuya piel pálida atestiguaba la juventud —y por tanto, la delicadeza— de la carne que estaba asándose.

Echidna señaló una parrilla vacía.

—Ésa es la tuya —dijo.

Wylie sintió deseos de echar a correr, de hacer cualquier cosa para evitar lo que parecía inevitable. Pero también sintió algo más, porque era consciente de que aquella fiesta no era para celebrar su captura, o al menos no sólo eso, sino también para festejar el tremendo acontecimiento que estaba teniendo lugar en el valle, detrás del edificio.

En el centro del valle había una gigantesca lente circular del negro más puro cuya superficie reflejaba el anémico sol de mediodía. Y a su alrededor, en todas direcciones hasta el horizonte, los que debían de ser millones y millones de serafines, preparados para cruzar al otro lado en el preciso instante en que se diera la señal. Vio hombres, mujeres y niños, oyó los rugidos de los syrix, los aullidos y graznidos de otros animales, y por encima de ello, los nerviosos chillidos de los propios serafines que peleaban por la posición y se acusaban unos a otros de tratar de romper las cestas llenas de huevos oblongos y negros que llevaban todas las mujeres.

Se dio cuenta de que iba a morir allí. Llevaba años viviendo en una situación sumamente peligrosa, sin memoria, y eso era algo que hubiese vuelto vulnerable a cualquiera... tanto, en realidad, que sólo habría sido cuestión de tiempo que terminara cruzando su propia puertecilla en los bosques. Sin embargo, él amaba a su pobre familia, su esforzada y encantadora familia. ¿Qué sería de ellos? ¿Cambiarían ellos también? ¿Lo amarían los niños bajo sus mantas, y Brooke en la privacidad de sus mañanas?

Ann se le había acercado entre tanto y se le ocurrió que tal vez pudiera aprovecharse de ella para sembrar un poco de confusión. En aquella sociedad de castas, debía tener algunas prerrogativas. Obviamente, el tiempo no estaba de su lado, pero puede que la distracción sí.

Se volvió hacia ella.

—¿Debo?

Ella cuadró los hombros.

—Por supuesto.

Se acercó a ella, y también a la pared que tenía detrás.

—Guardias —dijo Echidna con voz monocorde—. No os separéis de él.

Samson y su escolta, fuertemente armada, se acercaron.

Seguía maniatado, claro, pero se acercó a Ann Coulter y la miró de arriba abajo. Las escamas de la hembra temblaron y se hincharon, y una sustancia negra que olía a azufre empezó a rezumar por debajo de sus párpados.



—Ann —siseó su marido—, estás poniéndote en evidencia.

Estaba violentamente excitada. Le encantaban los hombres maniatados, eso estaba clarísimo.

Wylie vio que tenía una oportunidad, una sola, y era aquélla. Abrió la boca y se pasó la lengua por los dientes, en la mejor imitación de una ramera que le fue posible realizar.

Ann soltó una risilla. Su aliento transportaba el romo perfume de la muerte.

—¿Alguien quiere llevarse a estos niños, por favor? —gritó Mugabwe. Varios de ellos se habían congregado para presenciar el espectáculo.

—Forma parte de su educación —dijo Echidna. Su marido llegó a su lado. Wylie había olvidado el nombre del enorme reptil, pero la verdad es que, con su traje negro y reluciente, el brillo trémulo de su piel y sus ojos vigilantes, resultaba imponente. Otro gobernante ancestral que perpetuaba su dominio por medio de una hueste de clones.

Ladeó la cabeza y sintió que el beso de Coulter invadía su boca como un montón de tabaco mascado por otro.

Haciendo acopio de todas sus fuerzas, con los músculos cantando, el corazón, el alma y la mente consagrados por entero a ese único momento, saltó hacia adelante. Los cuerpos de los reptiles no estaban tan ligados a la tierra como los de los humanos. No sentían tanto como ellos el dolor, el amor ni el placer. Pero eran ferozmente fuertes, y él lo era también. Se había mantenido en forma con una frenética actividad física cuya explicación ahora entendía. Su forma de nadar, como una máquina, asustaba a la gente. Él nunca había entendido por qué era así, sólo había sabido que necesitaba nadar, correr, boxear, hacer kárate, todo eso, lo necesitaba y lo hacía con la voracidad de un hambriento.

El guardia había cometido un error antes, sólo uno. Lo había visto como humano y lo había maniatado como a un humano, con cuidado de no lastimar la delicada piel de una criatura mucho más frágil que un serafín. Cortó las ataduras con facilidad.

Por desgracia, el arma había desaparecido. Sólo se la habían dejado para divertirse con su decepción cuando se la quitaran.

—Pagan un buen precio por ellas —le había dicho el guardia al arrebatársela.

Por un instante, no hubo nadie entre el gran panel de control y él. Agarró una palanca y tiró de ella. Agarró una segunda y volvió a hacerlo. La acción fue tan grata que gruñó y aulló de satisfacción mientras la repetía una vez tras otra.

Echidna rugió. Su marido —Beleth, así se llamaba— se abalanzó sobre él... y chocó con Mugabwe, que se había interpuesto en su camino. Samson se volvió y Ann Coulter lo hirió con su gancho de desescamar, que cortó la piel y dejó a la vista los músculos que había debajo. El general aulló de agonía. Era agradable arrancarse las escamas secas, sí, pero de aquel modo, en carne viva, era un tormento.

¡Eran agentes unionistas! El disfraz humano de Coulter era brillante. Se



mostraba como una defensora tan férrea de los principios de la Corporación que hacía quedar en ridículo a todos los demás.

Wylie dio un salto y propinó a Beleth tal patada en la cabeza que sintió cómo crujía el cráneo. Farfullando y con la cabeza abierta, el gobernante retrocedió y fue a estrellarse contra sus propios guardias, que acudían en su ayuda.

—El aerocoche de Samson —gritó Ann—. ¡Vamos!

—¡Está enalmado!

—¡Pues claro, idiota, corre!

Hubo un chasquido susurrante y Ann voló en mil pedazos. Uno de los guardias volvió su arma hacia Wylie, quien se lanzó al suelo al mismo tiempo que colocaba a Echidna en la línea de fuego.

Las piernas y la mitad inferior del cuerpo de la líder del planeta, chorreando sangre como una fuente, avanzaron unos pasos hacia el sorprendido guardia, mientras la mitad superior, que había caído al suelo, profería un gorgoteo sibilante, agitaba los brazos y arañaba el aire entre los chillidos y las carcajadas de sus hijos, quienes, creyendo que se trataba de un juego, la rodeaban, se acercaban para pellizcarla y luego se alejaban corriendo.

Mientras Wylie cruzaba la sala, oyó el siseo de los disparos. A continuación, una docena de exploradores se descolgó desde unas telarañas que colgaban del techo como gruesas cuerdas recubiertas de pegamento. Pero él ya había salido, y el aerocoche estaba allí, junto a las motocicletas de la escolta, alineadas a un lado.

Las derribó de una patada y saltó hacia el coche. Creyendo que el coche se resistiría, tiró de la compuerta con todas sus fuerzas.

—Hola, hermano —dijo el coche, y el sonido de la voz fue para Wylie como zambullirse en agua helada, o como el regocijo del primer amanecer del mundo.

Llevaba treinta años sin oír a su hermano, pero reconoció su voz al instante.

Cuando Wylie no era más que un niño, su hermano había muerto en una incursión de la Corporación, cuyos agentes se habían llevado su alma. Había sido un gran soldado. Su familia guardaba su medalla al Valor y sus otras condecoraciones en una vitrina en la sala de estar, como un memorial. Wylie había ido al mundo de los humanos porque era una misión que exigía mucho valor y él quería demostrar que también era capaz de luchar por la Unión.

Levantaron el vuelo.

—Hermano ¿te robaron el alma?

El coche no respondió, y un destello de incomodidad recorrió a Wylie. Abaddón era un lugar de engaños, así que...

Pero entonces miró abajo y vio lo que estaban sobrevolando, y se dio cuenta de que la lente estaba rodeada por la multitud más vasta que jamás hubiera visto. Algo iba mal. La negrura se había transformado en un rojo furioso que hervía como un lago de lava, y la muchedumbre, en su afán por escapar, estaba cayendo en él desde todos lados. La gigantesca pira despedía humo y vapor.

—¿Están muriendo? —preguntó Wylie.

—Creo que están cruzando al otro lado. Pero algo no va bien. Nada bien.

—Hermano, ¿tu alma lleva todo este tiempo atrapada en el vehículo?

—Demonios, no, el coche lo robé ayer mismo. He tenido muchos cuerpos. Los uso como un traje de buceo, para entrar en el mundo físico cuando lo necesito. Y... ¡Oh!

Hubo un violento traqueteo contra el vehículo, que respondió remontándose tan de prisa que Wylie perdió momentáneamente el sentido. Cuando volvió en sí, unas luces fugaces pasaban a toda velocidad junto a las ventanas.

—Un pulsador-estrídor —dijo su hermano.

Era un arma que lanzaba pulsos de plasma de electrones, capaces de incinerar en un instante un vehículo como aquél.

—Condúceme, hermano.

—¿Yo? ¡Pero si no sé!

—De joven fuiste un piloto extraordinario.

—¿Cómo lo sabes? Estabas... muerto.

—Soy un agente secreto, como todos en nuestra familia. Les hicimos creer que habían capturado mi alma.

Una luz roja e intensa envolvió el coche, y dieron varias vueltas de campana en el aire.

—¡Hermano, necesito que recuerdes tus habilidades de piloto ahora mismo!

Sus palabras hicieron que los recuerdos inundaran la mente de Wylie: había estado a los mandos de máquinas como aquélla, había manejado las dos palancas de control, había disparado sus armas contra enemigos en el aire y se lo había pasado en grande con las acrobacias y las maniobras de evasión.

Él siempre había deseado ser piloto, pero las pruebas de aptitud habían dirigido sus pasos hacia los servicios de inteligencia. Y además de eso estaba, ahora se daba cuenta, el hecho de que su hermano ya era un agente. Estaba recordándolo todo: su infancia en la Unión, su entrenamiento... y algo que era tan doloroso que resultaba casi insoportable: una chica. Se habían casado. Tenía esposa en Abaddón, en la Unión, el único buen lugar que quedaba en el planeta.

El coche se estremeció, se produjo un destello y esta vez la cabina se llenó de humo, al tiempo que empezaba a sonar la alarma de incendios.

—¡Condúceme!

Wylie cogió los controles. Ladeó el vehículo a un lado y al otro hasta localizar con la vista el destello que revelaba el emplazamiento en tierra del pulsador-estrídor. Viró bruscamente, inclinó el morro hacia abajo, conectó la aceleración e inclinó las dos palancas hacia adelante.

El coche voló como un rayo hacia el arma. El cañón respondió vomitando pulsos. El propósito de Wylie era obligarlos a recalcular constantemente su posición, utilizando maniobras aleatorias.

Estaba casi encima de ellos cuando empezaron a probar con patrones de fuego. No eran buenas noticias para él, porque así podían alcanzarle.

—¿No tienes armamento?

—¡Pues claro que no! ¡Soy un coche deportivo!

—Sólo era una pregunta. ¡Aguanta!

—Me duele la quilla. ¡Creo que está fallando! —Si el sistema nervioso de una máquina enalmada estaba correctamente diseñado, el alma que la habitaba percibía su estructura física como si fuera su propio cuerpo.

Wylie niveló el coche. Ahora volaba paralelamente al suelo, en línea recta hacia la finca campestre de un aristócrata. Era muy elegante, como una estampa de la campiña inglesa.

—Nos persiguen doce vehículos no identificados.

Wylie se adentró en un bosque.

—¡Vas a estrellarme!

Entonces Wylie recordó el consejo del hijo de Martin, Trevor. «Deja que las cosas sucedan.» Sus manos empezaron a moverse por sí solas y el vehículo voló como un relámpago siguiendo una vereda del bosque y luego un río. A tal distancia de la ciudad la contaminación no era tan densa, ni siquiera según los parámetros de la Corporación, donde el mero hecho de mencionar el calentamiento global equivalía a una sentencia de muerte. Claro que, en la Corporación, prácticamente todo equivalía a una sentencia de muerte. Las ejecuciones no eran sólo una medida de control demográfico, sino que además mantenían a las masas entretenidas y alimentadas.

Entonces vio un muro. El Muro, el que la Corporación había levantado alrededor de la Unión. Era gris, inmenso, y desolado. Tiró de las dos palancas hacia atrás, se remontó y, de improviso, todo cambió.

Al otro lado había campos de suaba y gorno, y plantaciones de árboles con las ramas rebosantes de lascos, espurios y nabios. Todo era verdor, y el cielo, en lugar de marrón, era de un azul turbio, y él sabía que de noche habría incluso estrellas, unas pocas al menos. Allí no era ilegal mencionar el calentamiento global.

—Voy a recuperar el control —dijo su hermano.

—Será mejor, porque no sé adónde vamos.

—Voy a enviar nuestro código, pero puede que las Fuerzas Aéreas envíen una misión de reconocimiento, así que si ves algún vehículo, no realices acciones evasivas. Estamos en casa, hermano.

Wylie había empezado a sentir una congoja en el corazón al ver las ricas y verdes tierras de la Unión debajo de ellos. Y las casas, de las que alcanzaba a ver hasta los bonitos batientes... Los unionistas eran granjeros en su mayor parte. Él, que también lo había sido, reparó en algunas cosechas sin recoger aquí y allá.

—La cosecha se está retrasando.

—Es el invierno que se retrasa. Hace demasiado calor. Si sólo la octava parte del planeta hace lo que tiene que hacer, no podemos ganar, sólo frenar un poco la derrota. Este año la Corriente del Golfo ha estado parada cuatro meses. Avalon estuvo a punto de congelarse, mientras aquí, en Aztlán, se perdía la mayor parte de la cosecha del maíz a causa del calor.

—¿Y la Corporación? Seguro que ellos también lo han notado.

—Allí es ilegal practicar la agricultura. —Hizo una prolongada pausa—. Imagino que ya te habrás fijado en lo que están comiendo.

—Sí.

Descendieron sobre un camino de guijarros, frente a un modesto y viejo edificio de piedra arenisca, con los desgastados relieves de las serpientes de la suerte y la alegría en los antiguos muros. Pero era su casa, sí, un lugar cuya ausencia, ahora se daba cuenta, había sentido como un vacío en su espíritu durante todo aquel tiempo.

Salió.

—Ojalá pudieras bajar tú también, hermano.

—Cuando esto acabe, volveré a mi cuerpo original para siempre, hermano. Y no sabes cómo lo deseo.

—¡No quiero caminar sólo por la casa!

La puerta de madera se abrió. Había una figura parada en las sombras del umbral, con una preciosa y fina garra apoyada en la jamba.

Oh, era imposible.

—¿Talía?

—¿Aktriel?

—Sí. —La respuesta fue tan automática que no requirió pensamiento alguno de su parte. Aktriel era su verdadero nombre, el nombre de un agente de información del departamento de Defensa. Tras su instrucción como piloto, había trabajado en el departamento de Publicación de Directivas y Proclamas, y lo habían enviado al mundo de los humanos a causa de su destreza como escritor y sus habilidades comunicativas.

Mientras Talía salía a la luz, el coche hizo sonar el claxon dos veces y luego regresó a toda velocidad al territorio de la Corporación. Aktriel lo siguió un momento con la mirada, lleno de pesar, embargado por el deseo de que su hermano pudiera salir. Sin embargo, entendía que no pudiera soportar vivir en su cuerpo de verdad por un corto período de tiempo para luego tener que volver a esa cosa miserable y a su terrible trabajo.

Talía se le acercó con la mirada gacha y lágrimas en los ojos. La tomó entre sus brazos, y entonces sí que fue como haber vuelto a casa, y desde un lugar muy, muy lejano.

—Lo había olvidado todo —dijo.

Ella asintió contra su hombro.

—Pero ¿y tu marido, Talía? ¿Tu familia? Tendrás una, imagino. Han sido muchos años.

Cogidos del brazo, regresaron al oscuro y acogedor interior de la casa. Los recuerdos regresaron en tropel al entrar en la amplia sala central, con sus paredes blancas, su techo azul celeste y sus enredaderas pintadas por todas partes. El hogar de su madre seguía allí, así como las botas altas de su padre, junto a la alacena, donde siempre las había guardado. Y a su lado, otras botas más pequeñas, las que usaba para cuidar de la tierna suaba.

—¿Aún cultivas la tierra?

—Esto siempre será una granja.

—Claro. —A causa de la política de protección medioambiental de la Unión,

no se podía cambiar el uso de la tierra sin una buena razón.

Talia le cogió la mano.

—¿Tú me quieres?

La rodeó con los brazos y sintió los latidos de su corazón contra él. Aquel amor... ¿cómo había podido abandonarlo? Ella era su amada, su amor, el alfa y el omega de su alma. Si podía haberse quedado allí, trabajando la tierra sin despegarse de su lado, ¿por qué se había marchado?

Entonces se acordó de la pobre Kelsey y del fuerte y orgulloso Nick, hijos de los dos mundos. Sus hijos, que estaban allí fuera, en la línea del frente, junto con su madre, y recordó que si se quedaba allí, tendría que abandonarlos.

Fue el momento más duro de toda su vida. La belleza de su esposa era pasmosa, sus escamas, tan diminutas y pálidas que le hacían parecer una muñeca, su pelo, una delicada voluta de humo que enmarcaba su cabeza, sus ojos, más azules que un hermoso cielo de la Tierra, y más profundos que el más profundo de los océanos.

Cómo amaba a aquella mujer, la amiga de su juventud y de su infancia, su querida compañera.

Pero había votos de los labios y votos de la sangre, y los que había contraído con los niños de la Tierra de una sola luna eran votos de la sangre.

—Me alegro tanto de que haya terminado... —dijo ella, y lo miró a los ojos. Los hombres recordaban a los serafines de la Corporación como *nephilim*, como arcontes, como demonios. Los hijos de la Unión eran ángeles o *daikini*, bailarines del firmamento.

—Yo también me alegro mucho.

—Pero suspiras, esposo mío.

La atrajo hacia sí. La suya era una casa sencilla, con una amplia sala central, la cocina, el comedor y las despensas en un ala y los dormitorios en la otra. Su raza llevaba viviendo en casas como aquélla desde hacía una eternidad. No envejecían, allí nada lo hacía. La Unión estaba con Dios. El tiempo no pasaba en su seno.

Pero había olvidado lo bien que podía oler el pelo de una mujer, espolvoreado, como lo estaba el de ella, de polvo de flores. A veces le caía sobre aquella frente brillante y luminosa, que era casi tan suave como la piel humana. A decir verdad, era casi tan bella como Brooke, y eso que los serafines encontraban a los humanos increíblemente hermosos. Por esa razón los sicarios de la Corporación habían empezado a visitar las Tierras en busca de mujeres. Por esa razón, los unionistas los cuidaban y protegían lo mejor posible. En los humanos había algo que estaba próximo a Dios, muy próximo, algo que inspiraba a Aktriel y a los suyos un deseo de protegerlos y de adorarlos.

Kelsey, Nick y Brooke. Su colega Matt. Cigarros y absenta. Lo gozoso que era todo ello: estar en forma humana, mirarlos, y poder besar sus labios humanos, caminar por sus hermosas calles, contemplar el sagrado azul de sus cielos, levantar la mirada hacia la fina y límpida lluvia, y escuchar el viento en la noche, ver la televisión, ir al cine y comer palomitas, sentir cálidas manos



humanas sobre su humana piel, y sumergirse en las profundidades de su esposa.

—Estás muy lejos —le dijo Talia.

—Es el shock. Volver a verte. Recordarte. Comprender, oh, cariño, todo lo que había olvidado... —Volvió a abrazarla, se pegó a ella cuanto pudo—. Todo lo que había echado en falta...

Pero ella veía la verdad. Lo conocía demasiado bien. Nacidos en la misma canasta, calentados sus huevos por las mismas comadronas, habían pasado la niñez juntos. Sus familias habían entrelazado sus destinos mucho antes de que nacieran.

Se apartó de ella tratando de disimular las lágrimas.

—Te pertenezco —dijo, desgarrado por dos lealtades ferozmente opuestas. Una vez más, volvió a abrazarla, y una vez más, sintió la ausencia de Brooke en sus brazos.

Los ojos de Talia buscaron los suyos. Una pregunta sombría se cernió entre ambos. Entonces levantó la mano.

Su anillo de electro brillaba suavemente. Su anillo. Él tomó su mano y la besó. Talia rió quedamente, desde el fondo de la garganta, y eso provocó su deseo, un deseo tan intenso que empezó a exudar por todas las escamas de su cuerpo. Ella trajo una toalla y lo limpió delicadamente. El roce de sus manos le provocó una pasión tan intensa que parecía ajena a su carne temblorosa, a la fe, al propio cuerpo, un anhelo que era, literalmente, una delicia.

Pero si se entregaba a su deseo no podría dejarla por segunda vez, sería demasiado cruel. Y estaban los hijos, sus votos, y su otra esposa amada. Y sabía que tan pronto como volviera a estar con Brooke, se perdería de nuevo en las maravillas de la vida humana y el amor humano.

—Son sólo unos pocos minutos —dijo ella en voz baja. Levantó las persianas de madera y Aktriel vio, a la luz de atardecer, un diamante que flotaba en el aire. En sus facetas se veía otra casa, con luces en las ventanas, y una pequeña figura en una de ellas, asomada al exterior.

Kelsey estaba esperando a que volviera su padre.

—Tengo el ungüento de permanencia —dijo ella—. Elige.

Aktriel la cogió de las manos.

—Siempre supimos cuál era el peligro de la misión. Ahora tengo una vida allí. Tengo hijos que necesitan a su padre. —Y él deseaba... sólo deseaba.

—No me recordarás.

—Encontrarás a otro —dijo él.

—No te burles de mi amor, por favor.

La abandonaría, pero ella lo amaría eternamente. Ojalá hubiera sabido que iba a ser tan duro.

Lo había sabido. Y ella también.

Empezó a aplicar el ungüento, y él se lo permitió. La sustancia penetró profundamente bajo la piel, en los más secretos rincones de sus más profundas células, y a medida que lo hacía, aquella vieja casa se le fue antojando cada vez más extraña. Vio que las persianas se cerraban, que en lugar de sillas había esos



extraños bancos de tres patas. Vio la rueca y el telar, antiguos y visiblemente desgastados por el uso, y pensó, «¿quién usa una rueca hoy en día?» Y la parrilla, y el gran caldero de hierro, tan extraño y arcaico, y velas en lugar de luces eléctricas... Todo era extraño.

Pero entonces ella hizo algo aún más raro. Empezó a aplicarse el ungüento sobre su propio cuerpo.

—No, no debes.

—Mira, el sol está poniéndose, y Kelsey estará muy asustada. Y si volvemos en la oscuridad, es posible que Nick nos vuele la cabeza.

—¿Brooke?

—¿Sí? ¿Hola?

Talia había estado con él todo ese tiempo. Entonces, mientras sus cuerpos de serafines se transformaban en humanos bajo el influjo del ungüento de ADN, la rodeó con los brazos.

—¡Eras tú, siempre lo fuiste! ¿Lo sabías?

—No hasta que te seguí por el portal de Samson. Entonces lo supe.

—Pero escapaste de la Corporación y volviste a casa. Volviste a pesar de que podrías haberte quedado.

—Para protegerte. No olvides lo que soy.

—Una hija del clan de los Guardianes. —Se rió quedamente—. Sí, realmente eres un ángel guardián.

—Que te hace mucha falta, señor fumador, bebedor y loco imprudente... ¡Qué persona cuerda iba a presentarse voluntaria para una misión como ésta!

—Alguien tenía que hacerlo.

—Y por eso te amo. —Le sonrió y, al tiempo que lo hacía, su rostro se volvió borroso un instante, y las escamas desaparecieron, la frente se volvió más ancha, los pómulos menos estrechos, los ojos más grandes y más humanos, y las fosas nasales crecieron, los labios se volvieron carnosos y rojizos y los colmillos se transformaron en dientes humanos. Y por la trepidación que sentía por todo el cuerpo, se dio cuenta de que a él estaba sucediéndole exactamente lo mismo.

No estaban simplemente metamorfoseándose. Éste era un proceso de transformación del ADN esencial. Cuando su hermano terminara su misión, aquél sería su hogar. Volvería a entrar en su antiguo cuerpo, buscaría a su esposa y la llevaría allí, y allí tendrían sus huevos, y las risas de los niños volverían a iluminar las habitaciones en los años venideros, en las eras venideras.

Pero Talia y Aktriel desaparecerían bajo aquellas formas humanas.

Ella le apretó la mano con más firmeza.

—¿Preparado?

—¿Qué aspecto tengo?

—Perfecto. O no, te falta el lunar que tenías debajo de la oreja izquierda.

—¿Y quién va a fijarse?

—Ya conoces a tu hija. Ha heredado tu instinto de espía y tu capacidad de observación.

—¿No deberíamos llevar el ungüento para ellos?

—Nacieron en la Tierra. Su ADN posee la capacidad de cambiar, pero no saben cómo hacerlo. Se quedarán como están, con sus bondadosos corazones seráficos dentro de sus preciosas formas humanas.

—¿Y tú volverás a estar a mi lado?

—Siempre.

Entonces volvieron a encontrarse en los viejos bosques y, por un momento fugaz, el alma de él estuvo al mismo tiempo en ambos mundos.

—Tengo algo en la punta de la lengua —dijo Brooke.

Wylie sacudió la cabeza.

—Me siento como si acabara de despertar de un sueño inolvidable.

—¿Y cómo era?

—Se me ha olvidado.

Ella se le acercó y le dio un beso.

—Hemos pasado mucho. Y tenía que terminar. Termina aquí. —Miró la casa —. Es hora de volver a nuestra vida normal.

—¿Podemos?

—Creo que sí. Es decir, ¿te has fijado en que son las seis y aún no ha ocurrido nada? No se ha producido el cambio de 2012.

En el cielo de levante brillaba la luna, amarillenta, casi llena, en todo su esplendor.

Ambos quedaron en silencio, y los dos por la misma razón.

—¿Por qué estamos en el bosque, Wylie?

—Estamos... —Se detuvo. ¿Por qué estaban allí?—. Yo he venido a buscarte —dijo al fin—. Eso es todo.

—Y yo a buscarte a ti.

—¿Estaba en la cueva?

—Bueno, estabas aquí.

—Me siento como si hubiera estado en Marte o algo así, a un millón de kilómetros de aquí.

Inesperadamente, ella lo abrazó. En la penumbra del anochecer, se sentía muy solo. Raro. Nostálgico incluso, pero ¿por qué? Su casa se encontraba a menos de medio kilómetro de distancia. Su única casa.

—Creo que nuestros hijos nos echarán de menos —dijo ella.

Subieron por la ladera.

El amor, que es tan grande que no puede verse, que parece no existir, pero de hecho es el vínculo silencioso que conforma el mundo, los siguió, pegado a ellos, como si quisiera disfrutar del calor de lo que habían encontrado juntos.

—¿Dónde demonios estabais? —gritó Nick al verlos salir del bosque—. ¡Está oscureciendo!

—Me he perdido —dijo Wylie.

—Y yo lo he encontrado.

—¿Que te has perdido? ¿Cómo? Creí que os habían matado. —Nick rodeó a su padre con los brazos, y Wylie sintió la pujanza de su juventud, y el amor que albergaba por su padre, y luego también llegó Kelsey y lo abrazó por las rodillas y

levantó a *Peluchín* hacia él como si fuera una ofrenda al dios de la casa.

Al entrar con sus hijos en la acogedora luz, oyó la llamada de otro padre cuya desesperación había empezado a derramarse en su mente en el preciso instante de traspasar la puerta.

Se acordó del libro, y de Martin y Trevor, y de su lucha por recuperar su conquistado mundo.

—Tengo algo que hacer —dijo.

Nick lo siguió escaleras arriba.

—Están en graves problemas. —Le dijo. Y luego añadió:— He escrito un poco.

Wylie se detuvo. Se volvió hacia su hijo.

—¿Cómo?

—No pensarás que no sé lo que soy, papá. Después de todo lo que he pasado. Lo que he hecho por ti.

Miró a su hijo. Como si fuera la primera vez que lo veía.

—¿Y qué eres?

—Lo que somos todos, como familia. No somos iguales, papá, estamos en comunicación con otros mundos, tenemos poderes, y yo lo sé y tú no puedes negarlo. Por eso intentaron matarnos, y por eso no lo consiguieron. Yo también he defendido a la familia, papá, y me debes algo.

—¿El qué?

—Tu confianza, y la promesa de que nunca volverás a cruzar un portal como ése sin llevarme contigo.

Un recuerdo apareció fugazmente, como un destello. El recuerdo de una casita en los bosques. Curioso, como un sueño, menos que un sueño, una ensoñación, la materia prima para un relato, nada más.

—Yo, en...

—El solsticio se acerca, y Martin y Trevor nos necesitan, papá. Pero tú estás como perdido, y éste es el peor momento posible para perder el hilo. —Hizo una pausa—. La verdad es que he escrito bastante: la historia entera de lo que mamá y tú acabáis de hacer en Abaddón, y de lo que sois, y si queréis podéis leerla más tarde, porque ahora tenemos una enorme urgencia entre manos y ¡no hay tiempo!

Entró en el despacho.

—¿Qué pasa? —preguntó Brooke desde abajo.

—Nick acaba de escribir su primer cuento. —Se sentó delante del portátil—. Talia —dijo—. Qué nombre tan bonito. Pero ¿quién es este Aktriel? Tienes que buscar un nombre mejor.

—Ya lo leerás luego, papá. Ahora tienes que escribir, porque cuando escribes, ocurre algo nuevo.

—Es imposible. Ahora no puedo escribir.

Nick le cogió las manos y las empujó hacia el teclado.

—¡Vamos!

Al cabo de un instante, oyó un susurro en su mente. Escribió unas pocas palabras.

—Trevor, papá, tienes que escribir sobre Trevor.

Fue como si lo alcanzara un rayo y lo hiciera mil pedazos. De repente, vio una vivida imagen de una gran sala iluminada por un extraño fulgor, conmovedor, casi perturbador, una luz que era azul y parecía viva, y comunicaba, con más claridad que ningún grito, que había un problema terrible.

Sus dedos empezaron a moverse sobre las teclas, más y más de prisa cada vez.

—Al fin —dijo Nick—. Trevor, amigo, escucha bien.

Wylie estaba en su mesa, pero al mismo tiempo estaba en otro lugar, bajo tierra, donde se oía:

«—Y el séptimo ángel derramó su frasco en el aire, y se alzó una gran voz desde el templo del cielo, desde el trono, que decía: "ya está hecho".»

Pero no estaba hecho, al menos para las siete personas que estaban luchando en aquel infierno subterráneo y oscuro por sus vidas y por las vidas de un mundo entero.

—Hay una puerta ahí abajo y no la ven, papá.

—Lo sé.

—¡Pues escríbelo! ¡Diles dónde está si lo sabes!

—Pero no pueden venir a leerlo.

—¡Tú hazlo!

Silenciosamente, en la oscuridad de la gran caverna donde Martin y su pequeño grupo trataban de romper las jaulas de las almas, el oculto portal a Abaddón cristalizó poco a poco y empezó a abrirse.

## UN RELATO DE SIETE SOLDADOS

*Solsticio del 2012 en las dos Tierras*

«Conforme se aproximaba la medianoche, las catorce grandes lentes distribuidas a lo largo de la Tierra de las dos lunas empezaron a emitir un brillo trémulo y siniestro. Sin embargo, no había nadie que pudiera verlo, salvo un puñado de soldados serafines y los grupos de perdidos que aguardaban en fila para llevar a sus nuevos amos a las ciudades que aún se mantenían en pie, y a las llanuras recién emergidas, donde estaban levantándose apresuradamente los miserables poblachos entre montañas de criaturas marinas muertas y cadáveres de más perdidos.»

—¡Papá!

Se detuvo. Volvió al mundo de su despacho. Se volvió hacia Nick, hizo un esfuerzo por no gritarle, que era lo que deseaba hacer, por no decirle que cerrara el pico de una vez.

—¡Papá, tienes que concentrarte en Martin y Trevor!

—Lo siento.

—¡No lo sientas, hazlo!

Sus dedos volvieron al teclado y empezaron a volar.

En el piso de abajo, la pequeña Kelsey también recorría la noche del otro mundo, en busca de Winnie. A Lindy la había encontrado Brooke. Estaba en un camión que se dirigía en aquel momento a Denver, designado como un inmenso centro de reubicación para los millones de hambrientos de la Corporación. Allí la esperaba un destino muy sencillo. Como todos los demás perdidos, trabajaría hasta caer muerta.

En la cara iluminada del planeta, las gigantescas llanuras que habían reemplazado gran parte del Pacífico central estaban cubiertas permanentemente por una neblina impenetrable provocada por los trillones de toneladas de gases que emitían sus lechos agonizantes. En el espacio ocupado hasta entonces por la India y China, había ahora un océano nuevo, tormentoso y aún inestable, salpicado de lo que parecían ser islotes pero que eran aglomeraciones de muebles, cajones, alfombras, juguetes, puertas, tiestos, tazas, abalorios, cualquier contenedor capaz de flotar, y sobre ellas, las suaves colinas formadas por reses muertas, perros, monos, y también cadáveres de seres humanos con los ojos vidriosos, y masas de gaviotas y cuervos, y hordas de pelícanos que volaban de un sitio a otro con el buche repleto.

Todos ellos lo vieron, la familia Dale entera, con su mente liberada, y mientras observaban, Kelsey le canturreaba en voz baja a *Peluchín*, al que mecía como si fuera el mundo entero. Cantaba una nana que le había enseñado su madre, *Deeren Day*, una nana que había nacido en los apacibles hogares de la Unión y los apacibles hogares de Irlanda, mucho tiempo atrás, una canción compartida por los hombres y los ángeles. Su voz ascendió por las escaleras desde la solitaria esfera de luz en la que, sentada, acunaba entre sus brazos, no



sólo a *Peluchín*, sino a todos los muertos de un mundo entero. Les cantaba a todos ellos con su vocecilla apagada:

—*Deeren Day*, el chotacabras canta sobre el matorral...

En el exterior, mientras la noche seguía su curso y el lucero del alba brillaba sobre un horizonte en calma, ululó una lechuza.

Aquella niña tan reservada llamada Kelsey llevaba ya un rato internándose con su mente por los caminos de la otra Tierra, pues compartía con Winnie el mismo vínculo que su hermano Nick con Trevor. Así que no sólo le cantaba a su *Peluchín*, sino también al de Winnie, al que había encontrado en una cuna hecha de nieve, rodeado por el susurro que emitían los copos nocturnos al caer sobre su piel, al igual que por toda Nebraska, hasta su último rincón, donde la propia Winnie había dado todo lo que tenía que dar y se había tendido a dormir.

Y así, como le cantaba a *Peluchín* y al *Peluchín* de Winnie, también le cantaba a Winnie, a la plateada costra de hielo que le cubría las mejillas, y al abrigo rojo que agitaba el viento invernal, y a todos los pequeños bultos del océano de pequeños bultos que los perdidos habían dejado allá por donde habían pasado, por toda la Tierra, a cada uno de los que no habían tenido las fuerzas suficientes para superar el cruel examen de la Corporación. La supervivencia de los más fuertes —la ley de la Corporación— no era el camino de los puros de corazón, fueran humanos o no.

Nick, y ahora Brooke con él, se afanaban por conseguir que Wylie mantuviera la mirada concentrada en el lugar donde debía estar, en la prisión de las almas, donde Martin, Trevor y su pequeño grupo luchaban por la supervivencia de su mundo.

—Las almas —susurró Brooke—. ¿Puedes verlas?

Wylie suspiró como un tejedor al encontrarse con un nudo especialmente complicado. El único sonido que se oía en la casa era la voz de Kelsey, que ascendía desde el piso de abajo.

—Vale —dijo, y volvió a escribir de nuevo.

Pero lo que vio fue la lente que se alzaba en medio de las ruinas de la llanura de Giza. Había empezado a emitir un intenso fulgor rojo, y de su parte alta brotaba una columna de luz del mismo color, en la que se reflejaba la ciudad en ruinas y el desierto, dotando al paisaje entero de un aire marciano.

Entonces se oyó un ruido, al principio un mero crujido, como el de un telón gigante al caer, y luego un chasquido, seguido por otro más fuerte, y entonces las lentes parpadearon y perdieron definición por un instante, se estremecieron por dentro, y al momento siguiente empezaron a salir serafines de ellas, muchos de ellos con un pequeño fardo o una maleta, algunos con maletines o mochilas, vestidos de negro unos, de uniforme otros, con sombreros y abrigos otros más, con niños o cestas de huevos, o con sus pequeños cogidos de la mano. Todos ellos, con los recibos de los billetes que habían adquirido en la mano, dirigieron sus pasos hacia El Cairo, más allá del hotel Mena, siguiendo las riberas del Nilo.

Hubo un nuevo ruido, un gigantesco gargajeo como el que hacen los volcanes al vomitar la lava. Algunos de los colonos se volvieron, otros siguieron

su camino, decididos a llegar cuanto antes a las parcelas que habían adquirido. Unos cuantos ya se habían subido a los camiones y estaban tratando de arrancarlos, mientras otros despojaban de sus ropas a los esqueletos de los turistas muertos y contemplaban maravillados su delicadeza y colorido.

Con un rugido tan fuerte que resonaría durante las siguientes horas por todo el mundo, una colosal columna de materia salió despedida del agujero donde hasta entonces había estado la lente. La propia lente salió despedida hacia la estratosfera, dando vueltas y vueltas, y mientras ascendía fue cambiando de forma, retorciéndose y fundiéndose, y luego empezó a descender, y se volvió cada vez más negra, y fue a aterrizar en el desierto, no muy lejos de La Meca, una ciudad de cadáveres que habían muerto rezando, rodeada por un desierto cubierto de perdidos que habían caído bajo el sol.

Nadie la vio caer, salvo Wylie y Brooke, y Nick también, y por tanto también Trevor y Martin. En las profundidades de sus jaulas, las almas de Lindy y Winnie sintieron una señal procedente del exterior, y por primera vez desde que la arrancaran de su cuerpo, Lindy comprendió que no estaba enterrada viva en un ataúd, espantosa e inexplicablemente incapaz de morir. Empezó a pronunciar el nombre de la persona más fuerte y digna de confianza que conocía.

—Oigo a mi esposa —dijo Martin—. ¡Lindy está llamándome!

Sin embargo, al mismo tiempo, Samson inició los preparativos para trasladar las almas que lo harían rico en Abaddón, y en el aire empezaron a aparecer unos diamantes negros y brillantes.

Winnie, que había estado sola, y había tenido frío, y había percibido la atracción de una gran felicidad que era incapaz de alcanzar, se sintió ahora en los brazos de su amiga Kelsey, y oyó una nana que su madre le había cantado todas las noches de su vida, «El chotacabras canta sobre el matorral...», y pudo descansar al fin, sabiendo que alguien estaba salvándola de los monstruos que la habían encerrado allí.

En La Meca, una nueva piedra negra yacía ahora a escasa distancia del Alhajar Al-Aswad, del mismo material y el mismo color que éste, pues la última que había caído allí había salido del mismo lugar trece mil años antes, cuando Abaddón había fracasado en su último intento de conquistar los mundos humanos, y los humanos habían rellenado el agujero dejado por ella y luego levantado una pirámide para cerrar la herida, y como advertencia... advertencia que Abaddón había pasado trece milenios esforzándose para que los humanos olvidaran.

El resto del material que había escupido el gran portal como un chorro de lava llegó a la cúspide de su trayectoria e inició su descenso. Muy abajo los serafines empezaron a ver qué los brazos y piernas, los torsos, las cabezas, los zapatos de sus propios hermanos, caían entre ellos matando a todos los que alcanzaban. Las cabezas caían como enormes trozos de pedrisco, o rocas lanzadas con catapultas en un asedio. Mientras se inclinaban para proteger a sus hijos, sus huevos o sus posesiones materiales, fueron aplastados, aplastados en un torbellino de destrucción caída del cielo que parecía no tener fin.

Un rugido de terror y espanto se alzó de sus gargantas, pero quedó rápidamente enterrado bajo el viscoso ruido que provocaban los cadáveres de los serafines al enterrar con vida a sus hermanos vivos.

Brooke puso la mano sobre la de Wylie. Él la miró, y en aquella mirada compartieron un instante de exultación, y quizá también de pesar, por todo el sufrimiento que estaban experimentando sus congéneres, pero éste no era nada comparado con el fragor de la batalla que estaba desencadenándose en las tierras de la Corporación, tan furibundo e intenso que estaba sacudiendo hasta el muro que rodeaba la Unión y hacía temblar las hojas en las pacíficas tierras que protegía.

Las turbas estaban haciendo pedazos a los sicarios de Echidna que habían gobernado el planeta durante tanto tiempo. Wylie buscó a Samson, porque el general, que conocía las costumbres humanas y el funcionamiento de los portales, no sería vencido hasta que hubiera muerto.

—Nos necesitan —dijo Nick con los ojos cerrados—. Nos necesitan ahora mismo, papá.

—No puedo controlar el curso de la historia.

Nick obligó a su padre a apartarse del portátil.

—Oye...

—¡Es otro engaño, papá! Quieren fascinarte con su propia destrucción para que no vayas a donde se te necesita.

El muchacho empezó a escribir, y cuando Wylie intentó detenerlo, Brooke lo interrumpió con una brusca sacudida de la cabeza.

Nick cerró los ojos. Sus dedos volaban.

Frente a él había una habitación enorme. La iluminaba una tenue luz cuya intensidad iba menguando en la distancia hasta convertirse en una neblina azulada. La luz parpadeaba y en ese momento vio por qué. Procedía de millones y millones de tubos con forma de gragea, colocados en unos nichos que estaban conectados a unos gruesos cables negros que discurrían entre centenares de hileras.

Martin estaba bastante familiarizado con los grandes cartuchos que se representaban en las paredes del templo de Hathor, en el complejo de Dendera. Nunca había datado aquel templo, pero desde que leyera el relato de Al North, sabía que la explicación científicamente aceptada, es decir, que eran únicamente las marcas que delimitaban el espacio de los jeroglíficos, no era correcta.

En cada uno de los tubos brillaba una lucecilla multicolor alrededor de un filamento de cobre. Las luces los recorrían de un lado a otro, ora rozando el cristal del tubo, ora rodeando el filamento, ora lanzando destellos de un millón de colores.

Eran almas, y ahora Martin sabía lo que la acción de los agentes de Abaddón, a lo largo de los siglos, le había hecho a la humanidad. Habían conseguido que olvidáramos la ciencia de las almas para que estuviéramos indefensos cuando las tres Tierras volvieran a cruzarse con el plano de la galaxia y volviera a presentárseles la oportunidad de volver. Nos habían hecho olvidar lo

que eran aquellos tubos: prisiones del alma. Nos habían dado generaciones de científicos que consideraban el alma una idea «sobrenatural» y así nos mantenían alejados de su estudio. Pero no existía lo sobrenatural. Sólo había fenómenos que se habían estudiado, cuantificado y medido y fenómenos que no. El hecho de que los patrones inducidos en un campo de electrones por las condiciones cambiantes de un cuerpo pudieran persistir después de la muerte y convertirse en una especie de plasma, vivo y consciente de sus recuerdos, no había podido imaginárselo nadie hasta entonces. Los pocos que se habían dignado pensar en ello habían dado por supuesto que la actividad electromagnética en el seno del sistema nervioso simplemente cesaba al morir el cuerpo.

Y así, la Tierra de Martin había estado indefensa al regresar los serafines, como lo estará también la nuestra en el inevitable día en que, en su codiciosa y famélica furia, irrumpen aquí por cualquier medio que su malicia sea capaz de ingeniar.

Sobre el océano de las almas robadas por Samson, las largas hileras de portales parpadeaban y resplandecían. En cuestión de segundos sería demasiado tarde, y era como si las almas, conscientes de ello, se debatieran frenéticamente en sus prisiones.

Entonces, en el estrecho espacio que separaba dos filas de trampas de almas, se alzó un tintineo. Era el joven Mike que, en la penumbra, golpeaba uno de los tubos con una piedra que había encontrado.

El sonido resonó a lo largo de todo el espacio, ganando en intensidad, hasta que fue como el repicar de una gran campana, pero luego volvió a remitir cuando el muchacho, agotado, se detuvo por fin.

—Creo que aquí hay una juntura —dijo Trevor. Estaba entre dos de las filas, donde los tubos se conectaban a los nichos que los contenían.

—¿Y ahora qué, papá? —preguntó Nick a su padre.

—Tú eres el escritor, hijo.

—¡Se les acaba el tiempo!

—Y tú estás bloqueado. Pasa a veces.

—Sigue tú, papá.

—¡No puedo, ahora la historia es tuya!

Nick volvió a sentarse. No ocurrió nada. Wylie esperó. Seguía en blanco.

—¿Y Al North? —preguntó Brooke.

Eso bastó. Los dedos de Nick empezaron a escribir.

Al North había actuado mal, y se había equivocado, pero nunca había descuidado su deber, tal como él mismo lo entendía. Sabía lo que había hecho y sabía adónde acabaría por conducirlo su pecado, pero mientras conservara la conciencia, se afanaría en reparar los males que había cometido.

Sin embargo, sus acciones habían provocado una terrible catástrofe y miles de millones de muertes, y ningún pequeño acto de heroísmo podría reparar tan tremendo error. Ya no podía llegar a la superficie de la Tierra, pero aquel lugar desesperado estaba muy por debajo de ella, y allí aún conservaba capacidad de

maniobra.

—¡Mira! —Martin señaló lo que parecía ser una estrella, en la bóveda. En ese mismo instante, algo pasó corriendo entre sus piernas. Bajó la mirada justo a tiempo de ver unas escamas de iridiscente color púrpura bajo la luz azul, pero en ese momento la cosa desapareció.

Un instante después, unos anillos de serpiente se levantaron alrededor de Mike y éste se echó a gritar.

Al North lo presencié con la claridad —y, de hecho, la paz— de alguien que ha aceptado sus actos en la vida y está preparado para pagar por las deudas contraídas. Ahora entendía el secreto del Infierno, que era que las almas recluidas en él perdían el derecho a ser. Ya no tenían sitio en este universo ni en ningún otro, al menos hasta el fin de los tiempos, cuando llegue una nueva idea para reemplazar la que preside esta Creación.

Y entonces, sólo puede que lo tengan.

Él, que había hecho el mal, lo aceptaba como un pago justo.

Sin embargo, aún quería reparar lo que pudiera, y, en efecto, había algo que podía hacer. En su terror, se habían olvidado de dejar que las cosas sucedieran sin más, de confiar en la gracia que siempre estaba presta para ayudarlos. Los perdonó. Sintió esperanza por ellos.

Y eso, que pudiera hacer acopio de su rabia, su decepción y su arrogancia durante el tiempo suficiente para sentir esperanza, era algo grande.

Parecía una menudencia, pero la influencia de un acto así sobre un alma perdida es inmensa, y la diminuta llama de bondad que aún ardía en su interior era más que suficiente para abrir diez millones de trampas de almas en un solo instante eléctrico y destellante.

Se alzó un rugido colectivo, y la luz azul se volvió un millón de veces más intensa. Recuerdos, pensamientos, gritos de alivio, un enorme y atropellado fragor de sorpresa y felicidad humanas, que voló hacia Martin y su pequeño grupo en forma de imágenes de momentos felices, instantes de amor secreto, carreras en la playa, hojas arrastradas por el viento en otoño, árboles de Navidad, niñas bailando, hombres en el agua, hamburguesas, caras de perros felices, y un millón de aleluyas entonadas.

En medio de aquella masa, un millar de grandes serpientes se alzó chillando de las profundidades, y cayó de los portales, con los cuerpos incinerados por la bondad que las rodeaba, insoportable para ellas, y salieron despedidas como grandes pilares de fuego que se estremecían y aullaban en medio del oleaje de canciones.

Eran otros monstruos, como los exploradores y los halcones nocturnos, diseñados especialmente para aterrorizar a los humanos, pero los habían liberado demasiado tarde para salvar el tesoro de Samson, sin duda porque su uso costaba dinero y él no quería gastar ni un céntimo hasta que no fuera totalmente necesario.

La canción cesó. Los huesos humeantes de las serpientes cayeron entre los fragmentos de los tubos destrozados. Los portales parpadearon y se apagaron.



El gigantesco grito de rabia de Samson resonó por toda la sala, fue extinguiéndose y al fin se apagó. En su modesta habitación, el mariscal se desplomó sobre un banco, con la cabeza gacha. Fuera, en la ciudad, reinaba el caos. Otra revolución, otra aristocracia sacrificada y ahora esto, su fortuna perdida.

Así eran las cosas en la incontenible podedumbre de su mundo.

Sin que las masas enardecidas se dieran cuenta, había pasado la medianoche. Los débiles habían vencido.

Con un rápido ademán frente a su cara, Samson adoptó su forma humana. En el exterior se encendieron antorchas. Unas fuertes pisadas resonaron en las escaleras. Unos puños aporrearon su puerta.

El portal estaba cerrándose a ojos vista, así que lo cruzó, pero no hacia su viejo mundo. Si se le presentaba la ocasión de beber la copa de la venganza, esperaba apurarla del todo.

—¡Papá, está en el bosque!

Cogieron las escopetas y fueron los dos en su búsqueda. Brooke y Kelsey creyeron que se habían vuelto locos.

Sin embargo, el bosque estaba desierto. Desde el cerro que dominaba la casa, se divisaban las luces de Harrow. En la lejanía repicaron las campanas de una de las iglesias. Estaba nevando, y los copos susurraban al caer, dibujando líneas blancas sobre las negras ramas de los árboles. La paz era tan profunda que parecía imposible que Samson hubiera pasado por allí.

Iban a entrar en la casa de nuevo, pero antes se demoraron un momento en el porche.

—El cinturón de Orión —dijo Wylie al abrirse un claro entre las nubes.

—Y su arco —respondió Nick, señalando el cielo.

—Lo has hecho bien, Nick.

—Gracias, papá. ¿Papá?

—¿Sí?

—¿Es real? El libro, digo.

—Yo creía que Samson estaba en el bosque, pero no es así.

Entraron en la casa y encendieron la chimenea para las chicas. Prepararon palomitas y chocolate caliente, y Wylie se permitió el lujo de echarle un buen chorro de whisky al suyo.

Pasaron el resto de la apacible noche hablando de las cosas sencillas de la vida.

—Ha pasado la medianoche —dijo Nick—. Creo que hemos ganado.

Nadie dijo nada más, y al cabo de un rato empezaron a jugar a las cartas, y Brooke fue a buscar el coñac que reservaban para las grandes ocasiones, una botella de cien años, que paladearon a la salud de la victoria.

Al día siguiente sus hijos empezaban las vacaciones de Navidad, y en las últimas horas de la noche, Wylie acudió a los brazos de su mujer con la sensación de que llevaba una eternidad sin hacerlo.

Durante el desayuno, la radio dijo:



—La pasada noche se produjo el fin del mundo, pero, al parecer, nadie se enteró de ello. Los gurús de la New Age, desde China hasta Escocia, subieron a las cimas de las montañas para entonar sus cánticos, pero parece que no pasó nada. Hoy es el primer día después del final del calendario de los antiguos mayas, una fecha que no estaba registrada en sus cálculos. Claro que, hace mucho que su civilización se extinguió.

Más tarde, aquella misma mañana, Nick encontró unas huellas de botas en los bosques, cerca del emplazamiento del portal de Samson.

—Puede que sean nuestras —le dijo Wylie.

—Yo llevaba zapatillas cuando salimos. Y tú ibas descalzo, y con un solo calcetín.

—¿Salí al bosque descalzo? ¿En pleno invierno?

Nick asintió.

—Estas huellas no las dejamos nosotros, papá.

Habían tapado con una alfombra los agujeros de bala que había en el suelo, y los dos la miraron al mismo tiempo, y por la misma razón.

—Brooke, ¿qué ha pasado con la alfombra de la cocina?

—He guardado ese espanto en el trastero, donde debía estar. Dejadla allí, por favor. En el futuro, antes de hacer cambios en mi casa, enviadme una petición por escrito.

—¡Papá, era real! ¡Ocurrió! Y estamos... —Se detuvo. Frunció el ceño y sacudió la cabeza—. Se me fue —dijo—. Lo tenía en la punta de la lengua.

Wylie llamó a Matt, pero nadie había visto a ningún desconocido cerca de Harrow, ni en ningún otro sitio del condado de Lautner.

—¿Y lo del cuerpo que había debajo de la casa? ¿Está resuelto?

—¿Quieres que vaya a tu casa con una red?

—Creí que ibas a arrestarme.

Hubo un silencio, y luego Matt dijo:

—Ah, sí, lo de la absenta. Y el robo de cigarros, claro.

Así que no recordaba absolutamente nada de lo de Al North.

Luego hablaron de los faisanes, ese año había muchos.

—Matt quiere ir de caza mañana —le dijo Wylie a su hijo—. ¿Te vienes?

Nick lo miró.

—No recuerda nada, ¿verdad?

—¿Quieres venir o no?

—Claro que quiero.

Quedó con Matt antes del amanecer. Irían a los cotos del condado de Smith.

—¿Estás seguro de que no ha pasado nada raro, Matt? ¿No han robado ningún coche, por ejemplo?

—¿Por tu zona? Ahí no ha habido un solo delito nunca. ¿Qué coño te pasa? ¿Es una nueva chaladura? No me gusta salir de caza con locos.

—Léeme el registro de la pasada noche.

—¿El registro?

—Mira, no te vas a morir si lo haces. ¡Lee el puto registro!

—¡Vale! 16:32, las gallinas de la señora Wicks han vuelto a escaparse y están en la calle Elm. Resuelto. 18:05, un coche incendiado. El ocupante apagó el fuego. 20:22, unos críos fumando y con la música muy alta detrás de la tienda de Wilson. Se les mandó a sus casas.

—¿Eso es todo? ¿Y para eso te pagamos?

—También hubo un posible robo de camioneta. Sim Riggs no encuentra su tartana. Pero lo más probable es que se la haya escondido su Willie para gastarle una broma. Ese chaval tiene un curioso sentido del humor.

Así que no había pasado nada raro en aquel tranquilo rincón de Kansas... Salvo que el robo de la camioneta fuera obra de Samson, claro está.

O no, sí que había una cosa: el accidente que había tenido el pobre William Nunnally.

—¿Algo nuevo en el caso de Nunnally?

—Nada. El informe del forense dice que murió de frío. Estaba colocado, según parece. Hemos encontrado un montón de anfetaminas. Es muy raro. Por alguna razón, la familia no va a demandarte por darles un susto de muerte.

—¿Así que fue eso lo que pasó?

—Eso parece, capullo.

La noche discurrió tranquilamente. Nick y Wylie se levantaron a las cuatro y media, y cuando salió el sol ya estaban cazando. Fiel a su costumbre, Wylie falló todos los tiros, y sus faisanes vivieron para ver otro día.

Nick, sin embargo, les consiguió la cena de Navidad.

# EPÍLOGO

## LOS HEREDEROS

Los mundos nuevos se levantan en dos sitios: sobre las ruinas de los viejos y en las mentes de los supervivientes.

Las almas capturadas habían regresado instantáneamente a los cuerpos de los perdidos... salvo las de los muertos, que habían emprendido otro tipo de viaje.

Los que volvieron a la vida despertaron de repente, como los sonámbulos, en lugares desconocidos e inesperados. Lindy se encontró en una camioneta abarrotada, conducida por gente que ignoraba tanto como ella adonde se dirigían y por qué.

Pararon en el primer pueblo. Estaban todos hambrientos y sedientos, y algunos de ellos heridos, sobre todo en los pies, como Lindy. El sitio era Lora, Colorado, y estaba completamente vacío. No había luz. Las líneas telefónicas estaban muertas.

Lindy recordaba todo lo que le había sucedido hasta llegar a la iglesia metodista de la calle Tres. Del resto... no sabía nada. Nada en absoluto. Pero sabía quién era, y de dónde venía, y también que quería volver a su casa. Sea como fuere, iba a regresar a Harrow, con Martin, con Trevor y con su pequeña Winnie.

Esto distaba mucho de ser imposible, puesto que había coches y camiones abandonados por todas partes. Encontró una camioneta que parecía en buen estado y tenía el depósito lleno. Calculaba que se encontraba a unos quinientos kilómetros de su hogar, así que tenía gasolina de sobra.

Junto con algunos miembros más de la Banda de la Camioneta, como se apodaron a sí mismos, forzaron la puerta de un lugar llamado Café Lora. La leche estaba cortada, a los huevos casi les habían salido plumas y no había gas para cocinar, así que se contentó con unos Cheerios lavados con agua. Compartieron los cereales, las latas de alubias y la sopa, y luego se marcharon en direcciones diferentes, con una sola idea en la cabeza: volver a casa.

Lindy no quiso viajar con nadie. No sabía lo que podía pasar. El mundo se había desmoronado. Luego, por razones que ignoraba, los ataúdes de pesadilla en los que los habían sepultado se habían abierto, y la habían dejado salir. Era evidente que había estado caminando durante kilómetros y kilómetros, pero no conservaba el menor recuerdo de ello.

El coche tenía un GPS, pero no logró conectarse a ningún satélite, así que se limitó a conducir hacia el este por la Setenta. Había vehículos abandonados por todas partes, filas de kilómetros de ellos en ocasiones, y varias veces tuvo que ir campo a través para poder avanzar. Sin embargo, el vehículo aguantó a la perfección, y antes de que pasara mucho tiempo estaba de regreso en la vieja Harrow.

Había gente aquí y allá. La mayoría de ellos tenían ese aspecto que se le queda a la gente que sobrevive a un tornado, cuando sale a ver lo que ha sido de su hogar.

—Puedo volver —dijo Winnie.

La voz fue tan clara que por un momento Lindy pensó que su hija pequeña estaba sentada en el asiento de atrás. Sacudió la cabeza. Al ver la iglesia metodista de la calle Tres, sintió tal acceso de terror que tuvo que parar el coche allí mismo, en mitad de la calle.

—¿Mamá?

No abrió los ojos. Había perdido a sus hijos, a su marido, todo lo que tenía. Winnie ya no existía, y aquélla no había sido la voz de Trevor.

Entonces se abrió la puerta del coche.

Al abrir los ojos, se encontró frente al rostro sonriente del hombre más hermoso y maravilloso del mundo. No pudo salir del coche. Lo intentó, pero temblaba demasiado, así que sólo pudo extender las manos hacia su Martin, y entonces los brazos de él acercaron a ella, y la rodearon, fuertes, y la sacaron de allí, y la levantaron en vilo, y luego sintió los labios de su marido sobre los suyos y fue como si el cielo bajara y la recogiera.

Hubo un millar de palabras susurradas, pero ninguna palabra podía expresar el significado de su reencuentro. Los ojos de su marido y su hijo estaban extrañamente oscuros, y también los de ella, según le dijeron, pero eso era algo bueno, era un milagro, era el futuro de la humanidad, que aunque todavía oscuro, pronto estaría lleno de luz.

—¿Qué nos pasó? —preguntó mientras conducían de vuelta a las Smoke y a su casa.

—Hubo un terremoto —dijo Martin tras un breve silencio—. Afectó al planeta entero. Y aún no hemos salido del todo. Pero estamos aprendiendo a hacer las cosas de otra manera. A arreglarlas.

—Muchas cosas están mal —añadió Trevor.

Una de ellas era su casa, descubrió Lindy al cabo de poco tiempo, muy mal, tan mal que al verla rompió a llorar.

—Esto no hay quien lo arregle —sollozó, mientras miraba con incredulidad el mobiliario fundido y las ruinas de su cocina—. ¿Qué provocó esto? Un terremoto no.

—Llegó el 2012, y se fue —dijo Martin al fin—. Resulta que los antiguos mayas sabían muchas cosas. Calcularon el regreso del... en fin, del...

—Del mal —dijo Trevor con sencillez—. El mal vino a nuestro mundo, pero fracasó. —Hizo una pausa—. Y no hay mal que por bien no venga, porque eso nos transformó. Supongo que por eso se nos pide que amemos a nuestro enemigo.

Entonces quedó en silencio, y en ese silencio, y con él, su madre pudo oír algo que era una voz y que al mismo tiempo no lo era. Era más que una voz. Pudo oír a los ingenieros y físicos como ella, a los arquitectos y los obreros, todos congregados en un gran coro de planes, trabajos y esfuerzos.

—Vamos a rehacer el mundo —dijo.

—Hemos cambiado —repuso Martin—. La mente humana no es la misma, y mucha gente... los malos, supongo... ¿han desaparecido? ¿Podría haber desaparecido?

Entonces comprendieron que aquel terrible ataque había sido también una purificación, porque podían sentir que el peso de las almas perversas había desaparecido.

Lindy fue la primera en articular las palabras que habían pendido de sus labios desde el momento de su reencuentro.

—¿Y dónde está Winnie?

Martin sacudió la cabeza.

—Creemos que no lo consiguió.

—¿Qué quiere decir eso?

—Mamá, deja que las cosas sean como son. No pienses. Sólo... sé parte de nosotros. Parte de nosotros.

—¡Mi hija ha desaparecido! ¿Dónde está Bobby? ¿Dónde está la policía estatal, el FBI? El FBI investiga las desapariciones de niños. ¿Y el plan de emergencias? ¿Es que no hay plan de emergencias?

Martin se acercó a ella, y aunque Lindy no quería, dejó que la abrazara, porque había pasado lo que se le antojaba un eón atrapada en aquel lugar que no era un lugar, buscándolo y sin encontrarlo donde hubiera debido estar.

—¡Mi niña no es mala, no le pasa nada malo, si casi no ha tenido la oportunidad de vivir!

Tenía que aceptarlo. Pero no iba a ser fácil, porque era injusto que su niñita hubiera sufrido el mismo destino que los malvados. Era muy, muy injusto.

Se hizo de noche, y Trevor preparó un espacio para dormir en el suelo del pequeño despacho, porque su cuarto había sido destruido, y no querían usar el de Winnie.

Hacía frío, y sin electricidad la oscuridad llegó pronto en aquel veintidós de diciembre, mientras Lindy lloraba por su perdida niñita. Pero bajo la colcha que había tejido al poco de casarse, la sensación de calidez era maravillosa. Sin embargo, estaban sucios, y en aquella calidez, la suciedad empezaba a oler. No tenían agua para lavarse, pero ni eso impidió que volviera a ser la esposa de Martin, y en la oscuridad sus cuerpos se solazaron.

¿Mami?

Lindy abrió los ojos. Se le escapó un sollozo. La mano de Martin le acarició la mejilla.

—Duerme, amor mío. —Se acercó y la besó—. Del infierno al cielo —murmuró. El corazón de Lindy, su sangre, su alma entera, halló solaz en aquellas palabras.

¿Mami?

Lindy saltó de la cama y corrió hasta la ventana.

—¡Es ella!

Martin fue tras ella y le rodeó la cintura con los brazos desde atrás. Ella se



apartó.

—Cariño...

—¡Calla!

*Hola, mami.*

—¡Oh, cariño, cariño mío, te oigo! ¿Dónde estás?

Silencio.

—¡Está ahí fuera, en alguna parte! Martin, está ahí fuera y tenemos que encontrarla. Martin, los halcones nocturnos...

—¡Shh! ¡Shh! Ya no hay halcones nocturnos. Se han ido...

Martin trató de abrazarla, pero ella se apartó.

—¡Escucha!

—Lindy, cariño... —Estaba dolida. Todos estaban dolidos. Muy dolidos.

Entonces sintió a Trevor a su lado.

*Escúchala, papá.*

Se volvió. Trevor se les acercó y señaló la ventana con la cabeza.

Entonces Martin lo oyó, el ruido de un motor en la oscuridad. Un escalofrío de miedo eléctrico lo atravesó. No tenían armas. ¡Seguían sin tener armas!

En ese momento lo localizó. Un coche viejo y destartado, con un solo faro encendido, se acercaba lentamente a la casa.

—Es Bobby —dijo.

Lindy echó a correr, echó a correr, lo mismo que Martin, y tras ellos, Trevor.

El coche paró junto a la entrada, pero no apagó el motor. El conductor bajó, y debido a la luz de su interior, Martin vio que había una pequeña figura en el asiento del copiloto.

Lindy corrió hacia el coche, abrió la puerta, y allí estaba su niña. Cuando se le echó en brazos, Lindy empezó a bailar, dio vueltas y vueltas y vueltas con su niña pegada al pecho, en silencio pero con una pequeña sonrisa en los labios.

—Cariño, cariño, cariño —exclamó, mientras la abrazaba con más fuerza y la cubría de besos.

*Hola*, dijo Winnie, y su voz resonó como una canción por el interior de todos ellos.

—Tío, la hemos encontrado hace media hora.

Martin lo miró. Abrazó a su viejo amigo.

—Te daba por muerto.

—Y yo a ti. —Miró a Winnie y a Lindy—. No sé cómo decirte esto. De hecho, no sé ni lo que estoy intentando decirte.

—Estaba muerta —dijo Martin—. Vi su cuerpo.

*Papá, ha cambiado todo.*

Los pensamientos de Winnie y los de Trevor resonaban como uno solo.

Tenía un hijo capaz de leer la mente, y ahora una hija que regresaba de la muerte. La llevaron dentro, y la tocaron, llenos de cariño, y allí estaba, en carne y hueso, totalmente normal.

Bobby se quedó un momento con ellos.

—Es increíble.

—Oh, sí.

—No sé muy bien lo que ha pasado, pero sí que has tenido algo que ver con ello. Oigo los pensamientos de la gente. Están pensando en lo que ha ocurrido, y muchos de ellos piensan en ti, Martin.

*Todos podemos oírnos*, dijo Trevor en sus mentes.

«Va a ser muy divertido para los polis», pensó Bobby. Miró a su alrededor y se echó a reír. Se llevó a Martin a un lado.

—No es la misma —susurró.

*Soy muy diferente*, añadió Winnie. *¡La casa está hecha un desastre!*

*Fueron ellos.*

Lindy envió a sus mentes una imagen del feroz semblante de reptil de Mazle.

Winnie levantó los brazos y su viejo amigo, *Peluchín*, llegó volando. Estaba mojado y recubierto por una capa de hielo y lodo.

*Te habías perdido.*

A medida que iba moviéndose por la casa, todo cuanto tocaba volvía a su condición anterior. Abrió la nevera.

*Tenemos que ir a la tienda.*

Y luego añadió, con palabras:

—Quedan estas manzanas. No las robé. Estaban por el suelo.

Sacó cinco pequeñas manzanas. Estaban frías y un poco arrugadas. Evidentemente se habían caído del árbol. Martin estaba famélico, como todos ellos, y las comieron en silencio. Se preguntó de dónde habrían salido, y vio en su mente una imagen del manzano de los Wright, con toda la fruta caída alrededor.

Su hija se le acercó y se abrazó a sus piernas. La levantó y al hacerlo le dio la impresión de que no pesaba tanto como antes, que había perdido solidez. Sabía que tenía un gran milagro entre los brazos, y que en aquel momento, la Tierra entera debía de estar llena de milagros como aquél. Le dio un beso y ella se echó a reír, y Martin se dijo que tenía en las manos la promesa del futuro.

*Así es*, dijo Trevor mientras mordía su manzana.

La pequeña familia estaba emprendiendo su viaje a un nuevo mundo, un viaje que estaba repitiéndose por todo el planeta, conforme la nueva humanidad surgía de las ruinas de la antigua, y los que habían regresado y los supervivientes se reunían en un nuevo coro. Y las largas eras de la ilusión de que existe una cortina que separa a los vivos de los muertos tocaban a su fin.

El país invisible había sido descubierto, y los expedicionarios regresaban.

Winnie buscó acomodo en los brazos de su padre. Bobby la tocó, y ella sintió que la energía que contenía tenía aún aristas cortantes, y él la suavizó. Unas lágrimas afloraron a los ojos del agente. La contempló, se la bebió con la mirada. Ella dejó que la tocara también, y se echó a reír. Había hecho un viaje muy largo.

—Hueles a rosas —susurró él.

La niña mordió su manzana y pensó en lo que es la vida, en lo que es realmente. Pensó en su viejo cuerpo, tendido aún donde había caído, entregado al polvo y la memoria.

*La vida es el misterio del mundo*, les dijo.

A su alrededor, todas las mentes quedaron en silencio.

La muerte había pasado, aunque ellos aún no lo sabían. Ella comprendía lo que había ocurrido allí en realidad, y quién era el responsable, y la auténtica razón de que sólo hubiesen quedado los buenos, y es que sólo ellos podían encontrar el secreto, el verdadero significado de la vida sin la muerte.

Con el tiempo se lo revelaría todo, les contaría que había una nueva humanidad por descubrir, y también un nuevo modo de vivir, pero por ahora se limitó a apoyar su cabecita cansada sobre el hombro de su papá.

Aquella noche dormiría el más dulce de los sueños, en su propia casa, rodeada por su familia, una con su amor, en un mundo que se había salvado.

*[Un poco más, y el impío ya no existirá;  
si buscas su casa, ya no estará;  
pero los humildes heredarán la Tierra  
y gozarán de una gran felicidad.*

**Salmos 37: 10-11]**

FIN